

















860-93 Martiñ, M.

FA  
XIX  
01  
4

*L3*  
**PÓNOS,**

CUENTO,  
FÁBULA Ó HISTORIA  
PARA LOS HOMBRES CHIQUITOS LLAMADOS NIÑOS,  
Y QUE ESOS NIÑOS GRANDES  
QUE SE GREEN HOMBRES, PODRÁN LEER CON  
ALGUN APROVECHAMIENTO.

*est escrito en un lenguaje tan sencillo que todo niño  
pueda leerlo con facilidad y con placer*  
por

MELITON MARTIN.



=====  
PARTE TERCERA.  
=====



MADRID:  
IMPRENTA DE SEGUNDO MARTINEZ  
Fuencarral, 84, bajo.

1864.

20109

Esta obra es propiedad del autor, quien se reserva los  
derechos de reimpression y traduccion con arreglo á la ley.



*AM*



## TERCERA PARTE.

---

No se trata de averiguar lo que Dios esconde; basta con atender á lo que pone de manifiesto.

FENELON.



## I.

¡Oh inestabilidad perpétua de las humanas grandezas!  
¿Quién no te temerá en sus dichas? ¿De qué pecho atribulado  
no serás tú la esperanza? El que goza recela siempre que un  
tumbo de la fortuna le vierta la copa del placer ó que al lle-  
vársela de nuevo á los sedientos lábios, beba en lugar de néctar,  
hiel amarga. Las almas que esperan y padecen sueñan á  
todas horas con las mudanzas y los cambios, las ven en los tiem-  
pos y las estaciones, las miran en los objetos y las cosas, las re-  
cuerdan terribles é inesperadas en la historia de la humanidad,  
y las presienten en sus cuitas y quebrantos. Para el dichoso

la inestabilidad de los destinos es tormento y pesadilla; para el desgraciado es su esperanza y su consuelo. El uno no puede desechar de la memoria las caídas de príncipes y emperadores; el martirio de apóstoles y filósofos; la amargura de tanta reina cuyo tálamo se convirtió en cadalso; la vejez desamparada del opulento caído; el cautiverio ó servidumbre de quien gozaba y disponía. Al otro le solazan las historias de pastores que mandaron pueblos; de mercaderes convertidos en profetas; de soldados dueños de medio mundo; de princesas que comenzaron por fregonas; de mendigos descubridores de tesoros. El primero cree en la fatalidad y tiembla, el segundo tiene fé en un destino predeterminado, y cuando agote el catálogo de los encubramientos verdaderos, acudirá á los maravillosos y fantásticos, porque no hay cosa mas soñadora y novelera que la miseria ó la desgracia. Todos, grandes y ruines, desventurados y dichosos, aminoran la ventura ó el dolor que les cupo en suerte haciendo repetidas escursiones por países ideales, y sin embargo, mientras viven en este de realidad cierran los ojos á la luz para no ver que en los acontecimientos humanos nada hay debido al acaso; que todo germina y surge de las acciones de los hombres sin que haya causa que no produzca su efecto, ni maravilla que no tenga su lógica esplicacion. Pero como nuestro entendimiento es limitado, nuestra vista corta, de aquí que no podamos abarcar las innumerables dilatadas mallas de esa red tejida por nuestro libre albedrío que se llama las aventuras del hombre. De aquí el inventar los miopes luchas del bien con el mal, la diosa fatalidad, el mónstruo acaso, y todo ese cúmulo de dislates con los cuales se procura descarriar al crédulo ó al indocto.

Sí: el bien y el mal existen en el mundo, el bien y el mal son antagonicos y contrapuestos, pero luchan, y la victoria es dudosa porque no nos hemos convencido de que aquel es pre-

mio y este inevitable castigo de la observancia ó quebrantamiento de las leyes patentes de este mundo. Sí: algo de fatalidad hay en la fábrica del universo porque las leyes que le rigen son inmutables, eternas, no ceden ni se pliegan al capricho de los pigmeos que le habitan, y querer modificar la menor de sus condiciones es como si el asqueroso murciélago pretendiera apagar con la agitacion de sus inmundas alas la luz del sol que inunda el infinito. Sí: impera á veces sobre nosotros el acaso ó la casualidad, porque cuando se conculcan las leyes providenciales, se menosprecia la voluntad que las impuso, se arroja todo freno y se huellan respetos y consideraciones, no surca la nave el Océano manso de la vida sino un espantable caos, y no es estraño que el casco fluctúe á la ventura cuando el timon se arranca, se rasgan las velas, y la bitácora se arroja por encima de la borda.

Está escrito empero que la voluntad del Supremo hacedor siga siempre su marcha incontrastable hácia su fin y cumplimiento: los desvaríos del hombre llevan á este fin consigo el oportuno correctivo, y estos infinitos correctivos dan lugar á eso que llamamos cambios y mudanzas. Mudanzas que acibaran las dulzuras del venturoso: cambios que sostienen las ilusiones del desvalido. Cambios y mudanzas que constituyen la vida del universo, cuya manifestacion son y cuyo mas fiel emblema está en la sábia alternativa de las variadas estaciones. Apenas el tibio aliento de la lozana primavera reanima el aterido cuerpo de la tierra, cuando sus campos se cubren de verdura y el capullo brota y las flores abren sus perfumados cálices y los árboles se visten galanamente con los ropages vistosos. Durante todo el estío las plantas innumerables esquilman los senos de la tierra y con su sangre y su sustancia forman simientes y frutos. Pero llega el momento de la restitucion, y aquella yerba, aquellas flores, aquella ho-

jarasca exhuberante, caen agostadas y marchitas para restituir al suelo la sávia de que han menester los árboles futuros y las futuras flores, galas renovadas del próximo año nuevo.

Sin esto el mundo se habria creado para alimentar unas pocas y mismas plantas: sin las mudanzas y cambios, la humanidad existiria para sostener algunos centenares de parásitos.

Pero sea esto como fuere entre nosotros los planetícolas, el lector me perdone si á las veces me descamina este pícaro prurito de soñar y divago por un campo ameno aunque todavía casi virgen. Y digo otra vez y con tanto mas motivo que se me perdone, por cuanto ni siquiera me consta lo que en la isla de Gé regía tocante á los particulares que anteceden, debiendo por ende suponer que la caída del gigante ó la tremenda catástrofe de su imperio, ni tuviesen la mas remota relacion con lo dicho sobre cambios y mudanzas.

De todos modos no fueron pequeñas las que sucedieron en el castillo apenas cayó el esforzado guerrero á vista de sus almenas.

Segun dijimos no ha mucho, los que miraban la batalla de Dinamion con sus enemigos, cuando le vieron arrastrado por un pie, los brazos en cruz, los miembros desmazelados, se cubrieron con horror los ojos y volvieron las caras por no verle. La congoja y el abatimiento de los duendes llegaron á tal extremo, que bajaron de los altos muros sin tener ánimos para tornar á contemplar tamaña caída, tan sensible lástima. De Seuda abajo todos perdieron la cabeza: cual sombras ó espectros errantes por el reino del dolor, iban de aquí para allí, tristes, mudos, distraidos, hablando como dementes y gimiendo.

Pónos comprendió que aquellos eran momentos de crisis, y como era tan sábio como prudente, dispuso que su protegido, aprovechándose del primer estupor, tomase á su mujer la loca y ambos le siguiesen en busca de Alécia por las enmarañadas

galerías subterráneas. Guióles, pues, hácia una de las entradas mas próximas, y juntos divagaron por aquellas catacumbas hasta reunirse con la perseguida esclava.

—¿Qué hacemos? fué la primera pregunta que Pónos dirigíó á su hija.

—Lo principal, contestó la bondadosa Alcécia, es atender á la cura de la loca. Mientras siga en este estado ningun paso daremos á derechas. Su auxilio es conveniente, su apoyo indispensable.

—¿Pero cómo neutralizar los mortales efectos de los filtros que la trastornaron la razon? exclamó el buen génio.

—El grande encantador Teo, contestó la esclava, puso en todas partes la triaca junto al veneno. El hombre lo mismo que la mujer, preferirán este á la otra, segun se dejen guiar por la imprevision ó la prudencia, pero á su alcance tendrán siempre el remedio cuando se trate de los males del espíritu, aunque no siempre lo encuentren para el cuerpo. Si las culpas y deslices fueron tales que el cuerpo no tiene cura, la carne perecerá forzosamente; cuando por el contrario toda hora es sazón y tiempo para sanar las llagas del espíritu. Porque deseo que sepas, y quiero que tu protegido grave con signos indelebles esta grande verdad en su memoria: la diferencia inmensurable entre las dos partes de su sér, entre el cuerpo y el espíritu, consiste en que aquel siendo perecedero no puede resucitar si se destruye, al paso que la prueba mas clara y perceptible de que este está formado de inmortal esencia, es que en acudiendo la voluntad con decision á purificarle lo conseguirá sin duda alguna, ya sean sus padecimientos añejos ó recientes, ya sean ligeras ó profundas sus dolencias. Las enfermedades, las úlceras, y hasta la mas repugnante corrupcion del alma, siempre podrán estirparse, borrarse y purificarse, quedando aquella despues de la purificacion, tan inmaculada como el dia de su mayor inocen-

cia. Para ello no hay sino una medicina: la penitencia ó contrición. Para aplicarla solo existe un médico: la voluntad. Ambos, lo mismo el curador que el medicamento, van á todo instante con el hombre y nada ni nadie puede sustituir su eficacia y su virtud.

—¿Qué haremos, pues, con mi mujer? preguntó Antropos esperanzado.

—Ahora lo verás, replicó Alécia.

Acto continuo, la hija de Pónos pidió á su padre y al hombre una túnica de áspero sayal; arrancó la corona de pámpanos y yedra, quebró el tirso; derramó la copa; hizo giros y astillas el pandero; substituyó la tela tosca á la impudente gasa, dispuso que el cocinero Pir encendiera un fuego bueno con aquellos fatídicos despojos para confeccionar á su calor cierto bálsamo calmante, y por último, despues de habérsele dado á la loca la encerró sola en una gruta, recomendándola que durmiese tranquilamente sobre el suelo.

En seguida evocó á Fanta, y la encomendó el cuidado de la enferma diciéndola cariñosa.

—Cuida mi buena y entrañable hermana de la salud de nuestra loca. Guárdala el sueño blandamente, y hazla que olvide lo pasado para descorrer ante sus ojos el dulce porvenir que nos espera.

Hecho todo esto, nuestros amigos se disponian á penetrar en el castillo para saber lo que pasaba, cuando un relincho vigoroso los detuvo.

—Esa es la voz de Hipodonte, gritó Pónos.

—Salgamos á ver si conseguimos recuperarle, añadió Antropos. Que no caiga en manos de los enemigos.

—Vamos á ver lo que sucede, concluyó diciendo Alécia. Tal vez nuéstra presencia sea necesaria.

Por caminos que solo conocia el génio salieron los tres sobre

la falda del monte, al otro lado del foso, ya fuera del recinto del alcázar. Cuando su vista se fué haciendo á la claridad del sol, vieron á corta distancia el cuerpo de Dinamion tendido y sin movimiento. Su noble é inteligente corcel apenas le sintió desplomarse de la silla, atropelló las huestes enemigas, y siguiendo su querencia le sacó segun vimos á la rastra. Aguijoneado por el asombro del bulto y ruido que le perseguian, llegó hasta cerca del castillo y allí se paró por estar alzado el puente. Entonces revolviéndose para buscar alguna entrada, se destendió el estribo, se desprendió el pie, y la pierna cayó con no pequeño estruendo á la manera que cae la ponderosa viga, cuando llevada por los obreros afanosos dejan una punta en tierra y despiden los últimos la otra, todos á la vez con singular estrépito. Hipodonte libre, se quiso aproximar á su Señor, tendió el cuello con la crin espeluznada, los ojos centellantes, inquietas las orejas, é hinchadas las narices por fuertes y prolongados resplidos. Paso á paso se fué acercando asustadizo al cadáver con los remos temerosos, la cola en arco y el cuerpo como huyendo en direccion atrás. Alargó el hocico, aspiró con trémula avidez, y (sin razon ni causa) los cuatro cascos redoblaron súbitamente contra el suelo, giró sobre las piernas y huyó despavorido cual si le persiguiese algun carnicero lobo. Paróse despues de breve y rápida escapada como para reconocer la causa de su espanto, alzó la testuz, olfateó los vientos, tornó á trotar para aproximarse, renovó su cauteloso andar, sus sustos y sus terrores, hasta que despues de algunas idénticas huidas, cada vez mas cortas, se arriesgó á pasear el hocico desde los piés á la cabeza de su amo. Entonces, convencido de que era él, y como incapaz de retener su dolor, alborotó los ecos mas lejanos con sonoro tristísimo relincho.

Este fué el que oyeron Pónos y los suyos en las desiertas catacumbas, y este la causa de salir en busca de Hipodonte.

Y á la verdad que no debemos estrañar el recelo del soberbio potro. Antropos mismo tardó en reconocer á su tirano despues de acercarse cuanto pudo. Desde la lid á donde estaba habia ido dejando trozos de armadura, girones del vestido, la carne de su cuerpo, la sangre de sus venas. Su casco, su peto, su escarcela se habian además bañado en la sangre de sus contrarios, y esta, unida al sudor que corria por su faz cuando cayó y con el polvo del denso remolino que levantarán los cascos de Hipodonte, formaron un barro pegajoso que trasformó miembros y arreos en un monton confuso y espantable. Sin tener conocimiento de lo sucedido, nadie habria adivinado que aquel era el cuerpo del famoso guerrero, del insaciable conquistador, como no hubiese reparado en la corona de oro y pedrería que aparecia abollada y medio oculta en aquel inmundo lodazal.

Acercáronse, pues, segun iba diciendo, los tres al cadáver, pensando en la imposibilidad de darle sepultura ni moverle de allí ni media línea, cuando al pasar la hija de Pónos á cierta distancia de la cabeza, notó que dirigiendo la vista por encima de la boca sobre los objetos mas lejanos, rehilaban y se deslocaban, gracias á unas vibraciones del ambiente continuas y confusas, como cuando se contemplan árboles ó montes al través del cálido vapor que cubre un horno de alfarero. Detúvose un rato la hija de Pónos viendo alargarse ó acortarse los objetos, y aquel efecto de espejismo la hizo sospechar que Dinamion respiraba todavía, y que por lo tanto de sus labios brotaba un vaho sutil pero caloroso, invisible para los ojos de otro gigante cualquiera, aunque perceptible por demás para los séres diminutos. Deseosa de asegurarse con el testimonio ajeno, hizo reparar en aquella circunstancia al hombre y le propuso poner por obra todos los medios que se les ocurriesen á fin de volverle á la vida.

—¿Para qué? exclamó Antropos. ¿No sería mas cuerdo que le dejásemos morir?

—De ninguna manera, contestó Alécia. En primer lugar, si deseais ser amigos míos, *jamás querais para los demás lo que no quisierais para vosotros*. En segundo lugar, vuestro verdadero bien, vuestro interés bien entendido, siempre irá unido en esta isla con el bien verdadero y el legítimo interés de todos los demás seres. Por no entender esta sublime verdad, vuestro tirano se vé tendido á vuestros pies, y si vosotros no os aprovecháeis de tan terrible leccion, en el pecado llevariais la penitencia. Si dejais que Dinamion perezca, sereis esclavos de aquellos bárbaros que teneis en frente, perdereis invenciones y adelantos, tornareis á vuestra ignorancia primitiva, y empezareis á padecer tanto como habeis sufrido. Su presencia será un freno para la barbárie de los jigantes, un medio de conservar el fruto de tanto trabajo, y el temor de aquellos tal vez obligue á este á trataros algo mejor y á prestar oidos á mis advertencias. ¿Seria cuerdo renunciar á lo ya hecho? Veamos de reanimarle.

Dominados como siempre por la dulce y persuasiva voz de la generosa esclava, Antropos y Pónos se subieron con ella sin replicar, sobre el inmoble cuerpo del guerrero, aflojaron las hombreras que unian el peto con el espaldar, descñeron con trabajo la escarcela, desprendieron de la cabeza el casco, procuraron restañar la sangre con yerbas cuyas virtudes medicinales conocia Alécia mucho mejor que su padre. Con esto, y por haberle rociado el rostro con agua fria, y aplicádole á las narices manojos de espliego, salvia, menta y yerbabuena, el herido comenzó á respirar alguna cosa y el pecho se dilataba y contraia visiblemente, aunque con dificultad.

—¡Dinamion! gritó Alécia acercándose cuanto pudo á sus orejas. ¡Dinamion! Ten ánimo: ten valor. Haz un esfuerzo para ponerte en pie y volver á tu castillo.

—¿Para qué? suspiró el vencido con voz apagada y lastimera. Sin poder, sin autoridad y sin placeres ¿cuál será mi existencia en adelante? Déjame morir.

—No te amilanes, replicó la esclava. Recuerda que tus desgracias todas se ocasionaron por no seguir nuestros consejos.

—¿Quién eres tú que así me hablas? preguntó Dinamion.

—Alécia.

—¿Y Seuda?

—Está en el castillo.

—¿Y mis esclavos?

—Encerrados allí todos.

—¿Por qué no bajan á curarme?

—Porque temen.

—¡Infame y desagradecida canalla! rugió entre dientes el postrado Dinamion.

—Ahora no se trata de eso, continuó la hija de Pónos. Piensa solo en tu salud. Si te prestas á escuchar mi voz, si atiendes á mis consejos, te prometo felicidad sin igual, dulce paz y vida eterna.

—Esas son palabras, y nada mas que palabras, replicó el gigante. Si poseyeses el amuleto ó talisman que proporciona tantos bienes, los pedirias para tí y para los tuyos, pero nunca para vuestro Señor que fué siempre vuestro enemigo y verdugo.

—Te equivocas Dinamion, dijo la esclava. Nunca quisiste conocer que tu bienestar estaba unido al nuestro, pero nosotros sabemos que nuestra dicha es la tuya. Nosotros damos al gigante lo que es del gigante, aunque quisiéramos que él diese al esclavo lo que es suyo. Tengo el amuleto para labrar la felicidad de todos, grandes, medianos y pequeños, y si tú le abrazas y te le llevas á los lábios y le pones sobre tu corazon, será el principio del reinado de la paz universal y del amor entre los habitantes de Gé.

—¿Y qué amuleto es ese que me dices? preguntó el herido.

—Este, le contestó Alécia presentándole una pequeña cruz de palo.

—¡Una cruz! exclamó el gigante. ¡El instrumento del suplicio mas atroz! ¡La cruz en que martiricé al esclavo! Quitala, quitamela de la vista. Lo que me dices es mentira.

—No tal, no tal, replicó la esclava. Este el signo sublime de la espacion. Si le adoras confesarás tu injusticia y darás prueba de arrepentimiento. Pon tus lábios sobre la cruz que regó el esclavo con su sangre cuando tuvo el heroismo de sostener la verdad contra tus iras; coloca este testigo de su abnegacion sobre tu pecho, y te respondo que sanarás en breve.

—¿Cómo quieres que haga nada de lo que me dices, exclamó el mal trecho Dinamion, si en mi desesperacion y abatimiento no tengo bríos para levantar el brazo?

—Yo te los daré, exclamó Pónos.

—Elpisa, mi bien amada Elpisa, continuó diciendo con fervor; tú, que tienes la singular virtud de inocular fuerzas á quien te mira, olvídate un momento de tu estremada timidez y ven á restituir á este guerrero el vigor de que carece. Acude Elpisa; acude hija mia y sálvanos otra vez con tu presencia.

A la voz de Pónos, á su acento respirando conviccion y fé, allá en las nubes suspendidas sobre el rostro del guerrero, apareció una de color de rosa, toda bordada de plata, toda recamada de oro, y en su centro Elpisa, colosal, inmensurable, sentada sobre el carro de marfil tirado por soberbias águilas, con su dulcísima mirada señalando en direccion á los cielos como para decir á Dinamion que se levantara.

Instantáneamente y por encanto, el herido sintió renacer por todo el cuerpo sus antiguos bríos; hizo un esfuerzo supremo para ponerse en pie, mas quedó con la rodilla izquierda en tierra apoyándose sobre la siniestra mano. Entonces arre-

bató á la hija de Pónos la sencilla cruz de palo que le presentaba, llevóse aquel talisman al corazon, puso en él los calenturientos lábios, recogió del fango su corona de oro, fijó en su centro la cruz sobre sus timbres y florones cual si fuese la mas preciosa de sus insignes preseas, y alzándose del suelo todo rejuvenecido, volvió la mirada al cielo recostándose con agradecimiento sobre los lomos del fiel y generoso Hipodonte.

Algunos instantes despues entraban en el alcázar.

Veamos ahora de qué modo y manera habia pasado Gina el tiempo invertido en la casi resurreccion del mal parado jigante.

Apenas la dejaron en la gruta sola y en tinieblas, sin corona, sin tirso, sin copa, sin pandero, y cubierta además con tosquisimo sayal, cuando se tendió sobre la paja y durmió con sosiego algunas horas. Cuando despertó, la oscuridad de su encierro la pareció mayor que nunca, y estando en pugna por concordar sus recuerdos asaz desvanecidos y confusos, creyó percibir alguna agitacion en el ambiente junto á su misma cabecera, y vió en efecto cierta especie de misteriosa claridad porque con ella estaba Fanta.

—¿Eres tú Fanta? preguntó Gina.

—Yo soy amiga mia, contestó el hada. No te quise dirigir la voz porque creí que dormias. ¿Cómo te sientes? ¿Estás mas aliviada? ¡Ay de mí! ¿y quién te habia de conocer? ¡Cómo se mudan los tiempos! ¡Cuál se marchitan las flores! ¿Te acuerdas de la vez primera que nos vimos? ¡Qué noche aquella tan serena! Y sin embargo, mas serena estaba tu alma. El viento cargado de perfumes gemia entre las rosas y los lirios, y sin embargo, mas puro y perfumado era tu gentil aliento. Acababa yo de cantar aquello que concluia así: *en tanto entusiasmada por el breve rumor de esos suspiros, por la pasion fecunda del aroma, por el conento de armonia tanta, sentiré que mi sér se alza á perderse en la vaga sonrisa de la luna,*

*como se anegan en las blancas nubes los vapores ligeros de la tierra.* Pues así, ni mas ni menos, se alzaba tambien tu espíritu ébrio de felicidad hácia un cielo de ventura. No eran aquellos campos como estas catacumbas y aquella Gina sencilla y amorosa que se miraba en las fuentes y se prendia florecillas, como esta pecadora triste que se encuentra bien aquí porque no tiene luz, porque no quiere verse ni que la vean.— ¿Y por qué? ¿por qué tan rudo cambio? Por el gusto de cantar con un pandero; de bailar llevando un tirso; de beber en una copa de oro. ¡Oh que locura! ¡qué locura! ¡qué horrible locura! Váleme y que capricho tan extravagante. ¿Pues no cantabas antaño al son de la flauta y de la lira? ¿Pues no bailabas alegre con guirnaldas de lirios y violetas? ¿Pues no bebias con gusto en un caracol de nácar?—Pero el vino, el delicioso néctar, el torbellino embriagador de las pasiones son otra cosa; arrebatan, ofuscan, fascinan.—¡Oh dulcísima embriaguez!—Dulcísima, mas del momento.—¡Y despues?—¡Qué horror! ¡qué hastío!—Lo uno dura siempre: lo otro no dura nada.—Ya lo veo, ya lo veo.—Dinamion tiene la culpa, y luego tal vez yo que te invité á cantar desde tu jaula, desde aquella jaula, con sus barras de oro, y sus joyas y sus dijes.— ¿Por qué te obligué á cantar? Sin libertad y todo, aquella cárcel valía mas que la licenciosa orgía.—¿Qué digo?—Esta gruta, esta tristeza, es cien veces preferible. Aquí hay paz del alma; aquí duermes un sueño dulce y apacible sobre ese rudo y penitente lecho;—yo no cambiaria tu sayal por la rozagante túnica de seda con oro y con diamantes. ¿Cuándo tuviste con aquellas vestiduras la tranquilidad que te restituyó el reposo y el bálsamo que has tomado? ¡Ah! no hay duda, cuando eras mujer del pastor, eras muy feliz: prisionera en jaula de oro, eras tambien mas feliz que bacante libre, desatentada loca.— ¿Pero por qué quisiste que se abriera tu prision?—Es claro; para

cantar lo sublime y para cantar lo bello.—En este mundo ¿cómo se habia de vivir si no entonáramos himnos á lo sublime y lo bello?—Es lo mas hermoso; es lo mas precioso; es lo mas glorioso.—Si hubiese seguido cantando siempre cosas tan hermosas, no hubieras perdido el juicio.—La culpa no fué mia: fué de Seuda. Sin sus brebajes, otro, muy otro habria sido tu destino.—¡Qué dolor! ¡qué compasion! ¡qué lástima!—Pero en fin, lo pasado, pasado. Todavía puede enmendarse tu cuita, y aun te esperan dias hermosos y felices. En tu mano tienes el porvenir. Borra tus recuerdos, olvida tus errores y torna á la ternura y á la dicha. ¿Crees que es muy dificil? Nada de eso: haz un esfuerzo.—¿Lo vés?—Tu espíritu torna á ser lo que fué.—Concentra tu voluntad. Lloro y olvida.—¿Lo vés?—es mucha cosa la voluntad. Ella será tu salvacion porque lo puede todo—en las dolencias del alma es el mejor de los médicos. La salud del alma, su paz y su pureza, ni se compran ni se venden. Nadie te las puede dar; nadie imponértelas, pero las tendrás siempre que las descares sin que te cuesten un ardite.—¿Quieres ser de nuevo amante y candorosa? Quiérello con energia, quiérello mucho.—Así.—No recuerdes lo pasado sino para evitarlo, para maldecirlo, para aborrecerlo.—Así.—¿A que te sientes mas pura y mas digna que nunca?—¡Qué felices vamos á ser de hoy en adelante! Ya verás. Dáme la mano, salgamos pronto de aquí y volempos por esos aires azules, y frescos, y serenos.—Mira donde te sonrie Elpisa en su nube de color de rosa, toda recamada de oro, toda bordada de plata. Escucha lo que dice. ¿No te sientes rejuvenecida?—¿A dónde quieres que vayamos? ¿A algun suntuoso palacio? ¡Ah! no hay palacio como una choza. Una chocita apartada, en medio del valle, sombreada por castaños, lavada por el arroyo que murmura, animada por el canto del ruiseñor, sobre un tapiz de margaritas reverberando los rayos con la salida del sol, ó velándose en

silencio entre la bruma de la tarde. — ¡Oh! no hay nada como la apacible soledad de tu modesta choza. — ¡Qué apacible es tu choza! — ¡Qué apacible! — Entrémonos por la puerta. A un lado está la cocina y en ella Pir que prepara el desayuno. — ¡Qué tufillo! ¡cómo trasciende! Apetito me dan esos vapores. — Al otro lado vuestro dormitorio. Allí está el lecho de romero y Antropos descansa todavía, y desde el jardín llega la voz de tu buen hijo saludando como los pajarillos el despertar de la naturaleza. — Anda, dá un beso á tu marido; dásele sobre su atezada frente y verás como despierta y te echa al cuello los brazos, y como si nunca hubieses estado loca, te llama su Gina, su querida Gina.

Aquí poco mas ó menos llegaría Fanta en aquella desarreglada leyenda, peregrina como suya, y la mujer la escuchaba con delectacion, porque el bálsamo de Alécia la habia tranquilizado y fortificado, cuando esta penetró en su gruta para ver cómo seguía. Hallóla tan mejorada, tan otra, que se arriesgó á tomarla de la mano y la condujo al aire libre donde el hombre estaba esperando en compañía de Pónos. La esclava, deseando sorprender á Gina, cuidó primero de hablarla y distraerla; hizo que el hombre se ocultase detrás de una columna de los pórticos y despues la presentó de pronto delante de su marido.

Yo he oido decir á muchos médicos que hay casos de locura que se curan con una impresion inesperada. La loca clavó en Antropos los ojos, recordó los sueños de la soñadora, se pasó la mano por la frente como procurando poner orden en el confuso tropel de sus ideas, y abriendo cuanto pudo entrambos brazos se arrojó al cuello del esposo diciendo con inefable vehemencia:

— ¡Antropos!

— ¡Gina! ¡mi querida Gina! contestó el hombre conmovido.

Se oyó un ósculo apasionado. La mujer lloró por mucho tiempo; inundó en lágrimas el seno de su esposo, lavó en ardiente llanto sus mejillas y se volvió triste pero ya tranquila para alargar en gratitud las manos al bueno, al excelente Pónos.

Habia vuelto á su razon y se sentia con fuerza y con salud para ser como en lejanos tiempos, madre tiernísima, fiel y recatada esposa.



trabajo y el sudor del hombre comunicaban á las armas, y por eso á pesar del número, de la pujanza y del valor de los gigantes, creo firmemente que todavía los hubiera vencido Dinamion á estar en su cabal salud, y si los filtros de la bruja Seuda no le hubiesen trasformado de guerrero en sibarita.

Mientras privado de conocimiento le arrastró Hipodonte hácia el castillo, el espaldar, el almete, la armada túnica y las grevas, evitaron de seguro su fin trágico, y no conviene perder de la memoria al esplicarnos semejante salvacion, que su cuerpo era tan grande que cubria una estension grandísima, por cuya circunstancia escepcional los árboles y demás estorbos se levantaban tan diminutos en comparacion, que alamedas, cercas y barrancos habian sido para él cual tierra llana.

Afortunadamente le cataron las heridas, y asistiéronle dos médicos espertos cuanto leales. Alécia, á la cabecera del herido adivinaba todos sus dolores y tenia para cada uno ya un calmante ya un bálsamo eficaz; Pónos comunicaba las órdenes al hombre, y la mujer preparaba los remedios con la mayor diligencia.

Entretanto Seuda y los suyos no sabian qué pedir. Por un lado anhelaban el restablecimiento de su Señor, porque habian cobrado un miedo cerval á sus feroces contrarios, y porque desesperaban de privar con ellos como con el estúpido caudillo; por otro lado veian que la salud y las fuerzas se las deberia Dinamion á Pónos ó á los suyos, y temian que les manifestara su agradecimiento.

En semejante dilema la astuta consejera eligió como siempre el partido mas diabólico: dejó que obrasen Alécia y su familia hasta restituir la salud á Dinamion, y se propuso fingirse convertida, dar á entender que veneraba á la hija de Pónos, y remedar sus acciones y repetir sus palabras, y sobre todo hablar sin ton y sin son de Teo, de la cólera de Teo, de las iras

de Teo, del temor de Teo, en una palabra: hacer un Teo como suyo.

—Ganemos tiempo, se decia. Mi Señor no puede menos de creer en la sinceridad de los que se vengan curándole. No habrá medio de resistir á la evidencia, y los espíritus fuertes deben plegarse y amoldarse á los cambios y mudanzas. Aparentemos las virtudes de mi rival; mansedumbre, humildad, abnegacion; hablemos siempre de Teo como si le conociésemos, como si fuésemos muy suya. El hombre y la mujer son sencillos, mi amo es estúpido, los duendes todos gente maleante, y como no me faltará ocasion de introducir la discordia, unos me creerán por ciegos y otros cerrarán los ojos de puro lince si pongo á mi favor su conveniencia. Ganemos tiempo. ¡La hipocresía es muy gran cosa!

Así habló Seuda: lo mismo que hablaba ayer; como hoy hablará si existe en Gé ó en otra parte. De un modo ó de otro contaba recobrar su perdido predominio. Pronto veremos la buena maña que se dió hasta realizar su ruin propósito.

Mientras tanto el herido se aliviaba. La voz de Alécia le fortalecia de tal modo y manera, que sin dar señales de pusilánime debilidad se mostraba cuerdo y prudente como nunca. Luego que se sintió no solo restablecido, sino fuerte y animoso, demostró su gratitud á Pónos y á su hija en muchas disposiciones importantes. Quiso por ejemplo que las siempre elocuentes palabras de la esclava se recogieran en preciosos biblos, se abrazó férvido á la cruz como el náufrago al despojo, y mezclando sus instintos naturales y guerreros con sus nuevas y mas dulces emociones, repetia á todas horas.—«En este signo venceré.»

Cuando se vió convaleciente llamó á Alécia una mañana y la ofreció en pago de sus servicios oro y mas oro, y joyas y preseas. Todo empero lo rehusó la hija de Pónos diciéndole

que los bienes del alma y la conciencia no se pagaban con un tesoro vil.

El asombro del gigante no tuvo con aquello límites, mas en cambio semejante desprendimiento escitó como no podia menos el rencor de Seuda, quien se afirmó mas y mas en sus cavilaciones anteriores, y juró de nuevo remedar los buenos oficios de la hija de Pónos, para recibir el premio que aquella con tan inaudita generosidad menospreciaba.

—Parece que el prestigio de esa miserable, decíase con cierto rencor la bruja, la abrirá los tesoros del imperio. Pues será preciso que usurpemos su prestigio. Si lo logro, prometo que no he de hacer el papel sentimental de redentora. No hay remedio; es menester pasar por esa imbécil, sustituirla, reemplazarla, y entonces la riqueza de la isla ha de parecerme poca para saciar mi ambicion.

Durante los dias de la cura y de la convalecencia, los bárbaros siguieron impertérritos en sus talas y devastaciones, recorriendo todas las comarcas. Cansados ya de incendiar y destruir se reunieron cierto dia y juntaron pertrechos formidables para asaltar el alcázar. Pusiéronle el asedio en toda regla y juraron no alejarse de sus muros hasta apoderarse de él.

El peligro crecia y cada instante era sin precio: Dinamion suplicó á la esclava que se encargara como antaño de las negociaciones con los enemigos, y Alécia, dispuesta siempre á todas las acciones de abnegacion y sacrificio, salió segunda vez en busca suya.

A la cabeza del puente se encontró con la fuerza principal de los temibles sitiadores.

Cuando los bárbaros contemplaron otra vez aquella aparicion se quedaron como si fuesen de piedra. La luz que circundia á Alécia, á pesar suyo les enamoraba.

—¿A dónde vais? les preguntó Alécia.

—A tomar ese castillo y á no dejar en su lugar ni la mas pequeña piedra, contestaron ellos.

—¿Sabeis que es obra maravillosa? continuó preguntándoles la esclava.

—Por eso queremos destruirle sin dar cuartel á ninguno de sus moradores, replicaron los gigantes.

—En ese caso, añadió la esclava, tambien venis contra mí y contra mi padre.

—No quisiéramos hacerte daño, porque sabemos lo escelente que eres, pero á tu padre no le conocemos. Si está dentro del alcázar, perecerá.

—Es el que sabe hacer los templos, los palacios, los caminos, los vasos, las estátuas y las armas.

—Nada de eso necesitamos nosotros, replicaron los bárbaros. ¿Para qué? ¿Para afeminarnos como Dinamion? A nosotros nos bastan nuestros ganados y nuestra bizzarria. Somos libres y nuestra ley es nuestro brazo: nuestras divinidades la fuerza y el valor. Por eso adoramos una pica hincada en medio de una pradera, con árboles en torno por columnas, con las nubes por bóveda y por templo.

—Todo eso está muy bien, insistió Alécia. Ya sé que sois muy fuertes; muy valientes; ¿pero alargais con ello un solo dia la vida? ¿Quién os consuela cuando padecéis? ¿Quién os sostiene cuando sois ancianos ó decrépitos? ¿La pica hincada en la pradera? ¡Ah! ¡qué locura! Poseo un talisman que dá salud y vida, que dobla el valor en los combates y centuplica las fuerzas. Con él infundí nuevo aliento á Dinamion; con él cobró fuerzas para ponerse en pie y volver á su castillo; con él le defenderá y tendrá á su disposicion hasta los rayos del cielo. Si le salvais, sabré poner en vuestras manos el amuleto con el cual alcanzareis hasta la proteccion de los dioses. No os empeñeis en destruir ese lugar en que habito porque

despues de todo ¿qué ganariais con su destruccion? Esponeros á perecer ¿y para qué? Mientras que si aceptais mi amistad, yo os ofrezco el talisman que resucitó aquel cadáver que todos vimos á la rastra. Encierra la vida eterna, la constante salud. ¿Quereis lograr tan inestimables bienes?

—Te confesamos muy de veras, replicaron aquellos bárbaros sencillos y por lo tanto subyugados por la sencillez de la verdad, que hemos tenido por cuento la resurreccion de Dinamion hasta que le vimos ayer sobre esos muros. ¿Cómo pudo revivir aquel que cayó mortal bajo los golpes de nuestros invictos brazos?

—Lo mismo revivireis vosotros por ventura; lo mismo. Ni en la sanguinaria lid, ni en el lecho del dolor vuestra verdadera vida nunca jamás se acabará. El amuleto que os ofrezco triunfa de todos los males.

—Sea enhorabuena, exclamaron despues de una pequeña pausa los gigantes. Eso de revivir es cosa grande. Aceptamos tu talisman, pero bajo las condiciones convenidas en nuestro primer convenio, aquel tratado que Dinamion creyó poder cortar con los filos de su espada. Vuelve junto á él y dile nuestra determinacion. Si acepta, que disponga el banquete consabido para dentro de tres dias. Ahora danos ese talisman que tan á salvo pone á quien le lleva.

—Aquí le tencis, contestó Alécia enseñando á los gigantes varias crucecitas.

—¡Vaya un dije! exclamaron todos á la vez. ¿Dónde le hemos de poner?

—Sobre vuestro corazon, pero no le abandoneis jamás. Hoy por hoy es signo de mejora, de progreso, y por eso triunfará de peligros y asechanzas, porque en esta isla tan llena de encantamientos todo lo que la haga progresar triunfará tarde ó temprano.

—Vengan las cruces, dijeron por fin los sitiadores. Nada perdemos con llevarlas y podemos ganar mucho. Di á Dinamion lo que ya sabes.

La situacion del castillo era tan crítica que cuando volvió Alécia para intimar la voluntad de los enemigos, todos sus moradores, inclusa Seuda, se pasmaron de su mansedumbre y longanimidad.

—Salgamos de este peligro, se decia la bruja. Ocupe esa miserable esclava cuatro dias el puesto de consejera. Sosegada la borrasca ya sabré yo volverla á su esclavitud y ocupar el rango que me corresponde de derecho.

Hízose con esto saber á los contrarios que sus condiciones quedaban admitidas, y sin pérdida de tiempo se dieron órdenes al hombre y á la mujer para que dispusieran el festin. Por fortuna los bárbaros accedieron á que Ándros penetrase en el alcázar con los esquilmos de sus huertas y rebaños, con lo mejor de sus estanques y sus bosques. De otra manera habria sido imposible disponer ni la mas frugal y sóbria refaccion: tal era la escasez de víveres.

Gracias, pues, á la generosidad de los sitiadores, desde muy temprano al dia siguiente empezaron á entrar récuas enteras de caballerías cargadas con terneras y carneros, patos y gallinas, liebres y perdices, truchas y lampreas, trigo y frutas, flores y legumbres. Pir, cuyas proporciones hubieron de ser entonces colosales, recibia de manos de Antropos y Gina los bastimentos de boca y los trasformaba de mil modos. A proporcion de su tamaño trabajaba, pero tambien en la misma proporcion comia. Su voraz apetito durante tan ruin período dejó rasos mas de cuatro montes. Afanado como no se vió jamás otro cualquier cocinero, echaba de cuando en cuando la mano á un roble ó á una encina, y de dos embites la engullia cual si fuese tiernísima lechuga.

Verdad es que á proporcion de su voracidad era, segun he dicho, lo que trabajaba. ¡Qué diligencia! ¡Qué primor! ¡Qué gusto!

Porque Dinamion tornó con aquel respiro á sus conatos y gustos sibaríticos. Deseoso de hacer patente la distancia entre su cultura y la barbárie de sus vencedores, exigió muchos de sus platos célebres, pidió alguno de los mas extravagantes, y encargó una y otra vez que todos y cada cual rivalizasen en buen celo, porque deseaba que aquella fiesta fuese la mas suntuosa y opípara.

Con esto figúrese el lector cómo andaria todo el mundo. Bárros no descansó dia ni noche. Con la cantidad de harina que produjo para cocer pan, tortas, empanadas y bizcochos, hubiera podido formarse una montaña.

Ándros, como labrador, iba y venia sin cesar despoblando sus corrales, esquilmando sus huertas y concluyendo con sus ganados, los cuales degollaba Melanio tan de prisa como llegaban al alcázar. Gina tejia guirnaldas, componia ramilletes, abrillantaba ánforas y copas, tendia y preparaba el albo lino, engalanaba el espacioso salon, cuidaba, en una palabra, del aseo y ornato de la fiesta. Antropos estaba en todas partes. Dirigido por el fecundo Pónos, así bajaba á la bodega para elegir los vinos generosos, como daba al cocinero la lista de los manjares, corregia y enmendaba las disposiciones de su mujer, la daba un consejo, gobernaba á Pir, oia al gigante, ó salia al campo en busca de frutas, aves, peces y hortaliza. El castillo se habia convertido en una cocina inmensa: por todas partes no se veian sino mesas y aparadores repletos, y desde que se traspasaba el ancho foso ó el umbral se sentia una dulce pero impaciente gana de comer producida por los aromas de los vinos y el tufo de las viandas.

Además de los aprestos gastronómicos ó culinarios, el hom-

bre con su buen génio tuvieron que preparar en aquellos tres famosos dias los muebles y las baratijas que dentro de poco se verán ideados por la bruja para congraciarse con los huéspedes. Juzgando á todos por su corazon, sostenia que no habia sino *dar* para ganar voluntades. Tal vez tuviese razon.

Al tercero dia, el dueño del soberbio alcázar, rodeado de un resto de su antigua pompa, salió á recibir y saludar á sus contrarios ofreciéndoles en muestra de rendimiento las llaves de oro del castillo sobre un magnífico cogin de grana, todo bordado de oro y pedrería. Rendidas párias de este modo á la altivez de los bárbaros, penetraron juntos en el castillo sin que hubiese en aquella entrada cosa digna de contarse, como no sea la circunstancia de que cada bárbaro llevaba en la siniestra mano una crucecita de madera.

Lo primero que hizo Dinamion antes de principiar el banquete, como huesped cortés y bien nacido, fué enseñar á sus convidados las preciosidades de su casa. Muebles, estátuas, pinturas, joyas, telas, todo lo miraron con desden y menosprecio aquellos conquistadores incultos; mas cuando contemplaron los tesoros y sobre todo la maravilla de las númas, se apoderó de su voluntad indómita una codicia desatentada y ciega. No se cansaban de abrir cajitas de oro, plata y cobre pidiendo espadas, cascos, vestiduras. Comenzaron primero como para dar gusto á su curiosidad, y continuaron despues porque poco á poco fueron gustando la pasion de poseer de todo.

Por último, su generoso anfitrión les condujo á una sala, sin pareja en lo fastuosa, donde tenia preparados los presentes con que queria obsequiarles. De acuerdo con su consejera se habia propuesto sorprenderles. Eran otros tantos sillones de oro y de marfil á manera de soberbios tronos, cuantos eran los gigantes, y sobre cada trono habia un manto de púrpura, y sobre cada manto un cetro de oro macizo, y sobre cada cetro

una magnífica corona. Obra todo del hombre y del buen gé-  
nio, habia sido ideado y dirigido por Seuda, con lo cual basta  
para sospechar que encerraban alguna virtud aborrecible.

—Como prendas de mi estimacion y testimonios de mi libe-  
ralidad, dijo el gigante á sus huéspedes, quiero que recibais  
estas insignias. Son invencion de Seuda la ingeniosa, cuyo  
saber no tiene igual y poseen virtudes singulares. Cuando ma-  
ñana domineis innumerables pueblos, vuestros vasallos os ten-  
drán por de divina y superior prosapia. Ninguno rechistará y  
nadie podrá refrenar vuestros desmanes. Luego que os repar-  
tais mi imperio y que cada uno de vosotros sea rey y Señor de  
vidas y de cosas, colgad la púrpura de vuestros hombros, ce-  
ñíos á las sienes las coronas, sentaos sobre los sólios y vivid  
tranquilos y seguros mientras empuñeis los cetros. Que el cielo  
os dé luengos y felices años, pero no olvideis que recibis estos  
dones de manos de mi consejera. Vamos ahora al festin. Los  
manjares y el vino nos aguardan.

Al entrar los bárbaros (atónitos con todo lo que habian vis-  
to) en la sala del banquete, parecióles mas que tinelo ó comedor  
un régio y fabuloso templo. En medio habia una mesa de mu-  
cha longitud y poca altura cubierta con manteles finísimos de  
primoroso trabajo. En rededor veíanse hasta cuarenta triclinios  
de plata y oro, esculpidos y cincelados elegantemente con  
guirnaldas de flores, racimos de granadas frutas, brutos y  
reptiles, aves entre ramas, y otro sin fin de representaciones  
hacinadas elegantemente sobre unos pies que remedaban los de  
sátiros ó fieras, y que por lo mismo concluían en zarpa ó en  
pezuña.

Sobre la bien dispuesta tarima se levantaban ramilletes co-  
losales y árboles enteros para que los convidados comiesen la  
pera y el melocoton, las uvas y la ciruela, sin que se ajase su  
flor, con todos sus matices y perfumes. Elegantes y airosos

pebeteros, exhalaban vapores embriagadores á los extremos de la mesa, y todo en rededor la cubrian y exornaban los brutos con sus sabrosos cuerpos, las aves cubiertas con sus plumas y los pescados que parecian vivos porque remedaban el nadar entre los tornasoles de la escama dentro de salsas infinitas. Allí suspendian las bellas esculturas de los vasos áureos; allí deslumbraban las luces, y las crespas de innumerables joyas, y allí sobre todo recreábanse los ojos en los límpidos cambiantes del néctar suave y odorífero dentro del puro, diáfano y bien tallado cristal.

Antes de sentarse, ó mas bien de reclinarse para dar principio á la comida, Dinamion se despojó de sus ricas vestiduras, las cuales, aunque en demasía holgadas, le causaban incomodidad en aquella principal funcion. Vistió una toga cenatoria; hizo que le descalzasen para calzar cómodas sandalias: bañó sus pies, sus manos y cabellos en aguas de olores esquisitos; se dejó coronar con rosas y violetas, y se engalanó con sendas vueltas al cuello de una guirnalda de yedra y de azucena, porque segun le habia dicho la bruja, era aquel preservativo seguro contra venenos, maleficios y otras asechanzas.

Tambien invitó á sus convidados nuestro sibarita contumaz á que hiciesen otro tanto, mas ellos se negaron á todo con desdén y dificilmente se decidieron á recostarse en los triclinios, dejando las mazas á su alcance, y las crucecitas de palo sobre los manteles.

Segun se vé, á pesar de sus desgracias, Dinamion no podia desprenderse de sus fatales costumbres, pero con tan mala estrella escogitaba los medios de reivindicar su superioridad, que los bárbaros, en vez de la admiracion y del respeto que él procuraba infundirles, sentian hácia su anfitrión desprecio, disgusto y lástima.

Sentáronse ó reclináronse por fin los convidados, y despues

de pasarse unos á otros un ramito de mirto ó arrayan, para unir y predisponer al amor las voluntades, dióse principio á la fiesta.

Los toscos habitantes de los bosques no hacian mas que probar manjares y desviarlos con hastío.

—Son unos bárbaros, decia para sus adentros el estragado Dinamion, al propio tiempo que devoraba cuanto tenia delante. Ahora comprenderán esos imbéciles la distancia que media entre su ignorancia y mi cultura.

—Oyes, le dijo en voz alta uno de los convidados. ¿Comes siempre esta gazofia?

—¡Gazofia? exclamó el gastrónomo.

—Sí, prosiguió el interpelante. Lo único comible en tu castillo es este pan y estas frutas, porque hasta los vinos son vistosos y olorosos, pero no rascan el paladar como la célia que fabricamos nosotros con el trigo ó la cebada.

—Dános á cada uno dos bueyes á medio asar, añadió otro, y quita allá semejantes golosinas.

—Escucha, prosiguió un tercero. ¿Dónde te metes todo lo que tragas? ¿No revientas con tanta mezcla y tanto bódrio? ¿Y para esto pedias terneras, pavos, truchas y faisanes? ¿Y para esto ponderar el arte de tu cocinero, tu superioridad y tu cultura? Si lo hubiéramos sabido por quien soy, que ni una libra de carne habria entrado en tu alcázar.

—Mis buenos y carísimos amigos, contestaba Dinamion, encubriendo bajo plácida sonrisa los sustos que le ocasionaban aquellas impertinencias. ¡Cómo se conoce que sois los habitantes inocentes de las selvas! Ya ireis conociendo los misterios de la buena vida; ya aprendereis á comer cuatro ó cinco veces mas de lo que pueda caber en vuestro cuerpo. Ahora vereis. Os voy á iniciar en uno de los mas útiles secretos, gracias al cual los placeres de la mesa no tienen límite, ni fin. Reparad bien

en lo que vais á ver y de hoy en adelante podreis estar comiendo todo el dia.

Concluyendo de pronunciar estas palabras, el depravado sibarita se retiró hácia un extremo de la sala, tendióse sobre un escaño y mandó al negro que le urgase é hiciese cosquillas en la traquiarteria (que el vulgo llama gazzate) con las barbas de una pluma de avestruz. Las consecuencias de semejante operacion mejor se pueden calcular que decir pulidamente. Los bárbaros vieron con asombro que su anfitrión, despues de desocupar el estómago, volvía á la mesa con ánimo de repetir.

Quando se persuadieron que aquello no era dolencia, se pusieron en pie y le apostrofaron con menosprecio de esta suerte.

—Tú no eres hombre: eres una bestia, y tratarte como á guerrero seria insigne estolidez. Las palabras que te se dieron no se deben respetar, porque los guerreros respetan á los fuertes, pero nunca á los que de hombres no conservan sino la figura. Habrás querido envenenarnos y por eso no te atreves á conservar en el cuerpo lo comido. Si fueras lo que antes fuiste aquí mismo tomaríamos venganza: mas ya que poner en tí la mano fuera mengua, toma y hártate si puedes mientras nosotros usamos del castillo y sus tesoros á nuestro gusto y buen talante.

Y así diciendo, cogieron unos este plato otros aquel y vertieron su contenido sobre el tendido sibarita poniéndole tan lustroso á fuerza de aquellas salsas y de tan variados colores que tendido en su triclinio tomó el aspecto de un mónstruo. Bajo aquella inesperada lluvia de guisos verdes y amarillos, el desventurado estuvo á punto de perecer. Las rosas y las violetas chorreaban untos y mejunjes. Parecia el asqueroso génio de algun charco asomándose por encima del fangal con la lama y las confervas por el cuerpo y por los rizos.

Despues como los bárbaros habian comido poco, pero be-

bido sin medida, empuñaron sus clavas y con el furor de la embriaguez destruyeron ramilletes y cristales, lo mismo muebles que estatuas. Apoderáronse de cuantas nímias encontraron, cargaron con ánforas, vasos y vajillas; maltrataron á nuestros amigos; persiguieron á los duendes, y durante toda la noche recorrieron el castillo entregados á la mas feroz y destructora orgía.

Cuando se cansaron de destruccion y saqueo se fueron al aposento en donde estaban los regalos que les habia ofrecido Dinamion é hicieron sendos rebujos con cada manto de púrpura, un cetro, un trono y su corona. Entonces al rayar el alba salieron á campo raso dando tumbos y traspies, pero cada cual con su rebujo.

Así se alejaron ébrios y hartos de botín.

En cambio se olvidaban las crucecitas de madera sobre los manteles.

Seuda, quien escondida en paraje cómodo y seguro habia contemplado con delectacion la afrenta de su Señor y la orgía de los enemigos, batió palmas, salió del escondite, recojió las cruces y levantándolas al cielo exclamó sin poder tener la rienda á su imponderable júbilo.

—¡Loados sean los verdaderos dioses! Mi estrella me favorece. Ya están en mi poder estos talismanes que yo sabré convertir en otros asaz distintos. ¡Ah! esclava, esclava. Segura es ya tu derrota. Dadme ¡oh dioses! dadme ingénio y astucia y perseverancia para aplacar mi rencor y ver al mundo de rodillas á mis pies y contemplar que grandes y pequeños se arrastran humildemente para lamerme la mano.

### III.

Lo primero que hizo Seuda despues de seguir con la vista á los bárbaros desde los muros á la luz de la alborada, fué ocultar su regocijo debajo de la mas triste y compungida de todas sus cien caretas. Despues se restregó las manos con fruicion y echó en busca de su amo para comenzar sin pérdida de momento sus diabólicas maquinaciones.

Encontróle en un rincon taciturno y pensativo envuelto en la toga cenatoria muy pintada lindamente de manchas y lamparones. Tenia la cabeza entre las palmas, los codos sobre las rodillas, y gemia al parecer algo mas que corrido de vergüenza.

—¿Qué tienes, Señor sábio y delicioso? le dijo en tono plañidero. No te abatas así por tan poca cosa. ¿No fuiste lo que fuiste? ¿No te quedan recursos y salidas? Si un momento de credulidad y confianza pudo colocarte á los bordes de un abismo, tu grandeza no se mancilló como tu toga, y en la opinion de los cuerdos tan infausta sencillez realzará de seguro tus soberanas virtudes. Todo el mundo dirá que has sido víctima de los nobles instintos de tu alma. No es esto significar que Alcía cometiera tan peligrosas liviandades por mal hacer ó con dañada intencion. ¡Pobrecilla! Cree que el mundo se gobierna con besos y caricias, sin ver que el leon y no el cordero es el Señor de los bosques. ¡Pobrecilla! No sabe mas, aunque su intencion es pura. El resultado de su pasmosa influencia sobre los bárbaros, ¡no ha sido á la verdad muy halagüeño, y sin embargo, no la creo capaz de insinuar á sus amigos que te ahogasen en el festin bajo aquella lluvia de salsas y golosinas. No; no es posible siquiera sospecharlo por mas que los jigantes la mimen y la veneren y hasta sus hechos parezcan acusarla. ¡Ay de mí! y qué figura tan lastimosa hacias cuando sin poderte levantar de aquel triclinio, llovian sobre tu divinidad así anguilas como lampreas! El rey de la isla, el guerrero coronado de laurel por la victoria, parecia una cloaca y su manto imperial una rodilla.

—Calla, vociferó Dinamion alzando el rostro iracundo. No me recuerdes mi afrenta, porque me hiere y mortifica hasta que la sepas tú. Solo respiro venganza. Juro..... ¡Oh dioses! otorgadme la bastante vida para convertir el mundo en sangre y horrores y esterminio. ¡Escarnecerme así en mi propia casa! ¡Caer en semejante lazo! ¡Haber abierto las puertas á mis enemigos para ser diversion de su barbárie! ¡Y todo por creerme de una imbécil! ¡Y todo por soñar cual imberbe rapazuelo que con amor y cariño iba á vencer á mis rivales! ¡Y todo por haber

sido borrego cuando nací y viví león! ¿Dónde está Alécia? Que comparezca Alécia

—Sosiégate divinidad deliciosa, exclamó Seuda con taimada hipocresía. Cierto que la esclava tiene la culpa de lo sucedido, mas es tan buena, tan leal.....

—Déjate de divinidad, vociferó el ofendido echando espuma por la boca. Demasiado claramente veo que no lo he sido ni lo soy. ¿Dónde está Alécia, digo?

—Sosiégate, insistió la bruja con intencion cada vez mas infernal. Sosiégate. ¡Es tan noble la hija de Pónos! ¡Tan buena toda su familia!

—Basta, gritó Dinamion rugiendo como energúmeno y rechinando los dientes. Basta, digo. Traéme á la hija de Pónos: en mi aposento os aguardo. Voy á cambiar esta manchada despreciable toga, por mis antiguos arreos, duros, y frios, y pesados, es verdad, pero dignos al fin y nobilísimos.

Vertiendo gozo por todas las coyunturas, Seuda corrió para reunir, consolar y sostener á sus duendes, comunicando de paso las órdenes de Dinamion, á su rival y enemiga.

Algunas horas despues, esta, su padre y los esclavos se presentaron ante sus opresores.

—Dime, esclava miserable, exclamó el guerrero apenas estuvo cerca la hija de Pónos. ¿Qué traicion es esta que me has hecho? ¿Por qué franqueaste el rastrillo á huéspedes tan faltos de palabra y fé? ¿Fué por ventura para verme envilecido y afrentado, ó para que saqueasen mis tesoros?

—Señor, contestó Alécia, si en lugar de hacer gala y ostentacion de tus antiguas costumbres, de tus vicios y flaquezas, te mostraras grande y digno en la adversidad, todos te hubieran respetado, nadie te habria escarnecido. Asaz te lo dije de antemano, no hay fausto ni hay oropel que imponga tanto respeto como la nobleza del ademan ó la serenidad de la mirada.

—¡Ira de gigante! exclamó Dinamion impaciente é iracundo. Tu audacia no es de sufrir. Has querido sin duda alguna atentar contra mi existencia, y ¡todavía me reconvienes?

—No ha mucho que la tuve entre las manos, replicó la esclava, y entonces te restituí á la vida.

—Sin intencion alguna, por supuesto (interrumpió la malavenida Seuda) de medrar con los tuyos á la sombra de la bondad de nuestro amo, y deshacerte de él bonitamente tan luego como en ciega confianza hubiese reducido á la impotencia á sus fieles servidores.

Alécia se volvió á la bruja é hizo un movimiento de desprecio.

—Ya lo ves, continuó la fementida; los hechos están patentes. Apenas te confias un momento á las suaves persuaciones de la esclava, cuando se desploma sobre tu cabeza alguna atroz calamidad.

—Señor, Señor, gritó dos veces Fobo entrando en el aposento con las greñas erizadas y los bigotes de punta. Los gigantes han vuelto; están á la misma puerta; vienen tambaleándose algo menos que al salir, pero cargados con sus rebujos, y dicen que aquí se les olvidaron sendas crucecitas que las tienen en mucho, que las quieren, y que si no se les restituyen reducirán á polvo nuestro alcázar.

—Pero ¿qué cruces son esas? preguntó Dinamion. Por quien soy que nada se me alcanza.

—Son, continuó Fobo, unas cruces de palo que segun dicen les presentó Alécia cuando convino con ellos las mentidas paces. Trajéronlas consigo, dejáronlas sobre la mesa del festin y olvidáronse de ellas durante todo el saqueo.

—Señor, dijo al oír aquello Seuda, si me dás tu soberano permiso yo devolveré sus cruces á los bárbaros. Serán unos amuletos como ese que veo pendiente sobre tu gola, que recogí

efectivamente de sobre la tarima del banquete. Dame tu vénia y te aseguro que nuestros enemigos irán servidos á placer.

Dinamion hizo un signo aprobativo y la bruja salió para devolver las cruces.

Pero es el caso que segun pudimos colegir por las palabras que dijo al terminar el saqueo, y recogerlas, la muy taimada no queria desperdiciar tan escelente ocasion de hacer una de las suyas. Así pues, entretuvo sagazmente á los gigantes al otro lado del foso, y mientras tanto, apuró sus sortilegios para quitar á las cruces su virtud casi divina y darlas en sustitucion una fuerza particular pero maléfica. Como la forma y la esterioridad no habian variado, los bárbaros recibieron sus talismanes sin recelo, y asidos cada vez mas tenazmente á sus cetros y coronas y envueltos en la rozagante púrpura se alejaron despaciosamente.

¡Natural y peligroso engaño de los ignorantes, que necesitan la forma material mudable y perecedera para comprender lo que no está sujeto á los sentidos, ni se modifica con los tiempos, ni deja de ser eterno! Cambia la mano y la intencion del que fabrica el amuleto, y le reciben inocentemente, y se fian á lo contrario de lo que desean. No en balde decimos por acá, que detrás de la cruz pudiera muy bien estar el diablo.

Pero volvamos á Gé.

—¡ Ah! exclamó la bruja siguiendo con la vista á los que se alejaban. No cabe dudar: el cielo me favorece. Id, incautos, andad. Repartid como querais la tierra. No sabeis lo que os aguarda. Esos cetros y esos tronos, esas coronas y cruces, esos mantos que os fascinan, los recibísteis de mis manos y ellos nos vengarán de vuestro orgullo infinito, de vuestros enormes desafueros.

—Eidólatros, gritó á seguida. Eidólatros, Filoctesia, ¿que-reis poner os gordos y volver á vuestra salud pristina? Tú, Eidó-

latros, tú que pareces un cadáver ¿quieres? Pues seguidme sin descanso á esos rudos invasores. Vigilad todos sus pasos y mínimos movimientos. Observad; cebaos en su cabeza y su corazón, chupadles la sangre, sorbedles todo el seso, y cuando no les quede nada, tornad por acá para decir lo que sucede. Toma Eidólatros, toma Filoctesia, aquí teneis los instrumentos necesarios para ejecutar mis órdenes. Dos barrenas en cruz (porque por ahora todo se hará con la cruz y en forma de cruz) un pomo de aceite santo y un unguento de pomada de oro. Tú, Eidólatros, barrenarás con esta barrena en cruz el cerebro de esos bárbaros cuando se duerman sobre el trono, y por allí les sacarás el seso, y tú, Filoctesia, penetrarás con esta otra hasta su mismo corazón para estraerles la sangre. Despues el uno sopla y sopla por el agujero para llenarles de viento la cabeza y tapa bonitamente con el dedo untado con el aceite, mientras que la otra introduce la pomada de oro hasta en las venas, y del mismo modo tapa. Una vez así ungidos por vosotros, mis buenos, mis fieles emisarios, volved para recibir la recompensa, porque se habrá verificado la gran trasfiguracion. Que el cielo os guie é ilumine. Ahora vamos á ver si concluyo de persuadir á mi Señor estúpido, pero con eso y todo, delicioso.

Seuda se dirigió en seguida cada vez mas satisfecha á la estancia del gigante, y cuando llegó á su lado oyó que platicaba con Alécia y que decia:

—Yo no sé qué contestarte: lo confieso. Parece que dices bien. Tienes un piquito de oro, y luego esa luz..... esa dulzura..... Vamos, casi me convences..... De esa manera Antropos seria nuestro igual sin serlo..... Él trabajaria á gusto..... Yo no careceria de nada..... Todos seríamos hermanos..... Habria entre unos y otros paz y amor..... Es muy hermoso..... lo confieso..... Seria una delicia..... En fin, yo no sé lo que te pueda contestar.

—¿Qué es eso? exclamó la bruja cuyo asombro había ido en aumento y en aumento á medida que Dinamion se mostraba casi convencido. ¿Qué es eso, Señor absoluto de la isla? ¿Así te arrastras á los pies de tus esclavos? ¿Así te dejas persuadir por esta criatura? En este corto rato que te ha cogido solo ¿tan pronto te pudo convertir? ¿No conoces que son tus enemigos? ¿No ves que marchas á tu ruina?

—Ella no dice eso, contestó Dinamion medio corrido. Asegura que todos somos iguales en nuestra alma, y que si yo y tú quisiéramos, estos infelices ganarian mucho y nosotros nada perderíamos.

—¡Utopias! ¡utopias! paparruchas, exclamó Seuda fuera de sí. ¿Qué entiende de esas cosas la cuitada? Ea, Señor, no es tiempo de divagar. Nos amenazan peligros y para conjurarlos de una vez despide á toda esta familia, discurremos y conferenciamos. Despues podrás hacer que comparezcan, y si quieres los escucharás. ¿Podemos conferenciar sobre la marcha á solas para salvar la autoridad y el órden?

El gigante significó que sí con la cabeza y Pónos y su hija, Antropos y su mujer se retiraron respetuosamente.

Los dos célebres protagonistas de este, que no sé si es cuento, se quedaron por lo tanto solos para tratar las cuestiones mas trascendentales, cuestiones que ellos llamaban, y no sin harta razon, cuestiones de vida ó muerte, y Dinamion fué el primero que habló con su habitual impaciencia.

—Vamos á ver, dijo, no perdamos tiempo; dí cuanto tengas que decirme.

—Sea enhorabuena, contestó la bruja. Me alegro que estés tan bien dispuesto. Ya es hora de que nos entendamos. A un lado, pues, pueriles consideraciones, palabras mentirosas, rodeos é hipócritas argucias. Ya vés á qué situacion nos trajo tu credulidad.

—Y tus perversas doctrinas, añadió el gigante. Pregúntaselo sino á la hija de Pónos.

—Sea como tú quieras, Señor, replicó Seuda. No vayamos á aumentar nuestros apuros por tan poco. Lo pasado, pasado. ¿A qué volver y revolver sobre lo que ni remedio tiene? Pellillos á la mar y vamos á lo positivo. ¿Deseas imperar sin rivales sobre la isla de Gé?

—Lo deseo.

—¿Quieres vivir sin trabajar?

—Lo quiero.

—En ese caso, mandarás y gozarás eternamente, si te persuades que para conseguirlo todos los medios son lícitos. Permíteme que te recuerde en frases brevísimas en dónde estás, lo que puedes y lo que eres. Quien te hubiese oído lo que decías á Alécia, habria creído que lo habias olvidado. Señor de un pueblo innumerable de trasgos y de duendes, sabes por esperiencia que nada poseerás, ni siquiera podrás satisfacer la menor de tus necesidades, sin someterte y someternos á las leyes del odiado Pónos; porque todo tiene su precio en esta tierra encantada, precio que es indispensable pagar, y desgraciadamente ni tú, ni yo, ni duende alguno, somos capaces de producir (por falta de voluntad, se entiende), lo necesario á satisfacer el último de tus caprichos. El hombre y Pónos son los que todo lo hacen, los que saben conseguir los imposibles; sin ellos adios riqueza, adios medros, adios dicha, adios dulce poderío. Pero si bien es cierto que nada producimos, en cambio sabemos apoderarnos de todo. Tú eres fuerte, y á la fuerza no hay resistencia: yo soy astuta, y todo lo facilita la paciente astucia. Animo, pues; cierra los oídos á los cantos de las sirenas, y veamos de ponernos de acuerdo para avasallar al hombre y á su génio protector, por los tiempos perdurables. Trabaje el hombre, inspirele su génio, comamos y disfrutemos

nosotros; tal es el objeto digno de nuestra superior naturaleza; tal la meta á la cual nuestros esfuerzos han de dirigirse.

—Te entiendo, dijo Dinamion; bien que estas cosas las esplicas como nadie. Veo no obstante una grandísima dificultad.

—¿Cuál?

—Lo que sucede (á pesar de tu sabiduría) con el singular encantamiento de la esclava Alécia. Ignoras lo que ha encogido su manto. ¿Has reparado que ya las manos se la ven? La luz que cae de su cabeza, es mayor y mas clara, y témome de todas veras que conforme á la profecía antigua del oráculo, en el momento de descubrirse su rostro por entero, nos quedemos sin esclavos ó tengamos que recibir su ley.

—Eso no; interrumpió Seuda. Antes mil veces la muerte. Por dicha nuestra no será menester llegar á tanto. Hay muchos modos de evitar tan fatídico pronóstico: yo tengo mas filtros de uno. ¿Te opones imprudente todavía á esterminar á la esclava?

—Me opongo, contestó Dinamion por las razones que sabes y ahora me opongo mas que nunca. ¿No sabes que mientras ella viva Pónos no se alejará del hombre, y que la esperanza de verla reina y Señora le mueve á revelar á su protegido maravillas y tesoros? Si llegase por el contrario á saber que su hija idolatrada no reinaria en Gé jamás ¿cómo quieres que nos proporcionase tanta satisfaccion, tanta riqueza? Además, los bárbaros han destruido monumentos, obras y primores: tenemos que reponer por lo menos aquellas cosas mas precisas, y ahora que necesitamos mas que nunca de las obras de Antropos y Pónos ¿quieres que corte por el pie el árbol que produce tan indispensables frutos? Para cuatro dias que hemos de vivir, veamos si nos dura el manto y sostenemos el encantamiento hasta lo último.

—Tal vez tengas razon, dijo mal su grado Seuda. Pero si no

la esterminas muy del caso será que la ocultemos. ¿No es un peligro constante el que esos miserables servidores se dejen fascinar por su hermosura? Pues ese peligro quedará salvado con quitarla de su vista. Una dificultad existe, sin embargo, para lograr la ocultacion de Alécia: el prestigio que tú mismo la diste; la fé que tiene tu pueblo en sus palabras; la fascinacion que ejerce con sus cruces. ¿Y es por ventura de estrañar? El jefe mismo del imperio lleva la cruz sobre su pecho; el Señor de todo no querrá renunciar á ese talisman que acabará por hechizarle.

—Eso no, interrumpió, pide lo que quieras para los demás; dispon tus embustes como te se antoje; pero yo sé demasiado lo que me valió este signo, y quiero conservarle, y juro que le conservaré para precaverme contra el mal y aun para defenderme contra tí. ¿Piensas que olvidé el efecto de tus filtros?

—Sea enhorabuena, repuso la astuta Seuda. No son estos tiempos de discordia. Si hemos de seguir mandando tenemos que estar unidos. Haz como te plazca y volvamos á lo que mas nos importa. Decia, pues, que convenia meter á Alécia en un pozo, pero tambien aprovechar su prestigio. Hé aquí ahora cómo creo que ambas cosas se han de conseguir. Conviene para atajar el mal que Anoya torne á desempeñar algun difícil papel, y deshaga poco á poco lo que es cuerdo no desarraigar de un golpe. Diremos que la hija de Pónos se ha retirado á unos lugares sagrados; que no habla á nadie mas que á Anoya; que esta es su favorita, su apoderada, su confidente; que á ninguno otro le seria posible obtener su gracia; y que las máximas de Alécia son las que divulgará aquella con su ignorante osadía. De este modo nos aprovechamos del prestigio tan justamente adquirido por la esclava, hay mas misterio, y modelamos á nuestro antojo las creencias de

los nuestros. Para que el traje no desdiga del oficio, y toda vez que las virtudes de Alcía que mas fascinan al vulgo son su pobreza y su desprendimiento, pondremos á mi criada un hábito de sayal, una especie de túnica con capucha, ceñida por las caderas con tosca y ñudosa sogá. Llevará los pies al aire, y como prueba irrecusable de su autoridad y ministerio, imitaré los resplandores en torno de la esclava, haciendo que debajo del ropon lleve escondida una tea. Ya verás andando el tiempo si todo esto no nos sirve. Estoy segura que así, volverán los duendes á escuchar á mi criada como antaño, y hasta el hombre, tan amigo de la imitacion, claudicará. Asaz solevados veo yo á los habitantes todos de la isla con la libertad, y los trastornos de estos últimos tiempos. Es necesario subyugarles de algun modo. No olvidemos tampoco que el hombre pudiera negarse á trabajar ó preferir la muerte á la esclavitud, y entonces ¿qué sería del imperio? No hay remedio: es necesario que tú seas el primero en aparentar que crees y en sostener con la fuerza que si habla mi criada Anoya, es porque Alcía la inspira.

—No veo gran dificultad en lo que dices, contestó Dinamion á lo que Seuda parecia preguntarle. Si es preciso aparentar para gozar y mandar, desde hoy aparentaremos. Sigue, pues, que me enamoras. Es mucha chispa la tuya.

—Vengamos ya, continuó la bruja á la parte principal. Discurramos con cachaza la manera y mejor modo de arreglar el gobierno de la isla. Los tiempos cambian y los prudentes deben cambiar en apariencia al compás de las mudanzas. En el fondo, es muy otra cosa. Hablemos pues del gobierno.

—¡Ay mí! exclamó Dinamion, poco tendrán que arreglar. Ya solo soy Señor de este castillo y dos jornadas á la redonda. ¡Mis enemigos mandan por doquier!

—Así sería, á la verdad, replicó la bruja, si yo no fuese tu

leal, tu cariñosa amiga. Con tiempo pensé en salvarte, aunque tú te dejabas arrastrar hácia un abismo. Si accedes á mis deseos pronto me lo agradecerás. Has de saber, que durante los desafueros de tus traidores comensales, me deslicé bonitamente por la sala del festin, y recogí todas y cada una de las cruces que olvidadas estaban sobre la bien surtida mesa. Sin pérdida de momento, privélas de sus virtudes y en cambio las preñé de maleficios. Tales volvieron hace poco á manos de tus contrarios, que has de oír muy bravas nuevas á su tiempo y su sazón. Hoy por hoy, sírvate de consuelo que nada tienes que temer.

—¡Plegue á los cielos que así sea! replicó el gigante. Tendré paciencia y veremos. A fé á fé, que no poco la necesito. Sigamos con el gobierno de la isla.

—Queda convenido, prosiguió Seuda como para asegurarse mas, que haremos desaparecer á la hija de Pónos y que tú sostendrás á Anoya como lugarteniente de la celebrada Alécia.

—Queda convenido, repuso Dinamion.

—Enhorabuena, prosiguió la bruja, vamos ahora al esclavo. No se puede negar que las máximas vertidas por la hija de Pónos en estos últimos tiempos, con ser atentatorias á tu sagrada autoridad y subversivas del orden hallan eco y simpatía en todos los corazones. Hoy no podrias decir como en tiempos mas felices. *Lo mando porque lo quiero; lo tomo porque soy fuerte.* Podrian sublevarse hasta nuestros duendes. ¿No es ya moda hablar de amor? ¿No están en auge los sentimientos de hermandad? Pues hablemos de hermandad, obremos por puro amor..... mas todavía: finjamos amor de padre. Tú serás el padre de todos: yo la madre cariñosa, y en prueba de que es así, les llamaremos hijos aunque les tratemos como esclavos. Démosles tierra para cultivar con alguna denominacion desco-

nocida; la de siervos, es decir, servidores, por ejemplo. Que sean libres *para trabajar noche y día*; que nos entreguen *sin que falte un grano*, los frutos de la tierra, y que tengan el precioso derecho de mantenerse con lo que *les sobre*. Ya lo he dicho: de espíritus superiores y prudentes es ir variando la forma exterior de las cosas y sobre todo sus nombres, pero conservar intacto el fondo. Simularemos así respetar algunas grandes verdades vertidas en hora mala por la infausta Alécia, sin sacrificar por esto un átomo de nuestros privilegios.

—Por quien soy, vociferó gozoso Dinamion, que eres sagaz y astuta como nadie. Bien urdida está la trama. Adelante con tus planes de gobierno. Ya me van interesando.

—¿Comprendes que nada has de perder?

—¡Y vaya si lo comprendo, sigue, sigue.

—Antes, continuó la bruja, tenias que dar al esclavo un puñado de bellotas: ahora, ni aun eso poco. Todo te lo tiene que entregar en pago del sacratisimo derecho de disponer de sus sobrantes.

—¡Já! ¡Já! ¡Já! exclamó el gigante riéndose como un bendito de la ocurrencia de su consejera. Sigue, sigue, que me gusta.

—Prosigo, continuó Seuda aprovechando el buen humor de su amo. Vamos á la subdivision de la suprema autoridad. Quiero que me confies la guarda de tu castillo. A él vendrás cuando te se antojare; dentro y fuera de él serás mi muy amado dueño, mas si ha de haber concierto en toda la isla, si Anoya y yo habemos de ser tenidas por lo convenido, tú mismo debes confesar que nos debes cuanto tienes. Solo así podré atender á la unidad del pensamiento hegemónico.

—Convengo, dijo Dinamion en todo cuanto me propones, por mas que no entienda bien que es un eje mónico.

—Eso, replicó la bruja es el pensamiento director y no

es extraño que no te se alcanzase porque es término de ciencia.

—Sea lo que fuere, añadió el gigante, yo entiendo que tu vas á gobernar ó desgobernar, dar leyes y decretos, y que yo podré salir como en otro tiempo por los campos, volver al ejercicio de las armas, y hacerme Señor de nuevo de la isla.

—Así es, dijo la vieja.

—Yo, insistió Dinamion, podré hacer cuanto me diere gana y tú me apoyarás con tu saber.

—Cabalmente, dijo la taimada.

—Pues entonces, que me place, concluyó diciendo Dinamion.

—Una cosa se me olvidaba, añadió Seuda. Creo que tambien Gina debe desaparecer.

—Eso no, ¡viven los dioses! exclamó Dinamion con torvo gesto.

—Al menos, continuó la blanda consejera, cortémosla la lengua para que no cante, saquémosla los ojos para que no vea.....

—¡Ira de gigante! gritó el guerrero con un movimiento de amenaza que hizo temblar á la bruja. Si llegas á uno solo de sus hermosos cabellos, por quien soy que la tajada mayor de tu cecina será como un cañamon. ¿Qué mal te ha hecho la mujer? Ella me ha inspirado todo lo grande y lo bello, y ella me cuidó en mi enfermedad con una abnegacion sublime.

—Entonces, replicó la vieja con ademan abatido, nada habrá de seguro y duradero en nuestras lindas elucubraciones. Tu fuerza, tu valor, mi astucia, mi paciencia, levantarán sus torres en el aire y pretendemos fundar alto castillo encima de arena leve. Nunca, jamás habrá paz para Dinamion y Seuda, mientras la voz de la mujer pueda entonar himnos de

amor y de entusiasmo, mientras sus ojos y su boca tengan miradas y besos para galardonar la constancia, la fé y el heroísmo.

—No insistas mas en esos tus mal reprimidos ódios, la dijo Dinamion. Nunca consentiré en dañar á la inocente Gina. La dejaré si quieres con su marido. Procuraré si lo exiges no acordarme de ella, no escuchar su voz, pero ¿mutilarla? ¿matarla? jamás, jamás. Está dicho. Hagamos comparecer á los esclavos para poner por obra tus planes y proyectos. Me abruman estas bóvedas, estas prisiones, y anhelo con impaciencia salir otra vez á campo raso. Desco lavar mi afrenta en sangre.

---



#### IV.

Tanto por falta de aliento, cuanto por sobra de cuidados, dejé de dar cuenta en el anterior capítulo de lo que pasó entre los oprimidos y los opresores á seguida y como resultado de la famosa conferencia. Repuesto un tanto de mi creciente fatiga, voy á tomar el hilo de mi historia antes de que algun nuevo vaiven de la fortuna le quiebre con el de mi vida.

Conociendo la taimada bruja que no era fácil torcer á Dinamion de su propósito, llamó á sus fieles criadas para que volviesen Antropos y Gina á la presencia del gigante. Ambos llegaron con Alécia, y Seuda se encargó de darles á entender el nuevo arreglo.

—Mi muy amada hermana, comenzó por decir la muy astuta dirigiéndose á la hija de Pónos; tanto mi Señor como yo misma nos rendimos á la luz de la verdad. Desde hoy no habrá mas leyes que las del gran encantador Teo, y no solamente ha de reinar su nombre entre nosotros, sino que desde ahora nos declaramos en representacion suya padres de todos los nacidos.

—Bastará, interrumpió Alécia, con que como á hermanos los ameís.

—No basta, replicó la bruja. Tenemos que cuidar hoy mas que nunca del bien de nuestros hijos Antropos y Gina. Ya sabes que nuestra mision es mandar y dirigir.

—Sí, eso es: siempre mandar y dirigir, añadió el gigante haciéndose como el eco de la bruja.

—No lo sé, contestó Alécia, pero sigue, sigue.

Nuestros buenos náufragos se miraban con la boca abierta al oír la conversion de sus verdugos.

—Pues bien, continuó Seuda, sabes igualmente que las leyes de Teo necesitan interpretacion.

—Tampoco lo sé, dijo la esclava. Lo que necesitan es observacion y estudio; despues fé sincera en su armonía y eficacia, y por último, completa libertad para que ni sean torcidas, ni menoscabadas por nada ni por nadie.

—¡Y no temes, pobrecilla, las iras de Teo! exclamó la bruja.

—No, porque Teo es la pura bondad y no puede sino querer que se obedezcan sus leyes.

—¡Qué error! ¡Qué aberracion! chilló la consejera algo impaciente. ¡Cómo si todas las criaturas fuesen iguales! ¿Y la autoridad? ¿Y el orden? Tú por ejemplo, mi querida hermana, sabes las leyes de Teo como nadie, y sin embargo, si te dejásemos libre trastornarias el mundo.

—Verdad, si el mundo estuviese reducido á vosotros y vuestros servidores, replicó la esclava. Ya se vé: acostumbra-

dos á decir en todos tonos *la isla soy yo, el mundo soy yo*, atacar vuestros intereses decis que es comprometer la existencia de lo mas sagrado. Pero si mañana quedáscis reducidos á la humilde situacion de servir y prestar obediencia al hombre ¿creéis que el sol se apagaria, que la tierra no daría fruto, ó que la justicia y el amor no estenderian su imperio?

—¡Qué errores! ¡Cielos! ¡Qué blasfemia! exclamó Seuda, y tras ella como un eco Dinamion. ¡Qué ceguedad! ¡Qué locura! Queremos interpretar esas mismas leyes que tú sabes como ninguno, por tu bien..... ¿y todavía te quejas? Queremos interpretarlas para que sean mejor conocidas, ¿y te opones?

—Os digo que no necesitan interpretaciones, pero decidme, preguntó la hija de Pónos. ¿Quién ha estudiado (para poderlas revelar) esas leyes del gran Teo á fin de que reine el amor y la justicia que tan de pronto de vuestros corazones se apodera?

—Mi Señor todopoderoso, por supuesto, contestó la bruja, y..... yo. Hace tiempo que nos fueron reveladas.

—Claro está, yo y mi consejera, repitió el gigante.

—¡Qué sarcasmo! exclamó la hija de Pónos. Entonces siguen y seguirán los abusos bajo distinto disfraz.

—No digas eso, mi muy amada hermana, exclamó á su vez la bruja. No digas eso, si no deseas incurrir en las iras del bondadoso Teo, en su cólera infinita. Nosotros solo pretendemos salvar é instruir.

—Eso es, volvió á decir Dinamion. Salvar y destruir.

—Y ¿cómo sin estudiar las leyes de salvacion?

—Primeramente, prosiguió la consejera, ya te dije que esas leyes nos son conocidas milagrosamente, y por eso necesitamos un intérprete de tus misterios y aforismos.

—Si, repitió el coloso, de tus misterios desaforadísimos.

—¡Cuánta contradiccion! ¿Y para qué? preguntó la esclava.

—Para que tus palabras se espliquen y comenten con pru-

dencia; para ahorrarte la fatiga de habértelas con el mundo.

—Yo no necesito intermediarios, exclamó Alécia con acentos entusiastas. Yo ni tengo, ni tuve, ni tendré misterios. Solo he menester de libertad, y entonces el que no me vea será ciego. Porque soy como la luz; cualquier cuerpo que se interponga al paso de mis resplandores, aunque sea el cristal puro y diáfano, siempre les empañará. ¿Qué será, pues, si el cuerpo que se interponga no es ni con mucho la pureza misma? Además ¿quién va á ser, quién puede ser vicario mio aquí?

—Anoya, dijo Seuda.

—Anoya, repitió su amo.

—¡Anoya! exclamó la hija de Pónos tristemente. Entonces lo comprendo todo.

—Tendrá además mi criada el cargo de regenerar á la mujer.

—De degenerar á la mujer, dijo Dinamion.

—Y por lo mismo, añadió Alécia, de descarriar y embrutecer al hombre. ¡Oh! ¡desgraciados amigos! dijo volviéndose hácia los pobres mortales. Días de prueba se acercan, tened fé, tened esperanza y caridad, porque con solo tenerlas asegurareis el triunfo. Sembrad esta semilla dentro de vuestros corazones y trabajad, trabajad, trabajad para descorrer mi velo. Vuestro único amigo y protector en esta isla es hoy, como ayer, como mañana, mi padre, nunca bastantemente obedecido. Mientras llega el dia de la redencion, bendita será vuestra miseria. ¡Bendito el que carece y el que llora! porque el último será el primero.

—Ese es un error, mi muy amada hermana, interrumpió la bruja. En este valle de lágrimas Antropos y Gina son malditos para siempre, y hasta el trabajo de sus manos los perderá sin remision como no le hagan cuándo y como yo les diga.

—Eso, eso, añadió el jigante, cuándo y como yo les diga.

—El trabajo fuera de las ocasiones de la clase y la medida que habremos de establecer, seria un grave pecado que Teo castigará con penas y con tormentos, añadió la bruja.

—¡Sutilezas y siempre sutilezas! ¡Excepciones y contradicciones! exclamó la esclava tristemente. A vuestro antojo, segun vuestro interés, quereis hacer lo bueno malo, y lo malo bueno. Pretendeis que las leyes de la isla se muden á vuestro gusto ¡cómo si no fuesen eternas y necesitasen ser corregidas y enmendadas por vosotros! ¡Cuánta soberbia! ¡Cómo si no llevasen en sí su limitacion y correctivo! ¡Y luego pretendeis creer en la sabiduría de Teo! ¡Y hablais de su omnipotencia? ¡Así comenzais á interpretar sus sábias leyes? ¡Qué idea teneis de su bondad! Pero en fin : hágase como querais: el resultado siempre será el mismo. Un poco mas, un poco menos de dolor: la voluntad de Teo recibirá su cumplimiento.

—Ahora, mi muy amada hermana, siguió diciendo la bruja despues de un instante de silencio, ya que te resignas y conformas, es conveniente á la salud de la tierra que te retires para que Anoya promulgue tus palabras. Si dejásemos que cada cual las escuchase y entendiese á su manera seria todo anarquía. La unidad en el gobierno es tan necesaria como el órden, y si se han de conseguir tan apetecibles dones, una sola voluntad ha de dar forma y vigor á las verdades y ha de separar aquellas que conviniere decir de las que fuesen nocivas.

—¿Y puede haber verdades perniciosas? exclamó Alécia. ¿Habrá inteligencia alguna que usurpe así, sin mas ni mas lo que solo al gran encantador compete? ¿Puede existir mayor unidad que la unidad de mi doctrina que es la misma sencillez? ¿Habrá voluntad alguna mas pudiente que la voluntad de amor?

—Esa es una utopia, una utopia, mi amada hermana. Es un error de los demonios, insistió Seuda. La ciencia del gobierno no es ni fácil, ni sencilla. Es intrincada, confusa y

toda llena de escepciones. Tú no lo entiendes así, y por eso debes retirarte. De lo contrario ¿qué seria del imperio?

—Preguntad mas bien qué seria de vosotros, interrumpió la esclava, porque tomais vuestra soberbia descreida por la justicia y la armonía que reina en la creacion.

—Será así, prosiguió la bruja en tono resuelto y cínico, pero es necesario que desaparezcas.

—Pues bien, exclamó Alécia con valor; podeis enturbiar mi luz con las sombras de la tiranía, pero..... ocultarla yo..... ¡Jamás!

—Entonces, mi muy amada hermana, concluyó diciendo Seuda en tono superlativamente hipócrita, Apénia se encargará de cumplir lo que conviene á la general salud.

—¡Apénia! gritó en seguida la vieja. Encárgate de mi amadísima hermana y cuidado con que la dejes ni un instante de respiro hasta que yo haga de ella lo que conviene á nuestra salvacion. Ahora, mis queridos hijos, añadió volviéndose á la familia de los náufragos, hablemos un poco de vosotros.

Apénia, segun su cruel costumbre, arrastró á la hija de Pónos fuera de la estancia, y apenas desaparecieron juntas cuando se oyó crugir allá á lo lejos el feroz látigo de alambre.

—Hijos míos muy amados, exclamó Seuda acto continuo haciendo como que no oia nada; veamos de atender á vuestra salvacion futura en nombre y lugar de Teo, el todopoderoso encantador. Ya veis que somos entrañable amor, puro cariño. Desde hoy nos llamaremos vuestros padres, en lugar de decirnos vuestros amos, pero este nuevo carácter dulce y amoroso nos impone el sagrado deber de reglamentar vuestras acciones y vuestros pensamientos.

—Eso es, repitió muy orondo Dinamion. Aquí teneis á vuestro padre; esta es vuestra madre, y entre los dos ya vereis como os digerimos, es decir: os dirigimos.

—No lo veo como tú lo dices, contestó Antropos. Si eso pretendes, déjanos hacer. ¿No es esto mucho mas fácil? Déjanos obedecer á Pónos, y que cada uno sea el dueño de su trabajo y sus frutos.

—¡Qué blasfemia! hijo mio, ¡qué blasfemia! exclamó la bruja. ¿Y qué ibas á hacer con las riquezas, producto de tu trabajo? ¿No has oido á la sublime Alécia que se deben despreciar? ¿No dijo que el último será el primero y el mas pobre el que se salve? ¿Ves? Esas son las consecuencias de escuchar á la esclava libremente. ¿Ves? No te se puede dejar solo. El trabajo es santo, y lícito, y sublime cuando le disponemos nosotros cuando para nosotros se ejecuta, pero criminal en toda otra ocasion y circunstancia. Lo que pides es la anarquía, lo que nosotros defendemos es el órden. Tú trabajas, nosotros repartimos.

—Entonces, continuó el hombre, dí buenamente que seguiré siendo esclavo.

—No tal, hijo mio, no tal. Desde hoy ya no eres esclavo de ninguno. Desde hoy serás siervo nada mas, y como tal trabajarás y el fruto de tu trabajo se ha de repartir segun justicia.

—¿Y quién hará ese reparto? preguntó el hombre.

—Yo, gritó arrugando el ceño Dinamion. Por quien soy que me enoja tanto discurrir. Desde hoy eres siervo mio, vivirás fuera del alcázar, tendrás tu choza á mi vista, y en cambio de la proteccion que generosamente te concedo, dispondré de tu campo y tu taller, de tu persona y tu hacienda. ¿Te atreverás, miserable a pedir mas gollerías? ¿No os pago sobradamente la deuda de gratitud?

—¿Y contra quién intentas protegerme? Yo no conozco mas enemigos que vosotros.

—Ira de gigante..... comenzó á rugir enfurecido Dinamion.

—No te impacientes, mi muy amado soberano, interrumpió

Seuda sin perder su mansedumbre hipócrita, pero rasgando á la tapada con las uñas la mejor de sus caretas. Ya sabes lo que convinimos y estos son tiempos de amor. Estamos en el deber de proteger á estos necios, á estos infelices ignorantes. No quieren acabar de comprender que su natural es perverso, que esta es una isla maldecida, un valle de lágrimas, una morada de dolor.

—Cesad vosotros de ser nuestros tiranos, contestó el hombre con arrojo, y muy pronto ha de ser un paraíso. Pero si con el fin de gozar sin trabajar, quereis torcer sus leyes al compás de vuestras iniquidades; si haceis infierno lo que debiera ser gloria ¿cómo quereis que no pese sobre todos una eterna maldición?

—Anoya, gritó la bruja. Haz que pongan á estos dos hijos queridos de mis mismísimas entrañas, un par de mordazas buenas. Cual padres cariñosos, debemos refrenar con mano fuerte á estos pedazos de nuestra alma para evitar que claudiquen. Encárgate tú de la mujer y que lleven al siervo fuera del castillo. Lo primero es reponer el campo y asegurar el pan indispensable. Pero que no te se olviden las mordazas, y que sean buenas, de las mas fuertes, de las mejores. Ahora, mi muy amado soberano, será preciso reunir al pueblo y darle cuenta minuciosa de lo acordado en su pró. Conviene recabar el público beneplácito por un camino ó por otro tratándose de muchedumbres.

El gigante reprimió su cólera al ver la habilidad de Seuda, y dadas que fueron las oportunas órdenes para que Antropos y Ándros cultivasen á toda prisa los campos, Gina sirviese á la sensual Anoya, y todos tres llevasen desde aquel día en adelante la mordaza al cuello, se reunieron los próceres en el gran patio del castillo.

Allí se les dió cuenta de todas las disposiciones, las cuales fueron recibidas de muy diferentes modos. Unos aplau-

dian la generosidad de Dinamion y de buena fé opinaban que el arreglo era inmejorable; otros mas avisados y ladinos comprendian que las cosas habian de seguir como hasta entonces y que bajo distintas apariencias serian dueños de todo; y finalmente, algunos pocos profesaban en secreto cierto cariño de admiracion hácia Alécia, deploraban su nueva servidumbre, pero se avenian á disculparla de buen grado á trueque de disponer del trabajo de los nuevos siervos.

En conclusion: los altos planes de la bruja se sancionaron ó santificaron poco á poco y nuestros hombres salieron á labrar los eriales, porque la tierra se iba cubriendo por doquier de hortigas y de cizaña.

Al cuello llevaban ambos dos mordazas fortísimas de puro hierro, precaucion muy oportuna para sujetar la lengua en un abrir y cerrar de ojos. En cuanto á su pensamiento, Seuda no pudo discurrir nada para amordazarle.

Una y otra cosa le importaban poco al Ándros, porque la vida aislada del labriego le habia mas que medianamente embrutecido, pero el padre siempre razonador, siempre ambicioso, sentia tristeza, y desconsuelo, y despecho, y rencor, y ódio, y hastío.

Tras largo rato de meditar y declamar, llamó por fin á Pónos y contóle todo lo ocurrido para concluir diciendo en tono osado y resuelto.

—En fin, veo claramente que de nada sirven mi sumision y mi obediencia. Con mentidas frases y palabras, con simples cambios de nombres, las cosas siguen como antaño. La aparicion de tu hija, los prodigios que presencié no hace mucho, la caida de Dinamion, me hicieron concebir la esperanza de verme el igual de mis verdugos. Todo se ha desvanecido con una sola conferencia del jigante y de la bruja. La astucia de ella y la pujanza de él, se burlan de tí y los tuyos.

—No se burlarán, contestó el génio, si persistes en obedecerme y descorres por completo el manto que aun encubre la mejor parte de mi hija.

—¡Linda esperanza! interrumpió el hombre. ¡Magnífico proyecto! Voy viendo que es punto menos que imposible.

—¿Cómo tal? preguntó Pónos. ¿No has visto lo que ha merchado y no tocaste la proteccion y el amparo de su luz?

—¡Donoso amparo! tornó á esclamar Antropos. ¿No se me martirizó? ¿No tengo el cuerpo cubierto de cicatrices? ¿No me alucinó tu hija con promesas de igualdad? ¿Por qué no las cumple de una vez? ¿No me vienes tú diciendo hace años: *trabaja, trabaja, trabaja*, y te verás feliz y libre? ¿Voy á ser siempre el juguete de vuestros ofrecimientos? No y mil veces no. ¿Pues qué? ¿me habria yo afanado tantos años para volver al punto de partida? ¿Pues qué? ¿se cree que estoy dispuesto á ser, hasta que me muera, esclavo de todo el mundo, y todo para quitar el velo á la hija de un génio que no puede, no sabe, ó no quiere emanciparme? No, por quien soy. Mi sufrimiento ha concluido: si esta vez no conseguimos la igualdad de que nos ha solido hablar Alcécia, ni trabajo, ni obedezco.

—No te entregues, Antropos, á la ira desatentada que suele ser muy torpe consejera: dijo por fin Pónos á su protegido comprendiendo la intencion de sus palabras. Sus arrebatos te cegarán y mal modo de hacer camino es empezar por ofuscarse. Considera amigo mio, que la razon del hombre es una luz interna, tan débil, tan diminuta como su dueño, aunque alumbrá su ser todo, la cual apenas basta para guiarle sin tropiezos por las tenebrosas sendas de esta vida. Si dejas que en las alturas de tu alma luchen las pasiones y truenen los arrebatos, la pequeña luz se empañará, como los relámpagos de una noche de tormenta envuelven sin apagar la pobre tea ó el farol que en

la oscuridad suele guiarte. Ten fé, hombre de poca fortaleza. No quieras trastornar el curso de las cosas, porque tu despecho es poco para tanto. El fruto no madura en una noche. Da tiempo al tiempo y vencerás. Si crees por ventura que la igualdad predicada por mi hija es la grosera igualdad de los pesos, los tamaños, las medidas, eres indigno de sus consejos y favores. No, Antropos: la igualdad no consiste en tener idéntica estatura, comer lo mismo, beber ni mas ni menos, en una palabra, no es la material identidad que en ninguna parte existe, ni aun entre el huevo y el huevo, las hojas del mismo árbol ó los innumerables guijos del arroyo. Y si en las cosas materiales y sin vida, aquellas que nos parecen idénticas, serán tan desemejantes cuando las examinemos mas despacio, ¿cómo se han de reducir á perfecta semejanza las libres, las variadas, las infinitas, las multiformes? ¿Cómo tallar al mismo bulto, á forma parecida, tantos y tan opuestos espíritus? ¿De qué serviría establecer una completa igualdad entre Dinamion y tú? ¿Cómo conseguirlo cuando el que os creó, de distinta manera lo dispuso? ¿Quieres que se le monde y pode á tu tamaño ó que te se estire é hinche á tí hasta su grandeza? ¿Te sonries? pues todavía es mas absurda la igualdad con relacion á los espíritus entre cuyas necesidades media á menudo toda una inmensidad, habiéndolos tan elevados que abarcan el universo, al lado de otros que no ven ni los portentos labrados en el panal por las abejas. Unos necesitan alimentos aéreos, esquisitos, inagotables, mientras á otros les basta y sobra tener pan. ¿Podría Fanta existir con el sustento de Anoya, y qué seria de Anoya si se sostuviese con leyendas como el hada? Tú me dirás que en este caso no importa que desaparezca Anoya pero ¡ah Antropos! si fuésemos destruyendo así desigualdades acabariamos con la isla. No olvides que aquí nada hay ocioso ni baldío, todo tiene su objeto, su tiempo, su razon, y no

pretendas dar lecciones al encantador omnipotente que gobierna aquesta tierra, *tú* que apenas si podrás gobernar tu casa el día que te veas libre. Vuelve los ojos en tu torno. ¿Qué lograrías con hacer que todas las plantas tuviesen idénticos tamaños y todas diesen parecidos frutos? ¿No sería esto delirar? La igualdad á que tú debes tender es otra: es la igualdad en el derecho: es la libertad de trabajar tu cuerpo lo mismo que tu espíritu, sin trabas ni opresion alguna: es la preciosa facultad de llamar tuyo y disponer á tu antojo de aquello que creares con el sudor de tu frente, con los esfuerzos de tu ánimo, sin que nadie te lo arrebatase para engordar con el pan que hayas cocido, sin que ninguno mutile los pensamientos que sean partos de tu mente: es el derecho de ceder tus servicios á los demás en los términos que te acomoden, ó requerir los servicios de tus semejantes segun á todos de buen grado os convinieren. Si tú me obedeces y trabajas mucho, que mucho sea el galardón de tus afanes; si Dinamion huelga y no cumple con aquello que le corresponde, que ayune y carezca de lo mas preciso, sin que le sea lícito apoderarse por mas fuerte de lo tuyo. Así tendrá pan el diligente, hambre el perezoso, dicha el justo, amargura los concupiscentes, sueño la generosidad, desvelos la avaricia, salud el casto y el desenvuelto anticipada vejez. Así mandará el espíritu y obedecerá la carne. Esta es la libertad consentida por las leyes de la isla: esta la igualdad que quiso el gran encantador Teo cuando estampó en cada fenómeno esta sentencia tan justa como todas las suyas. «*A cada uno segun sus obras.*» Tiende la vista por esos alegres campos; mira la pequeña violeta junto al olivo añoso y corpulento. ¿Sería justo reducir árbol tan noble, tan benéfico á la pequeña porcion de tierra que esquilma aquella planta pequeñuela? ¿Sería cuerdo que la violeta hiciese valer su aroma para pedir una igualdad imposible? ¿Concibes tú que el aceituno pretendiera

aniquilar á la flor so pretesto de lo tangible y material de su fruto? Lo injusto fuera que el árbol fuerte y la pequeña planta no pudiesen tender libremente sus raíces por el suelo, sus ramas por el aire para dar fruto ó leña aquel, para exhalar esta hácia los cielos sus dulces emanaciones. Inícuo sería que el olivo medrara con la sangre de la tierna violeta que crece humilde á su pie y le borda su olorosa alfombra, cuando la tierra, la atmósfera, la luz se crearon para todos; mas si la flor consiguiese en nombre de la igualdad, reducir al árbol noble á su tamaño ¿dónde hallarías sabrosas aceitunas; y con qué alimentarias la lámpara bienhechora que duplica tu existencia? Cierto que la semilla de la flor llevada á la ventura por el viento caerá quizás en un terreno estéril en el cual la arraigue la fatalidad condenándola á la flaqueza del yermo, á vivir sin la frescura de las linfas, sin el bastante y necesario jugo; mas tú tienes abiertos á tu eleccion vegas, bosques y pensiles, podrás encaminarte como gustes en alas de tu libérrimo albedrío, y si tus fuerzas te bastan y no desmaya tu fé, puedes llegar donde quieras con solo cambiar de rumbo. En teniendo libertad y nada mas, muy raras veces el viento de tu destino te doblegará si luchas, aunque la armonía universal exige que lastes tus errores cuando yerres. Lo único pues que necesitas es que ninguno te arrebatte por fuerte ó por astuto el premio siempre reservado á tus esfuerzos y á tu prevision. De todas las verdades que acabas de oir ¡oh, Antropos! debes deducir que el sumo bien consiste en tener libertad para tu espíritu, respeto para tu trabajo. Lo primero no sucederá mientras mi hija no reine sobre la tierra, y para que esto se logre la tienes que desencantar como te he dicho. Lo segundo se conseguirá únicamente procurando tú no poseer sino aquello que sea fruto de tu trabajo. La hacienda bien adquirida, de todos ha de ser con el tiempo respetada, mas para que lo sea debe de proceder de buen origen, y la

fuente universal de todo lo legítimo es el trabajo inteligente.

El génio calló, y Antropos, á pesar de todo, dijo rebelde y taciturno:

—Será como tú dices, porque mientras hablas me seduces con tus razones y en todo parece que la tienes. Yo, sin embargo, estoy resuelto: si vuelve á triunfar la bruja, si me veo otra vez poco mas ó menos como el primer día, nada he de hacer aunque me maten. Ya que no disfrute de cosa alguna, al menos sabré holgar á pierna suelta.

Pónos comprendió que era inútil discutir con su protegido por entonces, y así se propuso encaminar y dirigir á Ándros hasta que alguna nueva calamidad volviese al padre á su razón.

Entretanto Seuda y el gigante dictaban sus disposiciones para la nueva forma de gobierno, y el día que las hubieron terminado, Dinamion se levantó muy de mañana y dijo á su consejera:

—Ea, pues, quedas al cargo del castillo, y desde él puedes dictar las necesarias leyes. Vóime de nuevo á campaña para conquistar la isla.

—Espera, Señor, le contestó la bruja. Antes de salir á poner orden en tu imperio, revuelto y trastornado por tan inesperadas invasiones, conviene que aguardes la vuelta de Eidólatros y Filoctesia, á quienes yo mandé en seguimiento de los bárbaros. Ellos nos dirán qué efecto han producido los artificios de los tronos y la virtud de mis amuletos. No pueden tardar mucho en volver y quizás no te sea necesario grande esfuerzo para reconquistar tu autoridad y tus dominios.

El gigante se sentó, y Senda, casi sin detenerse, dijo:

—Mira por donde sube Fobo siempre diligente: mírale— aquí,—por esta ventana. A juzgar por su ademan de importancia y diligencia, de muy grandes novedades habrá de ser portador. ¡El corazón me está diciendo que los dioses nos protejen!

Escasamente habria trascurrido el tiempo necesario para repetir la bruja su última exclamacion; cuando el enano bigotudo penetró en el aposento jadeando como de costumbre. Mientras hizo á sus Señores una docena de reverentes cortesías, y bajó la cabezota hasta tocar con el bigote en el suelo, fuéronse soségando sus pulmones, y luego que un gesto de impaciencia del gigante le concedió la vénia para hablar, lo hizo con voz campanuda en estos ó parecidos términos:

—¡Albricias, Señor incontrastable! ¡Albricias, ilustre y sabia consejera! Ya no hay enemigos. El grande, el colosal Dinamion torna á ser rey de la tierra: la fama de la astuta, de la previsorá Seuda, será de hoy mas, en toda su redondez gloriosa, sin pareja, prepotente. Lo que ha sucedido no tiene ejemplo; gracias á tu saber y á tu pericia, aquellos bárbaros célebres, aquellos gigantes truculentos, ya ni son bárbaros, ni cosa alguna. Se han trasformado en estátuas. ¡Escucha y pásmate!

Con mal seguro y vacilante paso, salieron como sabeis de aquí los invasores, y con sus trancos de costumbre se pusieron muy en breve lejos. Desparramáronse por la isla á la ventura. Unos se dirigieron á las montañas agrestes y á los bosques umbrosos, recordando sin duda los muy queridos de su patria; otros prefirieron acampar en las llanuras, porque siempre en las llanuras y entre yerba vagaron con sus ganados; estos, seducidos por la benignidad del cielo y los azucarados frutos se pararon junto al naranjo y el olivo; aquellos, por tener vislumbres de agricultores, establecieron sus reales en vegas de doradas mieses. Empero todos y cada uno, descansaron su pesada carga, todos deshicieron sus rebujos, colocaron los sillones en las mayores alturas, vistieron la púrpura, tocáronse con la corona, colgáronse la cruz, empuñaron los cetros de oro macizo, y se dejaron caer sobre sus tronos de oro y de marfil. Mas ¡oh nunca imaginado prodigio! Apenas trocaron las pieles que les cu-

brian por la púrpura, apenas sustituyó á la clava el cetro, cuando todos se adormecieron (sin duda alguna de cansancio), y Eidólatros y Filoctesia comenzaron á cumplir tus órdenes: Sacaron cada cual aquellas barrenas que les diste de la cruz, y la una barrenó y barrenó hácia el corazon, y el otro barrenó y barrenó sobre la cabeza del mas próximo de aquellos reyes de mojiganga. A poco Eidólatros comienza á soplar, y sopla, y sopla, y sopla sobre el cerebro del bárbaro, tanto que de seguro le llenó de viento la cabeza. Luego se unta bonitamente los dedos con el aceite aquel que sabes, tapa el agujero, y héte al unguido trasformado en una verdadera estatua. ¡Oh! era cosa muy de ver. En poco tiempo tus emisarios hicieron igual operacion con los demás, y á estas horas los tienes graves y ceñudos bajo los sólios de grana, capaces de meter pavor y miedo al que no sepa su trasformacion. Lo cierto es que ni se pueden mover. Descuellan por su tamaño acá y allá; nada mas, pero ni chistan, ni pestañean, y están como si esperasen el permiso de alguien hasta para ponerse de pie. Si subís á las almenas, mis dignos, mis venerados amos y Señores, desde las almenas alcanzareis á distinguir su apostura.

—Sea enhorabuena, dijo Seuda, interrumpiendo al enano de puro gozo. Mis cálculos fueron exactísimos. Subamos á lo mas alto para recrearnos con la vista de esos terribles enemigos encantados sobre sus tronos de marfil. Sígueme Dinamion, que hoy has de ver todo el poder de mi ciencia.

Dinamion siguió á la bruja lleno de curiosidad. Desde una de las mas altas torres se veian tres de los noveles reyes, inmóviles como dijera el mensajero. Seuda tendió hácia el mas próximo la seca garra y el retorcido báculo.

—Levántate, gritó, y cual autómatas cuyo resorte se oprime, ó figura de movimiento impulsada por un hilo oculto, á pesar

de la distancia (que era grande), el rey se puso de pie con su corona.

—Arrodíllate; gritó de nuevo la bruja, y el bárbaro se arrodilló.

—Pega, tornó á gritar la de las cien caretas, y el cetro de oro descendió tan ciegameute, que con su golpe deshizo los mejores sostenes de su trono, con lo cual el trono ebúrneo quedó cojo é inseguro.

—Lo mismo obedecerán todos y cada uno de ellos, prosiguió la bruja volviéndose hácia su Señor. Desde mi alcázar, los moveré al compás de mis antojos. ¿Qué te parece mi artificio?

—¡Admirable! ¡admirable! exclamó Dinamion. Si no lo viese lo habia de tener por fábula. Nuestro pacto queda consagrado: tú á gobernar y disponer; yo á esquilmar la tierra con los mares en beneficio de los dos. Toda la fuerza, toda la autoridad se vuelve á refundir en tí y en mí. Cuida de que Alécia no intente turbar mis dichas. Pidamos poco nuevo al siervo para que el velo no se acorte. A oprimir y dominar. Venga mi lanza. Dinamion es otra vez Dinamion.



...Hacia el pie del castillo permanecían de una gran, tacaon por  
 la cual salió tan ruidó e impetuosa que mas que del caso tenia  
 aspecto de subterránea. Allí se reagió con los rayos trinitarios  
 distantes, indolentes, sus pensamientos se volaban hacia  
 una alta para comparar tiempos con tiempos, esperanzas con  
 esperanzas. Algunas veces, aquellas mismas flamas y las  
 volutas colinas, los fantasmas volantes, ostentaban en  
 una vegetación, colores vistosos infinitos, un monumento en  
 cada altura y por todas partes se oían voces y cantos alegres, y  
 toda la patria con sus esperanzas patrióticas. Era esclavo en  
 verdad, pero desde el fondo de su corazón veía los rayos  
 resplandores de una gloria eterna, y tenía la en el porve-

**V.**

...Hoy todo era ruina y dolor. En vez de montañas y  
 jardines, el suelo dorado bajo el ardiente sol, las pavesas de roca  
 ridos, monjes, los templos, los palacios, las estatuas, se in-  
 daban con sus ruidos, pesadas, espantosas sobre un páramo que  
 un silencio poroso el murmullo de los rios secos, el sus-  
 sila de los obispos y la exalta, desapareció de las columnas  
 en silencio. En cambio de tanta edificación, atravesó, saliendo  
 festivo, se veía ahora en medio de aquella

Tan payorosos y preñados de terrores como esas nubes y esas  
 sombras que cubren de pronto cielo y tierra, cuando acaba de  
 brillar el sol sobre una bóveda azul, se presentó el porvenir á  
 los siervos abatidos al ver que Dinamion tornaba á dominar  
 sin freno, y que el prestigio de la hija de Pónos, ante el as-  
 cendiente de la maligna y rencorosa bruja, por momentos des-  
 aparecía.

Arrojado del castillo al campo abierto, Antropos tuvo que  
 pensar en un albergue, y su buen génio le persuadió con pa-  
 ciencia á que labrase una choza en el lugar que le señalaron  
 sus señores.

Hízola al pie del castillo, pero muy de mala gana, razon por la cual salió tan ruin é imperfecta que mas que de casa tenia aspecto de zahurda. Allí se recogió con los suyos triste, caviloso, aletargado, indiferente. Sus pensamientos se volvian de continuo atrás para comparar tiempos con tiempos, esperanzas con esperanzas. Algunos dias antes, aquellas mismas llanuras, las ondulantes colinas, los frescos regalados valles, ostentaban galana vegetacion, colores vistosos infinitos, un monumento en cada altura y por todas partes se oian voces y cantos alegres, y todo le hacia concebir esperanzas halagüeñas. Era esclavo, es verdad, pero desde el fondo de su calabozo veia los suaves resplandores de una plácida alborada, y tenia fé en el porvenir, y esperaba que la luz del sol le iluminase.

Hoy todo era ruina, y fealdad y luto. En vez de huertas y jardines, el suelo dormia bajo el carbon y las pavesas de repetidos incendios. Los templos, los palacios, las estátuas, se habian convertido en pedregales esparcidos sobre un páramo, que no otra cosa parecia el mármol roto de los bajo-relieves, el sienita de los obeliscos y la azulada berroqueña de las columnas en añicos. En cambio de tanto edificio, atrevida, galana, majestuosamente cincelado, se veia ahora en medio de aquella desolacion la pobre choza del hombre circundada de punzantes tojos con sus flores amarillas, de zarzas y jaramago, cual lúgubre habitacion del guarda de un cementerio. En nada era la isla ni sombra de lo que fué. El alcázar mismo se resentia patentemente de los estragos de la incuria, tanto como de los desmanes de los invasores, y como los ecos de sus faldas repetian el sordo mugir de la mar sobre la costa, cual si remedasen tristes un lamento de dolor, parecia aquella mole un espectro solitario gimiendo sobre el negro luto y los huesos blanquecinos de un espantable campo de batalla.

Pónos, aunque en realidad le entristecia la miseria de sus

protegidos, procuraba animarles al trabajo diciéndoles con aparente buen humor.

—¡Cómo se conoce, amigo Antropos, en ese tu grave y concentrado talante que eres ya dueño de un palacio! Los bienes de este mundo se han de recibir con ánimo sereno, y así te suplico que descurras y estires ese gesto atrabiliario y ceñudo, y rías otra vez con los que te quieren tanto y tan entrañablemente.

—No estoy á la verdad para oír gracias, contestó el siervo. Mi gesto no es grave sino triste, y mira tú si me faltan razones para desesperarme. Estoy peor que el primer día.

—Todo adelanto, contestó el génio, produce en los principios gran trastorno, y los pobres de meollo suelen llamar á este trastorno *un mal*. No seas tú mentecato como los que ni piensan ni razonan, y no tengas á calamidad lo que es ventura inapreciable. Tu malestar y tus temores son la precisa consecuencia de haber vivido con amo. Te acostumbraste á no hacer sino aquello que te se mandaba, y ahora que en parte adquieres el derecho de mandar ya no te encuentras á gusto. No niego que desde hoy tendrás que precaver en cierto modo las necesidades de Seuda y de Dinamion, y que cuando las hayas adivinado y satisfecho, nadie te arrojará como hasta aquí un puñado de bellotas, pero en cambio comienzas á ser dueño de tí mismo, tienes algo tuyo, aunque ese algo no sea sino *tu hambre*. Desde hoy te cercarán los cuidados del mañana, la ansiedad del porvenir; pero ¿no es un principio de dignidad el tener *mañana* y pensar en lo futuro? Dirás que te se aumenta tu trabajo: ¿qué importa? ¿No me tienes á tus órdenes? Segun hiciste maravillas, harás si quieres prodigios. A trabajar y buen ánimo. No hay ni habrá nunca mas remedio, porque el camino para la verdadera dignidad es el camino del trabajo.

Los únicos que le escucharon á Pónos aquella vez fueron

el hijo y la madre: aquel porque hasta en lo de escuchar á Pónos se había vuelto rutinario; esta, porque entusiasta como en sus mejores días, era creyente y deseaba borrar su locura vergonzosa á fuerza de abnegacion y sacrificios.

Antropos por el contrario, nada decia, nada hacia: distraído, taciturno, ni aun daba oído siquiera á las pláticas de su amoroso bienhechor. Revolvía en el pensamiento lo pasado, recordaba promesas é ilusiones, y deseaba hallar motivo para romper abiertamente con un génio que tanto le obligara á trabajar, y que (según él) le mantenía en la miseria sin aliviar ni por asomo su menguada esclavitud.

Así pasaron muchos meses: en ellos todo languidecía por mas que Ándros tornase á labrar y repoblar los campos, reuniese en rededor de la choza no pocos de los animales domésticos, sembrara y trasplantara en las huertas, arase de nuevo sus terruños, reparase acéquias para el riego, é hiciese revivir en parte la amenidad y abundancia que tan fácil y espontáneamente brotan á poco que lo desee la laboriosidad del hombre.

En cuanto á Gina ¿qué hubiera podido hacer la pobre para contener la inevitable decadencia? Entregada en cuerpo y alma por Seuda á la imbécil y entonces mística Anoya, pasábase la vida en remendar su manto negro, en preparar buenos tascos para saciar su apetito, ó en hacer medias de estambre para sus enormes pies. Todos los sermones, todas las peroratas de la que aparecía ya como confidente de la hija de Pónos, no pudieron sin embargo desarraigat de su corazón la planta del entusiasmo ni la flor hermosa del cariño. En la lobreguez de su prision, en medio de sus humildes faenas, solía concentrar su espíritu, volver la vista del alma á lo mas íntimo del pecho, y entonces regaba con ardientes lágrimas la tierna planta y la flor hasta que sobrevenia la contadora de leyendas y con algu-

na increíble la enjugaba el llanto y la rejuvenecía con el aroma de la fé y el bálsamo de la esperanza.

Mientras tanto, Seuda cavilaba buscando los medios de hacer eterna y universal su autoridad y la manera de anular á la mujer ya que matarla no podia.

Para hacerse en todo y por todo árbitro universal y eterno; con el fin de fundar su despotismo en cierta sombra de razon, reunió sendos cónclaves de sus criados y parciales. En ellos y con grande maña, indagó las voluntades, sondeó las tendencias y las aspiraciones. Convencióse de que la luz y las palabras de la esclava habian hecho profundísima impresion en los ánimos del mayor número; comprendió que ya no convenia atacar aquel general prestigio, y obedeciendo á los impulsos de su índole, determinó torcer la creencia de las masas, aparentando seguir la corriente de la comun opinion, para de este modo hacerse con autoridad entre los fieles y neófitos y encaminarles poco á poco donde mejor la convinjere. Por eso las transacciones de la bruja con toda clase de antiguos y envejecidos resábios fueron infinitas, pues acababa de inventar una máxima cual suya, que fué en los años venideros la pauta, norma y patron de sus continuas y hábiles evoluciones. Decia la buena Seuda que para medrar y bien vivir en este mundo, no habia sino tres cosas: *ver venir, echarse atrás y dejarse ir.*

Con estas mañas benditas y su constante tendencia á restituir costumbres ya vetustas revistiéndolas con nueva forma, la bruja lograba hacer venerar sus falsos ídolos aunque decia muy humilde que ella no hacia sino explicar para que se comprendiesen las admirables verdades que brotaban siempre dulces, siempre consoladoras de los lábios inspirados y amorosos de la reclusa Alécia. Su objeto era siempre el mismo: volver á los felices tiempos que recordaba con fruicion; de aquí que cada una de las que ella llamaba transacciones era en realidad

un retroceso. Antiguamente, por ejemplo, pregonó con el fin de marear á todas las inteligencias y darse visos de favorita de los dioses, que tales carnes deberian manducarse con tal mano, en tales dias y hasta con estas ó las otras salsas; que el pan ácimo ó sin levadura, encerraba virtudes cabalísticas, con otra multitud de puras insulseces que ella daba por misterios, y conociendo la fuerza irresistible de la costumbre, resucitaba hoy arteramente aquellas que sobre muy antiguas tenían sombras de simbólicas.

Esto fué lo que llamaba, llama y llamará, si existe, *santidad de la tradicion*.

Sin embargo, Seuda tuvo que luchar y mucho, porque la ocultación de la hija de Pónos no era tan fácil como presumia. Cada vez que los habitantes de Gé vislumbraban su luz ó recordaban su voz, tornaban á sentirse fascinados y la bruja veia desenredarse sus enredos; pero al fin y al cabo con un teson sin igual, pudo conseguir que Alécia desapareciese sin que los próceres la echasen muy de menos, y entonces hizo comparecer á su criada y la habló de esta manera:

—Por fin parece, Anoya, que triunfamos; pero es necesario hacer el postrer esfuerzo. ¿Conservas en tu corazon aquel fuego, aquel ardor, aquella valentía heróica para las cosas de bulto?

—Señora, contestó la panzuda y venerable interpelada. Prolíficos, trasustanciales y trinos, los misterios del ámbito infecundo.....

—Basta, exclamó Seuda tapándola la boca con la garra. Deja esas tus peroratas para los cónclaves y conciliábulos con los cuales aseguramos nuestro triunfo. ¿Te olvidas con quien hablas? ¿No sabes que nos cónocemos? ¿O quieres marearme á mí tambien? Poca prosa y canto llano. Hablemos en puridad y nada de jerigonza. Los tiempos son otros y mudar habrás de estilo. ¿Quieres volver á ocupar tu puesto, aquel puesto desde

el cual traías á la isla mareada, y por eso la hacemos dar vueltas al compás de mis caprichos é intereses?

—¡Pues no he de querer! prorumpió Anoya. Sabes que es para lo único que sirvo. Divagar desde un sitio alto pero seguro, es mi fuerte. Con tal que nadie me contradiga, á condición de empalar á quien tal hiciere y máxime si ese tal es la enemiga del manto, me comprometo á vencer á todos los razonadores con la magia celestial de mi elocuencia. Si me aseguras esta pequeña proteccion, que vengan discutidores; los relámpagos de mi facundia cegarán al mas impío.

—Está bien, replicó la bruja: volverás á ocupar el puesto que te corresponde haciendo principalísimo papel entre todos los habitantes de la isla. Venerada fuiste debajo del velo negro cuando pasabas por la hija de Pónos, y venerada has de ser hoy como su confidente é intérprete. Porque has de saber, amiga, que los tiempos han variado. No son ya de peroratas sublimes, científicas, grandilocuentes. Desde que la voz de Alécia se escuchó, desde que dijo que la verdad era sencilla, modesta, humilde; que todo saber se encerraba en el conocimiento de las leyes de Teo, se hizo necesario afectar cierto tonillo ramplon, cierto porte chavacano, para hacer gala de humildad. Lo que podrás hacer pues con el objeto de siempre, es hablar un lenguaje casero, pero muy místico. Dedicate, al misticismo, y ya que el instrumento importa poco si el artífice tiene intencion y malicia, lo mismo nos dá descarriar á todo el mundo en pos de visiones místicas, como tras axiomas científico-retumbantes. Toma esta careta, una de mis mas fascinadoras: cálatela de antifaz. Viste este traje de jerga; cruza las manos en humildad aparente; baja los ojos; murmura lo que quisieres ó cuando menos gruñe mientras rumías, y si acaso fuese necesario, yo te daré una tea encendida para que la ocultes debajo del ropón é imites las claridades que derrama nuestra enemiga.

Ya verás si alguna vez no nos sirve esa bendita tea para tostar á todo el que nos conozca, y si su luz no es considerada como testimonio de tu legítima investidura. Con semejantes adminículos puedes representar con desahogo el papel de favorita ó intérprete de Alcía.

—Amen, contestó Anoya. Hágase tu voluntad, aunque recelo que otra vez me he de ver casi silbada como en la escena del templo. Téme que á pesar del sayal y la capucha, sin embargo del ademan hipócrita y de esa socorrida tea, el día menos pensado aparezca Alcía en medio de alguna solemne ceremonia, con el velo cada vez mas corto, su luz encantadora, su vocecita de música, y yo tenga que escurrirme avergonzada siendo quizá al fin y al postre la befa de todo el mundo.

—No temas nada de eso, Anoya, replicó la bruja. Desde hoy en adelante nada temas. De algo me ha de servir lo sucedido. Ya he puesto yo á la esclava donde nadie, ni su mismo padre la podrá encontrar. Está como en el fondo de un pozo. Jamás volverá á la luz del sol, y nadie, sino Apénia y yo, sabemos su paradero.

—En ese caso, volvió á decir Anoya, desempeñaré mi papel con mas aplomo. La escena del templo me habia acobardado. Venga el hábito bendito; voy á disfrazarme, y cuando quieras podré comparecer ante tu pueblo.

Poco á poco fué Seuda corriendo la voz entre los habitantes de Gé, que Alcía, para dar el ejemplo de la humildad, pobreza y penitencia que recomendaba se habia retirado á un lugar impenetrable, y que desde allí comunicaria sus máximas y daria sus consejos á la isla. Valiéndose de trapacerías increíbles, presentó á su criada cubierta del austero traje, como único é infalible intérprete de las verdades eternas.

Puso despues una y otra vez á prueba la aptitud de su criada, y con astucia diabólica comenzó por hacerla repetir fielmente

alguna de las sentencias de la esclava, y luego, poco á poco, fué cambiando en aquellas admirables máximas, ya una palabra, ya una letra, con arte tan infernal, que lo sencillo y sublime se trocó en intrincado y absurdo. La humildad, por ejemplo, se convirtió en sus lábios en bajeza; el noble desprecio de los goces y de los placeres sibaríticos en la apoteosis de la desidia y la abyeccion; la defensa de la sencillez y el buen sentido en la santificación absurda de la estolidez y la ignorancia.

Viciadas así con un tesón á toda prueba, hasta las palabras mas explicitas que habian oido claramente los habitantes de la isla, Seuda á todo se atrevió.

Su audacia llegó á tanto, que un dia quiso volver á los falsos dioses y á los sacrificios de otros tiempos, y si bien no pudo trastornar lo ya existente por la fuerza misma de las cosas, quedaron sin embargo bastantes de sus errores entre los duendes principales.

No obstante este y otros pequeños contratiempos, los planes de la consejera maduraban á mas y mejor. Su Señor no se cuidaba sino de recorrer las diferentes comarcas en busca de combates y aventuras, y se entretenia lindamente con los gigantes autómatas, haciendo que su consejera les gritara de vez en cuando «*levantaos,*» «*arrodillaos,*» «*pegad.*»

Este inocente pasatiempo era en su concepto delicioso. Cuando á la voz de la bruja marchaba un autómatas contra otro, y se sacudian con coraje valientes palos de ciego, Dinamion se desternillaba de pura risa. Cansado ya de reir solia internarse por unas ú otras tierras para atacar y degollar los gigantes que aun quedaban libres. Si no lograba vencer ó se sentia harto de destruccion y de sangre, daba la vuelta al castillo para pedir pan, carne, vino, pocas telas y nuevas y muchas armas.

Ya no se acordaba al parecer de su sibaritismo, ni conser-

vaba afición á lo delicado y bello. Con la vida feroz del que guerrea, se borraron de su mente los gustos refinados anteriores, y como Seuda le predicaba á cada paso que le convenia huir de la mujer, no habia esperanza de mejora, porque su alma empedernida con ninguna dulce emocion podia ennobecerse.

Con efecto, la enemiga mortal de la cantora llevaba su rencor tan adelante que aparentaba tener á Gina por animal estúpido, perverso; negábala sus facultades mas evidentes como ser pensador y racional, y solia decir en son de axioma que «Gina dejaria de ser astuta y fementida, cuando en la tierra se criasen cuervos blancos.»

El crédulo Dinamion todo lo solia oír como artículo de fé, y tampoco se determinaba á pedir al hombre cosa alguna sin el permiso de la que antes fué su consejera y ya empezaba á mandar como Señora. Decíale esta clara y terminantemente que la ignorancia y la pobreza eran dos grandes virtudes para alcanzar la eterna dicha, y como sabia que el trabajo del humilde siervo acertaria mas y mas el negro manto de su esclava, quiso detener aquel su desencantamiento aun á trueque de convertir los campos en zarzales, las aguas en lagunas fétidas, y el alcázar en monton de ruinas.

¡Mas oh prodigiosas leyes de los mundos! ¡Oh caminos ocultos pero admirables de la isla, todos enderezados á ineludible progreso! ¡Oh leyes inflexibles y severas en cuyas balanzas nada pesan voluntades ni personas, y que tan luego como en sus platillos se reunen las mismas condiciones, su fiel presenta inexorablemente idénticos resultados! Cuando Dinamion procuraba que el peto y el capacete le durasen mucho para alejar la catástrofe del desencantamiento de la hija de Pónos, la bruja, ébria con el mando, comenzó á tener un capricho en cada hora. Fomentaba con sus máximas la desidia de

los siervos; recomendaba á su criada Anoya que embruteciese á Gina hasta la insensatez; permitía á Dinamion talar y destruir sin descanso con tal que fuese grosero é ignorante, ó no comiera sino truchuela ó abadejo, y al dar rienda suelta á su ambicion, no veía que nadie la podía proteger contra sí misma. ¡Ah! ¡sin duda estaba escrito que en la isla de Gé no hubiese sino paradas como para tomar nuevo aliento, pero que el progreso de sus habitantes fuese nunca interrumpido!

Lo cierto es que Seuda, quien habia siempre procurado contener las exigencias de Dinamion por temor de la desaparicion del manto de la esclava, apenas se vió con mando y autoridad, ó soñó con ser la verdadera reina de la isla, cuando comenzó á codiciar fausto, comodidades y riquezas. Rodeóse de otros duendes otro tanto codiciosos. Egos, Alazona, Licnia, Filoctesia, fueron sus principales ministros y comensales. Tornó á pensar en sus antiguas espléndidas ceremonias; viniéronla á las mientes sacrificios y misterios; pensó en deslumbrar con la ostentacion la pompa y la vanidad, y pidió al hombre mucho oro, y templos y páteras é incensarios.

La satisfaccion de sus múltiples caprichos encontraba sin embargo un grande obstáculo en el abatimiento de los siervos. Antropos, falto de energía, con el vacío en el alma, apenas si se prestaba á labrar la tierra indispensable para arrancarla el sustento, y como Pónos andaba distraido buscando el paradero de su hija desde el instante primero de su desaparicion, era difícil que se hiciesen, no digo lo de otras veces, sino ni aun aquellas obras toscas y groseras que son de rigor para satisfacer las mas precisas necesidades.

Buscó, pues, Seuda toda clase de alicientes con el fin de hacerle trabajar para ella, y viendo que su indiferencia aun respecto de los suyos crecía pasmosamente, quiso probar si Fanta con sus leyendas y entusiasta fé lo conseguía. Hizola

comparecer y la dirigió la voz con su doblez de costumbre.

—Mal va esto, Fanta, mal va esto, la dijo en tono plañidero. He llegado á mandar en el castillo cuando los cuidados son crueles y los gustos muy contados. Antes era nuestro Señor el primero en exigir primores á los protegidos de Pónos, pero desde que vive cual soldado reniega de las comodidades, no gasta mas trajes que de hierro, ni tiene otras diversiones sino sus sempiternas correrías; te aseguro que todo lleva camino de perdicion. Ya lo has visto: el hambre y la miseria reinan por doquier, y aunque deseo que trabajen los siervos para que mis amigos y los tuyos gocén, no lo puedo conseguir. El hombre y Pónos son los únicos que saben satisfacer nuestros gustos y necesidades, y el hombre no tiene alientos y á Pónos no se le encuentra. Te he llamado para que obedeciendo las órdenes que te diere veas tú de convencer al siervo.

—¡Yo! exclamó Fanta sorprendida. Te olvidas que solo sirvo para contar cuentos y leyendas.

—Pues no otra cosa exijo de tí, contestó la bruja. Quiero que bajes á la cabaña del siervo y que le pintes á lo vivo las escelencias del trabajo cuando se trabaja para mí y para los míos, sus deberes de obediencia, la abnegacion que me debe, de modo que desprecie muy enhorabuena para sí todos los bienes de la isla, pero que se afane noche y dia con el fin de proporcionárnoslos. Quiero que cuanto mas misérrimo, se tenga por mas dichoso, y no obstante, que jamás se canse de producir riquezas y prodigios para sus dueños y Señores.

—Pero eso, replicó Fanta, es una contradiccion, es un absurdo. Solo á la fuerza podrán hacer semejante cosa tus esclavos. ¿No tienes tú grande culpa de cuanto está sucediendo?

—Silencio, gritó Seuda enfurecida. A mí no se me contradice: se me obedece. Te lo mando y basta. Lo dicho, dicho:

sal por los aires y hazlo como te se ordena. De lo contrario teme la cólera de Teo. Mira que me quejo y te aniquila.

Segun se vé, Seuda iba tomando ya sus ínfulas de tiranuela.

Fanta por otro lado no era en verdad muy valiente, y así fué que salió sin rechistar huyendo de las iras de la bruja.

—Pues no faltaba mas, iba diciendo al descender sobre sus alas veloz y en línea recta hácia la choza de Antropos. ¡A mí semejantes órdenes! ¡A mí ese tono imperioso! ¡Echármelas Seuda á mí de reina! ¿Si se figurará que soy como los siervos y que me hará creer lo que no he visto? Yo no tengo mas reina que mi albedrío, ni otra ley que la de mi absoluta libertad. ¡A mí dictarme lo que debo decir! ¡Prescribirme mis leyendas! Diré lo que se me antoje: de nadie recibo yo lecciones. Si contuviese entre los lábios una palabra de las que pugnan por salir y dar color á mis cuadros dejaria de ser quien soy. ¡La muy nécia! ¡La muy sándia! Ahora verá quién es mi Señora y reina. ¡Pobre Antropos! ¡Quererle esplotar tan desapiadadamente! ¡Pobrecillo! De pura lástima le voy á decir lo contrario de lo que quiere.

Así diciendo, llegó donde se encontraba el hombre pensativo, triste, á la sombra de un ciprés, apoyado contra su tronco, y con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Buenos dias Antropos, le dijo Fanta. Triste y abatido estás. No me sorprende. Lo que te pasa no es en verdad para menos.—Peor te encuentras que cuando te arrojó el mar sobre la playa.—Frios muy buenos pasaste, como que estabas desnudo, pero aquellos frios no te llegaban al corazon. Tenias allí siempre una chispa de calor. ¡Y ahora! Tu esperanza está marchita, tu entusiasmo frio.—Confiesa que lo sucedido es peor que tu naufragio.—¿Sabes por qué?—Porque piensas, y los dolores del cuerpo son placeres si se comparan con las angustias del ánimo.—Ahí tienes por qué tengo para mí que el sér mas digno de com-

pasión es la divina Alécia, la hija de Pónos. Piensa mas y debe padecer mas.—¡Qué tormento no será tener grande inteligencia, noble y levantado corazón y estar á la merced de la pequeñez ó la ignorancia!—Pero sigamos con mi cuento.—Mientras has sido esclavo del gigante pensastes y trabajastes, porque tu llamado protector te repetia: «trabaja, que ya cogeras el fruto.»—¡Y qué fruto! Ya lo ves.—Con recorrer las entrañas de la tierra, las selvas, los mares, las montañas y los páramos; con las peregrinas invenciones de las númas, de los biblos, de la pintura y escultura; con ser labrador y artífice, arquitecto y mercader, médico y matemático; con disponer de la oveja y del corcel, de los asnos y los bueyes, de Báros y de Pir; con haber engañado el ánima loca de Ánemos, cultivado plantas nuevas, domesticado animales; desafiado las olas para traer polvo de oro y perlas, ¿qué conseguiste? ¿Qué beneficios recabaste? Hacer feliz á tus verdugos. ¡Muy bravo triunfo! ¡Bravísimo! ¡Y para esto trabajar noche y dia con el cuerpo y con el pensamiento! ¡Para esto poner tu espíritu en tortura siempre pensando en invenciones, en transformar los metales, la piedra, la madera y convertirlos en portentos! Para esto siempre tejiendo maravillas.—En tantos años apenas si alguna vez te preocupaste de tu espíritu, ese espíritu que vale mucho mas que el cuerpo.—No; así no te verás libre; así no consigues ser feliz.—¡Oh! ¡me temo y no sin fundamento que tus actuales sinsabores son el castigo de haberpreciado casi exclusivamente la materia teniendo en poco tu alma! En algo te pareciste á Dinamion.—¡Y eso que nada hay como tu espíritu! Y cuenta que no hay dicha como la contemplacion y el meditar.—¿Qué goces son los tuyos en definitiva cuando te ves entre la plata y el oro, cuando amontonas mármoles, y cedros, y púrpuras, y sedas, y naves y palacios? Consideralo y verás cuán cuerdo es cambiar de rumbo.—La única dicha posible está en el desprecio de todo, en el des-

precio del trabajo, y en buscarla contemplando la grandeza de los cielos, la pequeñez de esta tierra.—¡Ah! ¿á qué cielos deleitosos no nos conduce la meditacion?—¡Qué cosa tan grande, tan buena, tan pura, tan fragante, tan incorruptible debe ser tu espíritu!—Si yo fuera Antropos, pensaria..... ¿Qué digo?.... soñaria á todas horas.—Al menos lo ensayaria para ver si no me daba mas provechoso resultado.—Adios, adios: ahí viene Pónos. Su talante formal, grave y sesudo me dá miedo.—Adios, no quiero que como de costumbre me llame bachillera y soñadora. Por supuesto no le digas nada de lo que acabas de oír.—Lo que yo deseo es tu felicidad.—Adios, Antropos, adios.

Y Fanta tendió á los vientos sus alas de tornasol y blandamente se subió á las nubes.

—¿Qué te contaba esa loca? preguntó Pónos á su protegido viéndola desaparecer.

—Nada, contestó el hombre ensimismado y abatido.

Aquella misma noche Antropos abandonó su choza, huyó de los brazos de su compañera, de los cuidados del hijo, y sin que le acompañara ni siquiera un perro se encaminó á las breñas de unos montes en donde habia una especie de fatídico y árido desierto.

Su resolucion era la misma que le inspirara la loca contadora de consejas con sus continuas exageraciones: buscar la dicha anhelada en la contemplacion y en los ensueños, negándose al trabajo material y á los cuidados de este mundo.

¡Pobre iluso! ¡Veíase sumido en la indigencia por mostrarse indiferente y sordo á los consejos de su protector, y pretendia mejorar de estado sublevándose atrevido contra la ley primera de la isla!



## VI.

La desaparición de Antropos trastornó en todo y por todo el orden y concierto del imperio, hasta el punto de que nadie supo donde quedaron Báros, ni Tongo, ni Pir, y como estos servidores se guardaban mucho de comparecer sin ser obligados; aquel haría por seguir oculto dentro de la piedra oscura y este dormiría perdurablemente en el interior del pedazo con sabido de madera. Con esto ni los arroyos presenciaban los esfuerzos del molinero para moler el trigo, ni el cocinero encendía lumbre para calentar el horno y cocer el dulce pan.

El hambre comenzó á reinar con su feroz tiranía, y la falta de regalo hizo que Seuda, lo mismo que sus próceres,

se ocupasen con desusado interés en averiguar el paradero del rebelde. Íbales mucho en que pareciese y en que volviera á dirigir á los séres maravillosos que le servian, y por esta razon, despues de haberse reducido uno ó dos dias á frutas, plantas y leche que les suministró Ándros con harta dificultad, los grandes y los pequeños salieron á la ventura para escudriñar la tierra y volver al fugitivo á su dura servidumbre. Dinamion estaba ausente en una de sus correrías; de nada se enteró hasta despues de su vuelta; pero en cuanto á los demás habitantes de la isla ni uno solo permaneció inactivo cuando se persuadieron que aquella desaparicion atacaba directa y principalmente la inmunidad secular de sus panziles privilegios.

Véase ahora cuál no seria el desconsuelo de Gina á quien la fuga del hombre tocaba bastante mas de cerca. Desde luego no creyó posible que su marido la abandonase así; sospechó que habia sido víctima de un mónstruo; vióle en su mente herido ó despedazado; miróle ahogarse en el mar ó caer de un precipicio; receló, en una palabra, las mas horren- das catástrofes, pero ¡pensar en que aquello era buenamente un abandono! ¿Cómo era posible que Antropos hiciese traicion á Gina?

Enteramente desvanecida á fuerza de llantos y de crueles imaginaciones, la pobre mujer no se acordó de llamar á Pónos en su ayuda sino cuando le fué de toda necesidad. Así que el génio compareció, entablóse entre ellos el diálogo siguiente:

—¡Oh, Pónos, Pónos! ¿Dime qué es de mi esposo? ¿Dime? exclamó Gina sin dar tiempo al génio ni siquiera para saludarla.

—No lo sé Gina, no lo sé. Sospecho que se ha fugado por no oír mi voz y mis consejos.

—Eso no puede ser. ¿Cómo habia de abandonar á su esposa y á su hijo? ¡Él, que es tan noble, tan generoso!

—¿Quién sabe, amiga Gina? Una mala idea puede mucho,

y ya hace tiempo que tu marido tenía la cabeza llena de no sé que livianos devaneos. Me consta que Fanta le contaba sus leyendas, y cuando uno escucha á Fanta con entera fé, hay gran peligro de hacerse tan loco ó mas loco que la loca.

—Aunque así fuese, jamás olvidaria á la compañera de sus penas y sus triunfos. No, Pónos, no. Antropos ha perecido, y es necesario que busquemos su cadáver.

—Tengo motivos para sospechar que vive, insistió el génio. Lo que debemos hacer es descubrir su guarida y persuadirle á que vuelva al buen camino. Si yo pudiese ver á mi Alécia pronto lo sabria todo de sus lábios, pero no la encuentro ni en templos ni en palacios. Estoy perplejo, confuso. Seuda la ha sepultado otra vez en algun antro recóndito: nadie me dá noticia suya, y yo sin ella no puedo existir. Considera sino: hace unas horas que te falta tu marido y te se hace insoportable tu dolor; calcula cuál será el mio cuando por centésima vez pierdo la pista de Alécia, y veo que el ódio implacable de la bruja la hace desaparecer.

—No te abatas, buen Pónos, no te abatas, contestó la afligida esposa. Si tienes ese presentimiento busca con tu tino y con tu sin igual actividad á mi siempre querido Antropos. Dile que vuelva, que desde luego le perdono; que no abandone cobardemente á su mujer y á su hijo. ¡Ay! el corazon me ha dicho en sendas ocasiones que si tuviera confianza en tí, pronto se habia de descorrer el negro velo de Alécia y que seriamos felices.

Pónos, compadecido del dolor de la mujer, la prometió no descansar hasta dar con el rebelde esposo, y salió sobre la marcha para cumplir su promesa.

Por su parte los emisarios de Seuda recorrian diligentes llanos y montañas sin dejar rincon por reconocer. Los primeros dias, no obstante, nada, absolutamente nada adelantaron.

Parecía que la tierra se tragara al hombre. Ni en las umbrosas arboledas, ni en las grutas de los valles, ni orillas del ancho mar, ni cerca del fresco arroyo, había indicios de la existencia de un sér tan activo y tan inquieto. No se notaba rama desgajada ni piedra removida, ni tierno tallo de flor tronzado bajo del pie, ni planta alguna chafada, ni huella sobre el musgo de las rocas ó en los movedizos arenales. La pena de Gina crecía dolorosamente, y los buscadores iban amainando en su primera fogosa diligencia.

Mientras así buscaban unos y otros, el gigante dió la vuelta á su castillo y se irritó no poco cuando en vez de pan hubo de comer legumbres. Incepó de una manera dura á su consejera, echóla la culpa de aquel gravísimo suceso y la amenazó con lo peor de su cólera si el hombre no parecía. Como sucede á los avezados á la tiranía siempre en situaciones tales, el despecho hacia las veces de la razon, y todo se volvía conjeturas y recriminaciones aunque ninguno atinaba con la verdadera causa de aquel trastorno increíble.

Esta crítica, y aun desesperada situacion, no tardó mucho tiempo en agravarse. A los pocos dias el pobre labrador, agobiado por tan rudo trabajar, flaco, débil, enfermizo, cayó en cama sin aliento y con peligro de muerte. Gina tuvo que acudir á todas partes, pero no pudo bastar á las necesidades de sus Señores. Todo el mundo se redujo á media racion, y esta de pescado y de hortalizas. Hasta el gigante mismo enflaquecía y Seuda temió volver con sus secuaces á la triste desnudez y á la caverna.

De aquí el interés siempre creciente de encontrar al hombre y volverle á su trabajo.

Por fin el cielo quiso que el trasgo mas ruin, la presumida Alazona, recorriendo los páramos y los desiertos como últimas regiones en las cuales tal vez se pudo refugiar el fugitivo, se

sentó á la entrada de una gruta que parecia cubil de carniceros lobos. Tenia el espejillo en la siniestra mano y contemplábase en él (segun costumbre) y á pesar del hambre, con un sin número de dengues. Estando pues el trasgo vanidoso distraido con sus pueriles devaneos, sintió á la espalda ruido como de una culebra entre ramaje y volviéndose de pronto se encontró con Antropos, ó mas bien con su lívido espectro arrastrándose penosamente sobre las rodillas y las manos.

—¿Eres tú, Antropos? le preguntó Alazona sorprendida.

—Yo soy, contestó el hombre con la voz de un moribundo.

—¿De dónde sales? ¿Cómo te encuentras en tan lamentable estado?

—Aquí me vine huyendo de vosotros, resuelto á olvidarme de todo lo que os enloquece: de oro y de carne, de goces y placeres. Aquí me vine para maldecir la tierra y vivir solo con mi espíritu. Buena era mi resolucion, pero siento que pronto acabaré. Te ví llegar; resuelto estaba á no descubrir mi bien oculto retiro; te ví llegar, y á la vista de tu espejo no fuí dueño de un antojo. Quise contemplar los efectos de mi ayuno y penitencia; quise recrearme ante la ruina de este vil y miserable barro, y me acerqué en la confianza de que no te apercibirías.

—Pues, toma, exclamó Alazona. Contempla tu obra. Debes estar ufano y satisfecho.

Antropos se contempló con fruicion visible, y por primera vez despues de muchos dias brilló en su rostro una sonrisa de satisfaccion. ¡Tan cierto es que la vanidad conserva su dominio hasta sobre los mas acuitados corazones! Regocijase con sus lisonjas lo mismo el mendigo cubierto de harapos repugnantes, que el rey pavoneándose en púrpura y corona, porque para aquel es delectacion la lástima que inspira, como para este la envidia y el temor que infunde. ¡Oh, sábia y mil veces sábia naturaleza que dás sus goces y compensa-

ciones aun á la infelicidad! ¡Oh, sábia y mil veces sábia naturaleza que así mitigas y endulzas los mas acerbos dolores, los cuidados mas crueles!

—¿Pero qué es esto, Antropos? tornó á preguntar el duende. ¿En qué piensas? ¿Qué te propones?

—En nada pienso, porque ni para pensar me quedan fuerzas, contestó aquel esqueleto vivo. Solo se que estoy muy satisfecho. He olvidado á mi mujer, á mi hijo, nada ambiciono, nada quiero; me basta esta cueva por palacio; estos andrajos por túnica, y á todas horas tengo la mesa surtida, con salir á pacer las yerbas ó bajar hasta el arroyo como las aves y los brutos.

—¡Pobre cuitado! exclamó Alazona. ¿Y no recuerdas con orgullo tus antiguas obras? ¿Y ni una sola vez nombraste en estos dias á tu amigo y protector, al que te proporcionaba triunfos tan legítimos!

—A decir verdad, replicó el hombre, una ó dos veces he estado por gritar involuntariamente; ¡Pónos! ¡Pónos!

—¿Quién me llama? dijo el del manto azul apareciendo. ¡Cielos! ¿qué veo? ¿Eres tú Antropos? ¿Aquel Antropos tan fuerte, tan bravo, tan mañoso? En tan corto tiempo ¿cómo pudiste caer tanto y tan hondo?

—Por distraccion te llamé, contestó el anacoreta sin poder abandonar la postura que tenia. Habia jurado no volver á pronunciar tu nombre. Pero aunque te haya nombrado, no te imagines que volveré á tu obediencia. Desde luego te anticipo que cuanto digas será inútil. Me habeis hecho conocer los peligros que amenazan al que piensa en el cuerpo, en la carne, en la materia, y quiero ser todo espíritu. Quiero depurar, aquilatar mi alma, porque sospecho que solo así he de tocar la suprema bienaventuranza. Si para ello es necesario el martirio, quiero ser mártir.

—Buen modo de conseguirla, ¡desdichado! exclamó sin po-

derse contener el génio. Sal á la luz, refocílate al calor del sol, toma siquiera algunas yerbas y escucha mi voz amiga y paternal antes de acabar de suicidarte.

Alazona, al oír que Pónos se preparaba á hablar, salió presurosa para comunicar el hallazgo á sus Señores, y Antropos trabajosamente se arrastró fuera del lóbrego agujero, sentóse sobre una peña al sol, y arrancó maquinalmente dos ó tres briznas de plantas que apenas si pudo masticar. Pónos entretanto le examinaba con el mayor interés. Vióle sucio, desgredado, flaco, macilento; los miembros cubiertos de miseria, los ojos hundidos, la mirada mortecina, el aspecto estúpido, el aliento penoso. Las costillas se le contaban; sus manos y megillas se clareaban y traslucian. Repuesto el anacoreta de la agitacion que le causara el pequeño esfuerzo de salir y sentarse al aire libre, el génio, tomando asiento á su lado y acariciándole una mano entre las suyas comenzó á interrogarle de esta guisa:

—Vamos á ver amigo de mi alma. ¿Qué te has propuesto con un proceder tan loco? ¿Será (si no me engaño) conseguir tu bienestar?

Antropos hizo un signo afirmativo de cabeza.

—Pues bien, ¿te encuentras mejor de salud?

El anacoreta movió lentamente la cabeza á un lado y otro.

—¿Y de espíritu? ¿Piensas mas ó mejor?

—No, porque no pienso, contestó el estenuado. Despues de haber comido algunas plantas suele la memoria luchar con cien recuerdos, el corazon con afectos que procuro dominar, la voluntad con mis antiguas pasiones, pero si ayuno y me resigno, gozo de un dulce y voluptuoso arrobamiento en el cual no distingo sino sombras y visiones; arrobamiento que en mi entender es la suma perfeccion. Entonces oro, porque sé que estoy en una isla maldita y que todos aquí son perversos, y que lo mejor es la mortificacion y la penitencia. Oro, sí, aunque sin

saber lo que me digo, porque ya no tengo en la cabeza aquella fuerza, aquella energía, aquella claridad de entonces.

Y el penitente lanzó un suspiro á pesar suyo.

—¡ Várame el cielo! exclamó Pónos. ¿Es posible que se haya enturbiado hasta tal punto la claridad de tu buen entendimiento? ¿Es posible que así pongas en olvido las lecciones que te dí tan amorosamente? Has matado el cuerpo; has apagado tu espíritu ¿y llamas á eso perfeccion? Haz un esfuerzo, desdichado. Recuerda tu esperiencia y mis palabras. Siempre te dije que te componias de materia y de espíritu, de dos partes diferentes aunque tan íntimamente enlazadas por una cadena de pasiones, que tu salud, tu bienestar, tu perfeccion, tu existencia dependian de su cabal equilibrio. Te se puede comparar á una de esas lámparas preciosas que alumbran el espacio y dan forma y colorido á todo cuanto las rodea. Si la anegas con aceite, la materia apaga la luz, y si no cuidas de echarla el necesario, la llama se vá debilitando, se enturbia, disminuye y desaparece. El sustento y policia de tu cuerpo dentro de los límites y la medida que aconseja la razon, es el alimento precioso que una atraccion invisible lleva trasformado en calor y en luz á tu corazon y tu cerebro. Si la gula te sácia el apetito, te convertirás en un receptáculo inerte, mas no por esto has de presumir que el modo mejor de llenar aquel objeto para que fuiste creado, es negarte imbécil á la conservacion perfecta de tu máquina que es una de las mejores obras del gran encantador Teo. Dices que la carne está maldita: si la materia fuese abominable ¿la habria creado Él? ¿La habria ennoblecido tan amorosamente con la belleza de la forma como receptáculo precioso de un espíritu divino? ¿Qué dirias del menguado que teniendo en su poder un vaso, obra maestra y prodigiosa de un inspirado escultor pretendiese mejorarle destruyendo con mano cruel y bárbara sus primores uno á uno? ¿Crees

tú que semejante insensatez podría ser acepta y agradable á los ojos del artífice creador? Pues eso ni mas ni menos es lo que tu locura intenta: quieres enmendar las obras incomparables del gran Teo, y das á entender que son absurdas y viciosas. ¡Cómo si tú fueras algo en parangon suya! ¡Cómo si tú pudieses enmendar lo que quizás nunca llegarás á comprender! ¡Cómo si Él hubiese creado algo inútil, algo ocioso, algo nocivo! ¡Cómo si fueras viviente sin relacion, libre de lazos y de vínculos! ¡Cómo si te fuera lícito abandonar á tu mujer, desentenderte de tu hijo, negarte á descorrer el velo de Alécia, olvidar tus deberes, rebelarte contra tu Señor, y todo esto para entregarte estúpido al mas brutal é incomprensible egoismo; y todo esto sin advertir que en lugar de hacer penitencia te entregas al placer mas despreciable y peligroso: al deleite del ócio, á la voluptuosidad de la pereza! No y mil veces no. Por mas que digas que eres mártir, que el martirio todo lo levanta, lo cierto es que tu creador puso en tí esa fuente de abnegacion, esa ambicion de sacrificios, esa llama del martirio para las grandes cosas y las grandes ocasiones como cuando se trataba de reconocer á mi hija y de salvarla. Es como todas tus demás pasiones: resortes admirables para obligarte al progreso que obran cuando su accion es necesaria. Su uso constituye una virtud: su abuso un vicio. Querer ser mártir sin necesidad es embriagarse con la sed de gloria para convertirse en mónstruo. ¿Pretenderás sostener que vale mas ser un mónstruo que hombre cual te hizo Teo, esposo querido, padre encariñado? Comprendo que al ver el abismo al cual llevaron á Dinamion sus desenfrenadas pasiones, hayas cobrado santo horror por semejantes demasías que reniegues del guerrero truculento, del sibarita afeminado, de la bruja hipócrita y falaz, del tirano sensual y fementido; que no llesves tu admiracion por

la belleza hasta el sacrilegio de rendir culto á una estátua, ni tu respeto por la inteligencia hasta confundir la hipocresía con la virtud, la perfidia con la lealtad, las imposturas é imaginaciones con el conocimiento de las cosas; comprendo que al ver que Seuda y Dinamion pensaban solo en gozar sin reparar en los medios, tú hayas recordado que no se debe vivir solo de pan y que procures dar á tu espíritu el lugar que le pertenece; pero de esto á creer que fuiste enviado aquí para ser viviente sin vida, obrero sin actividad, criatura sin deberes, árbol sin fruto, lámpara sin luz, hay toda la distancia que media entre la muerte y la vida. ¿Quién eres tú, pobre iluso, para presumir que sea bueno matar el amor y todos esos afectos que una providencia sábia esculpió en tu corazon, y que no son sino las misteriosas palabras de ese lenguaje armónico y sublime en que te manifiesta sin cesar su voluntad? ¿Quién eres tú para convertir la tierra en un sepulcro y hacer estériles los esfuerzos de ese destello divino que se llama tu razon, y que anima con su fuego el vaso que la contiene? ¿Crees por ventura que si tu venida á la isla de Gé no tuviese mas objeto que el de traerte á tu presente lastimoso estado, habrias llegado aquí bajo la forma de un sér esquisitamente sensible, activo por demás, pensador é inteligente? Si tu mision fuese la de pacer y engordar, tendrias el cuerpo y el instinto del toro, del caballo ó del elefante á lo sumo. Si el que te creó te destinara á la contemplacion inerte, serias una flor que mucho mejor que tú envia sin cesar hácia los cielos el misterioso perfume de su suavísima fragancia. No: al ver tus formas, tus facultades, lo complicado de tu organismo, la delicadeza de tus resortes, tu estremada sensibilidad, tus nobles aspiraciones, tus afectos innumerables, la fuerza de tu razon, el poder de tu inteligencia, percíbese bien á las claras que tu puesto es el primero, tu carga la mas pesada, tus deberes múltiples y nu-

merosos. Que eres como el administrador de estos estados, el caudillo de tantos séres, el piloto de la nave, y que si guiado por un despecho egoista te dedicas á soñar y olvidas tus obligaciones, faltarás ingrato á quien te confiara autoridad tan honrosa, abdicarás la gloria del primer puesto, y traidor y fermentido hácia los tuyos, harás que zozobren sin piedad en los primeros temporales. Si crees que por retirarte á esta tebaída, por enflaquecer tu cuerpo con ayunos, lacerar tus carnes con cilicios y hablar frases no sentidas, vas á encontrar la felicidad en recompensa, estás en un grandísimo error, porque pecado, y muy gran pecado será siempre destruir lo que no es tuyo, aunque lo llares *tu salud*, y porque *trabajar es orar*, y no hay oracion fructuosa sin trabajo.

Atento y muy atento estuvo el enflaquecido penitente escuchando las nunca bien alabadas razones del sábio y cariñoso Pónos, sin que por ello se amenguase en nada su mal dirigida fé y fanático teson. Ya se disponia el génio á reforzar su grave y profunda plática con nuevas y robustas razones, cuando apareció á lo lejos la colosal figura de Dinamion que se acercaba presuroso guiado por Alazona y seguido de la astuta Seuda, amen de un verdadero enjambre de trasgos y de duendes. Antes de que Pónos y su medio muerto protegido tuviesen tiempo para volver de la sorpresa, ya estaban todos allí contemplando con admiracion el cuerpo ó mas bien los huesos animados del anacoreta. Las nuevas que llevara el trasgo del espejillo se habian propalado como el sonido por el aire, y no hubo quien no se regocijase al saber que no habia muerto el hombre.

Fanta tambien lo supo á la par que los demás, y como tenia de compasiva tanto cuanto de curiosa, tendió sus alas ligeras y voló hácia la cabaña para contárselo á Gina. Hallóla á la cabecera de su hijo moribundo, y con su irreflexiva locuacidad la gritó desde el umbral.

—Albricias, mi siempre querida Gina. Albricias una y mil veces. Antropos vive. Está en un desierto. ¡Si le vieses! Sequito: todo sequito. Es una verdadera compasion. Alazona dió con él y pugnó por traérsele al castillo, pero no quiere dejar la cueva en la cual se esconde. ¡Y qué cueva! Me parece que nadie sino tú le sacará de los cascos los dislates que segun dicen le atormentan. ¿Quieres venirme conmigo? ¿Quieres hacer lo que te diga? Pues entonces cuéntale salvado y con salud. Aviate; despacha; vuela.

Gina sin escuchar mas palabras saltó fuera de la choza y siguió al hada de los cuentos y las ilusiones.

Antes de llegar, empero (porque la pobre mujer no podia correr tanto como aquella grey insustancial), pasaba entre los varios personajes que dejamos á la entrada de la gruta, una escena por demás interesante.

—¡Miserable! exclamó Dinamion fuera de sí cuando llegó, dirigiéndose al abatido siervo. Sígueme á un calabozo del castillo. Ven á sufrir el castigo de tu atrevimiento.

—En vano me insultas y amenazas, contestó con acento moribundo Antropos. Ni tus vituperios ni tus iras me harán mover un brazo, ni una pierna. Nada temo, nada me intimida. Cuanto antes me arranques el leve soplo que se apega con tenacidad á estos mortales despojos, antes habré cesado de padecer. No tengo mas ambicion que la del martirio. Acabo de negar á Pónos la obediencia: ¿cómo presumes que ceda porque tú lo mandas?

—¡Ira de gigante! gritó desatentado el guerrero. Reniego de mis contemplaciones. O vuelves sin rechistar á tu trabajo ó juro por mi barba roja.....

—Señor, le interrumpió Seuda interponiéndose. Mira lo que vas á hacer. Espera; déjame probar á mí; ten un poco de cachaza.

La astuta comenzó en seguida á persuadir al hombre poniéndose sobre el rostro las mas formales de todas sus caretas, empero el hombre se tapó los oidos por no oirla.

Viendo tamaña decision, Pónos tornó á emplear para con el penitente la dulzura y la fuerza de sus clarísimas razones. Habló á su corazon, á su inteligencia, evocó recuerdos, prometió esperanzas, y todo, todo fué inútil: el misérrimo fanático se encerró en la mas fria impassibilidad, contestando á todo con silencioso menosprecio.

Dinamion, exasperado al fin, dijo un juramento atroz y levantó la espada para esterminar al cenobita, el cual se arrojó con mansedumbre pronto á recibir el golpe.

El acero descendió silbando por el aire.

En la mitad de su carrera rápida se escuchó la voz de Gina. Alzaba en alto la joya de Dinamion, y cantaba en tono triste á pocos pasos sobre una peña desnuda.

El brazo del gigante quedó inmoble repentinamente en medio de su descenso.

Prestó el oido para oir.

Con las cadencias melancólicas que repetian plañideros los ecos de aquellas soledades, iban mezclados recuerdos sentidos del amor pasado, temores angustiosos del presente, la muerte próxima del hijo, el dolor del corazon materno, su desamparo y prematura viudez, la alegría de muertas esperanzas y el luto de un porvenir preñado de desventuras. Habia en aquellas notas melodiosas una tristeza que llegaba al corazon; habia en aquellos conceptos un sentimiento que fascinaba la inteligencia. Aquel canto era una sucesion de suspiros amorosos, de ayes del alma de una madre esposa, envueltos en los melancólicos acordes de una música celeste.

Desde la primera estrofa el penitente pertinaz se habia llevado entrambas manos al costado izquierdo, cual si temiera

que el corazón estallase. Desde las primeras notas comenzó á descender pausadamente el acero del gigante cuya megilla se volvió también en dirección á donde sonaba el canto. Las facciones del guerrero fueron cubriéndose con una sonrisa de delectación indefinible: el arrodillado anacoreta también levantó los ojos á los cielos inundados en dulces abundosas lágrimas. Porque en su pecho se daban afectos encontrados el más crudo y temeroso combate.

No era posible á la verdad idear cuadro de más interés. Un cenobita de hinojos, flaco, amarillento y sucio, mal arropado en un pedazo de sarga, verdadera efigie de la penitencia, pero con todo el tesón y la indomable energía del espíritu: un gigante trasunto de la fuerza, gallardo con el peto y el almete en actitud de descargar el tremebundo acero; la ansiosa lucha y estática vacilación reveladas en el rostro cadavérico del asceta: el júbilo de Pónos; el mal reprimido despecho de la bruja; la espectación aturdida de los duendes; todos aquellos oídos vueltos hácia un mismo punto; todos aquellos ojos tan absortos, aquellos labios entreabiertos, aquellos alientos contenidos, formaban un cuadro sin igual porque actitudes de admiración, mirar vagarosos de sorpresa, grupos inmóviles como de estatuas, se destacaban armónicos sobre un terreno imponente por su aridez selvática y bravía, sobre el velado horizonte de las horas de la tarde, entre la luz crepuscular y melancólica de un día moribundo y bajo la impresión de una música de dolor, de unas palabras apasionadas de tristeza, ayes de un alma doliente que resonaban claras, sonoras, vibrantes en medio de aquel desierto.

Al sepultarse la última palabra de la cantora en el infinito del silencio, Pónos señaló hácia el lugar de donde vino la plegaria y exclamó:

—Allí está la felicidad, porque allí está el deber y la familia.

—¡Pónos! contestó el anacoreta haciendo un esfuerzo por ponerse en pie: hasta la muerte soy tuyo. Como esclavo te he de obedecer y ni aun con ello he de pagar el amor de esa infeliz.

—Sea, prorumpió Dinamion colgándose al costado el noble acero y limpiándose una lágrima con el revés de la mano. En vano es luchar. No hay corazón que resista esa ternura. Renuncio á todos mis propósitos, reniego de mi consejera y vengá lo que viniere, quiero volver á escuchar los dulces cantos de la incomparable Gina.

—¡Oh rabia! rugió por lo bajo Seuda retorciéndose las garras. Siempre esa maldecida criatura. Juro envenenar tus triunfos: juro enturbiar tus placeres. ¡Oh! mi venganza será tremenda: mi furor ha de rivalizar con el poder de tus encantos.



## VII.

Algunas horas despues de los acontecimientos que acabo de recordar, el sol salia esplendoroso por el rosado horizonte, y á todos los habitantes de la isla, menos á Seuda y sus parciales, parecia su luz mas clara y consoladora que nunca.

Antropos yacia en su cabaña postrado en un lecho inmediato al de su hijo; Pónos cuidaba de los enfermos y empleaba para restituirles la salud los mejores recursos de su ciencia; Gina ejecutaba con amor las prescripciones del génio sin igual, y Dinamion, despues de haber colgado las terribles armas, soñaba entusiasmado con oir una y otra vez de nuevo los cantos

peregrinos de la mujer sensible y amorosa. En medio de la desnudez del suelo, de la pobreza de los campos, de las ruinas ocasionadas por la desidia del hombre, la ignorancia de los enemigos y la ferocidad del guerrero, parecia como que plantas y flores, aves y reptiles, árboles y brutos, revivian de mortal letargo y despertaban á una existencia de feliz augurio.

La bruja únicamente no quiso reparar en lo que por todas partes se notaba; ella tan solo tomaba la luz por sombras, la sonrisa de la naturaleza por el horrible gesto de la muerte. Y era porque su alma exhalaba ódio y desamor; su corazón ardia en ira y en venganza; su ingenio tenebroso revolvia fatídicos proyectos, y nada podia satisfacerla que no fuese sangre y esterminio, y tiranía, y preponderancia universal aunque hubiera de comprarlas con los ayes y congojas de grandes y pequeños, sin exceptuar al crédulo Dinamion.

Aprovechando la quietud forzosa de la convalecencia de los náufragos, se encerró con Anoya cierta noche y hubo entre ambas los siguientes razonamientos:

—Ya ves, mi fiel y bien amada Anoya, cuán malhadadamente van nuestros planes y ambiciones. De nada nos sirve trabajar, urdir sistemas estupendos, pasar las noches en vigi-  
lias, comer el pan remojado en amargura. Cuando creemos que el éxito corona nuestros afanes, unas coplas de esa mujer lo trastornan y desbaratan todo. Mientras exista la maldecida criatura no habrá seguridad para nosotras. Yo no sé que tiene su voz, ni de dónde saca las frases que pronuncia: á mi misma me seducen mientras las estoy oyendo. Yo bien queria volver al hombre á su trabajo, pero jamás por medio de un nuevo triunfo de la mujer. No hay remedio: debemos esterminarla, aunque para ello tengamos que asolar la isla. Pero yo soy flaca, y tú ni ninguno de los nuestros, es ni fecundo ni fuerte. Tenemos chispa, travesura, sabemos manejar á los de-

más, urdir enredos, provocar conflictos, y no obstante, por no someternos al odiado Pónos, nada podremos en la vida contra la voluntad de Dinamion. Hay que buscar quien nos ayude. Veamos de proporcionarnos fuerza. A un gigante, otro gigante.

—No entiendo lo que meditas, replicó Anoya. ¿Dónde encontrar ese auxilio?

—La cosa no es tan difícil como parece, prosiguió la bruja. Todavía quedan gigantes en la isla, y si tú quieres salir en busca de alguno de los más feroces, todo podrá remediarse muy en breve. Si encontrases alguno bien dispuesto, es preciso que tu elocuencia le seduzca. Píntale la dulzura y fertilidad de estas regiones, el cómodo desahogo del alcázar, los bienes y placeres que pueden proporcionarle Pónos con su protegido, y sobre todo no olvides de repetirle á todas horas que el único peligro del imperio es Gina, á la cual conviene á todo trance exterminar. Hazle el retrato de esa odiosa criatura, y dile que es falaz y fementida, veleidosa en su afición, depravada por naturaleza, perversa de alma y de instintos, tentación si se la mira, tormento del que la oye. Concierta contra nuestra común enemiga las pasiones del coloso, y para decidirle á entrar por tierras de Dinamion, poniéndolo todo á sangre y fuego, prométele nuestra poderosa ayuda; siempre empero á condición de que exija la entrega de la mujer para humillarla y envilecerla. Este debe ser hasta conseguirle nuestro objeto principal.

—¿Pero con qué autoridad voy yo á persuadir á ese gigante? ¿Me escuchará? Aquí al menos me amparas tú y me proteges Dinamion, ¡é infeliz del que no respetase mis profundas derrotas! Pero, y si el gigante en cuestión (dado caso que le encuentre) no quiere admirar mi ciencia, ¿qué hago? ¿Comprendes los peligros á los cuales quieres que me esponga?

—No temas niña, no temas, dijo la bruja sonriendo. En trá-

tándose de goces, y mando y tiranía, todos los gigantes son iguales. Irás como embajadora de la insigne Seuda, y este solo título bastará para que desde luego te respeten. Además, debes hacer de manera que te acompañe Fanta en este viaje. Ya sabes que sus leyendas fascinan; tus mejores arranques son remedos de los suyos, y sobre auxiliarte en la empresa muy maravillosamente, no hay compañero mas entretenido.

—¿Cuándo deseas que parta? preguntó Anoya.

—Cuanto antes, replicó Seuda: lo principal es ganar tiempo.

—Mas no podré salir en este traje, tornó á decir la del hábito y la sogá. A cada page, su ropage.

—Claro es que no, concluyó diciendo su Señora. Disfrázate sencilla pero majestuosamente. Elije colores vivos porque gustan á los bárbaros, y sobre todo, lleva abundancia de regalos, pues no hay cosa como dar para zurcir alianzas.

—Y ¿hacia qué parte de la isla crees tú que deba dirigirme? preguntó la embajadora.

—Hacia los climas ardientes, la contestó su maestra. Allí la imaginacion no tiene freno, las pasiones son incontrastables y tengo notado que los de aquellas regiones se dejan seducir mas fácilmente por nosotras.

—Está bien, concluyó diciendo Anoya. Mañana mismo he de salir y cuenta que he de vencer los imposibles con tal de perorar á mi sabor. Lo que deseo es que procures que me acompañe Fanta.

—Eso haré yo de todas veras, dijo para concluir la bruja. Déjalo á mi cargo, que no te ha de faltar su compañía.

—Otra cosa te pediría tambien si me atreviese, añadió la criada de la bruja.

—Dí cuál y ténla por concedida, la ofreció esta.

—Es que en recompensa y galardón de mis afanes me permitas imbuir á nuestro libertador un ódio sin igual contra los

biblos. No hay en la isla cosa que yo deteste mas. No puedo sufrir que se eternicen en esas cajas maldecidas los cantos de la mujer, ni las palabras de Alécia. Si no los destruimos todos ¿qué valdrán mis peroratas? Dinamion siempre preferirá por lo que veo, fijar los ojos en los biblos y escuchar tanta sandez peligrosa como contienen. Y además: ¿no te asusta que para cada uno de ellos se acorte de un eslabon la cadena de los hombres?

—Tienes razon, prorumpió la bruja. Puedes destruirlos á placer.

—Entonces, concluyó Anoya, tendremos jiganton que nos ayude y Gina será lo que te plazca.

Anoya, sumisa y obediente á los mandatos de su ama, empleó el resto de la noche en disponer un traje muy singular pero sencillo. Empaquetó telas, regalos y dijes, tomó instrucciones de la consejera, y en una palabra, se preparó bravamente para el desempeño de la árdua cuanto importantísima mision. Por acémila tomó un borrico.

A la mañana siguiente, Seuda hizo comparecer á Fanta y la propuso un viaje de recreo con Anoya. Díjola que irían á un país maravilloso en el cual flores, y bosques y prados exhalaban poesía; que el Señor de la comarca era un jigante tan amigo de leyendas que todo el dia y la noche las escuchaba sin dormir, estático; que no habia sino contarle alguna sin igual por atrevida y aun estravagante para ser su favorita; y en fin, tan bien supo pintar la muy astuta aquella tierra de amor, que Fanta se dejó convencer contra su costumbre y prometió no regresar al castillo hasta dar cima feliz á tan sabrosa aventura.

Con esto la contadora de leyendas y la embajadora estúpida se pusieron en camino, y como nada de particular ocurrió á nuestros amigos durante los dias de su convalecencia, bueno será que aproveche este interregno para contar á mis lectores las aventuras de las dos ínclitas viajantes.

Tomaron la dirección de las tierras en que el sol calienta, así por el consejo de la bruja, cuanto porque la enviada era un tanto regalona, y siempre prefirió los climas cálidos á los hielos y á las nieves. Fanta por su parte se inclinaba también naturalmente hácia el camino que tenía las más aromosas flores.

Iban, pues, caminando á la ventura, Fanta volando delante más ligera que una golondrina, y Anoya seguía la trabajosamente tirando del ronzal del borriquillo cargado con el reposito y dando cada resoplido que levantaba el polvo en nubes, cuando la primera se volvió de pronto y dió principio al diálogo siguiente:

—Sabes, Anoya, que me vuelvo.

—¿Y por qué?

—Porque yo no puedo caminar á tu paso de tortuga sin decir ni una palabra.

—A la verdad que yo también reviento por hablar, y si no fuese por las prevenciones de mi Señora, creo que hubiera pronunciado á este animal que me sigue un par de mis mejores peroratas.

—Déjame de peroratas, compañera. Yo te prometo por esta vez hacerte gracia de mis cuentos si quieres que departamos á la llana. ¿Qué prevenciones son esas de tu Señora?

—Dijome que por regla general me mantuviese callada, meditabunda y muy grave. Que lo exigía así mi oficio.

—Y ¿por qué?

—Porque asegura que las gentes cobran fama más por lo que parecen que por lo que son.

—Entonces habla conmigo sin empacho, pues podrás creer que te conozco. ¿Qué opinas de nuestro viaje?

—Que es trabajoso por demás.

—No es eso lo que pregunto. ¿Qué piensas que nos sucederá con el gigante que buscamos?

—¡Toma! que descubriremos su castillo insólito, el cual se distinguirá de lejos por el humo espírico de sus fumifugas chimeneas, y desde media jornada llegará á nosotros un tufo apetitoso que nos pondrá cien alas en los pies é incitará á roznar á mi jumento. Cuando entremos por el puente alabastrino advertiremos que el foso infundiforme es en parte rio y en otra parte lago, en donde se verán nadar á millares y millares la delicada trucha, el suculento salmon y aun toda clase de marisco. Luego, desde la poterna calijinea estarán tapizados los muros de jamones y cecinas delicadamente interpoladas con frutas secas y frascos de vinos generosos. En el patio no habrá máquinas de guerra como en el alcázar de Dinamion, sino un jardín y una huerta con todo lo mejor de las huertas y jardines desde la fresa á la uva, desde el guisante al espárrago. Saldráanos á recibir nuestro gigante (quien de fijo ha de tener panza orbicular) no recubierto de hierro, con el gesto torvo, sino cortés y jovial, con un asador mayúsculo por espada, envainado en no sé cuantos faisanes y capones. Con una mano nos presentará un cristal en donde podría circunnavegarse sobre vino, mientras con la otra nos ofrecerá un tasajo de vianda desconocida, pero á cuyo solo aspecto el paladar titilará deliciosamente. *Bienvenida seas ¡oh! ilustre embajadora—me dirá.— Llegas en la mejor ocasion. La mesa está tan á punto que aun humean dulcemente todos los manjares. Toma un bocado y un trago para entretener el apetito hasta llegar al tinelo. Deja aquí el asno que se le cuidará como si fuese á su ama. Comamos..... despues ronquemos..... y..... despues.....*

—¡Tente por el cielo! Tente, porque si sigues de este modo, abro mis alas y no me vuelves á ver. Ya estoy mala solo de figurarme la atmósfera repugnante que habria en el tal castillo. ¡Oh! con cuánta razon he oido decir á Pónos que lo que bien se

siente, bien se espresa! jamás te ví menos grandilocua, pero tampoco mas clara. Has pintado ese inmenso figon tan á lo vivo que da náuseas. Si tal fuese, allá irias tú, pero no yo.

—Luego, ¿para qué te imaginas que venimos? Mi señora me encargó que te pintase este viaje como si su término hubiera de ser la felicidad suprema, y así lo hago.

—Tambien á mi me lo aseguró que lo seria, pero ¡de cuán distinto modo me le pinto yo!

—Pues dí lo que te parezca, y ya verás que no es tan bueno ni tan sólido como lo que yo te digo.

—Paréceme que el término de nuestro afan habrá de ser hallarnos en un pensil en donde las flores se deshagan y desvanezcan á la vista en deliciosos aromas, como se desvanecen las nubes en el cielo para pintar ese delicioso azul, y apenas se habrá desvanecido una rosa, un clavel, una violeta, cuando se verán brotar nuevos capullos y abrirse unos tras otros al ambiente perfumado y tornar á convertirse en fragancia incomparable. Las auras agitadas suavemente por esplendentes mariposas acariciarán nuestros sentidos con las ondas de mil esencias balsámicas y una armonía de liras invisibles se unirá en concierto peregrino con los trenos lúgubres del ruseñor y el murmurar plañidero de las aguas, y todo será allí un hervidero silencioso de vida, un océano de placeres puros, un éxtasis infinito.—Pues verás.—Debajo de unas palmeras, cien veces mas esbeltas y graciosas que aquellas que veo allá á lo lejos, descubriremos de pronto á un génio colosal pero sutil y vaporoso. Su mirar pensativo y melancólico no se apartará del cielo, su boca respirará entusiasmo, su frente brillará con la aureola de la inspiracion. Yo al verle, frenética y temblorosa, le saludaré con una gentil leyenda, y una sonrisa de delectacion vagará sobre sus lábios al oirme, y la luz de su cabeza irá tomando intensidad hasta que volviendo sobre mí su rutilante mirada, me señale al sol es-

plendoroso y abra unas alas inmensas, y se lance atrevido en derechura hácia el astro de la luz, y á cada azote de sus alas el aire se convierta en luminosas crespas, y yo le siga fascinada por los espacios etéreos y atravesemos un cielo, y dos cielos, y tres cielos, y.....

—Tente, Fanta, tente ó me desmayo. ¡Válame y cuánto delirar! Pues si eso fuera el término de mi embajada, te aseguro que no pasaba de aquí. ¿Qué haríamos con tus rosas deshaciéndose en perfumes, y tu música celeste, y tus leyendas, y tus vuelos? Vamos, confieso que me has mareado, y si no fuese porque saqué mientras hablabas este regular tasajo, te digo que pierdo la cabeza.

—Come enhorabuena, Anoya, come. No te envidio tu apetito.

—Ni yo te envidio tu abstinencia. Medrados estaríamos si hubiesemos de esquilmar al hombre con tus locuras. Dígalo sino la manera que tuviste de desempeñar la comision que te confió nuestra Señora.

—Entonces y siempre hice y haré del hombre lo que quiera.

—Ilusiones, ilusiones Fanta. Antropos será siempre de quien le dé mas pan y mejor pan. Por el estómago se le gobierna.

—¡Qué error! Anoya ¡qué error! ¡Cómo si careciese de razon! ¿Qué seria el mundo en ese caso?

—Lo que es: una gran despena.

—¡Qué blasfemia!

—¡Qué locura!

—Eres esclava de la carne.

—Y tú deliras y no vives.

—La prueba que no deliro, la tienes ante los ojos. Silencio y mira. ¡Qué hermoso es y que gallardo!

Con esta última exclamacion de Fanta, nuestras viajeras permanecieron inmóviles contemplando lo que hasta entonces no habian percibido en el calor de su animado coloquio.

Poco á poco y distraidas habíanse internado en una region abrasada en la cual no habia arroyos y eran escasas las fuentes. Allí reinaba un gigante feroz, de tez morena: su cabeza era abultada; sus ojos negros, rasgados y vivos; su frente prominente; aguileña su nariz, y su barba negra como el mismo ébano le caia sobre el pecho y le daba aspecto de majestad. Indolente y voluptuoso preferia pasar la vida á la sombra de las palmeras, sin mas Dios que los astros de los cielos y sin otra ambicion que su indolencia. Sensible al entusiasmo cuando en arrebatado nervioso emprendia una gran obra, su empuje, su teson, su actividad eran fenomenales y pasmosas. Parecíase en esto como todos los meridionales á esas máquinas potentes que en virtud solo de la inercia van atesorando energia y la manifiestan de un golpe en instantes dados, para causar con su efecto asombro y admiracion.

En cuanto al aspecto del país, ya he dicho que era místico y agostado por la gran carencia de aguas, aunque de trecho en trecho solian descollar en sus llanuras bosquecillos de palmeras. Estos oasis deliciosos de vegetacion lozana, parecian islas de eterna verdura en un mar de aridez sin horizontes.

Llegaron, pues, el hada y la embajadora á los primeros bosques de palmeras, á tiempo que el indolente gigante acababa de dormir. Con el ardor de la tarde, la siesta se habia prolongado mas que de costumbre, y las sombras de sus ensueños numerosos vagaban todavía por las profundidades de la mente. Hallábase á la sazón pugnando para recordar las visiones fantásticas que le agitaran. Sentado con las piernas cruzadas, los ojos fijos, la memoria distraida, parecia gozar embebecido la voluptuosa fruicion de estático arrobamiento.

Al verle inmóvil, con la barba negra, con su aspecto majestuoso, Anoya se sobrecogió, pero Fanta siempre irreflexiva la dijo á su compañera.

—Ese sin duda es el gigante que buscamos. Es buen mozo. ¿Ves como no me engañaba? Parece como si nos esperase. Voy á contarle una leyenda.

Y sin mas preliminar ni ceremonia, abrió sus alas, reverberaron con el sol sus cambiantes y matices, llegó sobre el hombro del contemplativo cual ligera golondrina, y le empezó á contar esta conseja con su vocecita suave, suave, suave.

—¡Cuán dulcísima es la vida en medio de esta verdura! ¡Qué deleitoso bienestar se siente á la sombra de la gentil palmera! ¡Cuán gratamente se respira bañándose en este ambiente tibio y aspirando fragancias y perfumes!—Así debe ser la suprema felicidad: los sentidos gozando sin que el cuerpo tenga que hacer el esfuerzo mas mínimo: la mente soñolienta vagando en voluptuosidad por un regalado edén.—¡Lástima que un gigante como tú haya de moverse para beber la leche de sus camellas, y comer la miel de los panales!—¿Por qué no habian de correr por este frondoso bosque fuentes de leche y de miel como corren de agua clara?—¡Oh dulce, dulcísima miel! ¡Oh sabrosa, sabrosa leche!—Confieso que son dos cosas que me gustan.—Sé dónde las hay tan abundantes, que nunca, nunca se acaban.—¿Quieres venir conmigo y las verás manar á borbotones?—Es un verdadero paraíso, ¡maravilloso! ¡maravilloso!—¿Quieres? Pues cierra los ojos para no desvanecerte; escucha, confía y cree.—Así, así, ya verás, ya verás.—Aquí tienes una yegua mas blanca que la nieve, veloz como el rayo de las nubes con setenta y dos pares de potentes alas. En ella van los gigantes elegidos hácia las regiones de sempiterna luz. Oprime sin temor su fuerte lomo, pronto estaremos de regreso.—Hemos de hacer nuestro viage en menos tiempo que el necesario para ordeñar tu mejor camella.—Ya subimos, ya subimos. Ya nos remontamos sobre Gé. Mira, ya estamos en el primer cielo, todo de plata, y de aquí penden las estrellas

colgadas con cadenas de oro, y á su entrada vigila y hace centinela el inmenso gallo blanco, cuya estatura es tan grande, que á tu paso ordinario, allá en la isla de Gé, tendrías que caminar quinientos años para llegar desde los espolones á la cresta: abre los ojos cuanto puedas y contempla tanta maravilla, porque ya llegamos al segundo cielo que está forjado de hierro. Por él pasamos, como saeta veloz, y atravesamos el tercero todo de piedras preciosas, y el cuarto que es de esmeralda, y el quinto que es de oro puro, y el sexto mas admirable que los anteriores, y el sétimo de luz celestial y lim-pida. Este es morada del supremo encantador, autor de tantas maravillas, y para cantar sus glorias, advierte hácia la derecha el portento de esa especie de ángel. Sus cabezas son setenta mil, y en cada una tiene setenta mil bocas, y en cada boca setenta mil lenguas, y todo esto para decir que el encantador es justo, sábio y poderoso.—¡No lo entiendo, no lo entiendo!—

¿A qué tanta algarabía para decir lo que una lengua sola dice mejor y mas claro?—Misterios, siempre misterios.—Pero en fin, ya hemos llegado á la entrada del pensil y nos falta lo mas árduo, lo mas comprometido.—Supongo, que eres buen ginete,—supongo que no tendrás las piernas cojas,—porque aquel que no sea buen ginete no entra en este paraíso. De aquí que para ganar esta bienaventuranza lo primero que hay que cuidar en el mundo es de las piernas.—¿Ves ese cabello cien veces mas delgado que los míos? ¿Le ves tendido sobre un abismo profundo y espantable, como tiende la araña su hebra primera sobre la boca de un pozo? Pues sobre él has de pasar si fueres bueno, ó desde su altura habrás de caer si fueres malo.—Advierte que la yegua recoge y pliega sus alas, porque no vale volar, y sus cuatro poderosos cascos han de herir el cabello sin perder el equilibrio.—¡Firmeza y valor! amigo.—¡Qué altura! ¡qué inmensidad! ¡Qué abismos á nuestros pies!—Firme, fir-

me, ya estamos del otro lado.—Mira las fuentes de miel; ahí tienes rios de leche y otras cosas mas sabrosas que te reservan esas ninfas siempre encariñadas, siempre virginales.— Escucha como repiten tu nombre y te llaman dulcemente, diciéndote entre suspiros..... Pero ahora que me acuerdo; ¿cómo te llamas?

El gigante, vuelto en sí de su embeleso al escuchar la repentina pregunta, hizo un movimiento brusco que obligó á Fanta á precipitarse del hombro y cernerse sobre sus alas cual mariposa que abandona el tallo del clavel sacudido por el viento. Al ver aquella aparicion anacarada, el gigante contestó maquinalmente.

—MOSLEMA, y tú, ¿cómo te llamas? ¿quién eres?

—Yo soy..... lo que te se antoje. Hoy tu ángel, mañana veremos. Vengo á revelarte maravillas; quiero hacerte feliz, rico, poderoso, Señor de imperios y de mundos. He venido con una amiga que se propone sacarte de la oscuridad. Solo espera tu beneplácito, y si se le dás benévolo tambien te contará, segun parece, cosas de la mayor importancia, aunque para mí jes tan comilona y material!

—¿Y dónde está esa amiguita? preguntó Moslema.

—Mírala donde me espera. Recíbela cariñoso; háblala ledo y verás que pico de oro.

El perezoso Moslema lo hizo así, y Anoya, aprovechando tan bella coyuntura, principió á dar cumplimiento á su embajada. Como no era fácil que olvidase sus arraigadas costumbres ni las prevenciones de Seuda, pronunció un discurso tan grandilocuo como enmarañado, y le esplicó en altos y sonoros términos el objeto de su venida. Aunque con mucho trabajo el gigante acabó por comprenderla. Animóle á combatir, hablóle de regalos, despertó su ambicion y su codicia, ofreció en premio tesoros, ensalzó el placer de la victoria, elogió á Seuda,

Señora omnipotente cuya sabiduría era infinita, cuyos favores no tenían precio, y díjole por fin que contara con su auxilio si en cambio cooperaba para envilecer á Gina.

Sobre algunos de estos puntos terció Fanta en su estilo de costumbre, cuya novedad seducía al buen gigante, y como tenía claro ingenio, y si mucho le gustaban los ensueños de la mente, no le agradaban menos los materiales placeres, mezcló lo bueno con lo malo, y barajó en su fantasía lo poco de verdad que Anoya aprendió de Alécia, con las mentiras mas extravagantes.

Anoya por otra parte fué aquella vez bastante hábil para decirle recordando las lecciones de su ama:

— «La llave del paraíso es la espada: una gota de sangre  
»derramada por tan santa causa; una noche sobre las armas y  
»al raso, tienen mas mérito que dos meses de ayuno y de ora-  
»ciones. Los pecados del que muere en el combate, le son per-  
»donados, y sus heridas exhalan perfumes de ambar y de al-  
»mizcle.»

Entusiasmado con aquel lenguaje tan nuevo para él, Moslema salió de su apatía habitual, y armándose lo mejor que pudo entró por tierras de Dinamion para recorrerlas y talarlas.

Efectivamente, sus primeras hazañas fueron talas, quemas y destrozos. Anoya le acompañó al principio en todas partes deseosa de promover en persona la destruccion de los biblos, porque así como el objeto predilecto del ódio y el rencor de Seuda era siempre la mujer, así su estúpida confidente tenía antipatía invencible y guerra declarada á las cajitas encantadas en donde se guardaban las palabras y los himnos. No podía llevar con paciencia, segun dije, que con solo fijar cualquiera por un instante los ojos en sus misterios, se oyesen arengas y oraciones peregrinas sin recurrir á su nunca bien ponderada facundia.

Hé aquí por qué Moslema, que lo destruía todo, quemaba los depósitos de biblos con particular predilección.

No tardaron las nuevas de un peligro tan inminente en llegar hasta el alcázar. Los duendes contaban hora tras hora notables exageraciones. Seuda vivía en la mayor ansiedad dudando si todo aquello sería obra de sus emisarios, mientras Dinamion echaba venablos por la boca á cada noticia de una nueva tala.

Por fin, algunos días despues, en medio de una noche oscura, entró furtivamente Anoya en el castillo portadora de mensajes y proposiciones. Presentóse sin tardanza á Seuda, y sosegado un tanto el indecible júbilo de la muy astuta al oír las halagüeñas noticias, continuaron conferenciando en estos ó muy semejantes términos:

—¿Con qué es tan guapo Moslema? preguntaba la bruja.

—Es un mozo muy cumplido, contestaba Anoya. Si le vieses, comprenderías al momento todo lo que significa aquella mirada clara y penetrante. Es entusiasta, no hay duda, pero tengo para mí que bajo una apariencia seductora, á pesar de sus nobles y levantados conceptos, lo que desea es gozar sin medida, no tener freno para sus pasiones, ponérsele á los demás, y en fin, lo que procuramos todos: gozar nosotros de los mas regalados frutos y echar sobre agenos hombros la fatiga de su penoso cultivo. Para mí hace tiempo que este es el problema de la vida.

—No vas mal encaminada, replicó la bruja, y veo con satisfacción que mis consejos te aprovechan. Trataremos ese punto mas despacio. Dime ahora. ¿Crees tú que ese gigante podrá sostener la lucha con el guerrero Dinamion?

—Lo creo, respondió Anoya. Es mas ágil, mas vivo, mas fogoso, y luego tiene mas de eso que tú y yo llamamos fé, es decir: mas fanatismo. Porque cree que su vida está arreglada

de antemano allá en el cielo, que las estrellas son divinidades encargadas de disponer con tiempo los acontecimientos de aquí abajo. Dice, por ejemplo, que lo mismo y del mismo modo habría de fallecer en tal día y á tal hora si se estuviese bajo sus palmeras, que si presenta el pecho desnudo é inerme á los mandobles de cien guerreros gigantes. En suma, para que sea invencible, no ha menester mas que dos cosas.

—¿Cuáles?

—Un caballo y buenas armas.

—¿Pues no dices que tala nuestras tierras? preguntó Seuda.

—Es cierto, continuó la amiga de Moslema; pero lo hace con sus grandes bríos. Sus armas son casi primitivas, y para lidiar con Dinamion, su suelto y vistoso traje no solo no es suficiente, sino que ni apenas decoroso. Es necesario que veamos cómo ponemos por algun tiempo al hombre en su poder. Verás que pronto se arma si lo conseguimos.

—Deja tú eso á mi cargo, contestó la consejera astuta. Ahora, cuéntame mas pormenores. Hazme la descripcion exacta de su traje.

—¡Ah! exclamó la embajadora con orgullo. Entre yo y Fanta le hemos arreglado á las mil maravillas, aunque en esto de vestir no se dejaba gobernar. Con una pieza de tela verde de las que llevé conmigo, se ha envuelto la cabeza en torno, formando lo que llama su *turbante*, y con todas las demás, verdes tambien, se arrebujá el cuerpo en una especie de camison ó como él dice, *caftan*.

—Estará fresco como una lechuga, replicó Seuda sonriéndose, y hasta lo parecerá. Ya veremos de habilitarle de todo lo necesario. Dime ahora el mensaje que te encomendó para concertar sus términos, antes de que te presentes á tu Señor y se lo digas.

—Mi comision será breve; repuso Anoya. Se reduce á inti-

mar á Dinamion que crea cuanto Moslema haya dicho, dice y diga, (ya sabes que esta es la manía de cuantos deseamos oprimir) y ordenarle que se lave no sé cuántas veces el rostro, los pies y las manos ó se las refriegue con arena en caso de no tener agua.

—Y ¿para qué?

—Porque cree que todos tienen tanta necesidad de lavatorios como él, y exige estas ceremonias como en señal de sumision y en prueba de que son inmundos.

—¡Qué absurdo! hacer de una necesidad un rito. ¡Cuánta superficialidad hay en esa ceremonia!

—¿Y en las de por acá, maestra?

—Son muy distintas.

—Es verdad, son muy distintas.

—Ni aun confunden la policía del cuerpo con los ritos. Pero volvamos á tu mision.

—¿Y en el caso de no tener arena? ¿qué se ha de hacer? preguntó maliciosamente Seuda.

—Cree que eso es imposible, porque en aquellos sus desiertos por todas partes abunda.

—¡Vaya en gracia! ¡Vaya en gracia! Pero ¿qué dice de Gina?

—Dice que eso es asunto para despues, y que conseguido lo uno, lo otro será su consecuencia inevitable. Lo primero, me decia, es la creencia.

—Eso no me satisface, continuó la recelosa consejera. Eso no basta. ¿Qué me importa á mí que Dinamion crea ó no crea? Lo que quiero es vengarme de la mujer. Además, no se imagine Moslema que es fácil introducir una creencia que empieza por lavatorios. A veces las exigencias mas sencillas dan al traste con las grandes cosas si chocan con las costumbres. Desde la broma del festin nuestro Señor detesta el agua: jamás se lavó des-

pues ni el polyo ni el sudor, y de aquí ese aroma que se advierte, y no de flores, de entre el brillo y majestad de sus marciales arreos. Es menester, pues, abordar la cuestion de la mujer. No podemos arreglar lo restante sin tener toda seguridad sobre esto. ¡Bueno seria que despues de allanarle el camino de la victoria siguiera Gina imperando! No. Lo primero es invalidarla. Aprovechemos la ocasion, y pide á Dinamion que te la entregue. Opino que no se resistirá. Los poderosos sacrifican facilísimamente á sus mas caros favoritos, si con su ruina pueden evitarse un instante de amargura. Veamos ahora el mejor modo de poner en conocimiento de Dinamion la voluntad de Moslema. ¿Qué has pensado acerca de este punto?

—Nada he pensado, la contestó Anoya, porque yo rara vez pienso. Dejo las cosas á tu buen ingenio. Por esa razon te quise ver antes de visitar á nadie.

—Está bien, terminó diciendo Seuda. Ven conmigo, y con lo que me has contado me parece que habremos de hacer efecto. Primeramente te vestiré á la usanza de aquellas tierras, pues me parece bien el traje y has de llamar la atencion.

La bruja á seguida, con su ingenio fácil y rico en invenciones, llevó á su criada á un aposento y la disfrazó con admirable prontitud. Untola todo el cuerpo con hollin, púsola sobre la cabeza monda un amplio turbante blanco, hizola calzar babuchas sin contrafuerte, y colgola sobre los hombros, ancha, suelta y con capucha, una á manera de jilaba.

¡Y luego nos estrañaremos de la aficion que en todos tiempos tuvo Anoya á disfrazar su fea catadura con ropas y oropelles y disfraces! ¿Qué ha de hacer la muy menguada? ¿Podrian existir sin semejantes trampantojos ni ella con toda su osadía, ni su ama con su astucia inmensa?

El resto de la noche se pasó en hacer que la enviada apren-

diese de memoria la arenga de introduccion, y prepararla de modo que supiera contestar á cualesquiera preguntas.

A la salida del sol ya estaba la presentacion admirablemente preparada.

Es, pues, el caso que aquel dia Dinamion se despertaba de un humor alegre, dulce y jovial, porque para ello tenia sus razones. Durante los empleados por Anoya en suscitarle el ominoso enemigo, Antropos y su hijo convalecieron y recobraron ánimos y fuerzas. Habia vuelto á oir la voz de Gina, y al influjo irresistible de sus cantos, se despertaron dulcísimas memorias. Otra vez revivia en él el deseo de conservar en biblos maravillosos los entusiastas conceptos de la inspirada poetisa. El dia antes pidió cabalmente un biblo, y como segun el pacto con el génio, hubo de quitar á la cadena del hombre un eslabon mas, habíase quedado Antropos con muy pocos pendientes del aro que rodeaba su cintura.

Levantóse, pues, nuestro gigante, abrió los vidrios y echóse sobre el alfeizar. Allí refocilado por un sol tibio matutino, ya fijaba la vista en el biblo que contenia cabalmente una leyenda heroica que Fanta enseñara á la mujer, ya contemplaba estasiado la campiña. Con las palabras encerradas en el biblo, nobles, aunque extravagantes, levantábase su alma hácia un cielo de ilusiones, y la contemplacion de la naturaleza las embellecia con ternura, porque las plantas y sus frutos vestian galanamente el campo, y por doquier se embelesaba la vista con la rapidez de su lozano revivir. En los cuantos dias que los siervos la habian vuelto á regar con el sudor de su frente, orillas de los rios sobre todo, el suelo feraz de la ancha vega se cubria de nuevo con la espiga, el olivo siempre verde engalanaba las colinas, y la vid cobijaba exuberante la uva en cienes entre la frondosa pámpana.

—Si yo no fuera Dinamion, decia el gigante para si, querria

ser Antropos con tal que Pónos me sirviese. Es admirable cuanto entre los dos pueden alcanzar de maravillas.

—Señor, oyó que decía Seuda.

—¿Qué quieres? contestó Dinamion volviéndose hácia la bruja.

—Parece, prosiguió esta, que acaba de llegar á nuestro castillo un embajador insigne que dizque viene con no sé que embajada de Moslema.

—¿De quién? preguntó Dinamion.

—De Moslema, replicó Seuda sin turbarse. Ese gigante que tala nuestro imperio por la parte del Mediodía. Ese que segun dicen es feroz y fuerte y espantable.

—Ya veremos pronto eso de espantable, dijo Dinamion. Pero ¿quién es ese embajador? ¿Por dónde ha venido? Hace dos horas que estoy en esta ventana, y á nadie ví acercarse desde el alba.

—Debió llegar muy de noche, contestó la consejera. Sin duda por no turbar tus sueños dejaron de pasarte aviso. Desea verte sin demora y hé aquí por qué vengo tan temprano para pedirte tu vénia.

—Pues no he de hacerle esperar, exclamó el guerrero. Tan impaciente estoy por saber qué es eso de Moslema, y por salir á medir su bizarría con mi empuje, como puede estar el buen embajador por comunicarme su mensaje. Guia donde estuviere, que te sigo.

Y Dinamion echó á andar con impaciencia visible detrás de su consejera, hácia el gran patio del alcázar.

En medio de aquel recinto estaba (rodeada por los duendes y los siervos que la examinaban con curiosidad) Anoya con el disfraz que ya sabemos, y con el rostro, cuello, manos, pies y pantorrillas algo mas que medianamente morenas. Gracias al barniz de hollin, su tez del tinte de la mora contrastaba

singularmente con la blancura de su traje. Prosternóse tres veces contra el suelo y otras tantas su frente se humilló en el polvo. Después, reuniendo todo su valor, habló contra su costumbre trémula y algun tanto tartamuda en los términos siguientes:

—Alabanzas sean dadas al dueño del universo, el clemente, el misericordioso: soberano el día de la retribucion. Socórreme porque te adoro. Que la senda derecha te conduzca al Paraiso, morada de los que no concitaron tu cólera, y de los que nunca se descarriaron. Mi amo, el invencible Moslema, me envia á tí porque es el elegido, y todas sus palabras son verdad. En su nombre te saludo, diciéndote como á todos. *Cree, cree, cree.*

—Déjate de sublimidades que no comprendo, interrumpió Dinamion. Ya me va cansando esa cantinela que todos me repetís: *cree, cree, cree.* Tu amo puede discutir lo que haya de creerse con mi consejera. Después yo creeré lo que me convenga y acomode, como hice toda la vida.

—Habla llanamente, ilustre embajador, añadió la bruja temiendo que el estilo metafórico del trasgo sacase de sus casillas al iracundo guerrero. Habla llanamente, ya sabemos que tu amo es muy egrégio, muy sábio, porque lee el porvenir en las estrellas y la luna.

—Así era la verdad antaño, prosiguió el embajador de pega; pero desde que un ángel le llevó sobre un corcel al cielo sétimo, no adora sino la palabra que le revela su ángel.

—Pues yo tengo esto por una lástima, por una gran lástima, replicó la bruja. Esa ciencia de leer en las estrellas nos seria en mi entender sumamente provechosa, y yo me atrevo á suplicar á tan escelentísima embajadora ó embajador (ya que vuestro sexo no se distingue á la vista), que haga esfuerzos que serán laudables por difundir aquí y allí esa ciencia sublime de los astros.

—Descuidad, Señora, descuidad, que en volviendo al lado de mi Señor, yo haré que todos la aprendan y la cultiven.

—Sea como tú quisieres, que nada de eso me importa, interrumpió el gigante con enojo.—Dí á lo que vienes ó salte de mi castillo.

—Señor, dijo Anoya volviendo á su primer susto, vengo en primer lugar para que tengas á Moslema por el gigante mas fuerte, mas sábio y mas misericordioso.

—¿Sin verle? preguntó Dinamion.

—Sin verle, replicó Anoya.

—¿Y qué mas? prosiguió el guerrero.

—Que en señal de tenerle por infalible y profeta, te laves la cara, las manos y los pies cuarenta veces al dia.

—Eso será si tengo agua.

—Si no la tuvieres te frotarás las susodichas partes con arena.

—Y ¿si no tengo arena ni agua?

—Entonces te se permite usar el barro.

—¿Y si sudo?

—Te embadurnas.

—¿Y si me hielo?

—Te bañas.

—Está bien, buen mensajero, replicó á todo esto Dinamion con calma extraordinariamente meliflua. ¿Te se queda alguna cosa por decir?

—Mi amo Moslema, siguió diciendo el embajador con la mayor compostura, te exige que le entregues á ese animal inmundado, aborrecible, á quien llamas mujer, segun me han dicho.

—¿Y no pide sino esas naderías? siguió preguntando Dinamion en tono cada vez mas y mas melifluo.

—Por ahora no recuerdo mas, respondió cortesmente la del turbante.

—Míralo bien, mi querido embajador, insistió el guerrero. Escudriñad la memoria, revolved sus recovecos y rincones. Nada calleis por empacho. Hablad cuanto os diere gana.

—Nada mas se me ocurre, gracias, gracias, dijo la aspirante á negro haciendo un par de reverencias.

—Pues por quien soy; voto á..... (y le soltó tremendo) que juro dejar ahito á tan comedido majadero. ¿Crees por ventura, ruin bellaco, portador de necedades, que con ese gesto de mosquita en leche vienes á habértelas con un bobo ó con un mándria? ¡Ira de gigante! Pues ¿no hay mas sino abrir la boca para que tu amo me obligue á engullir duros peñascos por confites? ¿No hay mas sino embadurnarse el rostro ó darse unas cuantas zambullidas en el rigor del invierno? ¿No hay mas sino renunciar á los cantos peregrinos del mas amoroso y entusiasta de los séres? ¿No hay mas, sino entregársele al muy bellaco para que se huelgue en mis mismísimas barbas? Ahora vas á ver lo que me espantan las ínfulas de tu Señor y lo pronto que le llevas mi respuesta.

Así diciendo, Dinamion cogió bonitamente al mentido embajador por la jilaba, con solo el pulgar y el índice, como quien coje entre medroso y nauseabundo á un asqueroso reptil, y le suspendió en el aire con intenciones nada lisonjeras para su panzada integridad.

La bruja, viendo el peligro que corria su criada, sin reparar en lo que hacia y dando que decir á mas de cuatro, gritó con desaforadas voces:

—¡Señor! ¡Señor! respeta la inmunidad de su sagrado carácter. Recuerda que es embajador. Refrena tus justas iras. Sé generoso é hidalgo y déjale vivir siquiera para que su Señor tiemble al saber tu justo enojo.

A todo esto Anoya pataleaba allá en el aire descubriendo

dos pies enormes, juanetudos y estaba á punto de descubrir la trama con tal de salvar la vida.

—Sea como dices, dijo por fin Dinamion, pero no ha de salir horro del todo.

Despues añadió dirigiéndose á su pueblo.

—La entrego á vuestra malicia. Ved que salga festejada del castillo.

Al decir aquellas breves razones con cierto tono burlesco é intencionado el iracundo guerrero, dejó caer á su víctima sobre la plebe y cien garras estendidas la recibieron entre ahullidos y donaires.

¡Válame Dios y como trataron al embajador y cuánto no se mofaron de Moslema aquellas gentecillas ruines! Por espacio de mas de medio día la trajeron y llevaron por los aires como pelota bien jugada que nunca llega á dar en tierra. Unos se asombraban de su pies; otros la tomaron con su panza; quien la encarecía sus sagrados lavatorios para mudar de color, quien la agarraba de una oreja, llamándola perro y otras heregías. Todos criticaron, escudriñaron y ridiculizaron aquellos mismísimos defectos que les eran familiares, pero — ¡oh poder de la pasión! — ninguno sospechó siquiera que el ilustre embajador era la misma y cabal Anoya que encubierta bajo el velo negro con sus sermones les embebecía.

Unicamente el sábio Pónos, decia á su protegido por lo bajo y en un rincon en donde nadie le podia oír:

—Ya habrás visto que es Anoya y que en todo esto anda Seuda. Esos duendes tan sagaces no lo ven ó aparentan que lo ignoran, pero tú tenlo bien presente y sigue, y sigue trabajando, que el día que triunfe mi hija Alécia (si vive y ha de triunfar) no han de valer á Anoya ni á la bruja todos los disfraces y trasformaciones.

Finalmente, la plebe aquella maleante, dió con la embaja-

dora muy maltrecha al otro lado del foso. Allí la acudió la consejera, y bien lo necesitaba. Estaba cubierta de cardenales, lívida de coraje y de pavor, jibosa, descompuesta, trasudando. Gracias á los hechizos y las artes de encantamientos de la bruja, Anoya salvó la piel y volvió al lado de Moslema, pero no hay duda que desde entonces perdió la robustez de antaño, y aquel lance y los demás con ocasion de la lucha entre los dos colosos, debieron contribuir fuertemente á sus achaques y contratiempos posteriores.

Lo cierto es que desde aquel dia hubo de ser un tantico mas prudente cuando quiso disfrazarse, porque salió lisiada de una pierna y solia renquear de una manera muy visible con cualquier cambio de tiempo.

Dinamion (quien de nada se apercibió y todo se lo creia) trastornaba entre tanto su castillo preparándose para salir en busca del fiel contrario, y en medio de cien disposiciones, se le oia decir como entre dientes:

—¿Embajadores á mí? ¿A mí mensajes? Vaya, vaya con Moslema. Antes de mediar la luna te he de repelar las barbas.



## VIII.

Y con efecto, al cabo de quince días no cabales, Dinamion dejaba su castillo para buscar á Moslema deseoso de hacerle comprender mal de su grado su mucha sinrazon y su locura. Durante casi todos ellos hizo que los siervos cargaran en carros y en acémilas aquellas provisiones y repuestos que creyó del caso ó convenientes y dispuso que Antropos le siguiese á la remota expedicion, mientras Gina con su hijo permanecieran en casa con cargo de cultivar los campos para que no faltasen alimentos á los demás.

Algo y aun algunos pudiera contar ahora de lo mucho suce-

dido durante su penosa marcha al gigante y á su siervo; algo y aun algos sabria decir de los enredos de la bruja, pero como á poco que me distraigo mi cuento pica ya en historia, cuerdo es andar con sonda en mano para no dar en escollos.

Diré, pues, sencillamente, que tras varios dias de penosísimo marchar; tras frios y calores, aguaceros y tormentas; despues de perder no pocos bueyes y caballos, de abandonar carros en atolladeros, atravesar torrentes con peligro de la vida y otro sin fin de percances, llegaron los valientes expedicionarios á los desiertos de arena en donde vivia su enemigo. Tendidos cuanto espaciosos, secos de fuentes y faltos de verdura, solo de largo en largo estaban tachonados con algunas manchas de vegetacion que constituian deliciosos oasis. En aquellas deleitables islas perdidas en la inmensidad de un océano arenoso, encontraba Moslema agua, sombra y buen albergue despues de talar las vecinas desventuradas comarcas. Al acercarse Dinamion sobre Hipodonte con la brillante armadura, el penacho al viento y el lanzon sobre la cuja, el enemigo de la mujer se retiró prudentemente de oasis en oasis oculto entre sus palmeras, seguro de que los rayos abrasadores del sol rendirian á su bien armado y poderoso contrario.

Encontrábase, pues, nuestro gigante en una region árida y desconocida, sin arroyos para beber él, ni rios en que abreviar á su bridon. De dia le sofocaba el calor; de noche, ya le aplanaba un viento ardiente, huracanado, ya tiritaba y se arrecia; allá por la madrugada un abundante rocío calábale hasta los huesos, y los rayos del sol volvian á sofocarle algunas horas despues.

Todo esto, en unas llanuras sin sombra, sin pastos y sin frutos puso á nuestro Dinamion en breves dias en un verdadero aprieto. A los ocho se habia comido hasta los bueyes de las carretas (y eso que procuraba estar á media racion); á los nueve

tenia calentura; á los diez se sentia morir, y á los doce tuvo que dar órden á su acompañante que diese la vuelta á casa, abandonando carros, armas y pertrechos.

Impaciente por verse de nuevo en tierra de frescura y abundancia, picó en seguida á su corcel y en breve se puso sobre sus fronteras.

Con harta menos prontitud pudo seguirle el pobre Antropos, abandonado á su suerte. Su paso era corto, necesitaba semanas para recorrer lo que Hipodonte andaba en una hora, y aun sin llevar consigo mas impedimenta que un caballo para él y dos mulas con agua y provisiones, hubo de acampar al raso mas de un dia sobre la arena del desierto.

Moslema, quien como dije hace poco observaba las operaciones de sus enemigos oculto entre las palmeras, advirtió la retirada á tiempo que Anoya llegó renqueando de vuelta de una de sus visitas al castillo.

—¿Qué miras, Señor? le preguntó viendo que no quitaba ojo de Antropos, quien se alejaba despaciosamente.

—Miro á esa especie de reptil, contestó Moslema, que á la verdad parece dotado de una industria casi igual á la de las hormigas.

—¡No digas eso, Señor! exclamó Anoya. Ese es Antropos, el náufrago, el protegido de Pónos de quien habrás oido hablar. Dispone á su antojo de la varita dorada y llena de virtudes del famoso génio, y por eso quien le tuviere por esclavo de nada carecerá y todo lo creado será suyo.

—¡Qué dices? preguntó el gigante.

—Lo que oyes. Prosiguió la enviada.

—Luego crees que si yo le avasallase....

—La isla seria tuya.

—No debo, pues, perder tiempo.

—No, porque la ocasion es única.

—Es verdad, esta es la ocasión, pero la cosa no es fácil. De noche, no le veré entre las sombras por su misma pequeñez, y de día, él me verá desde lejos, y si llama á su buen génio, y este, segun me dices es tan poderoso, el cielo sabe lo que podría sucederme. Cavilemos, cavilemos.

Pusiéronse en efecto á cavilar, y aprovechándose Anoya de las prevenciones y consejos mil de Seuda, sugirió al gigante un medio que determinó poner por obra con su vehemencia acostumbrada.

Caminó durante la noche dando un rodeo muy grande en torno del punto en donde se encontraba el hombre. A las cuantas horas ya estaba delante de Antropos, y cuando el día alboreaba se tendió sobre el camino del siervo, metióse cuanto pudo entre la arena, y se cubrió desde los pies al cogote con su caftan de seda verde.

Antes de apuntar la aurora, nuestro incauto y confiado caminante tornó á la marcha emprendida, y apenas se difundió la luz cuando su vista se regocijó viendo allá en el horizonte un oasis de grata y sin igual verdura. La excelente situación de aquel sitio de descanso, la esperanza de hallar agua fresca y no menos fresca sombra para sestear, le animaron durante toda la mañana y hasta sus caballerías (cuando por fin le distinguieron) relincharon de placer y se pusieron muy alegremente al trote. No hay para qué decir que mientras de esta guisa caminaba, iba soñando con fuentes de incomparable dulzura, con una sombra fresca y deleitosa y con otros mil placeres de los cielos, los cuales debía hallar allí tras su penosa peregrinación. ¡Pobre humanidad! ¡Cuántas veces corres ciega y animosa tras cualquier trapo de color que encubre un mónstruo temible!

Antropos corria, pues, hácia aquella mancha verde sin recelar que debajo le acechaba un gigante taimado y fermentado, el cual para esclavizarle le seducía con deleitosas ilusiones.

Moslema le miraba acercarse poco á poco por debajo del turbante y su corazón latía con violencia. Tan ciego estaba el hombre, por fortuna del astuto, que tocaba ya casi al caftan y persistía en tenerle por un oasis de verdura.

Cuando Moslema vió muy cerca á la víctima inocente, movió con grande tiento una y otra mano, y se dispuso á quedarse con Antropos y todo lo que llevaba de un embite.

El gato cazador y pertinaz que debajo de un mueble de la casa acecha con redondos ojos, la tripa en tierra é inmóvil el inquieto rabo, al ratón hambriento y asustadizo vagando acá y acullá en busca de las migas de la mesa; que saca las recogidas uñas lentamente, y tiende casi sin moverlas las veloces zarpas; y aunque ansioso, y palpitante y trémulo, ni dá señal de nada, ni respira, es la imagen exacta del traidor en aquella su asechancia. La red tendida sobre el verde prado cuyos hilos se confunden con las yerbas y no inspiran sombra de recelo á las incautas avechillas, pero que viéndolas posarse atraídas por la amenidad del sitio ó los limpios cristales de la fuente se alza impulsada de una mano oculta y encierra á todas ellas en sus mallas, puede muy bien explicar el oficio y movimiento del alquicel del gigante cuando el hombre le pisó con sus acémilas, y dará cabal idea de la presteza y facilidad con las cuales Antropos cayó en poder de su enemigo.

—No hay que asustarse, le dijo Moslema levantándose. Soy humano y tolerante con el vencido. Te dejaré tu libertad y tus dioses con tal que me hagas cuatro cosas, según las vaya pidiendo. Dame palabra de servirme y no te aniquilaré cual pudiera aniquilarte.

—Manda y te obedeceré, contestó el prisionero sobrecogido. ¿Qué más me dá servir á un gigante que á otro? ¡Ay de mí! lo único que me entristece será verme separado de mi mujer y de mi hijo.

—¿Quién es tu mujer? preguntó Moslema.

—Gina, respondió Antropos.

—¡Cómo Gina! ¿Ese monstruo Gina? ¿Ese sér maldito? ¿Esa que entre vosotros hasta se ha dudado si tiene alma? preguntó el del turbante.

—Eso lo dudará quien no la conozca ó quien la tema por angel, replicó el siervo un tanto herido. El que la vea ó la oiga no podrá menos de admirarla.

—Entonces, continuó el curioso Moslema hablando con el que tenia cogido dentro de un pliegue de su manto ¿por qué ha producido tantos males en el imperio de Dinamion?

—Porque la bruja Seuda la habia envenenado y porque las peroratas y el ejemplo detestable de la nécia Anoya la volvieron completamente el juicio. ¿Qué quieres que hiciese una pobre loca, una enferma, una criatura tan crédula y sensible, engañada, oprimida y vilipendiada por todo el mundo? ¿Hay cordura en querer que sea cándido lo que se mancha, puro lo que se enturbia, cabal lo que se menoscaba y merma? Harto bueno es su noble natural cuando apenas se la cuida y se la cura, que ya vuelve á su abnegacion y á su entusiasmo.

—Tú ¿qué has de decir si es tu mujer? interrumpió el gigante. Vámonos al primer bosque de palmeras, y allí veré tu habilidad y tus prodigios.

Sin hablar una palabra mas, Moslema se dirigió hácia uno de sus retiros mas frondosos.

Allí exigió de nuevo á su prisionero la palabra de no evadirse, de servirle y obedecerle, y le dejó libremente en tierra pensando y no sin razon que le seria imposible atravesar el desierto sin que él le viera á tiempo para rescatarle.

—Ya te he dicho, añadió en un tono cariñoso, que yo quiero ser humano porque me conviene. Ahora, hazme una maza de armas para abollar y quebrantar esas piezas de hierro que de-

fienden los miembros de Dinamion. Las he visto desde lejos y me encantan. Fórmame también un peto y un almete para reforzar este turbante. Lo primero es tener armas.

—Ni más ni menos que Dinamion, dijo el cautivo entre dientes. Todos los jigantes se asemejan.

Y dispúsose para trabajar como en su patria. Porque han de saber mis cariñosos é inocentísimos lectores que Antropos llevaba siempre consigo el leño en que dormía Pir y la piedra que contenía á Bárros, y por eso en aquel trance novísimo no le faltaba para obrar portentos y maravillas sino la ayuda y el consejo del buen Pónos. Este, como se puede suponer, le habia visitado casi diariamente durante las marchas y las contramarchas, pero como sus ausencias eran muchas, tanto por atender al llamamiento de Ándros y de Gina; cuanto para seguir incansable en la busca de la perdida Alécia; recelaba el hombre que no acudiese en el acto su noble génio protector, y á la verdad fué una sorpresa grata para él cuando apenas pronunció su nombre le vió cual siempre á su lado.

—Dudaba si acudirías en medio de este desierto, le dijo el hombre.

—No temas semejante cosa nunca, contestó Pónos: ya te dije cuando te salí al encuentro, y sabes por esperiencia, que en esta isla encantada apenas me nombres tú, me encontrarás junto á tí sin saber cómo.

—Ya lo veo, replicó el cautivo. ¿Sabes ya mis desventuras?

—Las presumo, dijo el génio, pero las sabré mejor si en dos palabras me las cuentas.

—Pues sabrás que los ardores de este sol y la falta de bastimentos, prosiguió el hombre, obligaron antes de ayer á Dinamion á huir veloz de esta comarca. Yo le seguia trabajosamente, cuando esta mañana, sin esplicarme de qué modo, y cual vomitado por el suelo, vi surgir á Moslema en medio de los

arenales, y fui cautivo antes de apercibirme del engaño. Todavía no he vuelto del asombro. Aquí me trajo y pide lo de todos los gigantes: que le fabrique armas y mas armas.

—No es floja la petición, repitió Pónos pensativo, porque ¿dónde habremos de encontrar el hierro?

Así desde el primer instante de su negra cautividad, empezaban para el infeliz aventurero nuevos afanes y novísimos apuros. Sabemos ya sin embargo, el poder maravilloso de la vara mágica de Pónos, y por lo tanto no puede estrañarnos que hasta en medio de los arenales hallase el metal precioso, que con él creara maravillas, ni que Báros y Pir trabajasen á su voz con la misma diligencia que á las faldas del alcázar. Todavía hizo mas nuestro buen génio: viendo que aquella era tierra de poca agua, y que Báros iba á perecer porque apenas si bebia, trató de darle una faena leve, y se propuso en cambio hacer trabajar al alma de Ánemos, que como espíritu y espíritu de loco, no necesitaba del mas mínimo alimento. Con este fin enseñó á su protegido, no á construir una nave como antaño, sino á colocar cuatro anchas velas en cruz sobre una torre redonda con artificio tal y tanto ingenio, que cuando el ánima tiraba de una y creia habérsela llevado ya ocupaba otra el lugar de la primera, y no cesando Ánemos en su porfia, y las velas en sus vueltas, giraba el eje que las sustentaba, y el espíritu del loco daba vueltas á un molinillo en el cual Báros hacia de molinero. ¡Véase hasta qué extremo llegó la ingeniosa solicitud de Pónos! ¡Obligar (me parece cuento ó fábula) á espíritus libres é invisibles á servir como criados de faena al hombre!

Dejemos ahora que Antropos y su protector colmen los deseos, las necesidades y los caprichos de Molesma, seguros de que no habrá apuro del cual no salgan con bien, ni imposible que no venzan, y veamos los notables acontecimientos ocasio-

nados en el reino vecino, con motivo del cautiverio del hombre.

Cuando volvió Dinamion sobre Hipodonte, y le vieron llegar solo, descolorido, con la armadura herrumbrosa y el corcel desmazelado y flaco, Seuda se regocijó y la mujer y su hijo apenas pudieron contener las lágrimas. Presentimientos luctuosos les entristecieron, y con el ademán y el gesto parecían preguntar. «¿Dónde está mi esposo? ¿Qué ha sido de mi pobre padre?»

El gigante, sin embargo, como egoísta que era, solo pensaba en reponerse de sus fatigas y esperaba sin ningún temor la vuelta del rezagado.

A los ocho días, viendo que Antropos no regresaba, interrogó á su consejera diciéndola.

—Me temo algún contratiempo. Dejé á mi siervo en camino, y aunque debía ya estar aquí con nosotros, no parece. ¿Tienes tú alguna noticia de su ruta?

—Señor, contestó la bruja (quien tenía fiel y minucioso conocimiento de lo ocurrido); hasta hoy no me atreví á comunicarte nuevas por demás desagradables. Moslema se hizo dueño del hombre por medio de un inesplicable ardid, le tiene cautivo, le hace trabajar en labrarle armas de fino temple y otras obras tan útiles para él, como peligrosas para tí. Creo que ha llegado el caso de sacrificar la mujer á tu salud. Yo en tu lugar le propondría el canje de Gina por su marido. Me parece que Moslema aceptaría ese canje.

—No y mil veces no ¡viven los cielos! exclamó el gigante con terrible furia. Moslema no ha de tener ni uno ni otro. ¿De qué servirá recuperar al siervo si pierdo la inimitable cantora? Si aquel me labra maravillas, esta sostiene mi valor y despierta mi entusiasmo. Fortalecido por sus cantares, lidiaré con todos los gigantes de la isla, y mi pujanza los vencerá, y volveré á

recuperar lo mio. Además me quedan todavía la mujer y el hijo. Pónos no les negará su ayuda.

Manifestado en tono tan resuelto su irrevocable propósito, el guerrero salió del alcázar para bajar á la choza de sus siervos.

—Ándros, le dijo al mozo cuando llegó á la huerta en que estaba aporcando la hortaliza; tu padre está cautivo con Moslema; es necesario rescatarle, y para ello tienes que trabajar doble á fin de que yo no carezca de nada. He menester de ganados, de provisiones, de pertrechos mil, y tú me los tienes que proporcionar á fin de que penetre en la guarida de mi enemigo, le corte la garganta y restituya á tu padre á su familia. Pide premios, exige preeminencias, estipula franquicias y libertades; todas te las he de conceder si me auxilias con fé, con lealtad, con celo, y eres parte para no perder mi superioridad sobre esos viles opresores. Pide, pero ayúdame.

—¿Y cómo quieres ¡ay triste! que yo te salve, contestó el angustiado mozo, si siempre me tuviste por los campos lejos de la cultura y los talleres? Todo el saber, la ciencia y la experiencia están con mi padre en manos de tu enemigo. Haré cuanto se me alcanza, pero nada sabré emprender si Pónos no me auxilia. Déjame pensar un poco, veré si me acude, y como él se ponga á mí mandar y tú aligeres mi cadena, mañana te diré mis condiciones.

Dinamion no tuvo mas remedio que acceder á lo que Ándros le pedia, y se volvió á su castillo.

Solo ya el mancebo, llamó al génio protector y le vió comparecer risueño como de costumbre.

—Pónos, exclamó Ándros al verle. ¿Sabes tú lo que nos pasa? Mi padre está cautivo entre cadenas, y Dinamion quiere que yo le reemplace. Me ofrece cuanto le pida si le ayudo. Con tal de que no le falte lo preciso para combatir y vencer á sus

contrarios, está pronto á permitir que yo sea libre y rico.

—Prométele desde ahora cuanto pida, contestó el génio, pero trata de estipular en pago ventajosas condiciones.

—¿Qué debemos exigirle en buena ley y en justicia?

—En casos semejantes se pide ó se toma cuanto se puede, porque por mucho que se obtenga nunca se cobrarán los oprimidos las iniquidades y usurpaciones de sus opresores. Pide tierras propias para tí y para los tuyos. En esta isla encantada quien no tuviere un palmo de terreno sobre el cual pueda mandar como señor y como rey, aquel nunca podrá decirse emancipado. Lo primero para disponer libremente hasta del libre pensamiento, es poseer unos terrones propios. Ya sabes que toda palanca necesita un punto de apoyo para producir sus efectos, y todo punto de apoyo se ha de fundar en la tierra necesariamente.

—Está bien, replicó Ándros, mañana le pediré estas huertas y un campo de pan llevar que produzca lo necesario para la casa, amen de otras franquicias que se me ocurren y que pienso ir recabando poco á poco.

—Si consigues las huertas y ese campo, añadió el génio, habrás hecho mucho para el porvenir de tu familia. Con pan propio todo se puede acometer: si es abundante, por la tranquilidad de espíritu que dá, y si por desgracia fuese escaso porque estando en vuestra mano ser sóbrios y limitar vuestro apetito, no tendreis que sacrificar el gusto ó la justicia al hambre horrible y despiadada. Sin el mendrugo de pan indispensable, el hombre no será nunca sino esclavo, por mas que oculte entre insignias, alas ú oropeles, sus doradas pero humillantes cadenas.

—Y ahora, volvió á decir el mancebo, se me ocurre otra gravísima dificultad. ¿Cómo vas á hacerme compañía y no faltar á mi padre, quien de seguro te ha de llamar en sus cuitas?

—No te apures por tan poca cosa, contestó Pónos. En la isla de Gé todo sucede por via de encantamiento. Aunque me llamáseis á cien partes simultáneamente, todavía hallaría modo de acudir á ciento. Y aquí conviene que te repita á ti, lo que dije á tus mayores cuando llegaron á la isla, y que ignorarás tal vez porque no te lo hayan dicho. Si yo permaneciese con vosotros desde un sol hasta otro sol, enflaqueceriais hasta el punto de perder todo vigor. Para que mi compañía os sea beneficiosa, debo ausentarme buen rato diariamente, y como en las regiones en que se encuentra tu padre ni amanece ni anochece al tiempo que por aquí, ya me compondré de modo que no me echareis de menos. Lo único que deploro es no poderme dedicar dia tras dia y noche tras noche al descubrimiento del paradero de Alécia. Mientras ignore dónde está, cómo lo pasa, qué es de ella, viviré en la afliccion y la zozobra.

—Tranquilízate, buen Pónos, concluyó diciendo el mozo; deja que salgamos de estos apuros, y en teniendo nosotros tierras propias podremos ahorrar pan para ocho dias, y entonces te acompañaremos hasta encontrar á tu querida Alécia.

—Esa es toda mi esperanza, replicó el génio antes de ausentarse. Sin pan propio, nada hay propio. Así, pues, no te apiales de tus tiranos, y sácales cuanto puedas.

En vista de estos consejos que la experiencia autorizaba, el labrador ofreció al gigante auxiliarle en sus empresas y proporcionarle los medios de llevarlas á cabo, pero exigió de Dinamion huertas, campos, viñas, arboledas y jardines, sin olvidar la choza y sus oficinas, si bien todo á condicion de pagarle como á su Señor una parte de las cosechas en feudo.

De esta suerte y sucumbiendo el tirano á la dura ley de la necesidad, comenzaron nuestros aventureros á ser siervos propietarios.

Desde el momento en que tuvieron techo propio, su condi-

cion varió de aspecto, y la obligacion contraida de auxiliar en todo á Dinamion, hizo del hijo del hombre un artífice y un obrero casi tan hábil como el mismo Antropos.

Por todos los caminos crecia la familia de los náufragos en progreso y en ciencia y en riqueza.

Pero..... ¿y Seuda mientras tanto? ¿Qué hacia? ¿Qué urdia? ¿Qué tramaba?

¡Ah! no estaba ociosa en verdad, porque no puede decirse que jamás lo estuvo.

Ya habrá podido comprender el lector que me leyere, que desde el famoso pacto, su prestigio iba en creciente y que el solo contratiempo que padeció su avaricia fué el acaecido con motivo de la fuga del asceta hasta que le rescatara Gina con su voz y su ternura. Los planes de la consejera maduraban por lo tanto maravillosamente, y solo por un ódio inexplicable hácia la mujer pudo suscitar á Moslema contra Dinamion poniendo en grave peligro lo mucho que poseia.

¡Nueva y evidente prueba de que en la isla de Gé hasta las pasiones ruines, eran móviles providenciales para evitar todo estancamiento!

En el castillo gobernaba pues, Seuda con tanta autoridad y mucha mayor soberbia que lo hizo nunca Dinamion. Su único afan, todo su trabajo, era el de instruir á Anoya y hacerla ir y venir del alcázar al desierto y del desierto al alcázar para avasallar á Moslema mas y mas. Fuera de esto entregábase descaradamente á la buena vida, y sus orgías escandalosas llamaron por fin la atencion hasta del estúpido gigante. A la vez que él se tasaba los bocados para juntar provisiones y combatir á su enemigo, ella derrochaba frutos y tesoros, y llevó muy á mal y puso el grito en el cielo, porque en un tiempo de penuria se redujeran á *trece los diez y seis* platos suculentos de su mesa. En sus cuadras se contaban por

cientos los palafrenes y las mulas, y los innumerables vinos de sus bodegas ni aun se cataban en medio año.

Por lo demás, y en medio de sus escesos, la pesadilla constante, el afan sempiterno de la bruja, fué el de cortar la lengua á la cantora. Bien sabia la taimada que en enmudeciendo Gina el hombre no podia ser temible, y que la degradacion de su mujer era su mejor cadena. Con este fin procuraba poner en el mayor aprieto á su Señor (admirador entusiasta de la esclava), segura de que en viendo en peligro su alcázar y sus riquezas, la entregaria cobarde.

Para que esto sucediese antes y con antes sugería á Moslema una ambicion extraordinaria y le incitaba á la guerra por conducto de la fiel Anoya. Creía llegada la ocasion de dar el golpe y deseaba aprovecharla.

Y á la verdad que el gigante del desierto muy pronto igualaria en medios para combatir, en defensas y pertrechos al rico y poderoso Señor del renombrado castillo. Ostentaba sobre el ardiente pecho una coraza de esquisito temple, un almete precioso ornaba el centro del turbante, y entre el cautivo y su protector le crearon un corcel tan bravo, tan grande pero mucho mas ligero que Hipodonte. Casi á la altura en armas y en poder del antiguo y famosísimo guerrero queria ya medir con su montante agavilanado, un corvo y aguzado alfange que le fabricara el hombre, cuyo temple sin igual era en verdad damasquino.

Bien se puede suponer lo mucho que para lograr todo esto trabajaria el pobre esclavo. Tuvo que repetir en el desierto los prodigios que antes hizo en otra parte, y si mucho le aminoró la pena la pericia ya adquirida, no por eso dejó de sudar y de gemir y aun algunas veces de mezclar con el sudor amargas lágrimas.

Moslema (como buen tirano) tenia cien antojos en un dia,

pero ninguno dolió tan hondamente al cautivo ni hubo otro á la verdad mas estrambótico, que el de fabricar quince muñecas, todas y cada una de ellas retratos, remedos ó trasuntos de la desdichada Gina. El gigante mandó que fuesen idénticas á la mujer para vilipendiar á la que Anoya calumniaba, y como Antropos tenia grabadas en el corazon sus facciones y nunca se borraron de su memoria su mirar y su apostura, fabricó quince como mujeres con tan grande propiedad que cualquiera las habria tenido y respetado por tales. Andaban, miraban, se sonreian, y de no estar advertido al mas lince habrian dado un chasco. En todo lo demás eran muñecas. Moslema las llamaba en son de mofa sus muy amorosas Ginas y las llevaba á todas partes, nada mas que para divertirse.

Otra de las amarguras de Antropos durante su cautiverio, fué el verse obligado á destruir un famoso depósito de biblos. Su carcelero, segun indiqué no ha mucho, habia topado con algunos en sus frecuentes entradas por tierra de Dinamion, pero en una célebre jornada descubrió una de aquellas colecciones reunidas en templos especiales cuya fábrica magnífica estaba muy bien dispuesta para su guarda y custodia. Era aquella coleccion la principal y contaba entre sus joyas los cantos mas selectos, los mas levantados himnos. Moslema abrió algunas de aquellas cajitas cuadradas y fijó en ellas la vista. Las palabras que yacian presas en el barniz maravilloso, agitaron sus alas invisibles y el gigante atónito escuchó melodías y conceptos que le embargaron de placer y asombro. Consultó el caso con Anoya deseoso de conservar aquella maravilla, pero la digna criada de la bruja, asustada desde luego al ver que Moslema empezaba á sentir la grata fascinacion de los himnos sin pareja, le aseguró que eran amuletos peligrosos, lazos encantados, los cuales seducian para ocasionar la perdicion del simple que los escuchara.

—¿Qué te propones aprender? le dijo en tono profético. Si

esas palabras están de acuerdo con lo que tú crees y quieres, serán inútiles: si son contrarias debes destruirlas para evitar todo daño. Luego, de todos modos conviene quemar ese cúmulo de biblos.

El dócil é ignorante Moslema obedeció sin replicar. Mandó que Pir trabajase valiéndose de los maravillosos biblos en lugar de leña (que á la verdad escaseaba alguna cosa en el país) y en pocas semanas destruyó casi todos los cantos mas sublimes de la mujer con no pocas de las sentencias, recetas y procedimientos del inagotable Pónos. Y digo con intencion casi todos, porque Antropos que conservaba un entrañable cariño á aquellas maravillas de sus mas nobles esfuerzos, hurtaba los que podia del monton, y de noche y con peligro los enterraba sigilosamente.

Luego con muchos sustos y trabajos los llevó consigo cuando dió la vuelta á casa y los enterró de nuevo en un lugar del desierto que por estar sobre la costa llamaban *El Arenal*.

Tal era sucintamente indicada la situacion de los principales pobladores de la isla de Gé. Dos jigantes ambos valientes, feroces, animosos; ambos con colosales bridones, preparándose y armándose para venir á las manos. Una bruja y su criada atizando la hoguera de la discordia; esclavos aquí, siervos allí padeciendo y trabajando, si bien protegidos por el génio mas fecundo, y la hija divina de este sin aparecer por ninguna parte, encerrada segun toda probabilidad en el fondo de un abismo, y suscitando su ausencia la terrible duda, por mas que Pónos tuviese la conviccion de que si estaba en el mundo seguiria mermando su negro y tupido velo.

Pronto deberá sin duda alguna atronar los ecos de la isla el temeroso ruido de las armas. Antes, sin embargo, habremos de presenciar algunos acontecimientos los cuales modificarán en mucho el espantable aspecto de las cosas.

## IX.

¡Maldita seas una y mil veces, fea y abominable MENTIRA!  
¡Maldecido seas de todos y por todos, cruel y sanguinario vam-  
piro! ¡Plegue al cielo que en día no lejano te falte el agua y  
la tierra, busques albergue y no le halles, y ni aun puedas po-  
sar la planta inmundada en las veletas de los templos, ni sobre  
los blasones de los antiguos palacios! ¡Plegue á los cielos que  
desterrada doquier con tu fiel satélite la ignorancia, vagueis  
eternamente por las regiones tristes de las sombras! Aborto  
detestable del averno, verdugo truculento de la humanidad,  
inventora fecunda de errores é iniquidades; ¡cuánta hiel no

has vertido y viertes sobre las mejores almas y los mas nobles corazones! Principiaste por adorar al sol, y de un engaño en otro engaño, no paraste hasta devorar en nombre de Moloch á tiernas é inocentes criaturas. Tus orgías fueron hecatombes, y así pusiste la cicuta en la mano del honrado Sócrates, como crucificaste al Redentor del Mundo. No hay verdad que no hayas profanado, virtud que no persiguieras, poder, respeto y creencia que no procuraras escarnecer. Las cosas mas venerandas suenan á todas horas en tus lábios, pero tu espíritu perverso siempre tendió á confundir las leyes inmutables de la tierra con tus pasiones y caprichos. ¡Ah, y cómo te has vengado y aun te vengas de los que ni profanan ni trafican! ¡Ah, y que bien explotó y explota tu codicia lo que hasta un monstruo respetara! Mientras chupas la sangre de tus víctimas sueles invocar todo lo digno de veneracion, y las ayudas á bien morir haciendo por apropiarte hasta sus últimos suspiros. Tus grandes cualidades fueron la constancia, la audacia y la falaz astucia: tus vicios todos los que pervierten al hombre, y además los nunca imaginados por otros sino tú. Valiéndote de la ignorancia como de una hechura tuya, vas acomodando su disfraz á los carices y los tiempos, y hoy llamas no sé qué á lo que antes llamaste mago, filósofo ó sacerdote; y hoy como entonces, procuras amordazar á los Galileos; y hoy como entonces te mofas de los Colones y les señalas en la frente con un hierro para que el vulgo lea «*Loco.*» Ya no puedes esterminar (¡gracias sean dadas al Omnipotente!!!) con la ponzoña, la cruz ó las hogueras, pero todavía sigues rebelada contra las leyes del universo y siempre cruel, siempre cobarde, persigues al génio y la virtud á la sordina con dieterios y calumnias, sujetas sus movimientos generosos con privilegios irritantes, con pergaminos ridiculos, y procuras concluir con su heroismo á fuerza de alfilerazos.

Perdóneme el lector benévolo este arranque de indignacion, ya que no está en la mano de ningun mortal, y mucho menos en la mia reprimir segun se quiere el alborozo entusiasta del no averiado corazon ante lo bello y lo grande, ó sus generosos arrebatos contra la iniquidad y la mentira. El anterior desahogo, aunque parezca algo duro, es mas blando de lo que merecia Seuda, pues le provoca y disculpa el recuerdo de dos de sus supercherías mas insignes, las cuales voy á mencionar por ser para mi cuento indispensables.

Ambas á dos le fueron inspiradas á la bruja por su cruel concupiscencia.

La primera se mirará probablemente como pecado venial por todos los que no indagan el origen de los males y prefieren explicarlos á su modo. Consistió en imitar en lo posible la sublime inspiracion de Alécia, y encerrar sigilosamente dentro de biblos misteriosos ciertos preceptos apócrifos, ciertas falsas decretales para hacer creer á todo el mundo que era la depositaria de la autoridad y el árbitro de lo de arriba y lo de abajo.

Con esta supercheria agravó la esclavitud del hombre, retardó la reaparicion de Alécia, estendió su fatídica influencia hasta el último santuario, todo lo quiso estancar, todo lo paralizó, pero como al sembrar la inercia de la muerte por doquier disminuian sus provechos, se propuso esquilmar de un solo golpe la isla y comenzó á preparar la segunda y mas palpable de dichas dos supercherías.

Desde muy atrás miraba con ojos codiciosos las riquezas que iba acumulando el siervo y los grandes y valiosos preparativos del valiente Dinamion, y como su alma no conocia escrúpulos determinó apoderarse de cuanto fuera posible. Con este fin estuvo cerca de sí unos cuantos dias á su criada Anoya (la cual jamás se vió tan atareada con sus idas y venidas y los cargos de su oficio) y haciéndola dejar el turbante y alquicel por el

ropon con capucha, la mandó que cual amiga y confidente de la retraida Alécia, pregonase y procurara acreditar en todas partes una antigua singular y casi olvidada profecía. Esta profecía corria así:

*Y prendió al dragon, y le ató por mil dias, y lo metió en el abismo, y lo encerró, y puso sello sobre él hasta que sean cumplidos los mil dias, y despues de esto conviene que sea desatado por un poco de tiempo.*

Interpretando, pues, la astuta vieja las palabras de esta especie de acertijo (palabras que sin duda alguna se referian á cosas muy diferentes), segun la índole de su perverso ingenio y á su torcida manera, dijo é hizo repetir por Anoya y sus secuaces en infinita variedad de tonos, que aquello significaba el fin del mundo para dentro de cien dias. Al principio Dinamión, los siervos y aun los mismos duendes, se burlaron de la terrible amenaza, pero vieron los altares y los templos colgados de paños negros de órden de la bruja (entonces omnipotente); oyeron la profecía día y noche, y tales cosas escucharon en demostracion del cataclismo, que al fin, como simples é ignorantes, cayeron en el lazo, y lo que es mas, en un inesplicable terror y abatimiento. Olvidáronse de sus planes y ambiciones, despreciaron bienes, medros y esperanzas, y no se cuidaron de otra cosa mas que de prepararse para la general y tremebanda ruina.

Esto, ni mas ni menos era lo que deseaba Seuda. Su ingenio perspicaz sabia sacar provecho donde los demás no encontraban sino calamidades, y para no desperdiciar tan propicia coyuntura propaló al mismo tiempo que la profecía, otra especie para dar á entender que tal vez se salvarsen del duro trance final aquellos habitantes que mas dieran.

Semejante ardid la bastó en el estado de los ánimos para apoderarse de los bienes de siervos, duendes y gigante. En

vano Pónos quiso demostrar lo absurdo de tan mal urdido enredo; en vano le decia á su protegido con la profunda y sincera conviccion de su alma: «el gran encantador Teo, es tres veces sábio, tres veces justo, tres veces poderoso; sus obras ni son efímeras ni imperfectas; deja obrar las causas que crea en un principio con regularidad y con constancia, porque nada hizo entonces sin objeto. Suponer otra cosa es negarle la prevision, la omnipotencia, la sabiduria; por eso nunca echará mano de golpes de grande efecto para destruir lo que él puede y sabe naturalmente enmendar. No temais, pues, esos cataclismos que salen fuera de un órden concertado y sábio, y acusarian veleidad ó imprevision. Además, un instante suyo es la vida de uno de vosotros, y el golpe mas veloz de su diestra omnipotente, pero siempre generosa, tarda lo que vive una generacion.»

En vano fueron estas y otras muchísimas razones: Ándros ofreció sus frutos, los duendes colocaron sus mejores dijes sobre las enlutadas aras, y Dinamion llevó al templo como ofrenda votiva y propiciatoria el acero que poco antes queria bañar valiente en la sangre del enemigo de Gina.

Durante los últimos dias del fatal plazo anunciado cuando la catástrofe debia ser inminente segun la cuenta de la bruja, hubo las escenas mas desconsoladoras en aquella parte de la isla sometida á Dinamion. Por doquier reinaba el desaliento y la desidia; por doquier se oian gemidos y lamentaciones; por doquier se atropellaban leyes y respetos; por doquier se cometian crímenes y locuras. Ya nadie conocia freno, porque ninguno temia la autoridad del gigante ante una muerte segura.

Tras del abandono vino el hambre, los campos se cubrieron de maleza, los ganados desaparecieron, cometíanse todo linaje de maldades por comer, y el amor huyó hasta de la choza de los siervos.

A tanto llegó el delirio que unos duendes degollaron á sus deudos y presentaron sus carnes públicamente á la venta, y para evitar que hiciesen otro tanto con Ándros y la mujer, Dinamion tuvo que prenderles y quemarles. Calcúlese por aquí el desenfreno de aquella sociedad descreída y aterrorizada. ¿A dónde les llevaba Seuda? ¿á dónde? Pero ella comía á dos carrillos, bebía á barba regada y roncaba á pierna suelta. ¿Qué la importaba lo demás?

En las regiones de Moslema sucedía por ventura lo contrario. Habían llegado, sí, hasta él, los rumores del vaticinio de Seuda, pero sea que esta le hubiese tranquilizado sobre el particular por medio de su embajadora, sea que su fé y ciega confianza en lo dispuesto por los astros le hiciesen estóico é indiferente, ello es lo cierto que no le inquietaron mucho los fatídicos temores y que siguió pidiendo á su cautivo una y otra y otra maravilla.

Lo único que se le ocurrió oyendo las estrañas nuevas, fué decir al prisionero Antropos, que supuesto todo lo podía con la ayuda de su génio, descifrase allá en los cielos el destino que le estaba reservado á él, así como la suerte de la isla.

—Todos y cada uno de los acontecimientos de por acá, le dijo, me constan que se hallan irrevocablemente determinados por el destino y grabados con esos puntos brillantes que tachonan la bóveda celeste. Lo sé porque lo sé. La dificultad para mí es descifrar tanto enigma. Entre ellos se encontrará lo tocante á la catástrofe que hace temblar á los de allá. Así me lo asegura Anoya, y como me dice y me repite que podreis adivinarlo vosotros, ponte á trabajar y adivínalo prontito, pues lo quiero..... y basta..... y porque lo mando.

El hombre, según costumbre, puso la orden inaudita en conocimiento de su protector, el cual le habló á su vez de esta manera.

—No podré auxiliarte de buen grado en capricho tan extravagante. Ni tú, ni yo debemos alentar lo que sea necio y falso. Cierto es que la marcha de los astros, su posicion y relaciones influyen en algun modo sobre las cosas de la isla. Yo no puedo negar que por estas relaciones y circunstancias, se encelan y aman los brutos en la primavera; salen las hojas del boton y visten las desnudas ramas, y las aves alegran con sus cantos á la tierra, apenas principia á renacer. Yo no niego, ni negar podria que á la influencia celeste debemos el dorado grano, la uva y la naranja, la variedad en plantas y semillas, las mil curiosas costumbres de brutos, peces é insectos; pero suponer de aquí que por influjo de esos puntos luminosos que tachonan la imponente noche, encadena la fatalidad á séres dueños de libérrimo albedrío, equivale á convertir al mundo en una máquina, cuyo monotono girar estuviere determinado de antemano. Si fuera así ¿por qué trabajar? ¿para qué aprender? Si lo que haya de suceder sucederá, tumbémonos á dormir y que la tierra se pueble de autómatas sin voluntad ni entendimiento, gusanos roedores que pronto la dejarían tan desnuda como la oruga deja al árbol. Y no creas por lo dicho que ignoro la influencia de la materia celeste sobre el hombre; no. La conozco y sé que obra sobre tí con influjo parecido al de tus alimentos. Sé que un día claro te hará pensar diferentemente que los otros frios, de viento ó nebulosos; que la vista de las flores cubrirá de galas y de dulce amenidad tus pensamientos, así como te llegarían á trasformar en meditabundo, triste y previsor las nieves y continuas brumas. Todo lo sé, como tambien que en algunos casos semejantes circunstancias accesorias decidirán los problemas mas importantes de tu vida. Mas semejantes influencias son hilos de araña en comparacion del poder de tu voluntad; hilos de araña que te inclinarán tal vez á desviar el rumbo para no quebrarlos, pero que puedes siempre

destrozar sin siquiera apercibirte del esfuerzo que te opongan, desde el instante en que deliberadamente hayas elegido el rumbo que te propongas seguir.

No podia Antropos contradecir verdades tan evidentes: sentia bien todo su peso y, no obstante, le gustaba mucho aquello de averiguar lo futuro. Casualmente desde que nació era su flaco, su gran debilidad: lo mismo el hombre que Gina, soñaban siempre con indagar los sucesos de mañana sin que hubiese cosa incomprendible, nueva ó misteriosa que no interpretaran como agüeros de algo que se confeccionaba allá en las tinieblas del impenetrable porvenir. Su primera falta, el abandono de su deleitable paraíso, puede decirse que no tuvo otro origen sino esta su curiosidad ingénita.

—Conozco la exactitud de cuanto me dices, repuso el hombre despues de un rato de silencio, pero es necesario complacer á Moslema. En primer lugar lo manda, y luego ¿qué mal hay en ello? Ya que cuanto se le diga no ha de determinar ni modificar los acontecimientos, permite que le entretenga con las patrañas que invente. ¿No me dijistes en cierta ocasion que las leyendas de Fanta tenian su utilidad? Déjame desempeñar ahora el papel de Fanta, para ver si á fuerza de vaticinios logro que me devuelva á mi mujer y mi hogar.

—Nunca es buena la mentira, contestó Pónos, y sobre todo la mentira voluntaria. Lo que dijeres á Moslema, por muy gratuito é inofensivo que sea, siempre influirá en sus actos, porque las preocupaciones y presentimientos son peñascos con los cuales cargan los nécios muy orondos para entrabar su libre accion y dificultar su paso por el ya asaz áspero sendero de la vida. Por poco que le digas, su imaginacion cavilosa le hará concebir esperanzas ó recelar peligros y temores; su albedrío se verá embarazado, sus resoluciones carecerán de fecunda espontaneidad; y así como podrás inocularle vigor alguna vez, lo

probable será que menoscabés y aminores sus naturales ventajas.

— Tanto mejor, exclamó Antropos; de esa suerte auxiliaré á Dinamión á combatir á ese enemigo.

— Jamás fué provechosa la traicion, continuó Pónos, y si el traidor comprendiera las ventajas de la lealtad, seria leal por cálculo. De todos modos, tal es el respeto que yo tengo á las leyes morales de la isla, y tan persuadido estoy de que el único camino de alcanzar el bien es el obrar bien, y la línea mas provechosa de conducta la verdad, que yo no sabria mezclarme en ese engaño, y así no cuentas conmigo sino para una sola cosa. Héte dicho, y muchas veces, que hasta de lo trivial puedes sacar una enseñanza, y como en ese juego pueril (en el cual te engañarás á sabiendas) tendrás que hablar de los astros, yo te auxiliaré en el estudio de su posicion y movimientos, y esto te preparará para verdaderos adelantos ulteriores. ¡Quién sabe si con el tiempo en vez de vaticinar lo imposible por imaginario, predecirás fenómenos y cosas, sino de tanta fantasía algo más útiles y provechosos!

Apoyándose en la última parte del discurso del buen génio, Antropos comenzó á contemplar las estrellas con mas aficion que nunca. Siempre se habia deleitado en aquella contemplacion, y grabadas tenia en la memoria multitud de observaciones peregrinas, así de la época en que fué pastor, como de mas tarde. A gran copia de los astros les habia bautizado con sus nombres (nombres que revelaban desde luego su primitivo origen pastoril), y por ellos les buscaba y distinguia en la cuajada bóveda celeste. Además habia tambien dividido las regiones siderales en doce iguales porciones y dado un signo á cada una para poderse entender. Ahora con el aliciente de lo maravilloso tuvo que completar el estudio de los cielos para dar á sus locuras el aparato de ciencia. Noches enteras se pasaba en claro siguiendo con la vista las estrellas mas visibles. La

marcha y fluctuaciones del sol y de la luna fueron observadas hasta por ápices, y en medio de esta tarea que era buena, que era útil, afanábase el cautivo por averiguar lo vago, lo variable, lo futuro.

¡Así se mezcla y se confunde á veces lo bueno con lo trivial ó lo nocivo, y así de una afición pueril sacaba el novel astrólogo conocimientos sin precio!

Era muy de ver con qué misteriosa gravedad trazaba el pobre un cuadrado, y en su centro otro menor con sus lados paralelos al primero; cómo unia los ángulos de ambas figuras con cuatro rectas y trazaba entre las dos otro cuadrado intermedio y oblicuo, cuyas esquinas venian á apoyarse en el mismísimo medio de los lados del mas grande. De esta suerte formaba una figura cabalística consistente en un cuadro pequeño rodeado de doce triángulos simétricos, los cuales llamaba *casas*, y que se veian circuidos por los doce signos convencionales que pertenecian á las doce partes en que para su inteligencia habia dividido la redondez de los cielos.

Trazados aquellos garrapatos en la arena ó sobre tabletas especiales cuando se trataba de predecir la vida de su Señor, procedia el astrólogo á consignar en el cuadrado del centro el dia, hora y minuto del nacimiento de Moslema, así como el punto en que tuviera lugar. Iba despues colocando el sol, la luna y las estrellas principales en sus correspondientes casas, segun la posicion que tenian unas y otras en el momento de nacer Moslema, y merced á reglas tan vagas como gratuitas leia en sus relaciones (ó se le figuraba que leia) el porvenir ni mas ni menos.

Si repartidos así todos los astros, la luna estaba en casa del sol, en vez de comprender que esto á lo sumo significaba que el sol no estaba en casa de la luna, nuestro hombre sacaba yo no sé qué desventuras para la cabeza del gigante. Si tales ó cuales astros se encontraban en conjuncion ú oposicion, ya llo-

verian venturas ó malandanzas sobre el hombre ó el caballo en tan buena ó tan aciaga hora nacido.

Hé aquí, resumidos en brevísimas palabras los dislates que constituian la ciencia del horóscopo.

Muy loca y descabellada era á la verdad la nueva ciencia, mas á pesar de haberla inventado el hombre sin fé, y entre risueño y burlon, poco á poco fué creyendo sus propias supercherías y patrañas hasta que la sonrisa de la incredulidad se mudó en el grave ceño del venerable iniciado, y los delirios inconexos del pedante en la sublime y misteriosa astrología.

No fué esta, empero, la única enfermedad digna de lástima que contrajo el espíritu de nuestro pobre náufrago durante su cautiverio. La ardiente imaginacion del buen Moslema gustaba de todo lo descomunal. Su prurito era la exageracion; lo corriente ningun encanto tenia si no se exornaba con sueños y raras invenciones.

Una de las obras de Antropos que mas le maravillaron al saquear las tierras de Dinamion, fueron las encantadas númas. Ninguna otra del cautivo produjo en él igual asombro. Por eso deseó poseer un número infinito de ellas; por eso soñó en encerrarlo todo en las cajitas redondas, y como el oro y la plata no abundaban para tanto, mandó al hombre que sin tregua ni demora viese la manera de convertir hasta las piedras en oro.

Tambien acudió Antropos á Pónos con esta nueva peticion, y tambien trató de disuadirle el génio con esta admirable plática.

—¿Cómo te he de convencer, amigo mio, que esta y semejantes pretensiones tienen mucho de soberbias y algun tinte de sacrilegas? Te entremetes en un terreno vedado y te contagian sin duda los eternos pujos á divinidad de Seuda. Tu trabajo, Antropos, es todopoderoso para labrar tu ventura: te hará rico,

feliz, sábio y concluirá por hacerte libre, siempre que observes las leyes de tu morada y no te opongas á ninguna. De lo contrario, apenas si será trabajo, pues ya te dije antes de ahora que podrias afanarte de tres modos: ó secundando, cumpliendo y auxiliando el objeto del supremo encantador que nos revelarán sus leyes, lo cual constituye el trabajo verdadero, el trabajo fructuoso; ó pasando los dias en frivolidades sin un fin que es el trabajo baldío; ó contrariando las leyes de la isla y oponiéndote á su curso que es un afan temerario y un propósito tan insolente como impío. Yo no puedo suponer que tú áspires á otro trabajar que no sea lo primero, y por esa razon te recomiendo de continuo el estudio de las providenciales leyes, y por esta razon te digo y te diré continuamente que si bien el trabajo material es necesario, el de tu espíritu es de mejor esencia, pues *una* partícula de tu trabajo intelectual vale tanto como las *mil* del corporal que deben de precederle. De aquí esa trasformacion maravillosa en cuya virtud fuiste echando sobre los brutos, sobre Pir, Bárros y hasta sobre el impalpable. Ánemos las penas y fatigas mas groseras y reservádotte las espirituales. De aquí que en un principio trabajaras un dia y pensaras un momento; mientras hoy piensas un dia por cada dia que trabajas, y mañana pensarás un dia y trabajarás un breve instante. Esta es la prueba inequívoca de tu perfectibilidad y la demostracion palpable de lo indefinido de tu providencial progreso. Sacudiendo poco á poco el sudor grosero de tu frente, vas ennobleciendo tu existencia hasta que tu sér con la verdad divina casi se espiritualice. Pero de aquí á meterte á creador hay todavía gran distancia. Tú no puedes crear nada, ni un solo átomo de polvo. Puedes aplicar, modificar, trasformar, apropiiar unas cosas á las otras, pero ¿crear? ¡Qué locura! Pero, ¿usurpar atributos que no tienes? ¿hacer oro lo que no es? ¡Qué delirio! Lo único que podrás crear es *la utilidad* de las cosas para tí, y

hè aquí por que tu trabajo tiene algo de *divino*, y hè aquí por que la fuente de todo es esta suprema ley. Si pudieses hacer eso que hoy te pide tu tirano, si trocáses en oro lo que es barro, si creases un átomo de materia ó de movimiento, no serias el pigmeo que eres y entrarías en la categoría de los dioses. Empero en esta ocasion te repito lo que te dije con motivo de la astrología; si te empeñas en que yo te ayude en ese tu propósito desvanecido, lo haré, no para estraviarte tras un ensueño imposible, sino con la esperanza de sacar de tus afanes un conocimiento mas cabal de las leyes de este mundo.

—Hazlo, pues, contestó el hombre, y sea por lo que fuere. A mi me halaga hoy per hoy eso de fabricar oro. Y en fin, ¿quién sabe? ¿Alguna vez te habrás de equivocar?

—Sea como quieras, concluyó diciendo Pónos. Mi destino es obedecerte. Trabaja con nécias aspiraciones y yo procuraré que con lo que hagas se acorte el velo de mi Alécia.

Consiguiente con esta declaracion, entonces como antes y despues, el génio se sometió á la voluntad de su caprichoso protegido. De aquí que Antropos pretendiera cambiar una materia en otra, hiciese retortas y crisoles, hornillos y redomas, campanas y morteros, filtros, amalgamas y esencias. Y á fé á fé que á grande ventura debieran tener los suyos en lo sucesivo que llevado de aquella tan inaudita temeridad, fabricara cosas semejantes.

Aquellos trebejos fueron lo primero y principal que sacó por entonces de sus elucubraciones, porque en cuanto á plata y oro no pudo obtener un grano, pero tal es, sin embargo, nuestra índole, que muy frecuentemente perseguimos con mayor teson la sombra que mas y mejor huye, y Antropos, para no faltar á esta ley de la humana naturaleza, se encariñó para muchísimo tiempo con los secretos mentidos de la alquimia. Quería á todo trance saber fabricar oro, ó como

él decía, encontrar la piedra filosofal, y gracias á una tenacidad muy falta de fundamento, y gracias á los oficios leales del buen Pónos, fué descubriendo en los cuerpos multitud de propiedades capaces de valerle un dia bastante mas que el oro que buscaba. No hizo el rey de los metales, pero en cambio aprendió á imitar todo cuanto deseaba. Confeccionó drogas, inventó específicos, halló tintes, reactivos y compuestos, analizó las partículas, sorprendió de vez en cuando su composicion, y hasta creyó en su loca vanidad que estaba en camino para sorprender el secreto de la fuerza creadora de una isla tan encantada como la de Gé.

« Calcúlese, sin embargo, si todo esto le seria de poca utilidad en los trabajos sucesivos.

« Pero volvamos á mi historia.

« Pasaban dias y mas dias y el término fatal se iba acercando, y la angustia y el terror crecian pasmosamente en torno del feudal castillo. Mientras Dinamion se entregaba al desaliento, juguete de la perfidia, su contrario se hacia en todo superior á él, y si le hubiese atacado de improviso en tan propicia coyuntura presumo, que le venciera.

« En dos cosas solamente tenia Moslema por aquellos tiempos una inferioridad notoria. En el sublime entusiasmo que inspiraban á Dinamion los cantos de la mujer (entusiasmo que podia hacerle invencible cuando menos se pensara) y en la posesion del mar por medio de las ingentes naves. Tocante á la primera no era fácil que se pusiese al nivel de su competidor, porque ni él echaba de ver semejante inferioridad, ni se aventuria á dejar de solazarse bestialmente con sus quince muñecas baladis. En cuanto á la segunda no tardó en apercibirse que era necesario ser marino si deseaba vencer.

« Con efecto, entre los imperios de los dos gigantes tendíase una cala profundísima del mar, especie de lago salado metido

entre aquellas tierras, la cual cala, para Antropos y aun para la pequeñez de mis lectores (y ellos me perdonen el atrevimiento), era un verdadero mar por su longitud y anchura. Para rodear esta cala tenia que hacer Moslema marchas y mas marchas, cuando con solo alejarse de la costa hasta perder de vista sus palmeras, caeria sin trabajo y de improviso sobre el alcázar y su territorio. Formó, pues, nuestro jigante el acertado propósito de pedir á su cautivo alguna graciosa nave para engañar el ánimo del loco, pero casi al mismo tiempo ocurriósele una gravísima dificultad. Para conseguir lo que queria era preciso perder de vista la tierra y como habria de fiarse á ojos cerrados al hombre, este podria enderezar el rumbo á su sabor y tal vez en medio de una noche oscura entregarle en cuerpo y alma á su enemigo.

—Al fin y al cabo, se decia Moslema para sí, Antropos no tiene con esta tierra ningun vínculo de amor, mientras que por allá tiene mujer y tiene á su hijo. Es indispensable que consulte este caso con mi consejera.

Consultó efectivamente con Anoya, y esta que no habia recibido sobre el particular las instrucciones de la bruja, le dió el siguiente consejo estúpido como suyo:

—¿Tienes mas que llamar á tu cautivo y decirle lo que quieres para que se lo exija á Pónos? ¿Qué puede resistirse á un *orden y mando* tuyo? Dile que quieres un invento para dejar al hombre su libre accion sobre el mar, pero sin hacer mas que cuanto tú desees, y ya verás como le hace. Cosas mas maravillosas han surgido de su vara. Todo consiste en que tú le digas muy en sério. «*Yo lo quiero y yo lo mando.*»

—No lo veo yo tan fácil, replicó Moslema; pero en fin lo ensayaremos.

Llamó en seguida á su esclavo y le dijo en tono imperativo:

—Quiero tener una nave como Dinamion.

—Bien, Señor, contestó Antropos. Citaré á Pónos y la haremos.

—Pero quiero mas, insistió Moslema. Quiero que cuando estemos léjos de la costá sin ver en el horizonte ni un solo pico azulado, sepa yo por donde voy y pueda trazarte el rumbo. En una palabra, que seas cautivo mio á bordo como en tierra.

—Eso, Señor, por ahora, no sé de qué manera lo he de conseguir. Si quieres haré comparecer á mi buen génio y él nos dirá si es posible.

—Hazlo, pues, que tengo prisa, concluyó diciendo él del turbante.

El hombre hizo comparecer á Pónos y puso en su conocimiento la peticion de Moslema.

—No hay dificultad, contestó el génio, en cuanto á fabricar la nave. Aquí hay buenos y robustos troncos, y la armaremos mas perfecta que la primera que hicimos. En cuanto á lo segundo sepamos bien lo que me pides.

—Nuestro Señor, interrumpió Anoya, ordena y manda que inventes algun quisicosa para que tu protegido nó le burle. Una cadena larga, por ejemplo, sujeta al casco de la nave y cuya otra estremidad lo esté á la costa.

—Eso no puede ser; es imposible, contestó Pónos. El mar no admite cadenas.

—Pues ha de ser, por mi turbanté, exclamó Moslema con gesto amenazador. Tú lo puedes todo y yo lo mando.

—Está bien, replicó Pónos con espresion de súbita alegría como quien halla solucion y columbra una esperanza. Yo te diré el medio mejor que se me ocurre. Allá en los confines de la isla, lejos, muy lejos de aquí hay un gigante adusto y retraido á quien he visitado algunas veces y que se llama SIRON. No es fácil penetrar á su presencia, porque enemigo del trato de las gentes ha rodeado su imperio con una muralla de altura

prodigiosa dentro de la cual se encierran innumerables maravillas. Entre ellas, la mas notable, es una sierpe de acero que goza de muy singular virtud. Colocada sobre una púa agudísima, tiembla y se mueve á todos lados como un gilguero sobre la punta de un junco, pero basta con que aquel que manda sobre los demás quiera que señale en tal ó cual direccion para que ella lo haga al punto con precision admirable. Sinon hace poco caso del prodigio, y si tú quieres podriamos hacerle una visita para tratar de que le ceda. Si lo conseguimos por ventura, podrás entonces determinar el rumbo que te plazca sin descubrirsele á nadie, la sierpe le marcará y Antropos no tendrá mas remedio que seguirle.

—Que me place, contestó Moslema. Fabricad pronto la nave y luego visitareis á ese Sinon y le llevareis ricos presentes para ver si nos cede su prodigio.

A consecuencia de estas terminantes órdenes, Antropos tornó á ser carpintero de ribera, y con ayuda de la vara mágica del génio pronto dió fin á otra bellissima nave. No olvidó hacerla en imitacion de un cisne, ni tampoco de adornarla con dos velas blancas y espaciosas, pero además su tirano (quien no comprendia bien los misterios de Ánemos el loco), quiso que llevara remos para que el cautivo proejara contra las corrientes.

Cuando estuvo concluida, Moslema la admiró como era justo, y en seguida volvió á recordar al hombre su segunda peticion, sin la cual no se atrevia á emprender sus proyectadas travesías.



... sobre la marcha, contesto el gigante.  
 Y después volviendo enojado suavemente por la popa fue  
 la que el casco se deslizo en la balsa y después de estar  
 un rato al costado, Pónos y su protegido se ocuparon de la  
 arboladura...  
 Todo se terminó como por ensimismo.

### X.

A los tres días Nolema le ordenó a su prisionero de que  
 se dirigiese á la mar y se embarcá con él a bordo. Hijo de  
 colera la sierpezuela á su vista y que siempre existían  
 le el rumbo que marcase. Con esto se puso á pensar y pensar  
 en cierto punto de la costa muy creído que Návago le avisaría  
 naria el pensamiento y señalaba hacia él.  
 Aunque, obedeciendo, puso delante del timón a Návago y  
 se alejó de las costas, no sin llamar antes al buen Pónos para  
 que le acompañara.

Por mas esfuerzos que he hecho, por mas vueltas que le he  
 dado, no he podido averiguar á ciencia cierta el misterio im-  
 penetrable de la invención de aquella sierpezuela prodigiosa  
 ofrecida al gigante por el génio y que segun parece se llamaba  
 NÁVAGO. Unos dicen que en efecto Pónos la obtuvo del gigante  
 Sinon; quien era como habia dicho, estacionario, retraido,  
 adusto, mientras otros aseguran que todo aquello fué una  
 ficcion inocente del buen génio, y que la verdad es que él la  
 inventó para acudir como solía al progreso y en ayuda de su  
 protegido.

Pero sea de esto lo que sea, lo que á mi relato importa es saber como sabemos con seguridad, que Antropos se presentó á Moslema cierto dia con una sierpe de acero sobre la punta de un clavo, y que le dijo al presentársela.

—Aquí tienes el piloto que me ha de imponer el rumbo. Cuando gustes botarás la nave al agua y podrás hacer la prueba.

—Sobre la marcha, contestó el gigante.

Y diciendo y haciendo empujó suavemente por la popa hasta que el casco se deslizó en la bahía, y despues de echar amarras al costado, Pónos y su protegido se ocuparon de la arboladura.

Todo se terminó como por ensalmo.

A los tres dias Moslema dió orden á su prisionero de que se hiciese á la mar, y se embarcó con él á bordo. Díjole que colocara la sierpezuela á su vista y que siguiera exactamente el rumbo que marcase. Con esto se puso á pensar y pensar en cierto punto de la costa, muy creído que Návago le adivinaria el pensamiento y señalaria hácia él.

Antropos, obedeciendo, puso delante del timon á Návago y se alejó de las costas, no sin llamar antes al buen Pónos para que le acompañara.

—¿Qué te parece de todo esto? preguntó el hombre en voz baja á su protector cuando vió á Moslema distraido echado sobre la borda. Este sí que es un apuro. Nuestro piloto no señala mas que en una direccion y Moslema dará pronto con nuestra superchería. Es un apuro, grande apuro.

—No creas, le dijo Pónos, que lo sea tanto y tan grande como dices.

—¿Pues cómo? tornó á preguntarle el marinero. ¿No ves que estará pensando mi Señor en el sitio á donde quiera ir y no hay posibilidad de acertarle para dirigir la proa?

—Ese es apuro bien pequeño, replicó Pónos con sonrisa, del cual habremos de salir de un modo ú otro, mientras que la conquista que hemos hecho compensará disgustos y compromisos. Sí, amigo Antropos, esta, á la verdad maravilla, con la cual pretende Moslema sujetarte, es el mejor talisman que puedes apetecer para verte libre y huir pronto, muy pronto entre los tuyos. Creyó con esto trazarte un rumbo fijo del cual no pudieras salir, y lo que ha hecho sin sospecharlo siquiera, ha sido abrirte todos los rumbos posibles y hacerte dueño de los mares.

—No entiendo lo que me quieres indicar, contestó Antropos perplejo. Si Návago no nos traza mas que un rumbo ¿cómo es posible dirigirnos por cualesquiera otros en la solitaria inmensidad del Océano?

—Todo lo vence el ingénio, replicó Pónos, y ahora mismo vas á ver la fuerza de esta verdad. Návago, segun te he dicho, siempre señala con tenacidad á un solo y único punto de la esfera. Mueve el timon, y ya que Ánemos nos es propicio, te lo demostraré prácticamente.—Bueno.—¿Ves aquella nubecilla blanca que asoma en el horizonte?—A ella señalaba al desatracar, y á ella continúa señalando.—Variemos de rumbo una vez mas para adquirir certidumbre. Mira ahora que doblamos ese cabo cómo gira y se revuelve para no dejar de dirigirse como antes. Ciñamos el viento y sigamos la concavidad de esta bahía;—vira á estribor para no dar sobre los esteros de aquella embocadura.—¿Te has convencido? Nuestro carcelero, sin saber lo que se hacia, me ha obligado á poner en tu poder el instrumento mas eficaz para redimirte de tu cautiverio.

—No te entiendo todavía, exclamó Antropos. Explicame lo que deduces de nuestras observaciones, porque tus medias frases escitan grandemente mi curiosidad. Están en contradicción con lo que veo. Si esa sierpe se dirige siempre en una direccion ¿cómo puede señalarnos varias?

—Estraño que no lo entiendas con tu buen ingenio, replicó Pónos. Ya que Návago señala tenazmente hácia un punto fijo de los cielos, toda la dificultad estará en fijar bien ese punto. Elegiremos, por ejemplo, alguna no mudable estrella. Esto hecho, y refiriéndonos siempre á la estrella así determinada, sabremos que para ir á todos los lugares que caigan á la derecha de su direccion, habremos de enderezar la proa á mano derecha del rumbo que indique Návago, mientras que para llegar á los que se encontrarán á la siniestra, tendriamos que virar hácia la izquierda de la misma direccion. Návago, pues, nos indicará poco mas ó menos nuestro norte, aunque la niebla ó las nubes nos encapoten los cielos. Con esto comprenderás que ya no estaremos como hasta aquí encadenados á la costa, ni nos habremos de ceñir á ella. Podemos lanzarnos atrevidos en medio de los mares; dirigirnos con pasmoso tino aunque no veamos mas que cielo y agua, y huir de nuestros opresores poniéndonos fuera del alcance de Moslema.

—¡Bendito seas! esclamó el cautivo; mas en aquel momento el gigante se apercibió que la nave no seguia el rumbo que él pensaba allá en su mente, y con semblante colérico le dijo al hombre.

—¿Qué es esto miserable? ¡Te apartas del rumbo consabido y de mis órdenes te burlas!

—Señor, le contestó el hombre; fué mi natural torpeza. No acertaba en un principio con las maniobras necesarias. Pero creo que al fin las he encontrado; y si quieres ensayaremos de nuevo.

—Basta por hoy, le replicó el gigante receloso. Vira en redondo y volvamos al punto de partida. Mañana al rayar la aurora repetiremos el ensayo.

A poco la quilla se encalló en la playa y los navegantes saltaron en tierra firme.

El corazón de Antropos palpitaba de esperanza y de alegría.

—Antropos, le dijo Pónos al hombre por lo bajo. Es necesario apresurarnos. Moslema no está tranquilo y podría aniquilar nuestra conquista. Esta noche la pasaremos en vela.

No descansaron en verdad aquella noche, ni el cautivo ni su genio protector. Ambos se afanaron sin descanso porque habían convenido apenas se vieron solos que emprenderían antes del alba la fuga.

—Con muchas veladas como la presente, decía Pónos sonriendo, sospecho Antropos que te habías de quedar flaco y sin fuerzas. ¡Estraña influencia la de mi valiosa compañía que prolongada sin interrupción destruye y postra!

Empero el ardor del hombre avivado por cierta dulce esperanza de volver á sus hogares, era asaz impetuoso y vehemente. Por su gusto antes de la media noche habrían levado el ancla. Aprovechando las tinieblas fué y vino repetidas veces del *Arenal* á la nave, desenterró los biblós hurtados á Moslema, los llevó á bordo y aun pudo embarcar también sus crisoles y retortas, buena provision de horóscopos, sendas representaciones de los astros trazadas sobre pergaminos, las mejores obras de su cautiverio, varias plantas, algunos frutos y no pocas joyas de las mas raras y de mas valía.

Una hora antes de amanecer, el hombre, acompañado de Pónos largaba todo el velámen. Al apuntar la aurora Moslema apareció sobre la playa, cuando el ánimo del loco tiraba asida á las tendidas velas y el casco libre de anclotes y de amarras huía hácia alta mar lenta y majestuosamente.

—Atrás, cautivo, gritó el coloso al marinero. ¿Por qué te alejas sin mí? ¿Por qué quebrantas mi mandato?

—Me alejo, alto y poderoso Señor, contestó Antropos, valiéndose de una bocina para remedar la voz estentórea de Mos-

lema, con la esperanza de no volver mas á tus desiertos hasta que desaparezcas. Vuelo á los brazos de mi amante Gina, de esa de quien tú te mofas. ¿Creías que todo tu poder iba á separarme de la madre de mi hijo? ¡Qué locura! Ni tú ni nadie lo ha de conseguir.

—¡Ah! exclamó Moslema, bien me lo decia anoche Fanta cuando estaba desvelado sobre el lecho. ¿Por qué no la creí? ¿Por qué no quemé esa nave? Vuelve esclavo, vuelve, y aquí tendrás sombras, y calor, y perfumes, y ambrosia y te daré libertad, y serás rico y nada se ha de oponer á tus caprichos.

—¿Y mi mujer? contestó Antropos por medio de su bocina. ¿Confesarás que es igual á mí? ¿será dignificada? ¿será libre?

—¡Ah! eso jamás, jamás, exclamó Moslema.

—Pues entonces, concluyó diciendo el fugitivo, que te hagan muy buen provecho tu calor y tus perfumes. Prefiero los hielos y la pobreza con mi Gina. Adios, Señor sultán. Póngame vuestra grandeza á los pies de las consabidas quince.

—¡Oh, rabia! vociferó el del turbante. Armémonos sin demora: venzamos á Dinamion, y cuando sea dueño de la isla, ese pigmeo tornará á ser mio.

Quando el burlado enemigo de la mujer terminaba estas exclamaciones, ya los navegantes perdian de vista las palmeras, y la nave parecia un punto blanco sobre el horizonte. Ánemos se agitaba como nunca para empujar el bajel sobre las olas, y Antropos junto al timon, atendia á dirigir el rumbo.

Viendo, pues, el génio paternal que la ocasion y el lugar no podian ser mejores para provocar en la mente de su protegido ideas justas y pensamientos provechosos, tomó asiento junto al timonel y le dirigió su voz leal en los términos siguientes:

—Ya que estamos solos, mi buen Antropos, y que nadie nos puede oír en esta soledad, dime por que prefieres volver bajo el

dominio de Dinamion á ser Señor absoluto en los desiertos con Moslema.

—La razon es obvia, contestó Antropos, porque con Dinamion están mi esposa y mi hijo que son los séres que mas amo, y sin los cuales no acertaria á vivir.

—En verdad, en verdad, replicó Pónos, que no te acordabas de eso cuando te empeñaste en ser anacoreta.

—Es que aquello, dijo el hombre, era una especie de locura hija del desconsuelo y de la desesperacion. Como tú dices, debió destruirse por completo el equilibrio entre mi espíritu y mi cuerpo. Sin duda el inmenso piélago de aquel, inundó de costa á costa la materia, y por eso se borraron los confines en donde me digiste que crecia el amor y los demás afectos.

—Que me place esa memoria, contestó Pónos: buena la tienes cuando quieres. Si con tanta propiedad recordaras todos mis preceptos, no tardarias en ser Señor de tus tiranos. Pero volvamos á nuestra sabrosa plática. ¿Qué te propones hacer cuando lleguemos al castillo?

—Lo que tú me mandes.

—¿Y no volverás á desoir mi voz y á sublevarte contra mi cariño?

—Te aseguro que nunca lo he de hacer con voluntad. Una cosa he aprendido á costa mía, y es que cada y cuando te desoigo, llueven sobre mí calamidades y soy de veras infeliz. No es fácil olvidar mis desengaños. ¿Fueron por ventura tan pocos ó tan llevaderos? Yo no digó que siempre acierte ó que te entienda siempre en lo sucesivo, pero desde ahora formo el decidido propósito de hacer cuanto tú me digas, aunque alguna vez he necesariamente de pecar por error ó por ignorancia.

—Acepto tus votos y tus promesas, pero te prevengo que no serás dueño de hacer lo que pretendes si no llevas muy en la mano la rienda de todos tus afectos y pasiones.

—Difícil cosa me pides, pero no dudo que con los años la he de conseguir. Una sola pasión será la que jamás dominaré mientras exista. De niño me embelesaba, de mozo me enloquecía, de hombre me subyuga y me enamora. He llegado á creer que es necesaria para todo y me parece como el aliento del mundo.

—¿Y qué pasión es esa? señor filósofo, preguntó risueño Pónos.

—Es el amor, contestó el hombre; ese amor que según acabo de decir me arrastra ahora por estos mares. Poco me has hablado de él, y ya que la ocasión es buena y el lugar único por la calma y majestad del Océano, quisiera buen Pónos que en tus elocuentes frases me dijeras algo acerca del objeto para el cual se hicieron mis pasiones, y qué utilidad reporto de ellas en una isla en la cual dices que todo es armonía, todo está previsto y nada existe que sea ocioso ó inútil.

—Eso haré yo de buena gana, contestó el genio, tendiendo una mirada en torno por el horizonte antes de recostarse con tranquilidad á popa. Después, seguro de que ningún peligro amenazaba en los cielos, satisfizo la curiosidad del hombre en los términos siguientes:

—Son tus afectos y pasiones, según te tengo dicho antes de ahora, plantas que te darán flores ó espinas y que crecen en los confines de tu cuerpo (limitado como todo lo material) y del infinito piélago de tu espíritu. Son para que me entiendas aun mejor, *los sentidos de tu alma*. Así como la vista, el oído, el olfato, el gusto, el tacto, obrando cual centinelas vigilantes cuidan de la conservación cabal del cuerpo, eligen los manjares, evitan los peligros ó trabajan por tu bienestar, así tus afectos y pasiones tienen por principal é importantísima misión instruir, vigorizar, ennoblecer y dar ensanche y robustez á tu alma. No hay una que no se manifieste y te domine cuando llega la ocasión oportuna, el tiempo crítico, y aunque serán

fatales sus estragos si la razon no las enfrena, son medios misteriosos, resortes esquisitos, con los cuales el supremo encantador quiso dotar á su obra para hacerla progresar irremisiblemente hácia el objeto escondido que se propuso al crearla. Voy á ponerte un ejemplo. ¿Cuál es el primer desco, el principal conato de un buen y celoso artífice? ¿No será atender á la conservacion de sus obras, y procurar que no perezcan fácilmente? Pues movido, á no dudar, por este poderoso anhelo, te dotó cabalmente el supremo plasmador con una necesidad absoluta y una pasion incontrastable: el hambre, esa tiránica señora que no espera, y esa pasion cuyo imperio absoluto reconocias hace poco. Sí; el hambre y el amor son los dos ejes sobre que se mueve el mundo. Sí; el amor es todopoderoso, es incontrastable, domina tu razon, avasalla tu cuerpo, reduce á la nada tus demás pasiones, porque está encargado de asegurar tu descendencia, de perpetuar la obra del artífice, del propio modo que el hambre acude violenta é imperiosa á la conservacion indispensable del momento. Quien pretenda matarle ó sustituirle con una imposible castidad, luchará insano contra leyes providenciales y sembrará para sí y para los suyos cuitas y dolores infinitos, porque el amor es el *hambre de tu alma*. Esto, amigo Antropos, en cuanto á esa afeccion ciega é inesplicable que te hizo vivir un tiempo por Gina y para Gina, pero si examinamos ahora las manifestaciones múltiples de esas incomprensibles simpatías, el amor de una madre por ejemplo, veremos todavía con mayor y mas segura claridad, cuán admirablemente sirven las pasiones para el cumplimiento de la voluntad del supremo ordenador. ¡Cuántos y cuán crueles no fueron los dolores, las angustias de la pobre Gina para amamantar y proteger á Ándros, y cuán imaginarios los placeres que obtuvo su cariño en recompensa! Hora tras hora; dia tras dia; año tras año; padeció tormentos, acep-

tó privaciones, sacrificó á su hijuelo el sueño, el reposo, los gustos, la existencia, y todo ¿para qué? ¡Ah! si fueses á pesar lo uno con lo otro; si dedujeses la conducta de la madre por los placeres ó dolores que la proporciona, jamás podrias concebir la existencia de este afecto, que cual aquella tu ceguedad por tu mujer, dá al traste con toda prevision y se burla de tu lógica. ¡Y sin embargo, Gina es un sér de razon; distingue entre el dolor y los gustos; prefiere éstos, la repugna aquel! ¡Y sin embargo, en siendo madre busca las penas con ánsia, y sus dolores son placeres para ella! ¡Oh misterios admirables de este mundo! ¿Quién será el ciego que no vea en cada uno la existencia de una voluntad sábia y todopoderosa? En esto de nuestras pasiones sucede lo que en muchas otras cosas: solo te puedo decir acerca de ellas que son así, porque son así, y su misma naturaleza inesplicable, los pasmosos efectos que producen para la cabal armonía de esta tierra, son testimonios evidentes del objeto profundo que se propuso esa voluntad suprema cuando dijo: «Esto conviene á mi propósito, pues *scéa*.» Si ahora te enumerase brevemente las demás afecciones, desde la compasión (esa sombra del amor que evoca una luz oculta para que en momentos dados acudas á salvar un sér y no dejes que se menoscabe la grande obra), hasta la vanidad pueril que te impulsa á pulirte y á atildarte, habriamos menester de muchas mas horas de las que durará la travesía, y por lo tanto me contentaré con repetir lo que dije al comenzar. Tus pasiones, tus sentimientos son los sentidos de tu alma, y así como el cuerpo tiene la vista que distingue entre lo feo y lo bello sin saber por qué, así tiene tu espíritu ese sentimiento digno que detesta la tiranía, la injusticia, lo perverso, lo inmoral, y se apasiona de lo noble, lo generoso, lo bueno. Cinco sentidos tiene tu cuerpo grosero: los sentidos de tu alma son infinitos y tan superiores á los corporales, como superior es el espíritu impalpable á la grosera materia.

De unos y otros puedes usar y abusar en alas de tu libérrimo albedrío, pero así como si olvidando la esperiencia y dando rienda suelta á tus sentidos traerás sobre tu cuerpo males que acaben con él, así cuando la razon no enfrene como es cuerdo tus pasiones, perturbarás la paz de tu conciencia que es el deleite mayor á que aspira siempre el hombre. Si usas con moderacion de tus pasiones, cada una te dará por fruto una virtud: si abusas de tu libertad y ni las diriges ni las podas, se agostarán al fin las flores pestilentes y efimeras del vicio y recogerás tarde ó temprano triste cosecha de abrojos.

—Quiere decir, interrumpió Antropos, que si amo demasiado, sin freno, sin medida, incurriré en un vicio?

—Cabalmente, contestó Pónos.

—Y ¿hay tambien sus correctivos para traerme al buen camino, como sucede con los excesos del cuerpo?

—Si los hay, y como en esta isla encantada dichos correctivos son siempre proporcionales á la magnitud del pecado, te aseguro que los castigos de las pasiones mas vehementes, son en verdad espantables.

—Y ¿en qué se conoce? preguntó de nuevo el hombre.

—Ahí está la gran dificultad. Las puniciones morales no se palpan como la ceguera ó la parálisis, y hé aquí por qué son mas dificiles de corregir los vicios del espíritu que las demasías del cuerpo. Si no fuesen ocultos, si pudieses ver el alma de Seuda, escudriñar los espíritus de esos duendes y jigantes que nunca respetan ley ni reconocen derecho, darias gracias al cielo por haber nacido esclavo.

—¡Válgate, Pónos, y qué cosas! exclamó Antropos absorto, me abres un nuevo mundo á cada paso. ¡Cómo me gustan estas pláticas y de qué buen grado trataria de averiguar esos misterios!

—Podrás hacerlo algun dia, replicó el génio. Cuando hayas

dominado la materia, tendrás mucho adelantado para analizar tu espíritu. Ya te dije que el trabajo material debía tener la prioridad, aunque el espiritual tendría siempre la supremacía, porque era el término feliz á que aspirabas. Trabaja, trabaja: nadie sabe dónde llegarás.

De esta suerte entretenía el admirable génio los ócios de la navegacion, sin dejar de atender al rumbo que debía señalar la proa, hasta que pasado el día, y después de mar tersa y bonancible, durante toda la noche, empezaron á asomar sobre las aguas las torrecillas mas altas del conocido castillo.

Era aquel día el señalado por la bruja como término del plazo fatídico anunciado; día terrible que iba á marcar el fin del mundo. La noche antes Dinamion, sus siervos y sus duendes la habian pasado en ansiedad cruel esperando la destruccion y aniquilamiento de la isla. Pero se descorrieron las pavorosas sombras, la luz del alba tiñó de carmin los cielos, aquietáronse las auras para ver salir el sol, el disco de este apareció esplendoroso sobre el horizonte, el aire se conmovió de placer y de frescura, las flores sacudieron sus lágrimas de aljofar, cantaron los pajarillos, desperezáronse los brutos, y los aterrados habitantes del alcázar, vieron que ni el suelo zozobraba, ni de las nubes llovian rayos y centellas, ni el mar airado cubria con impetuosas olas valles y riscos, montes y llanuras.

Cuantos lloraran su temprana muerte; cuantos padecieron durante los cien días ominosos los horribles tormentos de la cruel ansiedad, los infinitos que ofrecieran en los altares sus tesoros, desconfiaron de Seuda y sintieron en sus corazones ira y despecho con ciertos deseos de venganza; pero tan luego como la astuta de las cien caretas vió próxima á estallar la tempestad, y advirtió por los gestos, miradas y murmullos, que iba á expiar sus crímenes sacrilegos, puso los ojos en el cielo, y levantando

la voz hipócrita siempre, aunque entonces algo trémula, con su audacia acostumbrada dijo:

—¡Loados sean los cielos! doblemos las rodillas y demos gracias de todo corazon, porque nuestras plegarias fueron oídas y porque las dádivas de los buenos compraron la salud de todos. ¡Doblemos la rodilla hermanos míos, y no olvidemos en lo sucesivo la virtud de las ofrendas sagradas en toda tribulacion!

Al oír aquellas palabras, los circunstantes no supieron qué pensar de tamaño atrevimiento. Afortunadamente para Seuda, al revolver la muchedumbre los iracundos ojos sobre el terso y azulado mar, apercibieron la nave de Antropos que rizaba velas y poco á poco atracaba.

De pronto todos se sobresaltaron temiendo si aquel casco vomitaria la desolacion temida, porque cuando se espera una catástrofe, hasta el zumbar del viento nos aterra. Dinamion mismo echó de menos su espada y renegó de haberla colgado crédulo sobre uno de los altares. Detuvo la respiracion y requirió su puñal, hasta que algunos de los duendes prurrieron en gritos de alegría, y poco despues vió saltar en tierra á Antropos acompañado de Pónos.

Corrieron entonces desatentados á la playa para acosar con preguntas á los navegantes sin darles tiempo para que esplicaran aquel arribo tan á punto. Mientras crecía la bulla y alboroto, Gina llegó atraída por las dulces nuevas que pregonaban mil voces por doquier y se arrojó en brazos del marinero. La ternura de tan muda escena, la efusion de aquel recibimiento pusieron un nudo en la garganta de los mas empedernidos, y Pónos, aprovechando tan buena coyuntura exclamó dirigiéndose al gigante.

—Lo que tenemos que contarte es largo, subamos si quieres al castillo, y allí, con la debida calma, has de oír cosas que en extremo te interesan.

—Subamos, contestó Dinamion, y todos se encaminaron al alcázar.

Sentado el atónito coloso en una de las mejores salas del castillo, escuchó del lábio de su siervo el minucioso relato de sus estrañas aventuras. Pasmóse no poco con los lances de su cautiverio, y tomando por lealtad lo que no fué sino cariño y amor entrañable á la mujer, prometió á Antropos mercedes y donaciones si le ayudaba de buen grado á tomar venganza de Moslema.

—Nos encontrais pobres, concluyó diciendo, despues de habernos dejado ricos. Vuestra ausencia fué para mi reino la mayor de las calamidades. Un fin espantable, una ruina inminente nos amenazó, y tuvimos que comprar la vida ofreciéndolo todo en las aras de los templos. Hasta mis armas yacen allí ociosas en ofrenda, y si Moslema viniese sobre mí, solo podría oponer al corvo alfange que me dices, la pobre daga que cuelga de este cinto. A tal estado nos trajo el terror de la terrible profecía. El peligro es grande; la ruina que temimos sin saber de dónde, puede traerla de un momento á otro nuestro contrario en la punta de su lanza. Pedidme lo que querais que yo os lo otorgo, pero fabricad cuanto antes la mas fuerte y mas completa de todas las armaduras. Hoy mismo quiero retar á singular combate á ese bárbaro insolente que se burla de mi valor y se complace en vilipendiar á Gina. Hoy mismo despacharé un rey de armas para dirimir en campo cerrado todas nuestras diferencias. Si acepta, es menester que yo vaya bien armado y que no se olvide precaucion alguna para ponerme al abrigo de sus golpes. Ten en la memoria que en este singular combate se ha de decidir la suerte de la mujer, que es vuestra madre, vuestra esposa y la cantora fecunda que siempre nos inspiró con su entusiasmo.

Antropos y Ándros pidieron tierras y les fueron concedidas;

pidieron franquicias y no les fueron negadas. Habían de poseer campos como suyos, agregar talleres á su choza y ser en ellos dueños y señores, recibir en pago de sus obras númas de cobre, plata y oro, y antes de ser castigados por los duendes serían interrogados y oídos. El gigante accedió á todo, y Seuda, viéndose rica y poderosa, gracias á la interpretacion de la antigua profecía, no la pesó ver disminuido un tanto el poder de su Señor, fiando á sus malas artes la esperanza de ser dueña con el tiempo del oro y de las joyas de la isla así como lo iba siendo poco á poco de la mas infalible autoridad.

—Un paso mas, se dijo alborozada, y ya veremos quien me tose. Está visto: todos, todos son estúpidos. Cuando de esta vez no me han descubierto el juego ¿á qué no puedo atreverme? Unas cuantas falsas decretales mas y fundo el nuevo derecho en mi arbitrariedad y mi capricho. Con esto gozo y no trabajo, y despues.... ¿despues?.... despues venga el diluvio.

Aquel mismo dia salió un rey de armas á desafiar á Moslema y á convenir en las condiciones del combate, y Antropos, despues de llevar desde su nave á su choza todo cuanto trajera consigo, y que él estimaba en mas que diamantes y tesoros, constituyó su taller y comenzó con ayuda de Pir y de sus otros servidores á fabricar una coleccion de armas como ningunas perfectas, porque empezaba á ser menos esclavo y trabajaba con gusto.

Mientras el heraldo llegó á presencia del guerrero del turbante, y en altas y atrevidas frases le retó á lidiar á muerte con su Señor valeroso; mientras aceptó Moslema aquella lucha y fijó el tiempo, el sitio y las condiciones, los siervos tuvieron tiempo para acabar las armas y la armadura, y el impaciente Dinamion supo al fin cierta mañana que podia bajar á recogerlas al taller del ingenioso artifice. No se hizo repetir la invitacion dos veces; bajó con paso presuroso, y cuan-

do penetró en la fragua, se quedó atónito al contemplar la delicada perfeccion con que el armero habia modelado los metales. Allí habia defensas para la cabeza, reparos para los miembros, instrumentos para herir, armas para defender. Allí..... mas tan curioso prodigio merece por escepcion ser cumplidamente detallado, y con permiso de mis lectores dedicaré cuatro páginas aparte para darles de él (si á tanto acierto) breve y compendiosa idea.

## XI.

Lo primero que sorprendió á Dinamion fueron las armas defensivas tuyas, porque estaban colocadas sobre el suelo á manera de derribada panoplia.

—¿Qué es esto? preguntó al artifice. Has hecho mi figura en hierro.

—Casi, casi, contestó Antropos. He tenido que remedar tus formas deseoso de no dejar parte de tu cuerpo sin defensa. Para la cabeza, el almete, cuya visera defenderá tu rostro con la vista, el nasal y la ventalla. Para tu cuello la gola; para tus hombros las hombreras. El pecho y las espaldas, partes vulnerables

y mas nobles, van protegidas con el espaldar y el peto, piezas de escelente temple sobre las cuales se quebrarán los venablos y lanzones. Los brazales resguardarán tus brazos sin entorpecer su accion, gracias á las coderas y los aldrones ó gocetes, y terminan como ves en la difícil manopla. Recubiertas la cullera y pancellar por el faldellin ó tonelete bordado, pondrán á salvo la parte inferior del tronco sin afeár el conjunto, uniéndose con los quijotes ingeniosamente. Despues vienen las grevas y los escarpes que están armados por detrás con acicates de punta. La rodillera (ingeniosamente asegurada con los chatones de cabeza de oro que adornan y hermocean la armadura), dá juego y cubre la rodilla. Esas son las armas de tu cuerpo; aquí tienes ahora las de tu caballo.

—¡Cómo! exclamó el gigante. ¿Tambien pretendes tu forrar en hierro al colosal Hipodonte?

—Sí tal, contestó el armero. Pretendo que reconozcas la lealtad con que cumplo mis promesas. Aquí tienes la testera con un puñal agudo sobre la testuz como dizque tiene un asta el unicornio; la capizana compuesta de láunas delicadamente chatonadas como tu armadura para proteger la cerviz de tu bridon; la grupera con su guardamaslo; las flanqueras para sobre los ijares, y el petral con pezonera figurando una cabeza de leon que arruga el ceño magestuoso entre un bosque de guedejas.

—¿Y mis armas ofensivas? preguntó el guerrero.

—Aquí las tienes sin que te falte ninguna, replicó el artífice. Esta es tu espada; este tu montante, tan largo que para manejarle bien necesitas de ambas manos; dos dagas á cual mejores, un hacha con una maza para falsear el árnés de tu enemigo y hacer saltar sobrepiezas y chatones. Las astas de madera que aquí ves, son bordonés para los alárdés, tres lanzas para la lid, del mejor fresno y hechura, y tal cual venablo arrojadizo,

porque como puedes suponer, conozco el modo de pelear de Moslema. Ahora, para completar estos tus marciales arreos, aquí tienes como corona y remate de las obras del insigne Pónos el mas peregrino de todos los escudos. Él le trazó, él le hizo, y como obra exclusivamente suya, yo no sé sino admirar tanta belleza.

Y el siervo señaló con visible satisfaccion á la obra que de propósito habia dejado para la última. Era en verdad una gran pieza, como creada por la vara mágica y el fecundo ingenio del inimitable Pónos, quien solo habia puesto la mano en sus prodigiosas representaciones.

Cierto que ni Antropos ni Dinamion podian entender las ricas alegorías de sus cuadros; cierto que Pónos quiso sin duda representar memorias y aspiraciones únicamente al alcance de él y de su hija; pero con eso y todo la armonía y belleza de la obra era capaz de embelesar á otros muy mas entendidos que un gigante estúpido y un artífice sencillo, y como yo he encontrado medio de hacerme con la clave del enigma, voy á descifrarle siquiera sea torpemente á mis lectores, seguro de que no llevarán á mal que les entretenga un rato con su fiel y exacta descripcion, que no es por otra parte tan agena como pudiera suponerse á los fines de mi obra.

Su forma era ovalada. Forjado de una sola plancha ligeramente cóncava de hierro dócil, llevaba en rededor una graciosa guirnalda de laurel y roble con tal primor esculpida, que el viento al parecer podia sacudir y replegar las espesas delicadas hojas. Por los cantos, una orla de figuradas perlas, buidas como el mas pulido diamante, arrojaba en todas direcciones rayos de luz para encerrar el campo de la egida con una línea vivísima de fuego.

Dentro de tan nobles y vistosos límites, veíanse sobre el lado cóncavo del arma un cúmulo de escenas y de cuadros, un

hacinamiento de objetos, una muchedumbre de figuras á cual mas airosas, pero todo tan acertada y maravillosamente dispuesto, que su conjunto deleitaba y suspendia aun antes de ser examinado de cerca ni conocida su ingeniosa significacion.

Desde el comedio lanzaba un sol esplendoroso sus rayos innumerables sobre todos los séres y las cosas que le circuián. Era como el centro de aquel mundo, la fuente de aquel vivir, el creador de aquellos bellísimos portentos.

Comenzando ahora el exámen de los cuadros por la parte superior de la ancha zona que entre el sol y la guirnalda quedaba, veíanse á la derecha los primeros hombres y mujeres confundidos en las selvas con los indómitos brutos, y tan toscos en su desnudez, tan entregados á su instinto, que apenas si los sexos se reconocian, pues unos y otros procuraban su alimento casi de idéntico modo. Ellos y ellas trepaban por los árboles, arrancaban raíces, buscaban los mariscos, acechaban y sorprendian la caza, y si algun recurso habia para distinguir entre aquellos taciturnos y desgreñados salvajes al hombre de su compañera, era la actitud de los chicuelos que procuraban no separarse del lado de sus madres, algunas de las cuales llevaban á la espalda el reciente fruto de sus libérrimos amores, asomando las frentes deprimidas por entre un tegido de juncos y carrizos. En medio de aquel espectáculo desconsolador, en que el sér mas inteligente se confundia con los mas cerriles, en que el hombre con todas sus facultades empleaba los mismos medios que el mono para conservar la efimera existencia, se vislumbraban entre la espesura de los bosques luchas horrosas, tragedias inesperadas en que el hombre primitivo ya era víctima del sagaz lobo, del prepotente leon, del tigre traicionero, ó ya moria despedazado á manos de sus hermanos crueles y feroces.

A la derecha de este primer alarde del artífice, el hombre

era dueño de algunos pacientes brutos en medio de campos menos cubiertos de maleza, mas apacibles, mas risueños. Sendos pastores con sus calientes pellicas, sus cayados y zurrone, conducian en desordenada reunion rebaños numerosos que tachonaban con su versátil vagaroso andar las verdes faldas del otero, para que las mansas ovejas y los triscadores corderillos tronchasen con diente trémulo las suaves briznas de la yerba y las tiernas matizadas flores. Los fieles y vigilantes perros antecogian con rara sagacidad las reses procurando que no se estraviaran, mientras los lobos, impulsados por el hambre, acechaban pacientes desde las zarzas y retamas una ocasion, un descuido para degollar alguna víctima y huir con ella sobre el crespo lomo sin cuidarse del ladrar de los mastines, ni del despecho de los rabadanés. A todo el ható seguian pacientemente los asnos tenaces cuanto sufridos, y como en los serones se vieran abrigados con esmero los débiles y friolentos recenales, se comprendia que la fibra de la compasion vibraba pia en el corazon del hombre, así como era evidente que otros sentimientos se enseñoreaban de su espíritu, porque aquí y allí preludiaba sencillas melodías en la flauta rústica, ó tejia á la sombra de los alcornoques coronas de violetas para adornar rendido y amoroso los cabellos ya trenzados de alguna bellissima zagala.

A seguida, y todavía á la derecha, empuñaban los gañanes el pertinaz aguijon para avivar el tardo paso de los bueyes, cuyo potente testuz arrastraba el corvo arado abriendo anchos y profundos surcos en el seno no esquilado de la madre tierra. La gleba caia al compás de los alegres cantares que el labrador daba al viento apoyándose sobre la esteva, y tras de él, al alejarse, acudian bandadas de pajarillos que se disputaban vocingleros las semillas y los gérmenes sepultos hasta entonces, ó las lombrices y gusanos que tronzadas por las rejas y revol-

viéndose en su agonía, quedaban al descubierto. A un lado los entendidos compañeros arrojaban en movimiento airoso la dorada simiente sobre los surcos derechos é interminables, y un poco mas adelante los dilatados campos de las mieses que cubrían el fértil suelo de la feraz campiña, se rizaban con las auras como se rizan las ondas de los lagos, hasta doblar la rubicunda espiga bajo la segur cruenta del impasible segador. Detrás de este seguían cien robustas aldeanas y espi-ganderas, las unas para formar los corpulentos haces y colocarlos de pie como otros tantos guerreros que velasen por la seguridad de aquel rastrojo, las otras para recoger la espiga suelta y sacar de ella el pan providencial del desvalido. Allá, mas lejos, columbrábanse entre una nube de polvo el animado bullicio de la trilla, las danzas y las fiestas de las eras, y como término de toda aquella actividad, los hondos pavorosos silos, en cuyos antros se conservaban los frutos todo el año, ó los apuntalados graneros que, bajo la pesadumbre del trigo y el centeno, del maiz y la cebada, agobiábanse y crugían.

El hombre por lo visto habia domesticado los primeros brutos con el fin de que le aliviasen en sus mas penosas faenas, y como le quedara tiempo para recrearse con sus amigos y parientes, era ya sociable, jovial y previsor.

Siguiendo con la vista la cadena y trabazon de los cuadros del escudo, venia despues y casi unido al anterior otro no menos admirable y deleitoso. La escena eran anchos y tendidos horizontes de verdes y cuajadas vides. De los pardos é hilachosos troncos, de los sarmientos flexibles pendían racimos negros ó amarillos, y de trecho en trecho descollaban sobre aquel mar de verdura los esbeltos y torneados talles de las ágiles vendimiadoras que sacando los turgentes senos, llevaban sobre las enhiestas frentes, con donaire y con firmeza, cestos de mimbre angostos de pie, pero de boca en derrame, coronados

por los bordes con las uvas y la pámpana. Unas iban, otras venian, pero todas reian y se hablaban sin dejar de llevar la dulce fruta al lagar, situado junto á las bardas del pueblo, en donde una y otra cuadrilla de zagales cantarines separaban la raspa y hacian vomitar á los redondos granos el apreciado licor, el nunca bien ponderado mosto, que andando el tiempo seria bálsamo para sus dolores, consuelo de su tristeza, y divino néctar inspirador de tantas lecciones de entusiasmo, de amor, de poesía.

En medio de huertas y jardines alzabase despues una ciudad activa y populosa. Por todas partes se veian magníficos palacios, y la luz que reverberaba sobre las agujas y las cúpulas de sus altos monumentales templos, la bañaba con una aureola flamígera imposible de mirar, ni mas ni menos que el sol. En rededor de cien gloriosos monumentos, á la par con las alegres estrofas de los artífices y artesanos, gemia la acompañada sierra, el martillo caia sobre el yunque, y el cedro y el ébano se tallaban, y se forjaban el hierro y el acero, y se moldeaban y cincelaban los metales, y el cáñamo se retorcia en jércias ó se tejia en lonas, y la lana se trasformaba en púrpura, y del mármol brotaban estátuas casi con vida, y el pincel de los pintores robaba sus tintas y matices al arco iris para representar en el lienzo y en los muros los gratos ensueños de su loca mente, ó los grandes recuerdos de sus almas. Ya no le bastaba al hombre vivir y gozar: sentia hambre de verdad con sed de justicia, y por eso celebraba, eternizaba lo verdadero y lo bello, teniendo aras en su corazon para estos dos objetos preferidos como si fuesen dos divinidades.

A la orilla del mar, al pie del muro, el alto y enderezado pino tendia á todos lados las cuerdas y las jércias cual otras tantas raíces que le sujetasen al hondo y flotante casco de la nave, y el valeroso marinero exhalando suspiros, y vertiendo

tal vez alguna furtiva lágrima, clavaba los ojos en el cándido pañuelo que se agitaba sobre el muelle, y se despedía de la esposa y de los hijos (por ventura también de casta virgen) para lanzarse temerario entre el furor de las olas, desafiar su braveza y hallar la muerte en abrasados climas, ó enriquecer á su patria con el oro y el marfil, la plata y el estaño, ó con lo que vale más que joyas y tesoros: plantas y animales nuevos, flores desconocidas, aves abigarradas, drogas salutíferas y aromáticas especias. ¡Altos y dignos premios de tanta abnegación, tamaña heroicidad y semejantes peligros! ¡Galardon, sin embargo, mezquino y desproporcionado, si no viniere con otros cuya valía es inmensa; si no le acompañasen las ideas de libertad, de fraternidad, de solidaridad entre los hombres de los varios climas, ideas que parecen ser producto de la inmensa majestad é incontrastable poderío de los mares!

Finalmente, como término de aquella larga é ingeniosa exposición, estaba el hombre sentado sobre un escelso aunque sencillo trono y á sus plantas le servían seres desconocidos, criados singulares. Unos eran robustos y tardíos como el hierro; otros como el espíritu veloces y sutiles. Estos iban y venían mientras aquellos á la verdad no holgaban. No solo araban y segaban; no solo pulían y tejían, sino dóciles, incansables, prepotentes, corrían como el ciervo, nadaban cual la ballena, volaban mucho más que el sacre para llevar por vientos y océanos ya la abundancia y la riqueza, ya el pensamiento y espíritu de su opulento Señor, y hasta los sonos y las armonías del incomparable Tongo. La actitud y el talante del soberano mortal indicaban á las claras que era dueño de la tierra, del agua, de la atmósfera, y que si no dominaba su previsora inteligencia en regiones superiores, no era por falta de aliento y de ambición, que para tanto y aun para más tenía soberbia aquel pigmeo; mas ya que su destino le tenía como aherrojado á nuestro pla-

netas, disponia á su sabor de todo cuanto encerraba á juzgar por unos hilos finisimos que partiendo de su cerebro, iban á servir de freno al mundo y sus criaturas: hebras que así sujetaban al caballo y al leon, como pugnaban por contener y domar á los vientos y las olas; que ya arrancaban tesoros á las entrañas del mundo, como llegaban hasta los cielos para precaver los efectos de las estaciones y dirigir el curso asolador del rayo. ¡Sencilla cuanto ingeniosa alegoría con la cual se daba á entender que en aquel último período los brazos del mortal descansarian, mientras su inteligencia, alma de aquella nueva creacion, la daba impulso, forma y movimiento! ¡Admirable manera de cerrar el óvalo del escudo colocando en su parte superior, juntos, pero contrapuestos, el principio y el fin de la carrera del trabajo humano! La intencion quedaba conocida; el contraste encerraba una leccion sin precio: el trabajo redentor debia trasformar al hombre, y así como en un principio su cuerpo pagó con llanto y sangre el precio ineludible de las cosas, despues lo crearia todo su almo espíritu, y si acaso la frente del mortal sudaba, no era en verdad el material sudor de antaño, sino fecundas ideas, sublimes concepciones, sentimientos generosos, en una palabra: *amor y sabiduría*.

Dinamion quedó embargado de asombro, estupefacto al contemplar un dechado de perfeccion semejante, por mas que no le entendiese. Fáltóle, no obstante, tiempo para sacar á Hipodonte, echarle encima las bardas, vestir la récia armadura, gallardearse sobre la silla, levantarse sobre las estriberas y pasear el campo blandiendo su lanzon ó revolviendo la tizona. Apenas si tuvo paciencia para esperar el dia convenido, y de buen grado suprimiera condiciones y tardanzas con tal de dar cima pronto al rudo descomunal combate.

Hubo de esperar á pesar suyo mientras los siervos preparaban el terreno y disponian el palenque. Durante los dias de la

espera se inventaron muchas cosas, se idearon infinitas novedades, todo con objeto de sorprender ó asombrar al detestado Moslema. Los hombres y la mujer no descansaron sino brevisimas horas, como tampoco Báros, Pir y los animales todos. Unos tejían, otros buscaban drogas y colores; estos molian y amasaban, aquellos aserraban y buian; cosíanse trajes, buscábanse galas, levantábanse tiendas y edificios, y para concluir de una vez, se agotaban en frivolidades las virtudes increíbles de la vara mágica de Pónos.

## XII.

«No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague,» dijo no se sabe quién, allá en tiempos de no se sabe cuándo, y ¡vive Dios! que el tal, si no tuvo un tantico de profeta, tendría mucho de docto. Y digo esto, porque su adagio es aplicable á lo que pasaba en la isla encantada, maravillosa, fantástica y remotísima de Gé, así como por acá es verdad evidente é inconcusa. Y digo esto, porque el plazo señalado para el espantable duelo á muerte se cumplió, pese á quien pese, como se acaba de cumplir para mi péñola, el que esperó tanto tiempo antes de dar cuenta exacta de aquel célebre combate.

Habíase elegido para teatro de la cruenta lid una llanura espaciosa, hácia el confin de los reinos, no muy lejana de la mar que por aquellas regiones los limitaba y dividia. En ella se limpió, allanó y afirmó un espacio tendido para establecer la tela, la cual, cercada por el rencle, tenia en torno un tosco anfiteatro. Hácia los medios de la gradería alzábanse tres palcos, uno mayor y dos menores, cubiertos con un á guisa de toldo de paño de grana con festones áureos. Todo en torno, por arriba, ondeaban flámulas vistosas para coronar los palcos. Las columnas que les sostenian figuraban lanzones ó bordones de torneo, estriados primorosamente desde el tercio á la manija, de cuyas astas, además de sostener el toldo, pendian sendos y bien pintados trofeos. Iguales ó parecidas bordonasas adornaban de trecho en trecho la valla, llevando cada una un par de escudos, además de prolongadas, y puntiagudas grimpolas.

Los adornos y divisas de tantos y tan diversos escudos eran invencion de Seuda y de Alazona, porque deseosa aquella de congraciarse con su Señor para poner en olvido el lance desagradable de la terrible profecía, procuraba entretenerle con inútiles inventos, y como cosa en la cual tomase parte Seuda, no podia estar exenta de enigmas y de embolismos, entonces como siempre aquella pícara propension de su viciada naturaleza la llevó á crear un lenguaje enrevesado, todo de fútiles alegorías, de geroglíficos vulgares, todo arbitrario é ininteligible, á fin de poderle bautizar con la sublime apelacion de ciencia.

Para la bruja de las cien caretas, entonces y en todo tiempo, ciencia fué sinónimo de oscuridad y misterio.

Así es que volviendo á nuestros escudos y á la ciencia del blason, que segun Seuda era indispensable poseer para pintarlos, se veian sobre una de sus caras toda clase de figuras, de objetos, de animales y colores. En sus formas eran redondos, cuadrados, en óvalo, en corazon ó mistos; su campo se dividia en trecepun-

tos, todos con nombres peregrinos, como: *punto de honor*, *ombligo del escudo*, *centro del jefe*; si la línea que les dividía en dos mitades caía de arriba á bajo, se llamaba escudo partido; si horizontal, cortado; tajado, si oblicua de izquierda á derecha; tronchado, cuando tenía contraria inclinación. Siguiendo la peregrina gerigonza de la bruja y su ayudante, había allí en redor del palenque, escudos terciados, cuartelados, en cruz y en soluer; escudos con sobre-el-todo ó escusones, sin él ó sin ellos; mantelados con chapé; embrazados diestros y siniestros; danchados; gironados; con cuadros, losanjes y fusos; sembrados de bezantes argentíferos, auríferos, de roelas de color, de macles, de rustros y otras figuras. Los nombres vulgares de las tintas habrían revelado al vulgo su inocente significación, y por esto al encarnado se llamaba gules, sable al negro, y al violado púrpura. Cada uno de estos colores tenía además su significación misteriosa. El sínople, por ejemplo, que era el verde, significaba un astro de las esferas (el cual motivos tengo para sospechar que debía ser Mercurio) el miércoles de la semana, de los árboles el laurel, de los metales el azogue, entre las aves el papagayo, de flores la siempreviva, y por último, pero no lugar postrero, la esperanza, la honra, el respeto y la amistad.

Mas numerosos todavía que las formas y colores eran los emblemas, los enigmas y los símbolos. Cuantos objetos cubren la haz de la tierra se veían allí representados, y cada uno significaba una acción, una fazaña, un consejo, según su posición y su postura. Espadas, dagas, castillos con leones, sierpes aligeras, rosas con capullos, cardos y coronas, brazos y piernas, testas de animales, todo simétrica y reglamentariamente distribuido, acababan de complicar el lenguaje mudo de la heráldica, cuyos escudos se rodearon después con el timbre y ornamento, símbolos de la nobleza y buen linaje, ya tendiéndoles

sobre el manto del armiño, ya surmontándoles con coronas ovales, castrenses, murales, navales, cívicas, de triunfo, con yelmos y con celadas, cimeras y lambrequines.

Toda esta estraña gerigonza era intrincada y muy revuelta cuando queria penetrar la mente en sus arcanos, mas lo cierto es, que gracias á estas pinturas y otra multitud de adornos que no puedo detenerme á detallar, el campo cerrado de donde saldria vivo uno cuando mas de los dos valientes campeones, presentaba un golpe de vista galano sobremanera.

Desde muy temprano acudió la poblacion ociosa movida por la inquieta curiosidad para contemplar aquella celeberrima batalla. Antropos solo, trabajaba; tenia sobre sus hombros mil faenas, procuraba concluir cien cosas, y rendido en tal afan y deseoso de solazarse un momento, dirigió á su protector esta natural pregunta:

—Estoy mareado y sin concierto, dijo. Con tanta menudencia como tengo que arreglar, me pierdo y me confundo. La bruja sobre todo me marea, me aturde. Con sus raras y estravagantes invenciones; con esa algarabia que me ensarta para significarme sus antojos, te aseguro que no sé dónde tengo la cabeza. ¿Cuál es la utilidad de los estravagantes embolismos con los cuales cubro estos blasones?

—Esas obras, como las demás de esta isla encantada y sorprendente, contestó Pónos, no pueden ser de modo alguno inútiles. Sirven por de pronto para comprobar de nuevo que las cosas y los séres de este mundo tienen todos misiones que cumplir en tiempos determinados, pues hasta la misma Seuda y la nécia de Alazona, se afanan hoy y aguzan el ingénio en pró tuya y de los tuyos. Creando ese lenguaje simbólico para el uso de los héroes, en conmemoracion de sus hazañas, despiertan su ambicion de gloria y escitan el ardimiento de Dinamion para que venza al ominoso Moslema. Futil y ocioso parece su conato, y no obs-

tante contribuirá á librar á tu mujer del mas terrible de todos los peligros. Tan engreido le veo cuando contempla esas pintadas niñerías, que por llevar en su escudo un alfange en campo de oro, la cabeza de Moslema en gules, ó sobre azul una divisa enigmática que signifique. «*Yo soy quien soy*» ú otra verdad tan evidente y tamaña, se dejará cercenar un brazo, atravesar el pecho siete veces, ó renqueará gustoso todos los dias de su vida. Seuda pretende acariciar su soberbia, y no sabe que trabaja en favor nuestro. Dime ahora: si tal hace, si vence á nuestro enemiga, si salva á Gina de una degradacion segura, ¿dirás que han sido inútiles la heráldica, el blason, ó como quieras llamar á esas flaquezas?

En aquel punto un ruido sordo entre la muchedumbre que en rededor del rencle se apiñaba, el empinar de los hocicos y el volverlos hácia el mismo rumbo cual veletas movidas por una racha de viento, interrumpió á los interlocutores y les indujo á mirar maquinalmente para ver lo que venia. Vieron al gigante caballero sobre su bridon hecho como ascua de fuego, tantos eran y tan vivos los rayos del sol que en su armadura se quebraban. Traia el lanzon en cuja, á la espalda el bello escudo suspendido del tiracol, la visera caída, el almete graciosamente empenachado. Su corcel piafaba en paso corto no obstante las bardas y las defensas, sacudiendo airosamente la testuz sin duda para lucir una flexible y abigarrada garzota.

Mucho delante de aquella estatua de hierro marchaba el gallardo Tongo enagenando los aires con su música marcial, y todavía mas á la cabeza caminaban dos grupos ó comitivas (que se habrán de detallar) así como detrás y en torno iba un presuroso tropel corriendo desatentado por no perder de vista á su Señor.

En el centro de la primera comitiva Seuda caminaba sobre una mula de paso (la mejor de todas las de la isla). A su zaga,

aunque no lejos, venia Gina despues sobre blanquísima hacanea.

De esta suerte, precedian á Dinamion dos bandos ó agrupaciones que presentaban entre sí grande y singular contraste.

Con la bruja, á sus lados, delante de ella y detrás, ostentaban infinitos duendes trajes vistosos de oropel á los cuales tuvieron siempre aficion. Marchaban con cierta especie de confusa y mal ordenada ceremonia, pero su conjunto era brillante y ostentoso. Todo se componia de franjas y colorines, escudos bordados, pendones, galas y plumas. Allí se veian en las prendas mas curiosas de vestir, los triunfos mas señalados del arte indumentaria. ¡Qué plaquines tan vistosos! ¡qué téniclas y dalmáticas! ¡qué cotas de armas, pregones soberbios de arrogancia y vanidad! ¡qué banderas y estandartes! Allí bullian desde la anguarina ó el tabardo de burriel con mangas bobas, hasta la sobreveste imperial cuajada de pedrería; allí desde la montera de moños ó de arambeles, y el chaperon con una pluma de gallo, hasta el becoquin, el respetable capelo y la empenachada gorra de finisimos armiños con cintillos de diamante. Allí calzas azules, jaldes y encarnadas; allí albarcas y corizas, escarpines festoneados y retorcidos borceguies.

Aquel grupo, sin embargo, aunque inmenso en su estension comparado con el que le seguia, era todo artificial y perecedero. Una tormenta, un chaparron, y adios galas y esplendores: enterrados quedarian dentro de los intransitables lodazales en que los mal llamados caminos se solian convertir.

La otra pequeña agrupacion no llegaba á media docena de personas. Gina era como su sol. Montada en una hacanea marchaba entre Fobo y Fanta. Su hijo á pie con traje de labrador llevaba las riendas del palafren; Fanta á su derecha cerníase sobre las alas diciéndola locuras, sueños y mentiras; Fobo casi seducido como buen poeta al ver tamaña hermosura, amagaba algún ataque pero sin llegar jamás á colocar sobre su nariz las terribles an-

tiparras ; mientras Elpisa, desde su nube de color de rosa, toda recamada de oro, toda bordada de plata, procuró darla valor con su sonrisa angelical.

Llevaba Gina un traje singularmente majestuoso en cuya composicion se habia esmerado el hombre. «Ya que tejo telas y brocados, habia dicho Antropos á su mujer mientras trabajaban para la ostentosa fiesta ; ya que cazo alimañas, curto sus pieles, tiro el oro con la plata, trazo y pinto ; ya que tú coses, bordas, y compaginas para vestir tanto vestiglo y tan despreciables entes, bueno será que una vez siquiera en ocasion tan única, te presentes con algunas galas y vean esos entezuelos lo que somos y lo que valemos.»

A impulso de este pequeño arranque de vanidad arreglaron los dos esposos el traje y fué poco mas ó menos como sigue. Vestido talli-largo y de corpiño en punta de hoja de árbol por delante; mangas acuchilladas, y falda amplísima con cola, porque decia Gina que aquella añadidura daba grandeza y majestad. Era todo de terciopelo negro con vivos de raso blanco tan sóbriamente repartidos, que apenas si asomaban por los bordes. No relucia tachonado de esmeraldas, topacios ó rubis, testimonios del ningun gusto ó la riqueza de su dueño, mas gracias á sendos granos de acero ingeniosamente buidos en facetas, brillaban caprichosamente crespas y destellos en medio de lo negro del faldellin, como rutilan estrellas solitarias entre las nubes de un cielo de tristura. Una sarta de aquellas perlas que Dinamion la trajo del gran viaje, rodeaban su cintura breve y caian en manojos y en borlas por la falda. Otra sarta menor de iguales perlas, alternando con cuentas de azabache, rodeaban muchas veces su enarcado cuello, cayendo en ondás sobre su pecho de cisne, y de la última vuelta pendia aquella crucecita parda y tosca de madera, regalo que fué de la mas noble de las criaturas. Conservábala y queríala por talisman que la devolvió su juicio y

sus virtudes. Sobre los cabellos de ébano, trenzados sencilla pero graciosamente al uno y otro lado en bandas, solo llevaba una corona de siemprevivas, rosas y azucenas, interpoladas entre hojas verdes y corimbos. ¡Corona sencilla de pureza, y de seguro emblemática, porque al tejerla con sus manos agitadas por el amor y la esperanza, la perfumó con suspiros y la regó con su llanto!

Detrás de todos venía, según he dicho, Dinamion con su severa grandeza y majestuosa gallardía, conteniendo á su fogoso Hipodonte para no deshacer debajo de sus enormes cascos á los enjambres de pigmeos que en bulliciosa algazara le acompañaban todo en rededor.

Nada añadiré para describir su traje, ya que el lector conoce pieza por pieza la armadura. Solo podría advertir dos pormenores pequeños al parecer, y son, que terciada desde el hombro derecho al lado izquierdo, llevaba sobre el corazón una banda de seda verde, y también que en rededor de la gola brillaba una cadenita de oro, y pendiente de ella, sobre el peto, una cruz tosea de madera.

Cuando llegaron al sitio del combate la plebe y los demás espectadores se fueron colocando en torno del palenque, mientras Seuda se dirigía á ocupar el palco principal y Dinamion penetraba dentro de la tela.

Lo primero que hizo al pisar el redondel fué volver los ojos hácia el puesto de la que él llamaba «*reina del combate*.» Vió entonces que Seuda habia usurpado el asiento principal, y sin ser dueño de contener su enojo la gritó en desaforadas voces.

—Eso no, Seuda; ese no es tu puesto. Por Gina combato yo, y Gina juzgará la lid. ¿Para qué quieres colocarte en primer término si tú no sabes cantar mis hazañas y mi gloria? Presidir toca la fiesta á la reina de la fermosura, para que galar-

done un aplauso de su mano, una sonrisa de su boca, el valor y la pujanza de su rendido campeón.

Al oír orden tan imperiosa y terminante, Seuda no tuvo sino obedecer.

Por primera vez en público, Gina se anteponía á la veneranda consejera.

Aquello era todo un adelanto.

Echemos ahora otra rapidísima mirada sobre el lugar de la lid. A derecha é izquierda de las dos entradas del redondel, habia dos padrones altísimos de piedra y un escudo de metal colgaba de cada uno. El de la derecha ovalado y cóncavo, representaba el ya descrito de Dinamion y el de enfrente cóncavo tambien pero redondo, no tenia mas emblema que sobre campo azur una argentada media luna.

Después de dar tres vueltas en rededor saludando cada vez el palco de la cantora, el gigante tocó el escudo del creciente con el hierro de su lanzon y se fué á colocar delante de la barrera por la cual entró para permanecer inmóvil como una estatua. Mientras, el sol ascendia majestuoso y le agobiaba mas y mas con sus ardores. Las piezas de la armadura tomaron con ello un temple tal y tan cálido que Dinamion se sofocaba, y cual si estuviese emparedado en un horno sin salida, el aire para respirar le iba faltando.

Impacientábase la gente, hacianse comentarios nada lisonjeros para el terrible enemigo, y Moslema á todo esto, ni se presentaba, ni en lontananza aparecia. El vehemente guerrero sobre su no menos inquieta y fogosa cabalgadura, se adelantaron repetidas veces hasta al escudo del creciente para tocarle una y otra vez con la punta de la lanza. Ya que su dueño no aparecia en la lid procuraba como provocarle hiriendo sus blasones en desden.

Por fin, tras repetidos murmullos de ansiedad vino una

voceria alegre porque allá en el horizonte distinguieron los mas linceos, grande polvareda y remolino. «*Alli viene,*» gritaban á porfía. «*Albricias: tendremos lucha.*»

El polvo en tanto se acercaba, y cuando el viento y la proximidad le dispersaron, vió el concurso un personaje muy otro del que con tantísima ansiedad se prometía.

Era un ente negro como el azabache, panzudo, mofletudo, estúpido de rostro, con un turbante blanco sobre la cabeza y envuelto el obeso bulto en otro blanco ropaje. Venia sobre un camello seguido de otros cargados con varias armas. Cuando llegó á la entrada del palenque, pidió permiso para hablar con Dinamion, se dejó caer en tierra y se adelantó renqueando hasta el comedio. Dobló entonces pausadamente las rodillas, pegó tres veces la frente contra el polvo y hablando con el adalid armado de punta en blanco, pronunció con grave propopeya esta oracion tan enigmática como otras igualmente célebres.

—No hay mas Él que Él, y porque no hay mas Él que Él, de Moslema debe ser lo mejorcito, los goces y los placeres. Prepárate, Señor, que detrás de mí viene el huracan que ha de arrollar horrisono tu imperio porque no hay mas Él que Él y Moslema tiene que ser otro Él. Haciendo sus abluciones le dejé y peinándose la barba. Prepárate y tiembla. Si quieres evitar la muerte, entrégame á la mujer y te perdona la vida.

—Basta, gritó Dinamion fuera de sí. Si no mirase á las leyes de la hospitalidad, ya te habria cercenado esa vil lengua tan insolente como audaz. Ya sé que tu amo es fuerte, y esforzado, y arrogante. Si no lo fuese por ventura ¿mediria yo con él este mi acero? Que venga, pues, y pronto. Veremos quien vence á quien. Por mis barbas que ha de ver si la insigne cantora de mi gloria se lleva y trae á su antojo como sus quince muñecas.

—No hay mas Él que Él, comenzó á replicar el mensajero con locuacidad; pero Dinamion vociferando un terrible juramento le dijo enfurecido:

—No mas charla, Seor majadero. Si algo quiere hacer por su Señor, vuelva en su busca y dígame que cuanto mas tarde le esperaré con mayor ira.

Mientras así contestaba Dinamion al escudero de color oscuro, Seuda le analizaba con los ojos, y en él reconoció á su Anoya, teñida con carbon el rostro, temblando bajo el turbante y la almalafa.

Temblando digo, porque el gesto de Dinamion y el recuerdo de su primera embajada la hizo temer que aquella la costaria otra pierna.

Por fortuna un grito de los circunstantes llamó la atencion del impaciente guerrero, y le hizo notar que en lontananza se divisaba otra nube grandísima de polvo.

A los pocos minutos Moslema estaba á la entrada del palenque.

Entonces Dinamion, seguro de ser oido por el recién llegado, aplicó la espuela á los ijares de Hipodonte, y parándose delante del palco de la mujer la dijo en altos y reposados acentos:

—Dadme, Señora, antes de comenzar la lid (en la cual sostendré contra todos los caballeros gigantes de este mundo, que sois la reina de la fermosura) una prenda de que no mirais mi empresa con enemigos ojos; prenda que yo pueda colocar donde nadie sea osado de tocalla. Dádmela, Señora y ¡guay! del mal nacido que osare llegar á ella.

Segun se advierte por el discurso que antecede, Dinamion en su creciente admiracion por Gina, mostrábase á la par cortés y rudo.

Gina, que como sér esquisitamente sensible era muy dada

á lo delicado y bello, casi se entusiasmó al oírle y toda conmovida dijo:

—¿Qué mas quereis, buen caballero? Teneis la banda de la esperanza, bordada por estas manos.

—Esa, replicó el guerrero, es mi amuleto. Con esta banda mi brazo es invencible. Ella comunica fuerza á mis puños, aliento á mi pecho, valor á mi corazon, vida á mis tristes esperanzas. Solo nos separará la muerte. Pero lo que quiero ahora, es una prenda para colocarla en son de supremacía sobre el escudo de mi adversario, para que sufra esta no prevista humillacion aun antes de hacerle morder el polvo con la lanza y arrancarle con mi acero su abominable existencia.

Gina se desprendió la guirnalda consabida de sus negrísimos cabellos, en tanto que Seuda repetia por lo bajo.

—Mi Señor se ha vuelto loco.

A seguida, el caballero, á guisa de novel, alargó la punta de su lanzon, y la mujer trémula, colgó sobre su hierro la guirnalda, diciendo en voz tierna y dulce.

—Id, buen caballero, id y pelead como bueno. La cruz que llevais al cuello os salvará de seguro en la hora del peligro. Ella solo os guardará durante la feroz pelea, pero membraos tambien como (despues de la victoria) sé celebrar la cortesía, la generosidad y el heroismo.

El campeon recogió la rienda á su corcel obligándole á replegar el anca y á bajar airosamente el cuello, mientras él dobló el cuerpo hácia adelante para humillar el penacho. Revolviendo despues su asaz fogoso bridon, fué á colocar la guirnalda sobre el escudo de Moslema.

Limpiábase este el polvo del camino y vestía sus arreos. Cuando vió poner sobre sus armas las flores de la mujer, rugió como el leon de las selvas, y los puños le temblaban al colgarse el coselete y ceñirse las hebillas. Pero su cólera todavía

se acrecentó sobremanera al ver que su enemigo, dejado que hubo la guirnalda en el padron, se puso sobre el centro de la tela y gritó con estentóreas y atrevidas voces.

—¡Caballeros valientes de la isla, gigantes y malandrines, mónstruos horrendos y espantables criaturas! yo vos reto y desafío en campo noble para haceros confesar que la dama de mis pensamientos es la reina y soberana de todas las fermosuras. Venid y non fuyais que un solo brazo os reta y os provoca.

Tongo como en aplauso de aquel reto dió al aire varios compases de una tocata guerrera y el vulgo prorumpió en exclamaciones.

Sin poder refrenar la ira Moslema no aguardó mas. Saltó de un brinco sobre su corcel, metióle los acicates, arrebató sus armas con soltura, y penetró dentro del palenque.

No esperó á que los heraldos le anunciassen, ni á que partiesen los jueces el sol ó la sombra, ni á que los farautes llenaran las sabidas ceremonias, sino que ciego de furor dió un alarido estridente á manera de alharaca, y á fin de llamar mas la atención de su contrario fuese sobre él veloz como el mismo viento, para dispararle con gentil desembarazo una ferrada runa ó azagaya.

Dinamion, aunque sorprendido al ver que su contrincante no guardaba las reglas del combate dispuestas de antemano por su consejera, levantó el escudo y recibió el venablo junto al brocal hácia la izquierda. Entonces, y mientras el agresor tomaba campo y empuñaba una robusta lanza, él se acercó á un lado de la valla, soltó su bordon de pino, recogió una lanza de buen fresno, púsola en ristre diestramente, y sujetándola en posicion casi horizontal con el brazo y el sobaco, arremetió hácia Moslema á tiempo que este venia ya sobre él á la carrera.

Antes, sin embargo, de que se encuentren, embistan y desbaraten, y de que concluido el duelo en donde van á decidir la suerte de la mujer, sea tal vez inoportuno, diré muy pocas palabras para describir al enemigo de Gina y á su corcel generoso.

Cuando Antropos y su buen génio crearon el caballo de Moslema como crearon á Hipodonte, no pudieron sospechar que ya por las condiciones del clima, ya porque los potros con que le formaron al toque de la vara mágica tuviesen otras proporciones y otra sangre, ponian al servicio del enemigo comun un bruto mucho mas ligero, valiente y generoso que el corcel de Dinamion. Sus remos parecian los de un ciervo por lo delgados, limpios y derechos; algo tambien de cervuno, tenia la contestura de su brevísima cabeza, y su ojo vivo, y sus elásticos hollares daban singular animacion á su gallarda apostura. Con la cola siempre inquieta corria tanto como el gamo, y era tan inteligente y vivo que parecia adivinar la voluntad de su ginete, aun antes de que este se la significase con la rienda ó con la voz. Desde el primer instante pudieron comprender cuantos miraban la contienda que Moslema tenia en aquel animal grandes ventajas.

Por fortuna estas ventajas se hallaban harto compensadas con las mejores y mas completas armas del animoso Dinamion. A pesar de que Moslema llevaba un bien templado coselete para reparo de los pechos y la espalda; no obstante que el resto de su cuerpo, las piernas y los brazos, estaban cubiertos con bien trabada y no ligera cota; sin embargo de llevar sobre la cabeza un capacete formando como el alma del turbante con su habera ó barbote y sendas launas de metal pendientes para resguardar el rostro, ni la visera le cubria, ni su cuello estaba á salvo bajo la redonda gola, ni las gualdrapas de su potro podian asemejarse al arnés impenetrable de Hipodonte. Lidiaba mas suelto, sí, se revolvía pronto como el tigre, atacaba lo

mismo por detrás que por delante, mas no podia falsear la bien cerrada armadura, y se hallaba espuesto á que de un solo revés Dinamion le cercenase la cabeza. Puede decirse de los dos guerreros que este perdía en soltura lo que en seguridad ganaba, mientras el otro compraba á costa de gran peligro su gentil desembarazo.

Además de las defensas que acabo de enumerar, tenia Moslema rodela de brocal triplemente reforzado con una púa como daga en su mismísimo centro, que en ocasiones de apuro le servia para amenazar ó herir. Por emblema llevaba en campo azur, una media ó mas bien terciada luna y por armas ofensivas un corvo alfange terrible para los tajos, de escaso ó ningun provecho en la estocada, y un primoroso tajan en cinto de ajaracado tafilete.

Vinieron, pues, segun iba diciendo, nuestros dos valientes campeones el uno sobre el otro á todo el veloz correr de sus caballos, y al encontrarse á derechas dirigieron sobre sus petos entrambas puntas de las lanzas. Tremendo fué el encuentro y la tierra rehiló temerosa bajo el golpe, pero las astas volaron en astillas subiendo algunas con tal fuerza, que solo se apercibió de ello el oido, gracias á cierto zumbar agudo por el aire.

Como dos buitres se ciernen en las nubes y van y vuelven y se cruzan sin tocarse, así los dos guerreros revolvieron sus corceles por distintos lados para tomar cada cual otra lanza mejor y mas robusta.

De nuevo las enderezaron ambos en el ristre; de nuevo picaron con furor los ijares de sus brutos, y de nuevo con ardimiento sin igual tornaron á dirigirlas contra sus valientes corceles.

Aquella vez el impetu fué tanto que la lanza de Moslema dobló el enorme cuerpo de Dinamion hasta tocar las ancas de Hipodonte con la espalda, hizo estallar sus entrambas estribe-

ras, y por esta razón algunos pasos más allá nuestro guerrero vaciló y perdió la silla. El hierro penetró además de refilon entre el codal y la sobrecodera, la arrancó de los tachones y la despidió tan rícidamente, que llegando hasta el palco de la bruja, hirióla sobre la boca y descompuso más de uno de sus impenetrables antifaces. Desarraigóla de paso uno de los dos únicos colmillos que la quedaban enteros, de manera que desde entonces no pudo morder como solía.

Estaba visto que aquella guerra feroz había de ser fatal para la bruja y su gente.

Y no fué este el único desaguisado de tan descomunal encuentro. Suelto el fogoso Hipodonte, y asombrado con el ruido de las armas, salió hácia su querencia, pasó por encima de los espectadores, y más de dos docenas de estos quedaron aplastados bajo sus pesadas herraduras.

El estrago fué horroroso, pero el interés de la batalla era tan grande, que los vivos no hicieron caso de los muertos.

Por su parte Dinamion había herido en el muslo derecho á su enemigo, y no hallando el hierro bastante resistencia, deshizo el arzon trasero de la silla y abrió una herida profunda por todo el flanco del magnífico corcel.

El de la media luna hubo de saltar en tierra, y cuando vió á su querido compañero caer sobre las ancas envuelto en un mar de sangre, dos lágrimas de fuego rodaron por sus mejillas y frenético exhaló un gemido de rabia y de desesperación.

Su antagonista había á todo esto desenvainado el terrible montante y se venía sobre él á grandes pasos. Moslema comprendió que su cimitarra era poca cosa para buscar las costuras del arnés trenzado, y desviándose ligero hácia donde tenía Dinamion sus armas, arrebató una maza de gran peso y con ella se adelantó para renovar la lid.

En aquel punto Gina agitaba su pañuelo aplaudiendo y animando á su valiente defensor. Viólo el de la media luna y se quedó absorto, distraído sin saber lo que por él pasaba.

Un tremebundo altibajo de su enemigo le sacó de aquella especie de involuntario arrobamiento.

La lucha se renovó mas encarnizada que nunca.

Dinamion inmóvil, con las piernas abiertas para aumentar su estabilidad, levantaba pausadamente el montante entre ambas manos y dejábale caer á compás con una fuerza irresistible pero inútil, porque la hoja ó caía de soslayo sobre el bien opuesto escudo ó hería el aire y no encontraba el cuerpo que en balde procuraba herir. Moslema evitaba los mandobles con brincos, hurtos y marros, y respondía cada vez con tales golpes de su maza que deshacía hombreras y brazales, quebraba cha-tones y sobrepiezas, abollaba el récio yelmo y aturdió la cabeza del gigante sin que bastase á conservarla incólume la escofia almohadillada de algodón.

El sol seguía entre tanto derramando sobre los combatientes el fuego de sus ardores. Nuestro gigante se sentía magullado y sin aliento, el otro perdía fuerza con la sangre que vertía el muslo y por momentos se revolvía con menos brío, hasta que al fin los dos tuvieron que separarse con la planta insegura, con la vista desvanecida y el enemigo de Gina hasta llegó á sentarse, con las piernas cruzadas, sobre el suelo.

Así permanecieron largo rato exhaustos de vigor, aturridos, respirando rachas, como dos galgos que despues de perseguir por cárcabas y oteros á la zancuda liebre, la alcanzan, la rematan, y la sueltan á pesar de la incansable envidia, y este se tumba, y aquel se sienta sobre el anca, y ambos yacen con la boca abierta, jadeando trabajosamente, agitado el pecho, la vista fija, túmida la lengua, sin querer ceder por recelosos, pero sin esfuerzo para dar un paso, y recoger el fruto de su afán.

El escudero negro de Moslema estaba rumiando y durmiendo cerca de la valla, apoyado en un baston nunca visto, insignia de su autoridad al parecer. Era un asta terminando en bola, surmontada de una media luna, y que llevaba pendientes por debajo hasta cinco colas de potros todas de diversas cerdas. Al oír á su Señor cuando cayó sobre las posas, abrió los ojos dormilones y vió que le hacia señas para que se aproximase.

—Dime, preguntó Moslema á la disfrazada Anoya. ¿Quién es aquel sér tan bello que agita el lienzo blanco desde el alfanque?

—Esa es Gina, contestó la criada de Seuda.

—¡Cómo! exclamó el héroe de los desiertos con voz entrecortada. ¡Gina! la vil criatura que me decías—inferior al hombre—cuyas supercherías no tenían número.—¡Imposible!

—Ella es: la conozco como á tí, replicó Anoya.

—Pues si es ella, prosiguió Moslema despues de algunos instantes de silencio, te juro que me engañaste. Aquel rostro es el espejo de una alma pura; si es mala será porque la obligéis á serlo. A pesar de mis absurdas prevenciones, solo con haberla visto siento que ejerce sobre mí estraña fascinacion. Mientras viva la tendré en el alma. ¡Qué mucho que mi contrario lo arriesgue todo por ella!

Al llegar aquí oyó que Gina gritaba: «*Animo, buen caballero,*» y aquellos acentos dulces acabaron de fascinarle al propio tiempo que devolvian á Dinamion pujanza y valor extraordinario.

En aquel punto tambien, Tongo repitió una de sus marciales tocatas.

Los dos guerreros tornaron á prepararse para acometerse.

—Espera, gritó Moslema. Ya ves que si tú eres fuerte, yo no soy flojo: si tienes valor, yo no te cedo en un ápice. Segun puede colegirse de esta nuestra terca lucha, nuestras fuerzas

son tan parejas, están tan equilibradas que ambos nos aniquilaremos, pero ninguno gozará despues del triunfo. Voy á proponerte un medio, gracias al cual uno solo ha de morir, y el vencedor al menos gozará de la victoria. Nos hallamos sobre el confin de nuestros respectivos reinos: á mi espalda comienzan los arenales en que nací: á la tuya caen tus estados nobilísimos. Cojamos de nuevo un par de lanzas; apliquemos sus hierros á los petos; pugnemos cada cual por repeler al otro. Si puedo te he de arrojar á la mar; si eres bastante fuerte, precipítame en sus olas. Lo que ha de ser ha de ser: ni tú ni yo podemos torcer los acontecimientos finales; ni tú ni yo lograríamos variar el resultado ya dispuesto. Remítamos á las fuerzas el combate y sepamos de una vez á quien eligió el destino para gozar del vencimiento.

—No me parece mal tu idea, contestó Dinamion; y además yo tengo por costumbre acudir siempre al terreno á que me llaman. ¿Quieres que las fuerzas decidan aquesta lid? Sean las fuerzas. Pero ¿y si por ventura ninguno de los dos pudiese mas?

—En ese caso, prosiguió Moslema, aquel punto en el cual nos paremos sin perder, ni ganar tierra, será la linde de nuestros reinos respectivos. Cada cual se contendrá dentro de los límites así trazados, dejará en paz á su vecino y vivirá dentro de su casa como mejor se le antoje.

—Que me place, replicó Dinamion. Coje tu lanza.

Ambos contendientes hicieron lo convenido. Apoyáronse las lanzas sobre las mesas de los petos, requirieron las fuerzas de sus músculos, apretaron los puños y los dientes y comenzó aquella lucha curiosa que tal vez parezca singular á muchos, pero que viene á ser la síntesis de tantas glorias habidas y admiradas doquier que existan guerras y gigantes.

Desde la primera arremetida se vió palpablemente que Di-

namion llevaba la ventaja. Primero hizo retroceder con lentitud á su enemigo, despues avivó el empuje; aumentóse la velocidad retrógrada de Moslema; llegaron á la valla; dispersaron en confusion á los curiosos, los cuales huyeron desparvoridos por temor á nuevas víctimas como en la huida de Hipodonte; rompieron bajo sus pies trofeos rencle y escudos; saliéronse de la tela; alejáronse hácia el mar, y cuando llegaron á su orilla, el guerrero del turbante andaba siempre hácia detrás con harto desembarazo y gentil compás de pies.

La facilidad con la cual vencía Dinamion á su contrario llamó la atencion del hombre, y rompiendo el silencio que el espanto y la ansiedad le impusieran durante la sangrienta lid, preguntó á Pónos como de costumbre.

—Me pasma la superioridad de Dinamion desde el instante primero. Mira cómo retrocede Moslema, sin embargo de parecer mas fuerte, mas animoso y más ágil. ¿Qué ha podido suceder aquí?

—Aquí, contestó Pónos, solo ha tenido lugar el cumplimiento de una de las leyes maravillosas de esta isla, cuyo incomprendible enlace y armonía hacen que sea encantada; leyes cuyo estudio y conocimiento nunca me causaré de recomendarte porque mientras las ignores cuanto hicieres será á ciegas. Sabes que en varias ocasiones te hice observar las diferencias entre el cuerpo y el espíritu y que tambien llamé toda tu atencion sobre otra parte del sér que era como el enlace de las dos primeras, la ligadura que las unia y trababa en armónico consorcio. Para que los actos, los afectos, y los pensamientos de un sér inteligente y sensible tengan toda su energia, es menester que domine en estas tres regiones el mismo deseo; es preciso que todas ellas se muevan y trabajen en la misma direccion, porque no hay producto, obra ó movimiento, insignificante ó principal, grande, regular ó ruin, á cuya realizacion

deje de concurrir una sola. Si comes, la materia te pedirá el sustento, la inteligencia tanto como la mano guiará el pan á tu boca, y los inesplicables arrebatos de tu amor ó antipatía, darán entrada á este manjar, y rechazarán tal otro. Si piensas, el estado de tu cuerpo influirá en tus ideas, y en union con las afecciones que predominen en tí, dará carácter y fisonomía á los partos de tu mente. Si obras, hablarán como siempre tu razon y corazon. Si amas, aunque parezca que á ninguna cosa atiendes, no por eso estarán mudos ni tu razon ni tu cuerpo. De estas fuerzas y de su intensidad y direcciones nace la flojedad ó la energía. Su acuerdo exacto y precisa consonancia producen resultados maravillosos. Cuando tu espíritu pugne en un sentido y tu cuerpo ó tus pasiones en otros, cuanto hagas será flojo y sin empuje; pero cuando pasion, razon y materia obren de consuno hácia una meta, tus bríos serán inmensos, tu pujanza irresistible. Eso que se llama fé, el entusiasmo, el heroismo, no nacen en resúmen de otra cosa. Hé aquí ni mas ni menos el secreto de la maravillosa superioridad de tu tirano Dinamion. Su cuerpo quiere vencer para mandar; su corazon se entusiasma con la idea de los himnos laudatorios de tu Gina, y su razon, aunque oscura, le dice que defiende una buena y santa causa. Un pigmeo con tales auxiliares derribaria á un coloso. Moslema por el contrario, se ha acercado á su rival, ha visto á la mujer y ya la admira; su corazon fluctúa entre lo que siente y lo que pretendé; su inteligencia duda y los músculos de acero no reciben su temple diamantino como cuando creía é ignoraba. Por eso cede como ves: por eso Dinamion será invencible.

Mientras el génio sin igual esplicaba á su manera el resultado de la batalla, los dos contendientes llegaron á la costa y Moslema conoció que el mar seria su sepultura. Entonces, con la desesperacion del que se ahoga, apoyó la enorme planta sobre

los peñascos, tendió las piernas, inclinó el cuerpo adelante, rechinó con furia los rabiosos dientes y conteniendo el aliento hizo un esfuerzo último y sublime.

Los dos gigantes permanecieron inmóviles como dos enormes escollos de la costa.

Cuando en desbordada corriente de ancho río, ó en medio el mar proceloso se abordan con ímpetu dos barcas y van á deshacerse é irse á pique, los fuertes marineros acuden diligentes y los proeles clavan la punta del bichero en el costado de la opuesta nave. Luego con brazo robusto, con corazón impávido empujan tenazmente, y poco á poco los buques se desunen, y la distancia crece, y se alargan los botadores hasta tenerles á brazo tendido por las puntas hasta que entre ambas cubiertas media por fin un abismo. Así el enemigo y el admirador de la mujer, atentos solo á dirigir su energía sobre las puntas de las lanzas, procuraron hacer retroceder el uno al otro, pero como su planta estaba unida al duro suelo y sus esfuerzos eran inmensurables, se manifestó una ligera grieta entre los dos, la cual abriéndose mas y mas semejaba el perezooso bostezo de algun antro.

Cuando los gigantes alargando por completo las astas de sus lanzones llegaron á tenerlas por los cuentos, estaban al borde de un espantable abismo en cuyas tinieblas se despeñaba el mar con horrisono rugir para colmarle con la espuma de su ira.

La tierra, trabajada por aquel sordo colosal empuje, habia rasgado su corteza.

Dinamion retrocedió; mas no así el fanático Moslema. Aislado del resto de la isla, incorregible, solitario, dicen que permanece todavía en sus estériles desiertos tendiendo la fuerte lanza hácia adelante, con cuya punta hiere el aire vano, y vociferando que lo que ha de ser será, ni mas ni menos que decía el día de la lucha celeberrima.

El mar en tanto, y el tiempo, obreros pacientes y sumisos á las leyes de su hacedor, van socavando el escollo en que yace el del turbante, y aun aseguran que de tal modo le han corroído, que ya se le ha visto vacilar y el coloso recurre de vez en cuando á suertes admirables de equilibrio, deseoso de retardar su caída dentro del insondable piélago que le ha de tragar en breve si los indicios de algo valen.

El mar en tanto, y el tiempo, ciertos parques y campos  
a las leyes de su hacer, con sacando el árbol en que  
yace el del turbante. Y con seguridad que de tal modo le han  
cortado, que ya se le ha visto cortar y el coloso trazo de vez  
en cuando a suertes admirables de equilibrio, de modo de estar  
por su caída dentro del inabarcable espacio que le ha de traer  
en parte si los indios de algo saben

[The following text is extremely faint and illegible due to fading and bleed-through from the reverse side of the page. It appears to be a continuation of the narrative or a separate section of text.]

### XIII.

Sospecho que mas de cuatro de mis benévolos lectores, habrán exclamado ya al concluir el anterior capítulo:

— ¡Vaya un modo de poner fin al torneo! ¡Separar así á los adalides cuando esperábamos que mediria el suelo alguno con toda su grandeza, y nos regocijábamos de antemano viendo con cuán gentil donaire apoyaba el vencedor la punta del acero en la ventalla para obligarle sin mas á confesarse vencido con voz doliente y moribunda, ó para hacerle engullir bonitamente un palmo de la tizona!

¡Oh cruel y sin ventura destino del concienzudo historia-

dor! ¡Haber de sacrificar á la verdad, el gusto, los aplausos y la gloria! ¡Oh fatalidad impía! ¡No ser dueño de alterar la narracion de los hechos, ni vestirles tan siquiera de modo que agraden y seduzcan!

Ni Dinamion venció á Moslema despues de haberle vencido, ni Moslema se confesó derrotado á pesar de su vencimiento: ambos quedaron cabales en sus cuerpos y en sus almas, si bien nuestro campeon demostró bien á las claras que estaba predestinado para imperar sobre Moslema. Esto fué lo cierto entonces; esto es verdad todavía, y si al que me leyere le enojare, cierre sobre la marcha este mi libro, pues desde que empuñé la pluma me propuse no sacrificar un átomo de verdad por nada, ni por ninguno. Desfacedor novel de sendos descomunales entuertos, llevo en mi escudo de plata un lema escrito con zafiros que dice: *Huye cuanto mas la busco*, aludiendo respetuoso á la dama de mis pensamientos, á la que ya en otra ocasion invoqué con fé sincera, pues aunque esquivaba cuanto hermosa me atormente con desdenes, siempre me acorrió y me acorre con su idolatrada imágen.

Y si alguno fuere osado á discutir su fermosura, esta es la ocasion y el punto de ser conmigo en singular batalla por mas que en ley de buena cortesia parece justo y conveniente que se me deje concluir el cuento.

Retrocedió, como ya dije, Dinamion para no caer en el abismo que le separaba de Moslema, y quedóse espantado de su propia sin igual pujanza. Mientras se apoyaba sobre su lanzon queriendo tomar aliento, rodeáronle los mas ligeros de los duendes, atraídos hasta allí por el ánsia de presenciarse el desenlace. Todos, ante la profunda sima y lo maravilloso del suceso se quedaron haciendo cruces (lo cual sea dicho entre paréntesis era ya entre aquella gentezuela una verdadera é inarrraigable manía).

—¡Viva Dinamion! gritaron los aduladores, numerosos en todas partes.

—Viva yo, enhorabuena, contestó el gigante, aunque casi quisiera verme muerto, ya que no me es dado presentar á los pies de la mujer las barbas de su enemigo. ¡Paciencia! ya veremos la manera de atravesar alguna vez el hondo abismo y raparle los bigotes. Volvamos para celebrar nuestra victoria. Habrá gran júbilo; habrá fiestas, y en ellas resonará como allá antaño, algún himno magnífico de Gina.

No es cosa de fatigar la paciencia del curioso, refiriendo punto por punto cómo pisó victorioso Dinamion el desbaratado palenque, su arenga ante la mujer con la visera del almete alzada, en qué guisa dió la vuelta hácia el castillo, ni cuáles fueron las disposiciones para la celebracion del feliz inmarcesible triunfo. Baste decir que en todo sucedieron cosas dignas de contarse, y que de seguro relataria gustoso si no fuera porque los lances culminantes de esta historia sobran para hacerla asaz cansada, aun siendo sóbrio en los accidentes, conciso en el estilo y parco en las digresiones. Las bóvedas del castillo tornaron á resonar con cantares de alegría; cubriéronse las aras de los templos de rosas, azucenas y claveles, humearon los incensarios y hubo danzas, orgías y funciones.

Cuarenta dias cabales duraron las suntuosas fiestas y en ellas no hubo diversion ni pasatiempo que no entretuviera alegremente á los regocijados duendes. Inútil será decir que para Dinamion lo mas grato de aquel jubileo sin igual fueron los himnos con que Gina celebró en frases cada vez mas pulidas y atildadas las proezas de sus héroes. Y no repito aquí alguno de aquellos himnos porque me veria perplejo por demás para escoger entre tantos; pero en cambio puedo asegurar que todos se recogieron por orden de Dinamion en biblos que se conservan hasta el dia en aquella encantada tierra, y que si logran

mis lectores averiguar de algun modo la mas fácil y segura ruta para la isla de Gé, hallarán grato solaz en su rica inventiva estravagante.

Pasaron por fin las fiestas como pasa todo en este mundo, y Dinamion distraído no pensaba en cosa alguna sino en Gina. Con esto la bruja seguía conspirando, pues no contenta con aumentar su poder de dia en dia aspiraba nada menos que á ser única, universal y absoluta. Habíase repuesto bravamente de la boca aunque solo la quedó un colmillo, cuyo menoscabo servía para recordarla á todo instante la humillacion sufrida en el torneo y para que hiciese juramentos de no dormir ni descansar hasta haber destruido á la mujer.

Aparte de este su sempiterno propósito, ideó varias reformas atrevidas. Su sed de riquezas era verdaderamente hidrópica, y como el hombre no podia proporcionarla todo lo que le pedía, quiso hacer comerciantes á sus duendes y les indujo á formar pequeños grupos ó repúblicas y á lanzarse por el mar en busca de sus tesoros. Verdad es que todo esto duró lo que la flor de un dia, pues fundadas aquellas asociaciones en todo menos el trabajo, bien pronto se estrellaron sus esfuerzos contra las leyes de la tierra, y sus repúblicas emprendieron entre sí y en contra de su Señora las luchas mas deplorables; pero con eso y con todo de algo sirvió aquel ensayo. Pónos recogió grandes y útiles lecciones con que seguir ilustrando á su cada vez mas dócil protegido.

Bastante mas y mejor sirvió á la incansable Seuda por de pronto, otra de sus antiguas invenciones, y sin embargo, aun esta al fin y á la postre fué como todas las otras, causa tambien de progreso. Ya no habia que pensar en auxiliares con turbantes ó sin ellos; Dinamion con su armadura, su entusiasmo y su Hipodonte era invencible al parecer, y además: ¿quién se volvía á fiar á la veleidosa y tornadiza estupidez de gigantes que á lo mejor hacian lo que les cuadraba?

Era, pues, indispensable apelar á otros amaños para gobernar, y así lo comprendió y así lo hizo.

Ya sabemos que su manía perenne fué la supremacía de la autoridad, es decir: la santificación de los errores é inesperienza de lejanos tiempos. Ante la autoridad no podían existir según decía ni leyes, ni evidencia, ni razón. Pensó, pues, en robustecer su autoridad aun más de lo que desgraciadamente estaba, lo cual, hablando sin ambages, significaba que hizo por seguir mandando y disponiendo sobreviniere lo que sobreviniere.

Para esto vió la necesidad palpable de dos cosas: dividir á la familia de los náufragos para engañarles mejor, y resucitar al propio tiempo las más famosas doctrinas de las antiguas peroratas de su fiel Anoya. ¡Oh! ¡y cómo se celebraron las primeras! ¡Qué resurrección tan animada! Los argumentos de la *amiga de la sabiduría* (como volvieron á llamar á Anoya) corrían de boca en boca, y á tal punto entusiasmó su charla vana y sempiterna, que todo era discurrir entre los duendes ó para hablar aun mejor, todo era disparatar. Hasta el mismo siervo con los suyos estuvieron á punto de contaminarse, y solo las sábias pláticas de Pónos pudieron ponerle á salvo de aquel caos de disputas é inconcebibles abstracciones.

A tal punto llegó á invadir los ánimos de todos la novel insulsa algarabía que ya no se daba más demostración, ni se exigía otra prueba que decir sencillamente. *Lo ha dicho la maestra; la maestra lo ha dicho*, y con esto hasta lo absurdo quedaba demostrado.

Seuda no deseaba más. Tomó de los dislates de Anoya cuanto cuadraba á su propósito; la declaró infalible en unas cosas, la contradujo y combatió en otras, y con un ingenio y un acierto, que empleado en otra causa habría producido frutos excelentes, asentó sobre una base en apariencia muy sólida aquel poder sin restricción, tras del cual venía suspirando.

Bien se puede decir que entonces y por algun tiempo la bruja fué omnipotente. Si las leyes de la isla no hubieran sido eternas y todopoderosas; si en la índole de Dinamion y de los duendes no hubiera estado el remedio, es bien seguro que los habitantes de aquel país encantado, y sobre todo el siervo y su familia, jamás habrían sacudido un yugo tan astutamente impuesto.

Pero estaba escrito que todo allí habia de ser efímero, y por eso dejaremos á la bruja y su criada especular lindamente con sus *ergos y distingos*; las dejaremos cavilar para que Petonosa, Egos y otros trasgos asedien á todas horas al mancebo hasta descarriarle; olvidémonos de los embustes con los cuales introdujeron la discordia entre los padres y el hijo segun se verá despues, y veamos para que no se rompa el hilo de mi relacion, lo que hacian entre tanto nuestros siervos y el gigante.

Demasiado se trasluce por las muy prudentes y mesuradas revelaciones hechas, que su admiracion hácia la mujer era ya un verdadero amor, una pasion entrañable, y siendo esto así como lo era, convendrán conmigo los corazones sensibles en que su posicion era muy digna de simpatia y lástima. Sentíase enamorado de la personilla de Gina, tanto como hasta entonces lo fué de sus cantares, y sin embargo, era él tan colossal y Gina tan diminuta que ni aun podia besarla respetuosamente su blanca y trémula mano. Aparte de la dificultad de aplicar aquellos dedos tan tiernos á sus lábios enormísimos, habria herido sus carnes de seguro con las punzantes cerdas del bigote. ¡Terrible situacion! ¡Cruel tormento! ¡Amar y sentir que el objeto amado es un átomo imperceptible junto á la grandeza propia! ¡Estraña pasion á fé, la que nos deja percibir diferencias é imposibles, y sin embargo, conociéndolos ni merma, ni se mitiga! ¡Estraña pasion que todo lo avasallaba

en Gé, ni mas ni menos que por acá sin perdonar á enanos ni gigantes!

El prepotente Dinamion pasaba, pues, noches y dias lanzando de su robusto pecho suspiros que parecian huracanes. Muchas, muchísimas veces, despues de haber pasado la noche en un balcon, siguiendo con ojos humedecidos la marcha de la luna al través del azulado cielo, ó escuchando con tristeza indefinible el canto agudo de los grillos ó el incesante croar de la vocinglera rana, sorprendiale la aurora; vertia con ella lágrimas sin saber por qué, y anhelaba un bien y sentia un deseo vago que no acertaba á definir. Entonces sacudian sus cansados miembros los escalofrios del amanecer á pesar del volcan que ardia en su cabeza, y bajaba á los hondos sótanos para sacar maquinalmente al colosal Hipodonte.

Armado de punta en blanco oprimia pensativo los muelles lomos del potro, salia á dar una vuelta en torno de la choza de los siervos, besaba sin cesar la banda verde que Gina le bordó para el torneo, y con ella terciada sobre el tempestuoso corazon, alejábase de allí para colocarse en los altillos y las encrucijadas esclamando como loco en voz reposada y atrevida:

—Jigantes y encantadores, caballeros y malandrines, endriagos y fantasmas, non fuyais, que un solo enamorado con ánimo tranquilo os habla, provoca y reta. Venid, bravos campeones, ó traidora y aborrecible canalla. Ni temo el valor de vuestros brazos ni la dañina ponzoña de vuestros encantamientos. Esta banda que me cubre, símbolo de mi esperanza, me ha de tener siempre en pie contra los rudos golpes de vuestra gran malicia ó de mí menguada suerte. Venid os digo y confesad de buen grado ó mal que os pese al empuje de mi brazo, que la dama de mis pensamientos es la mas cabal, mas tierna y mas honesta de todas las fermosuras.

De esta suerte era arrastrado el poderoso Dinamion por el amor que destrozaba su pecho á todo linaje de liviandades y locuras, buscando sombras que combatir é imaginarios enemigos á quienes hacer confesar lo que era ya para todos háto sabido y patente, á saber: que Gina iba siendo poco á poco la reina de aquel imperio. Dinamion la amaba y admiraba; los duendes buscaban su buena gracia á fuerza de rendimientos y lisonjas; Pónos la tenía por el sér mas digno de su solicitud, y hasta Moslema, allá en el solitario escollo, no podia borrar de su memoria su dulce y risueña imágen.

La mujer, sin embargo, aunque siempre tierna y entusiasta permanecía modesta, humilde y oscura. Era cual fuego sagrado que dá calor al hogar debajo de la ceniza: era el ángel bueno que endulzaba las amarguras, conjuraba los peligros y contribuía al bienestar presente.

Porque la condicion de los siervos habia mejorado grandemente de algun tiempo á aquella parte. Ya vimos como en sus varios apuros les concedió Dinamion dones, premios y franquicias. La choza y el campo que la rodeaba eran suyos; reservábanse además una parte de los frutos que en los demás terrenos recolectaban, y por cada producto ó maravilla de su industria concedíales Dinamion una cajita redonda de cobre, de plata ú oro. Poco á poco se fueron haciendo ricos (porque rico es todo aquel que tiene lo necesario) y la tranquilidad y desahogo de la riqueza les ponía en camino y situación de ser mejores.

Al cabo de tan rudas pruebas recogían por fin el premio de sus afanes, aquel premio tantas y tan repetidas veces prometido por el amoroso Pónos.

Nadie habria reconocido los campos, los jardines, ni mucho menos la apacible vivienda de los siervos. Su cabaña escondida entre un bosque de corpulentos olmos y castaños, y

encalada esteriormente con su techumbre de teja y sus ventanas con cristales, parecia blanquísima paloma arrullándose sobre un nido de verdura, en cuyos ojos reverberasen los rayos de un sol primaveral y alegre. Un emparrado sostenido sobre troncos ó sobre pilastras de granito se tendia grande y anchuroso delante de la feliz mansion, y conducia sombrío y apacible desde el arroyo del valle á la puerta de la choza. Cuando despues de atravesar su fresca sombra se penetraba en la casa, notábase desde el portal un aseo y un olor de felicidad que convidaba á reposarse allí de los dolores del mundo.

Lo primero que se ofrecia frente á la partida puerta, eran los cántaros tan rojos como el granate con el agua y con la leche, reminiscencia de aquellos felices tiempos en que Gina con los suyos no tuvieron otro dueño que su excelente protector. A un lado los dormitorios con camas, no ya de yerba buena y de romero seco, sino de blandos vellones, con blancas y finísimas sábanas randadas, con almohadones de plumon, y con colcha de tupida seda recubierta con primor de flores, aves y frutas pintadas al natural. Dos sillones de baqueta tachonados con tachuelas de oro, y la cruz de palo colgada á la cabecera, completaban el sencillo ajuar de las alcobas, mientras que en la sala, además de un arcon cubierto de herrajes no mezquinos, con labores á cincel de laceria; además del lujoso y multiforme comodín embútido con metales, carey, marfil y nácar; además de las sillas de tafilete, del encogido cortinaje ó el breve y ovalado espejo en forma de cornucopia, veíase en un rincon el torno de hilar, no ya tosco y primitivo, sino elegante y torneado, junto á la vetusta rueca suspendida á una pared mas blanca que la misma nieve.

Pero la pieza principal de aquella casa, era sin género de duda la cocina. Hallábase á manderecha del zaguan, y cómoda y espaciosa, tenia en el fondo la sociable chimenea, en cuyo

centro ardía media encima debajo de la campana. En torno de su ennegrecida boca, pendían pernils, embutidos, tasajos de cecina suculenta, los cuales se curaban absorbiendo el humo perfumado de yerbas odoríferas. Dos poyos bastante largos, uno á un lado, el otro al otro, convidaban por la noche á solazarse con pláticas junto la hirviente caldera suspendida de las llares, cuyos gratísimos vapores tantalizaban el apetito, harto despierto y codicioso ya tras el trabajo del día.

No hay duda: aquella debió ser la época en que Antropos comenzó á convencerse que Pónos no le engañaba. La ausencia de los duendes entregados á sus devaneos, las taciturnas cavilaciones de Seuda á quien la sed de imperio devoraba, los amores platónicos de Dinamion, proporcionaron á nuestros amigos algunos días de holgura y de sosiego, durante los cuales el hombre comprendió toda la dicha, todo el bienestar que su buen génio era capaz de proporcionarle.

Y no se reducía á un desahogo material el estado venturoso de los siervos. A la par del cuerpo, el espíritu tenía sus legítimos placeres. Cuando despues de un día de fatiga, despues de arar y de sembrar, de dirigir á Pir ó visitar á Bárós (quien se hallaba establecido junto á una cascada de grande y fresco caudal, y no solo molía trigo sino que preparaba paños y bayetas en los ruidosos batanes), cuando despues, digo, de estas y otras muchísimas faenas, soltaba Ándros los aperos y Antropos se lavaba la tizne de su rostro ó se sacudía la harina del vestido, cerrábanse cautelosamente puertas y ventanas, quedábase todo en silencio, y en tanto que se cocía la cena, buscábanse en el viejo arcon sendos y preciosos biblos de los tomados á Moslema, y fijando en ellos la ansiosa y ávida mirada resonaban aquellas mudas paredes con las verdades de Alécia, las lecciones del buen Pónos, cantos dulces, ó dulcísimos recuerdos que arrancaban suspiros al corazon y lágrimas á los ojos.

¡Oh! aquellos eran los momentos mas deliciosos de la vida. En el invierno sobre todo, cuando la nieve caia, cuando las parras llevaban carámbanos por racimos, cuando el vendabal bramaba en el bosque y el insolente gorrion ó el amigo petirrojo rebuscaban confiados la migajas de la mesa apenas la vidriera se entreabria, aquellas horas primeras de la noche tenian un encanto sin igual. Los resplandores variables del hogar, las sombras de los cuerpos, ya ténues y reducidas, ya oscuras, deslindadas y gigantes; el chisporroteo del fuego; el sostenido hervir de la caldera; el calor del hogar vivificante; la sonrisa de contentos rostros y las caricias de los canes fieles, formaban un contraste nada ingrato con la crudeza del tiempo, los silbos del vendabal, los horrores de la noche.

Y no se crea que el solaz y esparcimiento de la mente se limitaban á escuchar la voz de lo pasado. Todavía habia mas. Allá en el fondo de la choza, hácia la parte trasera bajo los olmos y castaños, ocultábanse sendas oficinas con telares, y tornos, y artificios, pero una en particular, la mas oculta de todas, era la predilecta del hombre, y en ella pasaba las horas que tenia libres. ¡Cuántos sueños, cuántas ilusiones no acariciaban á su fantasía desde que traspasaba el umbral de su siempre cerrada puerta! Allí estaba todo lo que se trajo del desierto cuando su atrevida fuga; allí los instrumentos y baratijas motivadas por las exigencias y los caprichos de Moslema. Un hornillo cuarteado por el fuego; crisoles con escorias y pavesas; vasos de cristal y vidrio; redomas y tubos; alambiques, garabatos y tenazas; piedras, raíces y drogas; esqueletos de murciélagos, culebras y lagartos disecados; biblos de los que salvó del fuego; tabletas con triángulos y círculos y signos; figuras cabalísticas ó raras; un mortero aquí, una balanza allá, unos fuelles acullá. Aquel era el laboratorio del alquimista, el estudio del astrólogo, porque las lecciones y consejos del

buen génio, nunca pudieron disuadirle de aquella afición pueril, y porque á la postre hubo de tolerársela aquel como cosa inofensiva.

Proponíase el bueno, el escelente Pónos sacar de ella para sus amigos utilidades y progresos.

Mas la pueril debilidad del hombre no se reducía buenamente á buscar como antaño la piedra filosofal, ó á leer en las estrellas los acontecimientos por venir. A semejantes resábios de su cautiverio bajo del gigante fantaseador, habíase contaminado por espíritu de imitación, con la liviandad de los tragos en materia de ropas y ropajes. Antropos no se creía en aptitud de soplar sobre las ascuas del hornillo ó de tirar un horóscopo si no autorizaba su personilla con misteriosa vestimenta. A este fin se habia fabricado un ropon negro ó bata rozagante, con sendas pieles de comadreja en los embozos, un capirote ó coraza puntiaguda cubierta de sibilíticos emblemas y unas enormes antiparras, remedo de las de Fobo, con las cuales pretendia ver mejor. Así disfrazado, con la barba por los pechos y una varilla (copia de la mágica de Pónos) entre los súcios y curtidos dedos, figurábase que la sabiduría acudiría mas propicia á sus elucubraciones.

De aquí podemos colegir sencillamente que el hombre siempre tuvo por allá algo y aun algos de mono.

Tal era el traje y tal el singular tugurio en el cual Antropos pasaba las horas muertas pretendiendo trocar el barro en oro, y averiguar los destinos reservados á los objetos de su amor y su cariño. Por mas que al moler, fundir, combinar y amalgamar corriese tras un fantasma, Pónos hacia que de cuando en cuando sacase por casualidad de sus crisoles y retortas, simples ó compuestos útiles, con no pocas observaciones de valía. Pretendiendo loco averiguar un porvenir sujeto á mil cambios y mudanzas, sus insensatos devaneos le obligaban á

estudiar los cielos, y si no leía en lo futuro en cambio perfeccionaba el astrolábio, esplicábase los movimientos de los globos y predecía con seguridad la vuelta de las estaciones ó los cambios y las peripecias en la atmósfera y en los elementos. ¡Admirable y sábia fatalidad que le impelia hácia el progreso, hasta por los mas incomprensibles estravíos!

Dinamion en el entretanto seguía arrojando con heroismo el guante á diestro y á siniestro. Su locura singular, si bien noble y generosa, dejaba en paz á ratos á sus siervos, pues con tal que en el castillo ni faltase pan, ni careciese él de vino, pedía poco ó nada, que ya sabemos cuán sóbrios son generalmente todos los enamorados.

En medio de todo, fué grande ventura que su grandeza no pudiera penetrar en la cabaña de los siervos. De haber sospechado siquiera cuanto allí se contenía, tal vez la hubiera deshecho bajo su iracunda planta.

No hay para qué decir que esta especie de tregua en las incesantes exigencias de los tiranos del hombre, le permitieron adelantar y perfeccionarlo todo por mas que fuese á hurtadillas. Recordó lo que tenía en olvido; escuchó de nuevo las sábias máximas de Pónos, y á la sombra del escondido retiro volvió á ser observador y pensador, depositó en biblos encantados los frutos de su esperiencia, y sintió, en fin, que á la par de astrólogo y alquimista, era médico, industrial, arquitecto, artista, matemático.

Un día que revolvia sus retortas y que Pónos lo contemplaba invisible con la sonrisa en los lábios, vió el génio que el nigromante tiraba la coraza por los aires y exclamaba con entusiasmo frenético.

— ¡Esta sí que es invencion! ¡Vivir para siempre! ¡Oh prodigio de mi ciencia! ¡No hay duda, hace muchos, muchos años, que tengo la convicción que la miel prolonga la existencia, y

mezclándola con los demás específicos, ha de componer irremisiblemente el elixir de la vida! ¡Lo que sé! ¡Lo que vale ser científico! Esto es hecho; soy eterno. Vivan la alquimia y el horóscopo.

Y el alquimista fuera de sí volvió á arrojar su caperuza por alto.

—¿Qué es eso? le preguntó Pónos quitándose el manto azul.

—¿Qué ha de ser? contestó Antropos. ¡Ahí es nada lo que tengo en el magin! Descubrir un compuesto que debe acortar el velo de tu hija un palmo, porque vale por un millar de invenciones.

—¿Y se puede saber cuál es esa maravilla?

—Un elíxir de la vida. Un elíxir para vivir eternamente.

—Mas te valiera; prosiguió el génio con suma gravedad, que en vez de perder el tiempo en naderías, te acordaras de cumplir lo prometido acompañándome á buscar á la hija de mi corazon. Yo no puedo mas: si no accedes á mi ruego, te abandono para siempre. No puedo vivir sin ella. El elíxir que tú buscas en arbitrarias pueriles combinaciones erigiéndote en supremo ordenador, es una locura mas. Ningun bien puede reportarte. Es una sombra, un delirio.

—¡Quién sabe! ¡quién sabe! replicó Antropos quitándose su ropón y colgándole de un clavo.

—Escúchame, le dijo Pónos con acento de severidad. Es necesario concluir. Ni yo puedo vivir si mi Alécia no parece, ni tú debes continuar perdiendo el juicio con semejantes dilates. Parece que hace siglos que mi hija desapareció. ¿Qué hemos inventado desde entonces? Nada. ¿Dónde están las númas, los biblos, las invenciones mil que en otros tiempos te hacian progresar? ¿Dónde la fecundidad de nuestro ingénio? Todo se desvaneció, todo es baldío. Somos estériles é impotentes, solo porque Alécia no nos guia, porque hace siglos que ni

la veo ni la oigo. ¿Qué piensas, mentecato, adelantar con esas tus ilusiones? ¿Crees que tu razon por sí, tu solo esfuerzo intelectual, resolverá jamás la menor cosa?

—Entonces, le interrumpió Antropos, opinas como opina Seuda, que mi razon es maldita.

—No, y mil veces no, replicó Pónos enérgicamente. ¡Cómo he de proclamar esa blasfemia, condenando por capricho lo mas sublime y perfecto de la creacion! Tu razon es tu único norte; para eso te la dió tu creador; pero como no era posible que te creasé omnisciente é igual suyo, te la dió vírgen pero perfectible, sujeta á error si la abandonas sin cultivo, pero siempre clara y fiel, siempre tendiendo al bien y á la verdad si la pones en relacion con las leyes de este mundo, y la dejas gustar como ella sabe, el comercio provechoso de la próspera naturaleza. ¿Qué es la ciencia, por ventura? ¿Es otra cosa que el cabal conocimiento de las leyes de este mundo? Podrás subdividirla en muchas ramas para abarcarla mejor, pero eso probará tu pequenez y no otra cosa. Y si la ciencia es ese conocimiento que te digo ¿cómo has de llegar á ella sino estudiando esas leyes? ¿Y cómo las has de conocer sin observarlas y estudiarlas por medio de tu razon? Déjate, pues, de dislates y vuelve á experimentar como en un principio experimentabas. No porque tus observaciones tengan que ser hoy mas profundas, dejan de ser de igual naturaleza que las que como salvaje, pastor ó labrador hiciste. Convéncete que tu escuela ha de ser siempre experimentalista. Si te dedicas con fé á la experimentacion, estoy seguro que encontraremos á Alécia, porque hemos de remover la isla en sus fundaciones, á fuerza de experimentos, y en alguna parte habrá de estar. ¿Quieres ó no quieres escucharme?

—Quizás tengas razon, contestó el hombre; pero ¿qué quieres? No todo ha de ser formal. Deja que me solace por muy

poco tiempo. Si este elixir, no lo es, me pondré en todo á tus órdenes. Ahora déjame por hoy. La noche cierra, tengo hambre y me voy á mi cocina en donde me esperan una cena apetitosa y una velada apacible al amor de la brillante lumbre.

—Vete en buen hora, concluyó diciendo Pónos. Tú te desengañarás. Hasta mañana temprano.

Y se embozó en su manto azul.

Salió entonces nuestro nigromante de su estudio, y al llegar á la cocina tomó asiento sobre un poyo y sacudió alegremente el frio de los miembros. Despues dijo á la hacendosa Gina.

—Echa mujer un alegron de buen tomillo: que nos veamos las caras.

—Que me place, contestó la cocinera. No sabes lo que me encantan los alegrones que inundan de luz, de calor y de fragancia la casa. Pero..... ¿qué claridad es esta? ¡Ah! eres tú Fanta. Buenas noches. Cuánto me regocija verte.

—Buenas noches, contestó la contadora. Qué afanadita te encuentro. Echa, echa el tomillo entre las brasas. A mi tambien me gustan los alegrones y mas en noches como esta. Te juro que me reviven. ¡Qué noche, Gina! ¡Qué noche!

—Bien podias tú hacer algo para amenizarla, prosiguió la mujer echando el alegron.

—¡Yo! exclamó Fanta. ¿Qué?

—Contarnos algun cuento, contestó Gina. Gusto de oir tus leyendas al dulce amor de la lumbre. ¡Cómo se graban en mi alma tus palabras, tus descripciones, tus pinturas! ¡Con cuánta fruicion recuerdo de cuando en cuando tus ensueños, esos delirios que parecen realidades! Fija la mirada intensa allá en las fantásticas variaciones de las brasas, de los tizones, del rescoldo, oigo tu voz, siento tu entusiasmo y me parece que pasan y repasan tus fantásticas creaciones dentro de un mundo de luz, de calor, de fuego.

—Sea como dices, contestó el hada plegando las alas de tornasol. Acurrúcate ahí delante, atiza un poco el hogar: ¿Qué es eso? ¡Ah! ¿pones al fuego un puñadito de castañas. Que me place. Siéntate y escucha bien lo que tengo que decir:

—¡Qué misterios hay en esta tierra! prosiguió Fanta con su vocecita suave, suave, suave. De noche sobre todo; cuando el viento silba ó gime entre las ramas desnudas, todas desnudas; cuando retumba atronador el trueno rodando de nube en nube y los relámpagos rasgan el velo pavoroso; cuando la niebla vaga por encima de los lagos y envuelve y medio oculta las cosas, y los rayos de la luna dan á los objetos gigantescas proporciones, formas fantásticas ó misteriosas á los árboles. ¡Oh! entonces dá miedo atravesar los campos, y el corazón se oprime y cada ruido nos sobresalta y agita.—¡Qué miedo, Gina, qué miedo!—¡Cuán imponente es la noche con sus sombras y sus voces, con sus fantasmas y silencio!—¡Feliz quien no sale de su choza!—¡Dichosos los que oyen zumbiar los vendabales al amor de una lumbre, cual la de esta hoguera! ¡Dichosos los libres de sustos por páramos y bosques! ¡Los que no son víctimas ni juguetes de los mil génios buenos y malos, traviosos ó burlones que pueblan la tierra, el agua, el fuego, el aire!—Voy á contarte una historia, pero una historia horrible, muy horrible.—Era un mancebo, ¡qué mancebo! alto, mimbrenño, ágil y robusto, con una cabellera blonda, más suave y suelta que la seda, con unos ojos azules como dos cielos, brotando sangre, nobleza y salud por sus rosadas mejillas.—Pues verás: el tal era curioso, muy curioso, y osado, muy osado y se reía temerario cuando su madre le contaba á media voz, recogidita y temblorosa las bur-las y las venganzas de las silfides que vagan por los aires, de las ondinas habitantes en el fondo de las aguas ó de los elfos amigos ó enemigos.—Era fuerte, era bueno, era valiente y creía el pobre mozo que semejantes cualidades bastaban para

habérselas con los espíritus. Y esto no basta, esto no basta.—Reíase, pues, nuestro mancebo y gustaba de recorrer de noche los sitios yermos soñando en mundos imaginarios á la triste palidez de la luna melancólica.—Una noche, noche de niebla blanquecina que todo lo cubria con un velo fantástico, misterioso, atravesando cierta selva umbrosa, llegó al pie de una alta peña y se subió al pico mas elevado envuelto suavemente entre la bruma. Apenas bañaba allí su cabellera en los vapores nocturnos, cuando una ninfa bellissima vino flotando por el viento y le sonrió de un modo dulce, angelical y le tendió los brazos cariñosos.—Figúrate la tentacion.—Figúratela tratándose de un mancebo entusiasta, amante, tierno!—Sin reflexionar siquiera se arrojó sobre la sílfide.—¡Qué locura!—¡Desde tan alto y sin saber dónde se cae!—¡Desde tan alto para dejar los girones de su carne en las zarzas ó en las breñas!—El mozo descendia rápidamente hácia el suelo y de seguro habria perecido si una bandada de sílfides flotando sobre cendales nebulosos no le hubiesen sostenido blandamente hasta que sentó la planta sobre la yerba del bosque. Entonces vióse rodeado de sonrisas—¡pero qué sonrisas!—de halagos—¡pero qué halagos!—El mozo separó su cabellera con las manos y abrió los ojos cuanto pudo.—Ni aun tuvo tiempo para mirarlo dos veces.—Una sílfide se adelantó mas bella que una azucena y le tendió los brazos seductora.—Ya dije que era valiente, y mas que valiente enamorado. ¿Cómo resistir con estas cualidades, y aun sin ellas, el lánguido mirar de una hermosura?—El cuitado se lanzó frenético y abrazó con delirio su talle vaporoso como el aire frio de la noche.—Veia la beldad incitadora, miraba su sonrisa, su dulce languidez le enloquecia, pero nada, nada palpaba entre los brazos.—Esto, no obstante, comenzó á bailar y una le cogia, y otra le dejaba, y eran á cual mas risueñas, y el triste giraba en voluptuoso remolino y per-

dia la cabeza, y tan pronto subia por encima de la copa de los olmos como danzaba con frenesí sobre el césped mullido de esmeralda.—Yo no sé el tiempo que así estuvo; lo que sí sé es que las fuerzas le iban faltando y faltando; un sudor copioso cubria sus miembros y su frente; el corazon agitado se le salia del pecho, y á pesar de todo giraba y giraba desvanecido, y bailaba, bailaba fascinado, y corria, corria tras las sílfides, quienes le incitaban mas traviesas cada vez para escapar con marros y con hurtos. Yo no sé el tiempo que así estuvo, pero á la postre cayó en tierra sin aliento—y resonaron maliciosas carcajadas femeniles—y desaparecieron las hijas leves del aire, y el mozo quedó solo en medio de los bosques próximo á exhalar el postrimero aliento. No sabia lo que le pasaba. Tan pronto como pudo, pasó la mano por su cabellera y dijo suspirando.—*¡Oh dulces, seductoras ilusiones!*—Pero notó que estaba calvo: las guedejas en desórden pendian en torno de la calva.—En cambio el bozo del adolescente se habia trocado durante aquel baile sin igual en barba riza, bien poblada y luenga.—La sorpresa natural de semejante trasformacion le puso en pie presuroso, mas sin dejarle respirar siquiera le rodearon los espíritus del fuego, las salamandras cuyas miradas eran tambien fascinadoras aunque de distinto modo.—Las hijas de las llamas no eran á la verdad menos sutiles y ligeras que las del aire; con sus abrazos ardia el corazon, la cabeza se convertia en volcan, y en vez de sangre corria por las venas fuego.—Nuestro mozo, valiente todavia, se arrojó para alcanzarlas en violenta fascinacion.—Huian como las sombras.—Cuando creyó tener alguna asida, siempre que sus ardientes lábios depositaron sobre la niebla algun beso, las salamandras le azotaron con sus llamas, y sus ropajes le abrasaron cruelmente, y todo esto repitiendo el eco de los bosques risas de burla, voces de desprecio.—Así le llevaron sin juicio, sin

sentido por páramos y llanuras.—No sé cuanto terreno andaria.—Por fin cual caminante á quien engaña un fuego fátuo se hundió hasta medio cuerpo dentro de una laguna cenagosa. Resonaron en aquel punto siete horribles carcajadas y las hijas del fuego se apagaron.—Nuestro hombre se tocó la frente.—Estaba toda cubierta de hondísimas arrugas.—Procuró mirarse en las revueltas aguas á la luz del astro de la noche y creyó percibir que en su barba y cabellera apuntaban bastantes hebras de plata. Entonces lanzó al mirarse un suspiro y exclamó con desaliento:—*¡Ah cruel ambicion, deseos viles y locos!*—No pudo continuar: un numeroso tropel de ondinas, de esas hijas transparentes de los lagos, con sus gasas azules y sus coronas de algas verdes, le cercaron cariñosas y con amor le acariciaron.—El pobre creyó un momento en su amor.—Sonreíale como ángeles, y el triste, sin poderlo remediar, sintió en su alma una dulzura parecida á la muy grata aunque melancólica de los recuerdos. Dejóse sacar de aquel abismo;—tendió de nuevo los brazos para abrazar algo,—latió su corazón para amar algo—y poco á poco se fué encariñando con la gracia, la transparencia, la ternura de los nuevos espíritus que le acudian, pero cuando mas embebecido se estasiaba y se elevaba, soltáronle todas á la vez, cayó desde las nubes y le tragaron las aguas profundas, cenagosas, frias.—*¡Qué crueldad! — ¡Qué crueldad! — ¡Ah! las ondinas son terribles, pero.... chiton.*—Nada hay que decir contra esos séres maravillosos que se vengarian cuando menos lo pensásemos.—Chiton.—No pongamos en olvido esta terrible aventura.—Pues verás.—Al sumergirse el mozo dentro de las aguas, oyó risas y carcajadas burlonas, pero llegó al fondo de la laguna y allí rodó moribundo.—Su cuerpo estaba ya seco, acartonado; sus cabellos eran pocos y de nieve.—Entreabrió los mortecinos ojos para exclamar antes de morir.—*¡Ah! tristes, tris-*

*lisimas memorias.*—Bajó los párpados con resignacion, mas no sintiendo los dolores de la muerte, les alzó de nuevo y vió que estaba en un jardin todo cubierto de rosas, todo sembrado de cardos y de abrojos.—Reinaba allí un silencio sepulcral. Nuestro desventurado despreciador de los espíritus ocultos nada comprendió de aquello. Permaneció inmóvil, mudo, con la vista muerta y fija.—Sus miembros no tenian movilidad, su voluntad no mandaba ya en su cuerpo.—Oía y veía, nada mas, y por eso notó que se conmovian los cálices de las rosas.—Despues aparecieron las cabecitas hermosas de los elfos buenos, los cuales miraban en rededor despacito, tan despacito, con el oido atento como para cerciorarse que nadie estaba allí cerca.—A poco se conmovieron los espinos y los cardos.—En seguida asomáronse tambien los malos elfos entre las púas y las bayas, con una sonrisilla asaz burlona, con gestos y ademanes atrevidos.—Tambien estos escuchaban y miraban á su vez para cerciorarse si estaban solos ó no.—Los elfos buenos bajaron y con sus manecitas pequeñuelas, suaves, cerraban los ojos al mancebo y le acariciaban dulce, dulcísicamente las pestañas y los párpados.—Esto le daba placer.—Los elfos aviesos, por el contrario, le tiraban de sus pocas canas y se reian cuando asidos tres ó cuatro del bigote le obligaban á arrugar el ceño.—Con esto la víctima sufría un verdadero dolor.—Un ruido sordo, lejano, puso á los elfos en completa dispersion.—Era aquel ruido como el de la carcoma dentro del corazon de una viga.—Poco á poco se oía mas y mas próximo. Tras un rato de agonía viéronse bullir en rededor del moribundo innumerables y afanosos gnomos.—Tú no sabrás lo que son gnomos, Gina. ¡Quiera el cielo que jamás lo sepas!—Son los hijos de la tierra; los espíritus casi invisibles que conmueven sus entrañas.—Pequeños, diminutos, infatigables, imperceptibles, son sin embargo, fuertes, muy fuertes, fortísimos.—Y feos, feos, pero

¡qué feos!—Los gnomos, pues, pusiéronse á trabajar y empezaron á dar vueltas y mas vueltas al cuerpo del infeliz, ni mas ni menos que ruedan los escarabajos una pelota mil veces mas grande que ellos.—Él lo sentia, lo oia, lo veia, pero no podia moverse—estaba paralizado, yerto.—¡Qué horror, Gina, qué amargura! y mas cuando se vá rodando hácia un pozo tres veces hondo, hácia un antro tres veces oscuro.—Detrás de aquellos entecillos iban las gnómidas ó sean sus mujercitas, con unos rostros divinos, con unas caritas de ángeles. ¡Y tan graciosas! ¡Tan lindas! ¡Tan hechiceras! Llorando, todas llorando, y cantando, todas cantando una música tan triste, tan lúgubre!—Pero verás.—Y el cuerpo rodaba, rodaba hácia un abismo hondo, hondo, hondo y oscuro, oscuro, oscuro. Y no podia gritar, ni resistir, ni moverse.—Entre sustos inefables llegó al borde del abismo.—Ya estaba si caia en él ó no caia.—Un empuje de los gnomos mas, una nada, el espesor de un cabello, y las tinieblas y el silencio se tragaban aquel cuerpo sin voluntad, sin movimiento, sin calor.—Los gnomos sin cesar impelian á su presa, y la presa giró, vaciló, cayó en aquel abismo terrífico, espantable, y comenzó á bajar—bajar—bajar cada vez con mayor ímpetu, y una neblina de hielo le azotaba el rostro—y bajaba, bajaba velozmente—y la noche era tan densa allí que sus tinieblas se palpaban; y seguia bajando—y bajando—y millones de sabandijas le andaban sobre las carnes y caia abajo, mas abajo é infinitos inquietos gusanillos roíanle los ojos, introducíanse entre la carne y las uñas.....

—¡Fanta! exclamó Gina con acento débil y angustioso, con la voz doliente y entrecortada. Por lo que mas quieras en la tierra, acaba pronto tu cuento. Estoy á la lumbre y tiritito de frio. Tus palabras me hielan de terror.

—Ya se acabará, ya se acabará, prosiguió Fanta risueña. Todo se acaba en esta isla, todo.—La leyenda es como otras

muchas.—¡Cuántas veces no se ha repetido!—Por eso merece que una se defenga.—Lo que has de procurar es que no te suceda á tí.—No te burles nunca de los espíritus ocultos, desconocidos, misteriosos.—Pues verás.—El infeliz, tan valiente al principio de aquella noche, tan lleno de salud y vida algunos momentos antes, bajaba yerto, calvo y cano, y los gusanos le comían, y bajaba, bajaba, bajaba, y su sensibilidad iba como su horror en aumento, y la caída era interminable, y cada vez atravesaba el aire húmedo y frío con mayor velocidad, y á cada instante se aumentaba el número de los gusanillos roedores en sus ojos, dentro de sus ojos,—en sus entrañas, dentro de su cuerpo, y una voz medrosa lúgubre, sonaba estas palabras en su oído.—¡Nécio! ¿no te burlabas de lo que no comprendías? ¡Mentecato! ¿no tuviste por patrañas los consejos del amor y la fé pura de tu madre?.....

En aquel instante unos golpes violentos atronaron la cabaña. Gina dió un grito y tembló. Fanta huyó por la chimenea, y Antropos cogió un hacha entre ambas manos, salió á preguntar quién era, á defenderse ó abrir.

---



#### XIV.

Adelantóse, pues, el hombre hácia el portal, y preguntó con la voz no muy tranquila.

—¿Quién alborota á estas horas?

—Abre, contestó Melanio.

—¿Eres tú? prosiguió Antropos. ¿Qué quieres?

—Lo primero, que me abras, replicó el negro. Vengo acalorado y hace frio.

—Pero ¿qué es ello? insistió el siervo abriendo de par en par. ¿Qué novedades hay por allá arriba?

—Acerquémonos á la lumbre, replicó Melanio, y escucha,

porque me parece que el amo se ha cansado de buscar aventuras ó desventuras, y vuelve á traernos como antaño al retortero.

Hiciéronlo así, y el negro continuó:

—A la postura del sol llegó al castillo, y por lo visto no debia venir de buen talante. Pidió muchas y distintas cosas, como quien siente todo el peso del fastidio; comió mal, poco y sin gana; bebió mucho; antojósele todo de través; gruñó y amenazó, y por fin me dijo que le llevara mil númas. Desgraciadamente no quedaba ni una sola: Seuda se dá tal prisa á sacar lo que contienen que las ha consumido en poco tiempo. El tesoro se halla exhausto, y diez tesoros consumiría ella si pudiese haberlos á las manos. Cuando Dinamion oyó que no quedaba ni una núma, allí fué el cerrar los puños, el rechinar de dientes, el conmovier el alcázar con sus escarceos. Hubo tormenta, pero tormenta con truenos y relámpagos. Yo creí que destrizaba á la bruja.

—¡Ojalá! interrumpió Gina sin poderse contener.

—No es fácil, prosiguió el negro. Sabe mas que la culebra. En la mayor humildad, con la vista baja y fija oyó insultos, amenazas y denuestos; aguardó con calma á que la rabia del gigante se desahogase por la boca, y cuando le vió cansado ya de gritar le empezó á pasar la mano por el lomo, y á decir que de otros era la culpa.

—¡Ah taimada! exclamó Antropos. Cuando ella es la que arruina el imperio con sus vicios y su hipocresía. ¿Y qué hizo, en fin, Dinamion? De seguro que á poco mas se arrodilla.

—No tal, prosiguió Melanio. Fuese efecto de lo que habia bebido, del enojo, ó de los celos, el amo se enfureció cada vez mas y la llamó muchas cosas, y la llamó..... ¿qué fué lo que la llamó?.... La llamó..... ya caigo: *Simon y haca*.

—¡Simon y haca? preguntó el hombre sorprendido. Miralo bien, Melanio, miralo.

—Si, eso fué: *Simon y haca*. Tengo muy buena memoria.

—Pero si no tiene sentido ni fundamento. Seria alguna otra cosa.

—Estoy seguro que fué eso, insistió el negro, porque al oirlo me chocó, y mucho mas todavía, el ver que la bruja, quien habia oido todo lo demás con tan santa mansedumbre que parecia una oveja, alzó la vista al oirlo, se descorrió los antifaces, y en mi vida ví fiera mas feroz, ni catadura mas horrible. ¡Tá-te! dije yo para mi sayo. ¿Te hiere en lo mas vivito? Pues de fijo que eres eso.

—¡Ah! le interrumpió Antropos riendo. La diria *Simoniaca*.

—Pues eso mismo digo yo, repuso Melanio imperturbable; *Simon y haca*.

—Bueno, bueno; sigue, sigue. ¿Qué dijo despues la bruja?

—¿Qué dijo? continuó el negro. Por espacio de un cuarto de hora no pudo hablar de tantos espumarajos como le salian por el morro. Cuando por fin se serenó, se irguió lo mismo que una vibora y con una osadía sin igual le dijo al que ella suele llamar Señor delicioso..... le dijo..... *Eres arca*.

—¡Cómo? preguntaron Antropos y Gina.

—*Eres arca*, repitió el negro con cierto tono misterioso. *Eres arca*. Y tambien debió de herirle en lo vivo, porque creí que la mataba. Pero Señor—me decia yo para mi capote—¡míren qué cosa para tomarla tan á pechos! Pues ya podian llamarme á mi *arca* y *arcon*, veinte veces.

—Es que le llamaria *Heresiarca*, exclamó Gina sin poderse contener.

—Pues bien, repuso Melanio. *Eres arca*. ¿Y qué? *Eres arca* y nada mas. Ya sabes que tengo una escelente memoria. ¿Por qué se habia de enfurecer Dinamion? ¿Por qué se descompuso Senda?

—Porque todos los grandes delinquentes, so capa de santidad, contestó el hombre, se imaginan que engañan al mundo entero *y aun y aun*; y cuando se les dice lo que son, pierden el juicio y la templanza á impulsos de la vergüenza, del enojo y de la ira. Pero déjate de digresiones. ¿Qué se dijeron despues?

—Yo te lo diré todito, dijo Melanio mondando con aspavientos una castaña caliente que habia sacado de la lumbre. Yo te lo contaré todo. Ya sabes que tengo la mejor de las memorias. Cuando el gigante escuchó lo que le llamaba Seuda, levantó los puños por el aire y la creí con los muertos; pero de pronto se contuvo y voceando como un loco la dijo:—«Tú eres la impía y la sacrilega que tienes en el pozo á Alécia y te aprovechas de su sabiduría y traficas con lo mas sagrado que es cuanto sale de su boca.»

—¿Cómo? ¿Cómo? exclamaron los tres siervos á la vez. Repítenos eso, Melanio, repítelo.

—Pues eso es, continuó el negro. Dijo que tenia á la divina Alécia en un pozo, y que así su padre nada inventaba como en otros tiempos, y que Seuda todo lo codiciaba, y que temia mucho á la hija de Pónos, porque era una trapacera y nada de lo que decia era verdad, y estaba engañando al mundo; pero que él no la temia aunque se la descoriese el velo, pues siempre habia de ser gigante. Que la iba á sacar del pozo solo por acabar con sus enredos y su hipocresía, que todo lo devoraba ella y lo malgastaba, y lo codiciaba. En fin, tales y tan escandalosos fueron los repelones de aquella disputa que yo no me acuerdo de lo mucho que se digeron uno y otra.

—Pero recuerda al menos lo principal, exclamó Antropos; lo que á todos nos interesa. ¿Qué dijo de Alécia? ¿Dónde estaba?

—¡Ah! sí, contestó Melanio. Dijo que estaba en un pozo en el monte de..... de..... ¡Diantre!.... el pozo de..... el monte de.....

—Por lo que mas quieras, Melanio, acuérdate de ese nombre, le conjuró Antropos con ansiedad. Recuerda bien. ¿Y tu memoria, tu gran memoria?

—¡Diantre! es que no recuerdo el nombre ni una pizca, replicó el negro. Ya se vé: no me chocó como los otros y por eso se me quedaron grabados aquí (apretándose la frente en embrión) tan perfectamente.

—Recuérdale, dijo Andros.

—Recuérdalo, dijo Gina.

—Recuerda el nombre ó el lugar, insistió Antropos.

Pero todos los esfuerzos de Melanio fueron enteramente inútiles.

—Nada..... imposible..... concluyó diciendo. Vamos á lo principal. El resultado de la zaragata fué que me llamase Dinamion, me arrimase un par de palos como siempre, y me dijera que viniese sobre la marcha á llamarte. Mañana al salir el sol quiere verte con el génio.

—¡Pero qué pretende?

—No lo sé. Por de pronto, quiere verte, y dice que si no le haces lo que pide destruirá vuestra choza, os pondrá una cadena nueva al cuerpo y volveréis á ser viles y miserables esclavos.

—¿Y sus promesas? preguntó Gina. ¿No nos concedió este rincon y este humilde pero apacible techo en pago de nuestros buenos servicios?

—¡Ah Gina! exclamó el pobre Melanio. Nunca hables de justicia á los gigantes. Me he convencido que no tienen en el corazon ni amor ni gratitud, y como su dios es la fuerza, solo á la fuerza respetan. Por eso yo si privara como vosotros con Pónos, procuraria hacerme fuerte. Sin eso no hay conseguir justicia en este mundo. En siéndolo, ya vereis cómo se humanizan vuestros opresores y qué razonables son de la noche á la mañana. ¡Ea! me vuelvo al alcázar: si me llama Dina-

mion y no respondo, ¡pobre pellejo! ¡desventuradas costillas!

Despidióse con esto el infeliz reputado por idiota entre los duendes, pero que segun se ha visto tenia como todo sér pensador su particular filosofía.

Antropos y Gina volvieron tristes, pensativos, mudos, al poyo de la chimenea. La alianza de Seuda y Dinamion siempre fué para ellos una gran calamidad: ¿seria otra mayor, seria un bien, aquella guerra y discordia?

De todos modos el dulce bienestar, los apacibles goces, las risueñas esperanzas, habian huido de la choza, y en cambio se entraban otra vez por la mente de nuestros pobres amigos presentimientos lúgubres y dolorosos.

Con el alba llegó Pónos, y al oír las novedades que habia no pudo menos de esclamar:

—¡Bendita sea una y mil veces la nunca bastantemente admirada sabiduría de las leyes de esta tierra! Estas disputas, estos cismas entre tus tiranos van á descubrir por fin el paradero de Alécia. En sabiéndole, en poniéndonos de nuevo en comunicacion constante con mi hija, ya verás cuanto es rápido el progreso. El día de la liberacion se acerca: tened mas fé y mas esperanza que nunca. Ahora vamos al castillo: lo primero es trabajar y obedecer.

Así lo hicieron con efecto. Presentáronse los dos á Dinamion para recibir sus órdenes.

Reducianse los deseos del jigante á lo mismo que antes y despues: á pedir riquezas y mas riquezas, oro y mas oro, goces y mas goces.

Pónos procuró averiguar el nombre del pozo ó del monte en el cual su hija padecia, pero Dinamion habia sin duda recapacitado, y á pesar del tino que desplegó nuestro génio en el interrogatorio, nada, absolutamente nada, pudieron sacar en claro. O no lo sabia él, ó simulaba ignorarlo.

Pónos entonces recordó que la bruja les tenia prohibido el llegar siquiera á algunos puntos y con sospecha de si en ellos tendria encerrada á su hija, dijo á Dinamion que de tales y cuales campos (y los nombró uno por uno) se podrian estraer riquezas incalculables.

—En el *Cerro de la Potestad*, sobre todo, concluyó diciendo muy intencionalmente, hay oro para saciar á cualquiera. Si quieres, allí iremos ahora mismo, porque necesito de Antropos si he de penetrar en su entrañas.

El gigante vaciló por algun tiempo visiblemente agitado, y por fin dijo:

—Bueno: no me opongo. Voy á disponer una cacería para llevarme los servidores mas sagaces de mi consejera. Procurad hacerlo todo sin que se aperciba, porque si lo sabe y me lo exige os castigo sin compasion cruelmente.

—Así se hará, dijeron nuestros amigos retirándose.

—Maldito si entiendo nada, exclamó el hombre ya al otro lado del foso. Dinamion quiere y no quiere: permite y sin embargo nos castigará como lo sepa la bruja.

—Pues es fácil de entender, replicó Pónos. Desea que desaparezcan las injusticias de Seuda para ser solo en gozar y se imagina que aun derrumbándose aquellas, las suyas quedarán en pie. Vamos de prisa hácia el cerro que le dije, pues ó yo me engaño mucho, ó allí encontramos á Alécia.

—Ves donde quieras, que te sigo, contestó Antropos.

Despues de caminar á escape llegaron al pie de un cerro sobre cuyas peñas y aridez, ni una flor, ni una yerba se veia.

Golpearon con la vara mágica los duros senos de aquel monte, y á pesar de su dureza pedernalina, cedieron ante la admirable virtud del áureo báculo, y los mineros, á favor de un reducido candil que espresamente llevaban, penetraron como dos gusanos en las medrosas regiones.

Largo espacio anduvieron á la diestra y á la siniestra recorriendo en la ropilla algunas pepitas de oro con pedruscos que contenian cobre ó plata. Gracias á la constancia de Návago en marcar un rumbo fijo, se revolvia en aquel encierro cual si estuviesen al aire libre. Tan pronto seguian el rumbo marcado por la culebrilla maravillosa, como torcian á un lado ó marchaban hácia atrás. Poco á poco se fueron internando, y en una de las revueltas, al estenderse un paso mas la galería, se encontraron en una cueva de inmensa elevacion y de no menos anchura. La luz de su candil se perdió en aquellas tinieblas caliginosas, como una gota de agua se deslie en el Océano. Parecia como si la pesadumbre de tan densa lobrete comprimiera sus rayos y no les permitiera dilatarse.

Luego que su vista se repuso un tanto, percibieron allá, en el fondo una claridad muy suave, y adelantándose cautelosamente se encontraron con la nunca bien llorada Alécia.

—¡Hija mia! exclamó Pónos arrojándose á sus brazos.

—¡Alécia! murmuró Antropos, cayendo sobre la rodilla.

Pero Alécia no contestó porque sobre el negro velo la oprimia fuertemente una mordaza.

Estaba la hija de Pónos cargada de cadenas, pero tranquila como siempre. Su cuerpo bellissimo, su talante de majestad se hallaban mas circuidos de luz y brillaba mas esplendorosa su túnica inmaculada. El velo negro, algo, muy poco mas corto, caia hasta poco mas arriba de las manos. Con esto las tenia libres aunque el anillo de hierro de su frente continuaba inalterable.

Su padre, trémulo de indignacion, loco de placer, la quitó diligente la mordaza y lo propio se disponia á verificar con hierros y cadenas, cuando ella le detuvo blandamente diciéndole con su voz tranquila y dulce.

—Es inútil, padre. Nada, absolutamente nada adelantaria-

mos: no es tiempo todavía. Lo que debéis hacer es no perderle porque os prevengo que Apénia no tardará en estar aquí, y es cuerdo que no se aperciba Seuda de que sabéis mi paradero. Así al menos podremos conversar de vez en cuando.

—Habla como gustes, dijo el padre. Tu sabiduría es infinita. Manda y te obedeceremos.

—Por ahora, continuó la esclava, quiero indicaros brevemente el camino que debéis seguir para no divagar á ciegas, como divagais desde que me eclipsé para vosotros. ¿Qué pretendes tú, Antropos, con entregarte en cuerpo y alma á los sueños de tu fantasía? ¿Qué utilidad práctica tienen tus vacías elucubraciones? ¿Vas á imitar á Anoya? ¿Qué sacó de provecho la maestra de tantas y tan bellas peroratas? Nada casi siempre, y con frecuencia lo absurdo. Lo poco de útil y de verdadero que dijo por casualidad es lo que aprendió de tí, lo que dedujiste tú estudiando con mi padre las leyes de la naturaleza. Ella se lo atribuye, pero es tuyo. Y si no, ¿por qué nada ha vuelto á deducir desde que tú la imitas y pretendes averiguar lo mas sublime con solo ponerte á cavilar? ¿Piensas llegar de un solo salto á lo mas recóndito para tí? ¿No es esto querer construir el alcázar de la ciencia humana comenzando por la última y mas alta de las almenas, por aquellas que tocan en los cielos? No, Antropos, no; lo primero es trabajar, observar, experimentar, y cuando sepas un cúmulo de leyes podrás relacionarlas y reducirlas á una sola. Porque te prevengo que la ciencia se condensa ó sintetiza tan pasmosamente que lo que tú descubrirás con mil esfuerzos, lo que te explicarás tú con el auxilio de cien suposiciones, lo que fatigue tu espíritu y tu memoria, será aprendido por tus hijos en un brevísimo instante, y les parecerá evidente. Es una de las maravillas mas pasmosas de esta isla. La verdad cuesta mucho, si bien una vez hallada no hay sino abrir los ojos para verla. Es

como la luz: una, sencilla, clara, que todo lo ilumina, aunque produce innumerables sombras y matices. Por eso tus hijos con menos ideas, serán superiores á tí que posees un sinnúmero. Por eso aquel que vaya teniendo menos leyes para explicárselo todo, será un sér de superior categoría, pues se irá acercando á Teo que todo lo puede con una sola idea y una sola ley. Tú nunca llegarás á tanto, pero puedes acercarte y el único camino es el de la experimentacion de los fenómenos para pasar en su día á la síntesis de las leyes generales. Ya te lo dijo mi padre: el conocimiento del mundo material es el paso previo para dominar el espiritual. Sin él no tocarías jamás la perfección de tu espíritu que es la mas noble aspiracion de tu alma y el solo término en donde encontrarás la dicha.

—Pero yo, Señora, replicó tímidamente Antropos, experimento en mi laboratorio, observo cuando velo para interrogar á las estrellas.

—Trabajas al revés y nada mas, repuso Alécia con dulzura. Antes de ser aprendiz quieres pasar por maestro. Te propones una solucion forzada, *hacer* tal cosa y nada mas, cuando lo racional y lógico seria estudiar los elementos con que cuentas y ver en seguida lo que *puedes hacer* de ellos.

—Dime, pues, Señora, dime cómo, y te juro que te he de obedecer, exclamó el astrólogo-alquimista.

—A eso voy y brevemente, prosiguió la hija de Pónos, porque temo que seamos sorprendidos. Escúchame, padre mio, y graba bien en tu memoria mis palabras. Dos cosas necesita el hombre solo *para comenzar* á serlo: la libertad de su cuerpo y la libertad de su idea. Sin que desaparezcan para siempre esa argolla con restos de cadena que oprime aun su cintura, y esa ominosa mordaza que le priva de hablar á lo mejor, es imposible que haga nada digno. Le quitarás primero la cadena, le darás armas superiores á las del gigante, le ayudarás á der-

rumbar el alcázar de la fuerza para convertir su choza en un santuario.

—Muy fácilmente lo dices, interrumpió Pónos, pero mi poder no llega á tanto. Todo lo contrario: si Dinamion pide á mi protegido otro castillo, á la fuerza le he de ayudar á construirle.

—Desconoces ¡oh padre! tu poder, prosiguió Alécia, como le desconocen todos aquellos cuyas facultades son inmensas. Con cualquiera cosa derrumbarás tú el alcázar. Coge una piedra blanca como la nieve, otra amarilla como el oro y otra como el carbon negra, muélelas en las proporciones que diré, y con una almorzada del polvo negro que resulte, triturarás alcázares y castillos. Entonces ese anillo tan pesado, verás que se cae de suyo.

—¿Y en qué conoceré ese polvo negro? preguntó Antropos con suma curiosidad que no pudo reprimir.

—En su irresistible empuje, contestó la hija de Pónos.

—¿Y esta maldita mordaza? repuso el hombre temblando de ansiedad. ¿Cómo quitarla?

—Para quitárosla, contestó Alécia, no hay sino un medio: multiplicar los biblos infinitamente. Hareis con cada uno cien-to, y con cada uno de estos, mil.

—¿Pero cómo? exclamó Pónos. ¿Te olvidas que es necesario que Dinamion quiera, y que yo tenga un eslabon por cada biblo?

—Vuélvote á repetir, padre de mi alma, insistió Alécia, que no sabes lo que puedes. De cualquiera cosa, con el objeto mas minúsculo, con la simiente del lino que es un grano imperceptible, harás mil biblos por uno..... Pero..... Apénia llega, retírate, retiraos. Vuelve á ponerme la mordaza y ven cuando el castillo se derrumbe, si quieres saber cuáles son los tres portentos que han de dar cima á la empresa de nuestra libe-

ración. No olvides, padre, entre tanto, que solo nos podemos ver y hablar secreta y sigilosamente.

El génio obedeció sin replicar. Con lágrimas en los ojos tornó á sujetar la mordaza sobre los lábios de su hija, y seguido por Antropos (el cual en mucho rato no volvió de su inefable asombro) desanduvo el laberinto de las galerías hasta salir al aire y á la luz.

Era ya casi de noche, eran las primeras horas del silencio cuando nuestros dos exploradores tomaron el camino de la choza.

Una vez dentro de sus cuatro muros tuvieron muy buen cuidado de callarse la aventura, pero entregaron á Pir toda la plata y el oro para hacer númera para Dinamion y tenerle contento en lo posible.

Mientras tanto, este se solazaba allá en los bosques persiguiendo á las aves y las alimañas, pues en todo tiempo fué aquella una de sus distracciones favoritas. Aun antes de amanecer dejó el dia primero su castillo y bajó á la choza para que uno de sus siervos le sirviera, y cuando Gina le dijo que su marido acababa de salir en busca de plata y oro, dispuso que el hijo sustituyese al padre, sin embargo de no tenerle por tan diestro.

El mancebo recibió la órden con visible gozo, pues en aquella isla de Gé yo no sé lo que tenia el pasatiempo de la caza que en tomándole aficion no habia otro que dominara mas las voluntades. Hago mal, sin embargo, al decir en absoluto que no sé en lo que esto consistia, pues sospecho con grandes presunciones de acertar, que el ejercicio de la caza tuvo, tiene y tendrá siempre atractivo para los varoniles corazones, porque en él como en ninguno se conserva la agilidad y la salud; se robustecen las fuerzas; descansa el entendimiento; se dilata la vista; se afina el oido; se hace amistad con el sol, los hielos y la lluvia; arróstranse privaciones; alternan las fatigas con los

gustos, y mas principalmente que todo esto, se goza en dulce libertad de la contemplacion de la naturaleza, y se vé salir el sol y quebrarse sus rayos en la escarcha, y bullir aves, brutos y reptiles, y se aspira la fragancia del tomillo mezclado con el tibio aliento de la tarde ó el fresquísimo de la mañana, y persiguiendo al bruto se sazona la salsa rica del hambre para la refaccion frugal, y se descansa bajo la sombra del roble ó de la encina, y se bebe el agua pura de la fuente, y cercado y bien guardado por los canes cariñosos, se estasia uno en voluptuosa modorra tendido sobre la mullida yerba, hasta que los ojos entornados se pierden en el azul del cielo juntándose á todas las demás dichas el sueño reparador y no turbado de la apacible y deleitable siesta.

Por todo esto á no dudar gustaba el cazar al mozo, como me divierte á mí.

Mediado estaria el dia cuando menos, antes de que los cazadores pudieron romper la marcha, pues no se crea que en aquellos tiempos los que pretendian matar un jabalí, rendir un ciervo, apiolar una liebre ó colgarse de la percha chochas, faisanes y perdices, no tuviesen que hacer como nosotros, sino descolgar el arma, dar cuatro silbos al lebrél ó al perdiguero y meter en la canana una docena de cartuchos. El gigante con su tamaño y su fuerza; el hombre no obstante su habilidad, no alcanzaban entonces á tan poca costa sus cinagéticas victorias. Con la lanza ó el venablo, con la flecha y con la espada, difícilmente se hiere ó se sorprende al gamo de veloces pies, al lobo de instinto fenomenal ó al águila que se remonta á las nubes. Por esto cuanto mas imperfectas fueron las armas de los héroes de esta historia, tanto mas se vieron obligados á aguzar su peregrino ingénio, y por esto en la ocasion que nos ocupa, el tren de caza de Dinamion necesitó bastantes horas para cargarse en mulas y hasta en carros.

Si no ha olvidado el lector el modo que tuvo Antropos de cautivar el primer perro, las alusiones que hice después á sus adelantos venatorios ó á la domesticacion de los brutos (que es la mas útil rama de la caza); si recuerda y analiza su nunca bien aplaudido soliloquio poco antes de ser esclavo, comprenderá que Pónos cuidó de su educacion en este particular lo mismo que en otros de mayor valía. Verdad es que yo, preciándome de fiel y nímio historiador, he relegado al olvido todas las aventuras de la caza, mas lo hice por deseo de ser breve y compendioso y tambien por el temor de abrumar con su relato la harto probada paciencia del infeliz que me leyere.

Quisiera, no obstante, que se me fulminaran con razon los menos reproches posibles, y para conciliar mi anhelo con mi deber, voy á relatar muy poco de la historia de la caza.

A las trampas y cepos del salvaje sucedieron la liga, la red y los alares para cuya preparacion se necesitaban conocimientos, observaciones y materias. Después su destreza con el arco, su costumbre del peligro, le indujeron á cazar á la ventura ó en acecho. Cuando fué dueño del caballo procuró sujetar los brutos con el lazo, alcanzarles con el lanzon ó herirles con armas arrojadas, y todo esto á la carrera, y todo esto auxiliado y advertido por perros de muchas clases. Finalmente, terminada esta primera época, abundante de observaciones, rica en enseñanza, vino la época actual y el arte cinegético llegó á todo su apogeo con la invencion y mejora de la preciosa ballesta.

Llevaba el ostentoso cazador el dia á que me refiero tantas y tan importantes máquinas, que las redes solas anchas y largas y dobles, con mallas muy consistentes, iban en cuarenta mulas. Suspendidas de los árboles, cerraban las huidas en los montes y detenian así, cebras, paletos ó jabalíes para que el bravo cazador las alcanzase y alcancease.

Esto en cuanto á los cuadrúpedos bravíos, porque en

lo tocante á los séres de alas y de pluma, tanto se habia inventado contra ellos, que hasta la perfidia buscó auxiliares en su misma especie, y por eso en el aparato y repuesto venatorio veíanse sendos pájaros de agudas garras y de corvos picos perchados en sus alcándaras pero ocultas las cabezas en capillos ó capirotos, como si la conciencia de su pérfida traicion les obligara á recatarse y encubrirse.

Salieron, pues, segun he dicho á medio dia y en lo demás de aquella tarde apenas si Dinamion y los suyos tuvieron tiempo para llegar al cazadero. Llegaron con el crepúsculo, hizose brevemente el rancho, y la cuadrilla descansó durante las horas de la noche.

Con las primeras claridades, dióse principio á la caza que duró por espacio de diez dias. En ellos se mataron varias reses, se colgaron piezas menores sin número, y como en toda expedicion de esta índole, hubo lances y coincidencias que contados á un profano se tienen siempre por fábulas. No hubo una sola emocion, un placer, una sorpresa que dejase de experimentar el cazador en el llano, en el bosque ó en el monte. Vió la carrera de sendas trahillas de galgos tras la liebré; oyó la bulla y algazara del ojeo; la hipa de podencos y lebreles, y sintió el bárbaro placer de atravesar con el cuchillo el corazon de la gama, cuya enturbiada pupila vierte al morir una lágrima clara de dolor. Con el corazon palpitante, gustó el deleite de la ansiedad esperando oculto en la paranza la entrada de una res por el jaral ó la vereda, pero nada le satisfizo tanto como la animacion y el embeleso del dificil cazar de altanería. Para él lo mas entretenido fué hacerse seguir por media docena de duendes, cada uno de los cuales llevaba perchada sobre el índice un ave brava y voladora de rapiña.

Todas, hasta las mas refractarias se habian domesticado, porque Antrofos para complacer á su tirano se hizo cetrero en

toda regla, y merced á los consejos de Pónos así dominaba halcones y amaestraba jerifaltes, como consiguió que obedeciesen su caracol ó su cuerno el halieta y el neblí, el gavilan y el alfanque. Estudiando las índoles, aptitudes y condiciones de cada pájaro; dábale fuerza y bravura con tales ó cuales alimentos, haciale mas aligero abajándole para que enflaqueciese; obligábale á matar sus víctimas sin devorarlas, y en suma, tanto perfeccionó el arte de la cetrería que con paciencia y constancia, mudaba la naturaleza así de azores montanos, como de sacres zahareños.

Era la tarde del dia penúltimo, y el sol descendia hácia la mar claro y sereno, cuando un halcon roqués y otro letrado se lanzaron tras una garza siguiéndola y remontándose por la falda de un empinado cerro. Era el roqués un ave como pocas, y al primer vuelo ya estaba sobre la pobre fugitiva. En la cumbre de aquel mismísimo cerro se hallaba Ándros por acaso, porque el gigante, para descubrir ó para no perder las piezas, hacia que varios de sus servidores las oteasen desde las alturas. Cuando el mancebo vió pasar tan cerca las dos aves, no fué dueño del deseo de lucir su habilidad, y apoyando la rabera de la balles-ta sobre el hombro, soltó la cuerda que despidió con ímpetu el bodoque. ¿Pero á qué cazador no se le vá la mano? Fuese torpeza del dedo, error del ojo, entorpecimiento en el muelle ó imperfeccion del traspecho de la nuez, el tiro partió y derribó al halcon que estaba ya sobre su presa.

Temeroso de la ira del gigante, el pobre mozo se escurrió por el espesor abajo; procurando que nadie se apercibiese del desaguizado que acababa de cometer.

A poco sonaron los cuernos, la señal de recogerse al rancho.

El sitio elegido para acampar aquella noche, fué el nacimiento de un valle, formando cuenca en su hondura, la cual es-

taba cerrada á todos vientos, menos uno, por un monte de lentiscos quejigos y madroños. El fondo de aquel rincon escondido se tendia llano en breve y fresca pradera, y pocos pasos mas abajo nacia un arroyo puro que se quejaba desde la cuna sin duda porque su estrella le hacia caminar oculto debajo de la revuelta maleza de zarza y de tamujos, de madre selvas y silvestres parras. La menta y ajonjoli embalsamaban el aire, y el cielo no podia ser mas apacible.

Cortóse no lejos de allí una cantidad grandísima de la jarama tallada, tendióse por brazados de través en cuatro líneas rectas, de modo que elevándose en cuatro paredes cuyo grueso era de la altura de los tallos, se cerró un espacio muy capaz, dejando en él una sola entrada ó puerta. Dióse en seguida por el pic á una corpulenta encina para que ardiese en medio de aquel enorme rancho, y colgándose sobre las llamas una caldera capaz, se despedazaron algunas reses y se echaron en su seno los tasajos, provision abundante y principal de la anhelada y necesaria cena.

En tanto que esto se hacia, Dinamion conversaba con sus gentes.

—Vamos á ver, les decia, traedme acá mis halcones para ver si están heridos y de qué modo los cuida ese muchacho. Este capillo está mal: no vela de todo á todo la vista. Quitad el capirote á ese neblí y que sirva para el halcon letrado. A los campestres podeis quitarles las pihuelas: no hay temor de que se vayan. Picad un corazon menudo, y dársele á los gerifaltes. Nada hay tan importante para el cazador como saber preparar para sus pájaros la gorga. Cuidado sobre todo con mi halcon roqués que es el animal mas valiente que he tenido, y en verdad que no le veo ¿dónde está?

—Señor, contestó uno de los duendes. No te lo quisiera decir, témome que ha perecido.

—¡Cómo! gritó Dinamion tomando su fisonomía un aspecto tal que Ándros palideció á la luz de la brillante hoguera. ¡Perecer mi halcon roqués! ¿Qué sabes? ¿Qué has visto? Habla.

—Recordarás, continuó el delator, que momentos antes de sonar el cuerno, tu halcon roqués se lanzó tras una garza. Pues bien, yo la seguí con los ojos, y cuando llegó á la cima del cerro donde se encontraba Ándros le vi caer como muerto, mientras la garza siguió volando sin que el halcon letrado consiguiera darla alcance. Juraría haber oído el golpe de un bodoque y vi con claridad que debajo del ala izquierda se le rizaba la pluma.

—¡Ira de gigante! exclamó Dinamion. Ven acá Ándros; ven acá. ¿Es cierto que tu ballesta me ha robado el mejor de mis halcones? Pero no sé por qué te lo pregunto: harto me lo dicen ese temblor y esa palidez. Si tu crimen no te acusare ¿por qué habías de estar todavía con la gafa en cinto, cual si fueses á armar ballestas á estas horas? Pues ya sabes malandrín, cuál es el castigo señalado á tan horrendo desman: en concluyendo la caza, haré que mis halcones te coman tanta carne de tu cuerpo como era el peso de mi roqués inestimable.

Júzguese ahora cuál sería el horror del pobre mozo, y con qué gusto cazaría sabiendo que las amenazas del cruel y vengativo Dinamion se cumplieran irrevocablemente.

## XV.

La noche de la llegada de nuestros cazadores al castillo, todos, de puro rendidos, durmieron admirablemente; todos menos el infeliz hijo del hombre, quien en brazos del terror velaba en un calabozo.

Cada vez que recordaba el horrible castigo reservado á su torpeza sin culpa, sus carnes se trocaban en mármol, erizábanse sus cabellos, y sus pupilas dilatándose pugnaban ávidamente por penetrar en las tinieblas y ver si algún rayo de luz (nuncio de su castigo y su tormento) aparecía por levante.

¡Oh bárbaro Dinamion! ¿Hasta cuando abusarás de esas

tus brutales fuerzas? ¡Por un halcon seis onzas cuando menos de inocente carne! ¡Seis onzas devoradas en vida, sintiendo los músculos y nervios de la víctima cual escarban los neblies y cual destrizan sus picos las entrañas palpitantes! ¡Ah, no es extraño que algun día respirase el siervo ódios y venganzast Lo extraño, lo incomprendible, es que si triunfa la víctima un momento, y si hiere al gigante ó á la bruja en el efimero coraje de un momento, se la abaldone y abomine, y se ponga en olvido, centuria sobre centuria de dolor, la agonía interminable de una eterna crueldad, los agravios insolentes al pudor, y el látigo, y la cruz, y el potro, y las hogueras!

Velaba, pues, el mozo sin ventura, aunque no era el único despierto en el alcázar. Seuda tampoco dormia. Desde que todos sus conatos, sus trazas innumerables, redundaran en honra y prez de su enemiga Gina, no cesó dia ni noche de buscar propicia coyuntura para herir á la madre en lo mas sensible de su corazon, robándola el cariño de su hijo. Tiempo hacia, que segun antes apunté, encomendó su vigilancia á Egos 'el avariento y á la malavenida Petonosa, tiempo hacia que esta, cumpliendo con nimiedad las órdenes de su señora, le repetia sin cesar máximas peligrosas por lo absurdas.—«En esta isla, le decia, el bien de unos no se logra sino por medio del mal de otros. De esta gran verdad se desprende estotra—¿quién ha de ser tu enemigo sino el mas allegado ó parecido á tí? Y no puede suceder de otro modo, porque en Gé solo hay un número fijo, una medida de todas y cada una cosa. Ya sabes lo que te dice Pónos: tú nada puedes crear. Quien toma de este número, de esta medida, merma naturalmente la parte que tocaria á los demás, los estorba, los perjudica. ¿Quién ha de ser, pues, tu enemigo? El que necesita lo que tú.»

Ándros, sencillo y simple, no menos que su padre, escuchaba las sentencias de Petonosa con la boca abierta y creia sus ab-

surdas y peligrosas teorías cual artículos de fé. La mala semilla germinaba poco á poco en el corazon del hijo, siendo tanto mas terribles sus estragos cuanto mas ocultos y encubiertos eran.

La noche, pues, en la cual segun he dicho se hallaba esperando el sentenciado la clara luz de la aurora (nuncio aquella vez no de gustos apacibles, como todos los amaneceres, sino de horrores y padecimientos), Seuda, quien por los duendes de la expedicion habia sabido el lance, se decidió á no perder tan admirable coyuntura para el logro de sus proyectos de venganza. Salió de la cuadra verdaderamente régia que se habia apropiado en el castillo y fué en busca de la sutil Petonosa, á quien halló entretenida en desvelar á la mayor parte de los trasgos, diciéndoles los medros y placeres de los demás, ocupacion favorita de la muy villana, que segun parece siguen quitando el sueño á mas de cuatro.

—Petonosa, la dijo su Señora con voz de grande ansiedad. Deja ese tu vano pasatiempo, y ven á escuchar algo muy grave. Hasta hoy te has ejercitado en niñerías: hoy empezará á obrar en otra esfera.

Petonosa obedeció, y ambas se retiraron á una de las yermas torres del castillo.

—Dime, la preguntó Seuda, ¿qué adelantas con el hijo de Antropos? ¿va escuchando con gusto tus lecciones?

—Tanto, contestó Petonosa, que mira con malos ojos las alegrías de su mismo padre. Es natural. Me precio de conocer algo á esos entes, y sé por esperiencia que en tanto tiempo como iguala á todos la esclavitud ó el infortunio, viven en paz y en amor; mas apenas les sonrie la prosperidad ó se eleva alguno de ellos cuatro codos, cuando no caben ni dos dentro de un saco. Miserias, siempre miserias. Saben hacer cuatro despreciables chucherías y ya se creen semidioses. Si como

ven la paja en el ojo ageno viesen la viga en el propio, habria esperanza de que estuviesen algun dia en paz, pero no es así, y siempre serán juguetes de su misma pequeñez. Antropos, por ejemplo: ¿quién es Antropos? ¿Hay alguien mas torpe, mas veleidoso, menos cuerdo? ¿Y Gina, puede haber nada mas ridículo, mas falaz, mas tornadizo?

—Deten, deten esa lengua, interrumpió la bruja. Segun costumbre ya vas á cubrir de baba cuanto nombres. Nunca debemos abusar de nuestras buenas cualidades y las tuyas serian sobresalientes si usaras de ellas con alguna parsimonia. Vamos á ver: la ocasion me parece única. Ándros debe encontrarse dispuesto á cualquier cosa. Ya sabes lo sucedido. No debe causarle gusto la certidumbre de perder con la luz del nuevo sol una porcion de su cuerpo, y de sentir en vida, y en aquellas partes que designe Dinamion, las garras y los picos de los hambrientos halcones. Segun sospecho, esta es la ocasion de darle una prueba de amistad que nunca olvide y de camino servir nuestros intereses. Toma esta llave, penetra en su calabozo, píntale lo que le aguarda y huye con él á los confines del imperio, á una comarca á propósito para separarle de los suyos y hácerle que los ódie y los deteste. Elige bien el terreno y que sea uno de aquellos en que Dinamion no pueda penetrar de modo alguno. Allí estableceremos un imperio rival y poderoso, y desde allí veremos de estenderle y agrandarle. Dueños del hijo del hombre, enseñoreada tú de su alma, cuanto produzca será nuestro, amansaremos la soberbia de nuestro muy querido Señor y á nadie habremos de dar cuenta. Es necesario dividir. Es nuestra última esperanza.

—Está bien, replicó Petonosa. Corro al calabozo de Ándros; cuida tú de que no se me ponga impedimento á la salida, y confiate á mi lealtad. Todo se ha de hacer mejor de lo que deseas.

La infatigable conspiradora se dirigió sin tardanza á franquear las puertas del castillo, y Petonosa se presentó al angustiado prisionero para brindarle con la libertad.

¿Quién se negó jamás á prolongar la dulce vida?—¿Quién prefirió los tormentos á la salud? El cuitado hijo del hombre accedió á cuanto le propuso su insidiosa amiga, y lo único que exigió antes de obedecerla y seguirla, fué que le permitiera bajar á la choza de sus padres para despedirse.

Aunque todo lo temia Petonosa de aquella despedida, accedió á la exigencia, sin embargo, segura de disuadirle.

Una vez al aire libre comenzó la muy taimada á intentarlo blandamente.

—¿Para qué dar á tu querida madre ese mal rato? le decia. ¿Calculas lo que va á sufrir? Tu llanto la ocasionará mortal congoja. Por el contrario, su placer será muy grande cuando la digan mañana tu evasión, y la celebrará gozosa aun á costa de no verte. Además ¿estás seguro de poder desprenderte de sus brazos? ¿No nos atisbará alguno de mis compañeros? Si dá el aviso á nuestro muy querido Señor, ¿qué castigo no vendrá sobre nosotros? Convéncete: es una temeridad, una imprudencia. Quédate entre la espesura, y yo me llegaré á la choza y me despediré por tí, y te traeré el adios de los que te aman.

Ya sabemos por una multitud de lances la habilidad de los duendes cuando se proponian convencer á los náufragos, y por lo mismo no se estrañará que Ándros se dejase convencer y se quedara entre los árboles.

Petonosa llegó sola á la puerta de la casa, la empujó con suavidad porque la encontró entornada, y entró sin meter nada de ruido, únicamente para engañar al mancebo si acaso espiaha lo que hacia. Viendo sobre un poyo de la chimenea la madera en que dormia Pir con dos ó tres biblos olvidados, los

cogió y con las mismas precauciones dió la vuelta y se reunió á su compañero.

—Todo lo saben ya tus padres, le dijo presurosa: Gina quería venir, pero Antropos no la dejó, y para darte la última prueba de cariño ambos me encargaron que te entregase al herrero y cocinero Pir, el cual podrá servirte de mucho en tus nuevas aventuras. Además, estos pocos biblos para solazar tus ócios y tus pesares.

Ándros besó ambas cosas con lágrimas en los ojos, y los dos emprendieron con grandes ánimos la fuga.

Cuando amaneció al día siguiente, el gigante no pudo llevar á cabo su venganza, pero juró sobre la cruz de su acero no descansar un solo día hasta encontrar al fugitivo y hacerle sentir el peso de su burlada autoridad.

Entre tanto Andros, guiado por Petonosa, se alejaba por páramos y selvas. Anduvo muchos terrenos, pasó grandes privaciones y al fin de varios percances eligió para establecerse una region asaz desapacible. Era un rincon pantanoso, formado todo de médanos y esteros y tan bajo en su llanura que las olas amenazaban invadirle cuando los vientos provocaban su coraje.

—Aquí, le decia Petonosa, el suelo es blando y movedizo. A nosotros nos sostiene, porque nuestro peso es poco, pero si viene Dinamion el légamo cederá bajo su planta, y no nos podrá alcanzar su acero. Llama á Pónos en tu ayuda para que nos haga en mitad de estas llanuras artificiosos pradales, chozas de tablas, huertas y jardines.

—Me parece bravamente, replicó Ándros, y acto continuo le llamó.

—¿Qué quieres? exclamó el génio apareciendo. ¿Qué nueva locura es esta? ¿Por qué en lugar de ser apoyo de los tuyos, complicas su malestar y haces alianza con sus enemigos?

—¿Pues qué querías? preguntó el atrevido mozo. ¿Crees que debí esperar á que las aves de rapiña se cebaran hambrientas en mis carnes? ¿Por qué no aplaudes mi fuga?

—Gustosó la aplaudiria, le dijo Pónos, si no te viera tan mal acompañado y si no conociera quien la trama.

—No vayamos á discatir sutilezas, interrumpió el fugitivo arrojando todo respeto. Sé bien lo que me propongo: no te llamé para escuchar consejos. Lo que necesito es la ayuda de tu vara mágica. En esta tierra si se está uno ocioso, pronto se muere uno de hambre, porque como ves no hay frutas. Manos á la obra: ayúdame y proporcióname lo que te pida.

Pónos en fuerza de su destino no tuvo mas que obedecer. Desde entonces acudió todos los dias al llamamiento del mozo y le auxilió con su virtud á trasformar en lugar apacible y cómoda habitacion, la comarca yerma que habia elegido para vivir libre. En ella se alzaron diques, se desecaron charcos por medio de canales, se rellenaron honduras, plantáronse bosques y tupidos setos, sembróse grama para tender sobre la arena el césped y trajéronse vacas con cuyo fimo se abonaria el suelo. En cambio se proponia Pónos que aquellos animales útiles diesen á su protegido rica manteca y abundante leche.

Construyéronse á la par sendas casas de madera, y como á pesar de todo, la ingratitud de aquél clima era tal y tan constante, que el trigo se doraba apenas, y perecian de frio así la oliva y el naranjo, como el granado y limonero, Pónos, siempre ingenioso, siempre previsor, siempre solícito por el bienestar de la familia del hombre, aconsejó al rebelde que se dedicase á tejer paños y telas, á formar armas y utensilios, á trabajar la lana, el lino, el algodón, los metales, las tierras, las maderas, y que aprovechando así las muchas horas que se veria prisionero en casa por el rigor de las lluvias ó la abundancia de las nieves, podria con el tiempo ceder sus productos

á los duendes de la isla, y aun al gigante Dinamion, para recibir en cambio trigo y arroz, vino, naranjas y aceitunas.

El mancebo con esto trabajó y trabajó y se hizo libre, y feliz y poderoso, fué visitado por Fanta, y como el hada se complacia en fomentar ilusiones halagueñas, trocáronse los temores y la primera ansiedad en arrogancia y soberbia.

De esta suerte, por vias maravillosas como todo lo de Gé, un mancebo emancipado, fundaba en la oscuridad un nobilísimo imperio, y oculto entre las brumas y las aguas, creaba pacientemente (gracias á la varilla de Pónos) riquezas inestimables, con portentos de paciencia y á fuerza de aplicacion.

Y no se vaya á creer que todos los productos de su industria fueron útiles y convenientes, sí, pero privados de hermosura. Aunque jóven é inesperto, se habia criado entre las mejores obras de su padre y las impresiones de la infancia siempre dejan en el alma huella. Por esto no tardó en sentir pujos irresistibles de artista, aspiraciones de poeta, y es muy digno de notarse que como labrador, como habitante del campo, como amigo de la naturaleza, sus concepciones siempre reflejaron la imágen de los objetos queridos. Así, cuando quiso levantar suntuosos templos, no imitó, como su padre, las líneas y las formas de aquellas construcciones primitivas pero razonadas de madera que recordará el lector, sino que alzó torres puntiagudas como el álamo; bóvedas que se parecían á las de los bosques porque eran como tejidas de ramas y sustentadas sobre derechos y elevados troncos; imitó el apuntado corte de las hojas en las puertas y ventanas; apiñó arranques junto á tierra como manojos de retoños; fué aligerando y acortando los arrimadizos á medida que se elevaban los botareles á las nubes, del mismo modo que se aclara y se reduce por los altos el ramaje; cubrió el conjunto de flores y hojarasca, de pájaros y brutos, asomando por aquí, pendientes allí, ocul-

tos mas allá, como las aves en las copas, como los reptiles entre la maleza, y para que nada faltase al caprichoso, sublime y fantástico remedo, quiso que la luz le atravesara cual atraviesan los rayos del sol ó de la luna el aéreo bulto de un bosque, y caló la filigrana de las torres, y subió pasmosamente sus agujas, y cuando los encantados ojos contemplaban aquel poema de piedra, despertaban con su asombro sentimientos apacibles, memorias tristes y tiernas, aspiraciones divinas y celestes esperanzas.

Mientras esto sucedia. Dinamion se afanaba en vano por saber el paradero de Ándros. Preguntaba por él á todas horas, pero ni Antropos ni Gina se le habian de descubrir, ni Seuda queria aventurar palabra hasta el momento en que tuviese asegurado el éxito de sus proyectos.

Andaba, pues, el gigante en busca del fugitivo y escudriñaba las regiones feraces de la isla sin que jamás se le viniera en mientes que allá en medio de charcos y neblinas, estuviese su siervo levantando un albergue cómodo, seguro, fuera de su insufrible tiranía.

Cuando la consejera supo por su criada Petonosa que el matador del halcon roqués era ya señor de prados, dueño de talleres y en muchas cosas mas diestro que su padre, anunció como gran descubrimiento á su Señor el punto en que se encontraba. Dinamion (quien seguia tan enamorado de sus armas que hubiera hecho perecer al loco bastante atrevido para decirle que algun dia habria de andar sin ellas) echó el arnés sobre Hipodonte, aprisionó su cuerpo colosal con la pesada armadura, y embrazando el sin igual escudo y blandiendo la lanza ponderosa, salió soberbio y ufano para castigar al siervo. Tanto le despreciaba en su arrogancia que se proponia cebar neblías ó halcones con su corazon y sin ver por donde se iba ni tomar la precaucion mas trivial, metió espuelas á su corcel,

apenas pudo distinguir entre canales y lagunas el verde plácido retiro del insolente rebelde.

Empero muy antes de que los cascos del corcel pisasen las lindes de la antes árida y ahora frondosa region, el artesano, libre y diligente se apercibió del peligro, porque la verdura artificial que cubria el cieno movedizo y blando (y que no era sino un tegido de raíces) rehilaba segun habrán observado mis lectores que sucede, si alguna vez al pie del alta sierra pisaron tremedales ó trampales. Al sentir el terremoto, salió apresuradamente de su casa para empuñar un espeque como si fuese una pica. ¡Pobre temerario! ¿Qué le habia de valer su resolucion contra el coloso?

Así lo comprendió el mancebo y por eso se internó entre las lagunas y esperaba que pasase sobre su pequeñez el arrogante guerrero que venía sobre él á rienda suelta, pero no sucedió así porque Dinamion y su caballo despreciaron las lagunas y al llegar á los primeros fosos y pantanos, Hipodonte se hundió hasta las rodillas y los corvejones, y como el ímpetu de su carrera no le permitia detenerse, y el empuje de aquella masa de hierro le llevaba hácia adelante, perdió el equilibrio al fin, y caballo, y arnés y caballero se derrumbaron en el fango. Entonces Ándros, atrevido como mozo, se puso sobre el vencido, y con esfuerzo increíble le arrancó de los escarpes sus dos espuelas doradas.

Por esta circunstancia singular llamó á tan fortuita victoria «*la jornada de las espuelas de oro,*» y la celebró con razon como uno de los mas notables acontecimientos. En ella comprendió por primera vez que Dinamion no era invencible, y que el ingenio, la diligencia, y el trabajo eran bastantes á vencer las fuerzas de los gigantes.

Las consecuencias de semejante enseñanza fueron de gran trascendencia para el hombre en los tiempos venideros.

Veinte y cuatro horas estuvo Dinamion revolcándose en aquel pantano, y en él con seguridad hubiera perecido, si al ver su muerte tan próxima no se hubiese allanado á tratar con el rebelde. Convínose tras largos dimes y diretes que el mozo conservaría la espuela como en señal de su triunfo, que Dinamion le dejaría gozar en paz de su trabajo, y que en prenda de la lealtad del convenio, el escudo de los cuadros primorosos se alzaria cual trofeo en medio del principal taller.

Arregladas así las condiciones de la paz, el vencedor llamó á Pónos, y con su inestimable ayuda logró desembarazar de sus arneses á Dinamion é Hipodonte. Así pudieron salir ambos del trance en que se encontraban, si bien debo decir solo por vía de advertencia que dejaron bajo el cielo una buena parte de las armaduras, pues toda la del corcel quedó enterrada, y cuando llegó Dinamion á su castillo solo llevaba sobre sí el casco sin el penacho, la coraza y espaldar y un brazal con su manopla.

No hay para qué encarecer ahora el despecho del altivo campeador al mirarse derrotado por un villano pigmeo, cuya preza se reducía á trabajar y cuyas manos en vez de blandir la lanza, movían la lanzadera.

La tristeza de su vencimiento hubiérale costado probablemente la vida, si Seuda no le hubiese hecho comprender que su palabra y juramento no le ligaban en cosa alguna, como exigidos por la fuerza de las circunstancias y concedidas á un villano. Entonces se consoló cual si en efecto fuese así, y respiró desastres y venganzas.

Todo fué inútil, no obstante: cuantos ataques intentó contra el mancebo, otros tantos fueron desbaratados por él con el auxilio de Pónos. En una sola ocasión estuvo el pigmeo en gran peligro, y fué porque desoyendo la voz de su protector y desvanecido por la suerte próspera, se creyó un coloso, y con infu-

las de tal hizo que Pir le forjara una armadura, remedo diminuto de la de Dinamion, creyendo imbécil que en ella estaba la fuerza. Embarazado con su pesadumbre en poco estuvo que no perdiera la vida con la libertad, pues á duras penas salió de los pantanos en los cuales á su vez se hundía. En ellos dejó también la cota y el bacinete para no volver á soñar en semejantes defensas, convencido de que la ligereza, la prontitud y la movilidad cansan y rinden hasta al hierro y al acero.

El término de este episodio, fué quedar el artesano por rey de la comarca nebulosa, cuyo conjunto desde entonces se llamó la *Península del aislamiento*.

En tanto que tenían lugar estos lances y batallas, Antropo seguía trabajando. De día vióse obligado á suministrar lo que pidiera el gigante, aprovechando las pocas horas libres para atender á las innumerables exigencias de la bruja. De noche se encerraba en su laboratorio, y encubierto por las sombras molía y mezclaba en distintas proporciones todas las piedras negras como el carbon, blancas como la nieve y amarillas cual el oro. Se afanaba sin descanso tras el polvo negro anunciado por Alécia, y á pesar de sus afanes no veía que le sirvieran de mucho las diferentes mezclas hechas, aunque pasaban de ciento.

Es de advertir, sin embargo, que ya no trabajaba á la ventura y que observaba las propiedades de los cuerpos y fijaba los fenómenos.

En medio de sus ocupaciones inquietábale también la suerte de su hijo, y mas de una noche, cuando Dinamion salía para atacarle, pasó el cuitado hasta el alba sin pegar los tristes ojos, pidiendo al cielo la salvacion del ausente cuya imágen ni un momento se apartaba de la memoria de Gina.

Ándros por el contrario, cada mañana se levantaba mas arrogante y engreído. Petonosa, tenía sobre su alma tal imperio, que no veía sino por sus ojos. Ella le hizo ingrato, descastado,

olvidadizo; ella (¡cosa increíble si no estuviese tan averiguada!) le acostumbró á mirar á sus progenitores como á enemigos y rivales.

En una ocasion en que Pónos le hacia de parte de su madre aquellas repetidas advertencias que suelen hacer las madres, con amor, pero que tanto cansan á los hijos, el mancebo en su soberbia le contestó de este modo:

—No me ponderes mas el cariño de mis padres. ¿Qué les debo, por ventura, sino una misérrima existencia? Mientras estuve á su lado, todos fueron sinsabores, hambres, sustos. Desde que me emancipé vivo harto; ya soy rico, y como conozco que ellos no lo pueden sér sino quitándome una parte de lo que poseo, quiero vivir aislado sin amistades con nadie, olvidando mi origen y lo que fui. Me compadezco de su situacion; los quiero mucho, mas no puedo hacer causa comun con su desgracia, y no es culpa mia si tengo que obrar así. El hombre es enemigo del hombre, la naturaleza tambien es nuestra enemiga y lo primero soy yo.

—¡Oh! mil y mil veces ingrato y mal aconsejado mozo, exclamó el buen Pónos. ¿Sabes por ventura lo que estás diciendo? ¿Tan poco supiste aprovecharte de la pasada esperiencia? ¿Tan poco dicen á tu razon los crueles padecimientos de los tuyos? Sin estos padecimientos ¿en qué fundarias hoy tus medros y tus goces? ¡Ah! y cómo te desvanece tu mocedad; y cuánto te ciegan esos tus duendes favoritos. Mira que Petonosa y Egos son hechuras de Seuda, de la cruel perseguidora de tu raza; considera que solo pueden desear tu ruina, y que sí hoy te emancipan es en ódio á tu pobre madre, y llevados por una codicia tan desatentada que ni respetan á su natural Señor. Las máximas que te enseña Petonosa por inspiracion de Seuda son falsas, son absurdas. Retardarán de seguro la ansiada emancipacion de los tuyos por espacio de muchos, muchos años.

Cuando la bruja se siente vencida en un terreno, provoca la lucha en otro. Originando entre padres é hijos una indiferencia, una rivalidad que tal vez se trueque en ódio y guerra, os divide hoy para debilitaros, pues harto sabe la consejera astuta que de seguir unidos y obedientes pronto terminaria su reinado. Es su última esperanza, su postrer atrincheramiento. Por eso os enemista haciéndote creer que ninguno puede comer bocado sin quitársele á los demás; por eso hace que te cante á la oreja Petonosa.—*El bien de unos, es el mal de los otros.*—*Lo que uno gana otro lo pierde*—y cien sofismas mas que te seducen.

No, Ándros, no. El ordenador de esta isla, el que crea con pensar y aniquila con querer, nunca podria consentir tamañas discordancias. Los que tal dicen blasfeman. La verdad es que los deseos y aspiraciones de los habitantes de esta isla, no tienen fin ni término posible, pero tambien son inagotables los medios que encierra la tierra para satisfacerlos en justa proporcion á su trabajo, en nunca desarreglado equilibrio. Escucha sino cuán tierna y cariñosamente acude la creacion en auxilio de la criatura. Cuando tus padres llegaron á estas costas (bien lo recuerdo, cual si fuese ayer) no sentian mas que una necesidad: apagar la sed, matar el hambre. Pues bien: los campos les brindaron por de pronto con dátiles y manzanas, con raíces y legumbres que á poca pena recogian. Eran dos niños, y como tales el asiento de su alma radicaba en sus sentidos. Por eso nada les faltó para perfeccionarlos bien. La necesidad de ver se recreaba y perfeccionaba con las galas de las flores, las plumas de las aves, la vista de lejanos horizontes, la transparencia del cielo, la luz y la sombra, los cambiantes de las nubes. Para afinar el oido, aves, insectos, arroyos, viente-cillos emulaban unos con otros produciendo la mas acorde y suavísima armonía. Su tacto se afinaba yendo desde la planta

al caracol, desde las linfas de la fuente á sus guijos y sus arenas, mientras el olfato apenas tenia lugar para regalarse con los innumerables aromas que flores, plantas y tierra les exhalaban solícitas en regalado tributo. Tales eran sus primeras necesidades y tan ámpliamente habia provisto á su satisfaccion el supremo creador de Gé. Pues desde entonces acá ¡cuánto no se multiplicaron sus deseos y cuán insensiblemente estos deseos no se trocaron en necesidades! Lo que nacia sueño, vaga inspiracion, casi locura, era despues una comodidad rara, goce supérfluo, y concluia por ser una necesidad sin la cual no se podia vivir. ¿Quién hubiera soñado cuando los cuerpos se cubrian con pellicas, en el finísimo paño que ahora tejes, en camisas de albo lino, ni en mantos de púrpura ó de seda? ¿Dónde estaban estas riquísimas telas para vestir la desnudez del pastor? ¿No eran entonces ilusiones, sueños? Y ¿no son hoy una necesidad? Si despues bajo la tienda (aquella habitacion que os pareció magnífica, suntuosa el dia en que la estrenábais) se hubiesen aparecido en sueños los templos que habia de labrar tu padre, bajo Dinamion, ó alguno de esos otros atrevidos que tú hoy, rico y presuntuoso quieres que alcen al cielo sus esbeltas torres como puntiagudas viras recubiertas de follaje ¿quién se habia atrevido á sospechar que algun dia se tallarian en piedra aquellas columnas con sus capiteles, ó aquestas torres y ojivas con su preciosa filigrana? Y sin embargo, los sueños son realidades y para que lo sean encontraron los tuyos alicientes, recursos, recompensas, y no solo es tu casa ya un palacio, sino que hasta en tu taller me has hecho estampar las proporciones y bellezas de los antiguos suntuosos monumentos. ¿No son hoy una necesidad imprescindible esas númas que encierran maravillosamente todo lo creado? ¿No os tendriais (lo mismo tú que tu padre) por infelices y pobres si os privaran de los biblos cuyas entrañas encierran los recuerdos, los ensueños,

las ilusiones y las esperanzas de la vida? Pues ¿quién habria tenido allá en los primeros tiempos, no digo por una necesidad, sino por una posibilidad, tender un lazo á los sonidos, una red á las palabras y retenerlas prisioneras para que nos recreasen con cantos y melodías, como el gilguero ó ruiseñor desde la jaula? Y ¿á quién se robó todo esto? ¿Y cuál de vosotros salió perdiendo en las mejoras?

No, Ándros, no. Lo que uno consigue á nadie se lo quita, cuando para conseguirlo emplea solo el trabajo. El bien de unos solo puede ser el mal de otros siempre que saciemos nuestros goces ó necesidades con la fuerza sin ley de Dinamion, con la astucia y la perfidia de Seuda. Mas cuando brotan y crecen maravillas regadas con el sudor de nuestra frente, á nadie se priva de lo que no existe, y muy al contrario, se aumenta el caudal de todos y cada cual mejora en suerte, porque cuando menos se aumentan sus esperanzas de participar algo mas y en proporcion mayor del rico acervo comun. Ya te lo dije antes de ahora: lo único que tú puedes crear es *la utilidad de las cosas*; tu riqueza se compone toda de *utilidades*, y por eso tu trabajo tiene algo de divino. Olvida, pues, esas máximas y en su lugar graba estas otras en tu corazon y tu memoria: «*El bien de los demás es el bien propio*, y todo lo que tu vecino adquiera trabajando, tarde ó temprano te ha de hacer mas rico.»

Alguna impresion hicieron en el ánimo del mozo las generosas palabras del buen Pónos, pero no tanta que su terquedad cediese, y como en ausentándose aquel, tornaba á sus halagos Petonosa, las doctrinas falsas de la bruja Seuda ahondaron cada vez mas el abismo entre el hombre y el hombre y mantuvieron por largo tiempo separados á los miembros de una familia, cuya fuerza estaba visiblemente en la concordia. De aquí nacieron los sucesos principales que aun quedan por relatar antes de dar punto y fin á este cuento peregrino.

No pudo el génio ocultar al padre ni á la madre la disposicion hostil del hijo, y les hizo saber aunque con harto dolor que apenas merecia Ándros aquel nombre.

La madre lloró pero sintió que le amaba mas y mas, asi como el padre ciego de despecho ante tamaña ingratitud llegó casi á maldecirle.

El génio consoló á la una, aplaudió su amor puro y no egoista, y templó las iras del marido diciéndole con voz amiga y cariñosa:

—Perdona los estravíos momentáneos de tu hijo, compadece su inesperienza y ten confianza en las leyes de esta isla: él volverá á tu cariño. La fogosidad de su carácter le hará un momento delincuente, pero tambien le obligará á ser grande, y cuando torne al regazo maternal será vuestro mas firme y mas seguro apoyo. Tu hijo se parece á esos torrentes impetuosos que nacen en la aspereza de las montañas agrestes. A pocos pasos de su cuna se despeñan incontrastables, y quiebran sus linfas en las rocas, y caen en charcos cenagosos, y revuelven con sus aguas guijos, arena y hasta fango; pero si sigues con atencion su cauce, verás como cada vez mas sosegados fluyen en curso manso y sesgo, se enriquecen con los caudales de cien fuentes, se aclaran y purifican, se hacen anchos y profundos, llevan en su seno millares de gérmenes de vida, sostienen sobre su terso cristal la rica y preñada nave y riegan la anchurosa vega cubriéndola de flores y de frutos. Así ni mas ni menos es tu hijo.

Tranquilizado por el bálsamo de semejantes esperanzas, Antropos siguió trabajando de día para Dinamion y Seuda, pero buscando y rebuscando durante las tinieblas de la noche el maravilloso polvo negro.



## XVI.

¡Por cuántos y cuán ignotos caminos se elabora sin interrupcion la mejora de la humanidad! Porque en vano se revuelven los admiradores de lo pasado, y en vano niegan la luz los enemigos de Dios, hipócritas blasfemadores contra su sabiduría. El mundo progresa, y hoy es mejor que lo fué ayer, y mañana será mas digno que lo es hoy. De lo contrario la obra divina seria precedera, corruptible, coja é indigna de un Sér Perfecto. De lo contrario, si el adelanto material es innegable á la vez que segun afirman muchos, en moral hay retroceso, la Providencia habria encerrado al hombre entre la ignorante miseria ó la criminal ilustracion, y su poder seria impotente

para reunir el rico bienestar del cuerpo á la bondad feliz del alma. Es decir, que de la obra divina, el hombre seria la parte imperfecta, discordante, cuando en todo lo demás la armonía es evidente por doquier. Es decir, que un sér infinitamente justo habria dicho á su criatura: te doto con un deseo vehemente, ingénito de adelantar; te hago sensible al placer y te halago con los gustos siempre que progresas, pero todo esto no es sino para guiarte á la maldad y á la degeneracion moral, como el cazador va cebando pacientemente á la fiera hasta sorprenderla y aprisionarla entre los hierros de una prision aborrecible. ¿Se puede blasfemar mas atrocemente de un sér infinitamente bueno?

Pues si como creen esos otros filántropos de nuevo cuño, aduladores torpes de la plebe, la virtud solo reside con el pobre, los vicios son patrimonio del rico ¿qué esperanza se le reserva á quien padece? Si procura comer mejor, tener mejor vestido, trocar la choza inmunda por la casa sana y cómoda, será irremisiblemente un mónstruo: si ama la virtud, si aspira á la perfeccion, debe resignarse á vejetar en pocilga, comer malsanos alimentos, dejar que el cierzo penetre por los harapos que le cubren, y no tener un instante diario de solaz en el cual cultive su alma, engalane su inteligencia ó eleve el pensamiento al Creador. ¡Oh, estúpida y repugnante blasfemia! ¡Oh, imposible discordancia que nos arrastraria hasta el suicidio!

Para sostenerla es menester ignorar la historia, desconocer los hechos, confundir las causas, no haber observado, no haber meditado ó proponerse oscurecer la verdad matando toda aspiracion al bien.

Raciocinemos un poco y no confundamos malamente un dia con una época, un hombre con la humanidad, un astro con el universo.

Verdad es que todos los siglos tuvieron sus brillantes meteoros; verdad que en otros tiempos existieron almas sublimes, cuya luz es tanto mas pura cuanto mayor es la distancia que nos separa de ellas, pero ¿hemos de confundir el brillo de un astro esplendoroso con las tinieblas de la noche que la circuyen? ¡Quién sabe si parte de su brillo no es debido á lo oscuro del campo en el cual destellaba por su dicha! Consideremos las épocas en conjunto y veremos la diferencia incalculable entre las tinieblas de la noche con sus puntos pequeños aunque brilladores, y las suaves claridades de la aurora que descorre poco á poco el negro velo para que se vean las maravillas de la creacion. Allí brillan estas ó las otras estrellas: aquí todo es claridad y todo luz. Hay la misma diferencia que entre la noche y el dia. ¡Ah! si nos fuese posible resucitar á los primeros filósofos antiguos, traer de pronto entre nosotros á un Platon ó á un San Agustin, y hacerles vivir, no ya en compañía de los ilustres varones de nuestros tiempos, sino entre la numerosa, oscura y trabajadora clase media de los países civilizados, pronto se convencerian de su error los apóstoles de lo pasado, los negadores del progreso, al ver que el primero se confesaba vencido por la superioridad de cualquier adolescente en ideas morales y en conocimiento de la verdad, y que el segundo buscaba en vano los errores y la confusion que perseguia su incomparable elocuencia.

No es esto decir empero que ni las sociedades mas adelantadas hayan llegado á la suma perfeccion. No, y mil veces no. La humanidad es niña, y en muchas cosas se halla al principio de su carrera; mas que progresa moralmente es un axioma, y quien no lo vea es ciego. Grandes y numerosos vicios la aquejan todavía: su marcha, á pesar de todo, es trabajosa. ¿De quién la culpa? De los que no comprenden que la lucha del bien y el mal en este mundo, no es sino la lucha establecida

por la soberbia ignorante de un pigmeo contra las leyes providenciales.

El legislador supremo, por ejemplo, dijo al crear al mortal: *«todo bien te costará su precio, el cual habrás de pagar en una ú otra moneda de fatiga, pero cuanto creares será tuyo.»* De aquí se desprendía esta justa y lógica consecuencia: *la fuente de todo bienestar es el trabajo, y cada uno debe gozar de aquel según sus obras.* Pero vinieron los perezosos de la tierra y la fuerza se apoderó de lo que no era suyo, y la mentira comenzó á inventar engaños para gozar de los frutos y echar sobre los demás el afán de su cultivo. De aquí ese cúmulo de invenciones, esas creencias, esos ídolos que tienen al hombre en guerra con el hombre, y de aquí que en la distribución y gobierno de los bienes y riquezas, no se mida siempre con la magnitud de los servicios la parte correspondiente á cada cual. De aquí que muy á menudo el que nada ha hecho para sí ni para sus semejantes, se vea de la noche á la mañana colmado con las recompensas que deberian ser el premio de quien en su oscuridad las ha creado. Y como el oro no dá virtud sino en tanto que es producto lento del trabajo, surgen las monstruosidades contra las cuales se lanzan anatemas que suelen envolver por desventura á justos con pecadores. De aquí que las cuestiones de tuyo y mio sean hoy más que nunca un peligro temeroso hasta que por algun ignoto camino se modifique la posesion de las cosas para ir la armonizando poco á poco con las leyes perdurables de este mundo.

Y no se alarmen los buenos ante verdades tan evidentes. Mayores reformas se han verificado, y sin embargo, no por eso pereció la sociedad. ¿Cuáles no fueron los gritos de alarma y los fatídicos pronósticos de los soberbios patricios, poseedores de esclavos, cuando un visionario sin hogar, seguido por otros doce mendigos, entró en Jerusalem montado sobre un asno y

proclamó una ley providencial que comprometía sus inmensas y mal ganadas riquezas? ¿No tenían en su apoyo el prestigio de la autoridad, la opinion de la inteligencia mas clara de la antigüedad, el voto de Platon, quien no podia concebir una república sin la esclavitud? ¿Se puede comparar con la revolucion que provocó aquel visionario ninguna otra que tenga lugar en lo sucesivo? Y, sin embargo, los bienes que han resultado de restablecer siquiera sea en parte una gran ley providencial, nadie negará que han sido inmensos.

Y no se me pregunte el cómo y el cuándo se ha de dar á cada cual lo que es suyo para deducir de mi ignorancia la imposibilidad de que suceda. De que Platon no presintiese á Jesueristo, ¿se habia de deducir que el cristianismo jamás emanciparia al hombre? Lo que yo digo es, que tengo fé en la obra de Dios, confianza en su bondad y omnipotencia, y mientras vea una injusticia creeré que hallará su correctivo. Lo que digo y aseguro es que la única perfeccion para los hombres es vivir y obrar conforme á las leyes del mundo moral y material, sin que su libre albedrío les precipite en aquella direccion ó les abata y paralice en esta otra. Lo que yo digo y sostengo es que la perfeccion *posible* para nuestras sociedades está en que las leyes humanas digan bien y concuerden con las divinas, así como la salud y bienestar del individuo consiste en conocer y someterse á estas; pero entiéndase que no hay que tomar por divinas ordenanzas los caprichos de nuestra fantasía ó los enjendros de nuestras preocupaciones, sino aquello que el estudio y la razon determine como ley providencial, por idénticas razones que las leyes del mundo fisico no eran ni la de los cuatro elementos, ni el horror al vacío de la naturaleza, sino la síntesis de los mil fenómenos pacientemente observados despues á fuerza de trabajo y de paciencia.

La esperimentacion ha puesto de manifiesto en el espacio

de tres siglos los errores sin número de los antiguos empeñados en legislar *à priori*, y los portentos modernos no tienen otro origen; pero la experimentacion desapasionada, la induccion lógica de los fenómenos morales, su armonizacion con el mundo físico están todavía por principiarse, sin embargo de que de ellas han de surgir cien veces mas maravillas. ¿No abundan todavía por desgracia impíos que procuran desacreditar los adelantos materiales?

Resístanse enhorabuena cuanto puedan los patricios inméritos de nuestros tiempos; llamen en su ayuda á la mentira y la ignorancia: las reformas se verificarán, á pesar suyo facilitadas y promovidas por algun hecho pequeño é irrelacionado al parecer con ellas, porque los caminos por los cuales crece el progreso moral del hombre son muchos, aunque encubiertos.

La invencion de la moneda facilitó entre los hombres no solamente el material comercio de las cosas, sino tambien otro de mayor valía: el de ideas y fraternidad. La escritura convirtió en patrimonio de *todos* la esperiencia y los descubrimientos de *todos*. La brújula abrió los mares á la civilizacion, á la mansedumbre, á la virtud. La pólvora convirtió al siervo en ciudadano. La imprenta difundió la verdad por todos los entendimientos. El vapor estrecha los lazos mas nobles entre los que fueron enemigos hasta aquí. El telégrafo lo convierte todo en luz. ¿Qué podrán contra todas estas cosas, materiales y despreciables en sí, sublimes y espirituales en sus resultados, los que aun se pavonean en púrpura ó en corona, cuando algun obrero oscuro, desde un tugurio miserable, pero ungido por el Señor con el crisma de la inteligencia, dé á guisa de soberano algun decreto parecido á este?

«Yo, Fulano de Tal, en virtud de mi indisputable autoridad por haber dado direccion á un globo, estampado y reproducido los discursos y los sonidos, como antes retrataba la luz

cualquier objeto, ó por haber suprimido los alambres del telégrafo y puesto en comunicacion continúa al hombre con el hombre desde el santuario de su hogar, vengo en borrar las costas y fronteras, en reformar las aduanas, en licenciar los zánganos que las servian, como tambien los ejércitos todos permanentes, en deshacer los nudos de la diplomácia, en simplificar y unificar los fueros y derechos, en dar á cada uno lo que es suyo y en inaugurar para los siglos de los siglos el reinado del amor, de la paz y de la justicia: LA ERA DE LA VERDAD.

Segun habrá observado una vez mas el lector, soy verdaderamente incorregible. Cualquier lance de la encantada isla de Gé (de gran peso sin duda alguna para aquellos habitantes, pero que asi tiene relacion con nuestras cosas como yo con el Gran Turco) provoca mis reflexiones y doy en discurrir á diestro y á siniestro cual si mis insulsas digresiones tuviesen algo que ver con mi peregrina historia. Cierto es que segun veremos muy en breve el polvo negro producido por unas piedrecitas blancas, negras ó amarillas, hizo que Antropos progresara moral y materialmente de un modo desconocido, pero eso seria allá donde habia Seudas y Dinamiones, mientras que por acá estoy seguro que la mayor parte de los que me lean no habrán visto ni siquiera en sueños á Pir, á Báros ni á Tongo, ni poseido amuletos y cajas maravillosas, ni reparado en polvos negros ó blancos de alta y sin igual virtud.

Volvamos, pues, á mi cuento:

Antropos, segun indiqué no ha mucho, aprovechaba los pocos ratos que tenia libres, ó los robaba al apacible sueño, para encerrarse en su laboratorio y moler á mas y mejor toda piedrecilla blanca como la nieve, todo canto jalde como el oro, y toda sustancia que pareciese carbon. Innumerables eran ya las mezclas hechas cuando una circunstancia inesperada vino

á redoblar su afán. Dinamion reconoció por fin que muy poco valia su armadura contra el artesano libre y exigió para vencerle nuevas y mas formidables armas. Antropos se las prometió terribles por consejo del buen génio, pero siguió buscando y rebuscando el pólvora negro que le traia sin dormir.

Cierto dia encontrábase nuestro alquimista vestido con el ropon, caladas las antiparras, encapillado el cucurucho, y moviendo con gentil compás la mano de su mortero. Dos de los ingredientes tenia ya dispuestos y á ellos agregó el tercero. Mas apenas se verificó la union de aquellas tres materias en determinadas proporciones, y apenas volvió á bailar sobre ellas la mano del almirez, cuando hubo un relámpago y un trueno horrisono, estruendoso, y la techumbre fué arrojada á gran distancia, y las paredes se volcaron hácia afuera, y por el aire salieron con velocidad la mayor parte de los objetos raros y estrambóticos.

Las rodillas del alquimista chocaron una con otra, y estuvo á punto de caer en tierra. Habia cerrado los ojos de pavor, y cuando los abrió otra vez encontróse por ensalmo al aire libre.

Mas no fué esto lo mas extraordinario, sino que muchos de los trebejos verdaderamente preciosos estaban en su lugar, respetados por la esplosion, mientras las piedras filosofales, los elixires de la vida, los horóscopos, los vaticinios y otras muchas fruslerías tras de las cuales corrió algun tiempo sin tino, habian desaparecido para no volver. Intactas quedaron las retortas, el hornillo y los crisoles; las observaciones astronómicas, los simples y compuestos útiles y hasta el mortero y la mano con que á la sazón molia. Los lagartos, sabandijas y amuletos no estaban en ninguna parte. Antropos lo veia y apenas si daba fé al tacto ó á los ojos. Bien le constaba que la isla de Gé era encantada, pero así y todo parecíale el suceso un punto mas que encantamiento.

Absortó se hubiese estado un tiempo indefinido, si el estruendo (que habia sido atronador, lo mismo en el alcázar que en la choza) no sobresaltara á todos y bullieran de allí á poco Señores y servidores para averiguar la causa.

El alquimista se hubo de apercebir del rebullicio, y repuesto del asombro acudió á su sempiterno consolador, al bálsamo de sus penas, al alivio de sus cuitas, al siempre fiel y siempre obediente Pónos.

—¿Qué es ello? preguntó el génio al llegar.

—¿Qué ha de ser? contestó Antropos. Contempla los estragos del polvo negro que me anunció tu hija.

—¿Cómo sabes tú que es el que ella dijo?

—Por su fuerza irresistible. Ha lanzado la techumbre cual si fuese leve paja, y eso que en ella habia muchos y muy buenos pinos.

—¿Y por qué te asustas y te sobrecojes? continuó Pónos.

—Pues digo que la cosa es leve, repuso el hombre como hérido al ver la frialdad del génio. ¿No ves el destrozo de mi laboratorio? Y el susto que me he llevado, ¿te parece qué no es nada?

—Sosiéguese el Señor alquimista, sosiéguese, continuó Pónos con buen humor. No todo ha de ser elixires de eterna vida y piedras filosofales. Alguna vez se ha de torcer el carro de la fortuna, y los gustos con sustos se han de pagar. Aquí hay un poco de trastorno, es verdad; el trastorno consiguiente á todas las invenciones. Por esto los cortos de vista y flacos de entendimiento, gritan contra lo nuevo siempre. Pero este trastorno y esta ruina, que si se comparan con los beneficios de la invencion, imposibles por de pronto de preveer, parecen una verdadera calamidad, quedan reducidas á bien poca cosa para los que modifican su marcha al compás de los progresos. Tomando todo en cuenta puedes dar por bien empleado el susto.

Intacto ha quedado aquí lo útil y lo provechoso; desapareció tan solamente lo pueril ó lo supérfluo. El techo y los muros de tu laboratorio facilísimamente los podrás tú reponer. Quitate esas gafas, el capisayo y la caperuza; cuelga tan pueril disfraz para espantajo de medrosos pajarillos, pues solo á seres tan ligeros podrán imponer de hoy mas semejantes esterioridades, y ya que nada te ha pasado, bueno será examinar si han padecido los tuyos. ¿Dónde está Gina?

—Felizmente subió esta mañana con provisiones al alcázar, y no bajará sino á la tarde, contestó Antropos despojándose de su famoso traje y colocando sus prendas sobre un peral.

—Sea enhorabuena, continuó el génio. En ese caso el daño producido por el polvo es poca cosa, y en cambio sus beneficios han de ser incalculables. El haber limpiado de estorbos tu laboratorio, es ya un servicio principal. Veamos ahora lo que nos conviene hacer porque en la inaccion está el peligro. ¿Recuerdas las piedras que moliste y cuáles fueron las proporciones de la mezcla?

—¡Pues no las he de recordar! exclamó Antropos. Con la costumbre adquirida de moler, clasificar y fundir, estas operaciones se me graban para siempre en la memoria.

—Busquemos, pues, piedras iguales, continuó Pónos y repetamos la prueba. ¿Pero qué traerá el negro Melanio, corriendo hácia nosotros como un ciervo? Alguna gran novedad ha producido allí arriba el fragor de tu invencion. Salgamos á recibirle.

Pocos pasos hubieron de dar el hombre y su protector para juntarse con el negro, el cual venia del castillo enviado por el jigante. Cuando llegó frente al hombre, con aliento entrecortado dijo en suma:

—El cielo te socorra mi buen Antropos;—nuestro señor está furioso. Impaciente estuvo toda la mañana asomado al balcon que dá á la vega, y con la vista fija en tu cabaña, decia de

cuando en cuando. ¿Cuánto irá á tardar el siervo en concluirme las armas?—Tornaba á quedarse silencioso sin quitar los ojos de tu choza y exclamaba de nuevo de allí á poco:

—«No veo la hora de tener mis armas. Con ellas aplastaré al titulado Señor de la Península; robaré sus talleres, le echaré grillos y cadenas, y me apoderaré de sus telas y su paño sin tenerle que pagar. Tengo frio en el invierno y quiero hacerme de balde la mas cumplida de las capas.—Y nuestro amo callaba de nuevo y de nuevo miraba. De pronto una claridad como la de relámpago inunda todo el castillo, se oye el estampido de un trueno, y Dinamion vé subir bonitamente por los aires las tejas y las vigas de tu choza. Varios trebejos desconocidos penetraron por las ventanas. Un lagarto descomunal cayó á mis pies; Seuda fué herida sobre el corazon por unas tabletas, que segun dijo contenian profecías falsas; una ampollita de vidrio como una burbuja de jabon, llena de sangre corrompida, se reventó sobre la frente de Dinamion y aunque pequeñuela y todo la manchó, y perfumó tan desapaciblemente, que no halla modo de lavarse el mal olor ni la mancha.

—¡Justicia del cielo! exclamó Antropos, era la sangre de mi hijo la primera vez que le azotaron.

—Pues con la sangre de tu hijo queda señalado de por vida, contestó Melanio, y señalado en la frente.

—Pero vamos á ver, preguntó Pónos. Acaba ya. ¿Qué ha sucedido?

—Pues, Señor, continuó el negro, todo el castillo se estremeció, y apenas si ha quedado en sus ventanas un cristal. «¡Ira de gigante! exclamó nuestro Señor entonces, atronando con sus votos el alcázar.—¡Cómo se divierte el siervo en vez de forjarme las armas que le tengo cien y cien veces pedidas y pedidas con premura! Por quien soy que he de escarmentarle. Bajaré y le destruiré toda su hacienda.»—En esto Seuda pe-

netró en el aposento doliente y quejumbrosa para decir á Dinamion tales razones, que nuestro amo conoció cuán peligroso para él seria vuestra libertad, hizo detener á Gina por de pronto y me hizo salir sobre la marcha para decirte que te espera.

—Está bien, contestó Pónos á Melanio despues de reflexionar. Está muy bien. Di á tu Señor que dentro de un instante te seguimos.

Melanio tomó de nuevo á la carrera el camino del alcázar, y el génio, volviéndose á su protegido le dijo apresuradamente.

—Ya lo ves, Antropos: no hay innovacion sin lucha. Ahora no conviene presentarnos á Dinamion con las manos vacías. De seguro que te echaba encima otra cadena. Hagamos de prisa y con toda precaucion un poco de ese polvo negro, y él desarmará su cólera. Vamos, manos á la obra. Ahí tienes todavía tu mortero.

Antropos, comprendiendo todo lo crítico del caso, eligió y pesó las cantidades precisas de las tres piedrecitas empleadas en la terrible composicion, y confeccionó tanto del polvillo negro cuanto cabia en el hueco de la mano.

—Subamos á la presencia del gigante, dijo Pónos, cuando vió la operacion concluida. Toma ese polvo y por el camino te diré lo que has de hacer y decir.

Ambos echaron á caminar hácia el castillo.

—Has de saber, amigo mio, decia el génio al hombre, que esta misma madrugada, no pudiendo resistir el deseo de ver á mi querida Alécia, la visité en el antro que ya sabes. Hablé con ella largamente. ¡Qué cosas me ha revelado! Con su infinita sabiduría me esplicó parte de lo que no pudo terminar en la ocasion aquella en que la vimos, y hé aquí por qué te puedo ya referir los usos y virtudes de tu invento. La propiedad increíble de esa composicion consiste en igualarlo todo. Parece enemigo de los excesos y desigualdades. Hasta que te iguale con tu Señor, rebajándole hasta tí, ó elevándote has-

ta él, es seguro que no cesarán sus truenos y sus estragos. Si penetra en el castillo le arrasará para dejarle no mas alto que tu choza; si le entierras en los senos de los montes, esparcirá por los campos su grandeza: en poniéndolo debajo de una eminencia grande ó chica, todo lo rompe, todo lo destroza, y para su pujanza no hay gigantes, ni armaduras, ni castillos. Haremos ver sus prodigios á Dinamion, y si conseguimos que se entusiasme con esta especie de rayo y le meta en buena cantidad en ese nido de buitres que amenaza tu vivienda como el águila se cierne desde los cielos sobre la tímida tórtola, ya verás lo que sucede. Preséntale, pues, el polvo que llevas en el puño como el arma irresistible que tantas veces te pidió para anonadar á tu hijo. Acostumbrado está á verte conseguir los imposibles, y sobre todo si duda de la verdad haremos una prueba, y dos y ciento hasta rendir su incrédulo teson á la evidencia. Por lo demás, tienes en ese polvo un amuleto de esos que solo es dado producir á las islas encantadas. ¿Quién habia de creer que un polvo negro, producto de cantos blancos, negros y amarillos, obrase tales proezas ni mucho menos todavía, que te librara de tal servidumbre, te hiciese igual á Dinamion y fuera la piedra fundamental de tu dicha, tu libertad y tu ilustracion? Mi hija dice que gracias á él serás libre con el tiempo, darás un paso gigante hácia los bienes que te reserva el destino, y otra vez veremos demostrada esta ley evidentísima. «No hay bienestar, no hay progreso sin el equilibrio del espíritu y el cuerpo. Si el uno se queda rezagado te estacionarás ó retrogradarás por mas que el otro avance sin medida, pero en el órden de los hechos, el adelanto material siempre debe preceder (al menos en esta primera parte de tu peregrinacion) á tu perfeccionamiento moral, y al de tu inteligencia.» — Callemos, sin embargo, por ahora, pues veo á nuestro tirano salir por el puente del alcázar.

—Ven acá, miserable siervo, gritó Dinamion sañudo cuando les vió bastante cerca. Como tardabas en obedecer mis órdenes, iba en persona para ver si las cumplias. ¿Así te entretienes en pueriles juegos, cuando debieras forjarme esas armas que tanto he menester? Dime, truhan ¿son estos tiempos para jugar á la pelota con tus tejas, ni para arrojarne á los hocicos pomos de mefítica ponzoña?

—Señor, le contestó Antropos con mayor serenidad que la suya de costumbre al hablar con Dinamion; ni jugaba ni olvidé un punto tus órdenes.

—Pues ¿qué hacias?

—Trabajaba.

—Lindo trabajo ¿y en qué?

—En aprisionar el rayo para ponerle á tu alcance. Te traigo un arma irresistible.

—Pero ¿dónde está? ¿dónde está?

—Aquí—en mi mano—mírala.

—¿Te burlas de mí, pigmeo? gritó el gigante rechinando los dientes de pura rabia. ¿Dónde traes esa arma, di, bellaco? ¿Es por ventura invisible?

—Ruégote, Señor, que no te enojés. Aquí en mi mano la tienes. Mírala bien: es este polvo.

Dinamion alargó el cuello hácia adelante, inclinó el rostro y abrió unos ojos tamaños al percibir unos cuantos granos negros que el siervo le presentaba en la concavidad de la mano izquierda. Quédose como sin comprender una buena pausa, y despues de pestañear diversas veces como para apartar nubes ó telarañas de la vista, levantó la diestra con el índice tendido, y apuntando al polvo negro y alargando poco á poco el brazo, rompió de súbito en estruendosa carcajada, y tanto se regocijó, que apenas si tenerse pudo en pie.

Todos los que se hallaban al alcance de bocina se taparon

los oídos para no quedarse sordos, pues era aquel reír alegre el más ruidoso reír que han escuchado los siglos.

—¡Donosa invención á fé! decía el gigante volviendo una y cien veces á su indómito reír en medio del cual, hasta las lágrimas se asomaron presurosas á las ventanas de los ojos. ¡Donosa invención! ¡Sublime! ¡Vaya una lanza! ¡Grande escudo! ¡Magnífica armadura! Supongo que para hacerla producir su efecto, habré de coger bonitamente á mis enemigos, suplicarles que abran bien la boca otro tanto, é introducirles en ella cortesmente cuanto cabe entre el pulgar y el índice? ¡Já! ¡Já! ¡Já! Qué ocurrencia. ¡Jí! ¡Jí! ¡Jí! ¡Jí! Donosa, donosísima invención.

—Ríe en buen hora, Señor, exclamó Pónos, mas permite que mi protegido te haga ver los efectos del arma de que te burlas. No es justo rechazar aquello que ni remotamente se conoce.

—Sea como dices, contestó Dinamion. Quiero reirme un poco más. Hágase la prueba.

Antropos con esto se aproximó á una peña inmensa de esas que se suelen ver rodadas al pie de las colinas, cuyo tamaño era igual casi casi al de su choza. Metióse debajo de ella, escarbó un hoyuelo diligente, puso en aquella mina el polvo negro y salió más que de prisa para retirarse á no muy grande distancia. Unos instantes después hubo un relámpago y un trueno, y la peña atravesó los aires con increíble velocidad yendo por acaso á dar contra uno de los torreones del castillo. Al rudo golpe desplomóse el torreón con gran estrépito, y sus muros, bóvedas y almenas se convirtieron en un montón de ruínas.

Dinamion se puso sério. Restregóse los ojos como para cerciorarse de que no soñaba y luego se le oyó murmurar. «Pues si esa mole me hubiese dado en el cuerpo...! adios casco y es-

cudo y coselete.... A ser posible dirigir la puntería, habria de renunciar á mi armadura.

—Di, siervo, prosiguió luego en alta voz. ¿Te atreves á dirigir con igual precision todos tus tiros?

—Me parece, contestó Antropos, que en queriendo Pónos, con el tiempo, la práctica y la observacion podremos herir una mosca por el aire siempre que se la distinga.

—Entonces, exclamó el gigante, ya á nadie puedo temer. Hazme mucho, mucho, mucho de ese maravilloso polvo negro.

Pensativo por demás entró Dinamion en su castillo por la brecha abierta en la muralla. Contemplaba atónito el estrago y tenía así por vencedor de enemigos y rebeldes como por árbitro supremo de libertades, vidas y destinos. En poseyendo aquellos rayos proponíase lanzarlos como las gotas de la lluvia á diestro y á siniestro.

Antropos, tambien, á pesar de cuanto le decia Pónos, creia que poner aquella facultad de destruir en manos de Dinamion era notable imprudencia, y recelaba que guiado por la bruja llegaria á convertir en pavesas la isla toda, para ser por siempre y para siempre tirano de él y de los suyos. Su temor crecia, crecia á medida que fué fabricando polvo.

Cuando vió llenos de aquel instrumento de destruccion y muerte dos toneles altos como su estatura y en amplitud proporcionados, suspiraba con tristeza y hablando consigo mismo se decia:

—¡Cuánto llanto, cuánto luto encierran esos dos toneles! ¿Quién es capaz de calcular los trastornos que pueden producir media docena de esos granos negros, ni las consecuencias incalculables de la fuerza fatídica que encierran? ¡Maravilla será como ninguna, que de la destruccion brote la vida! Pónos dice que estos toneles me han de asegurar la libertad, pero segun veo la asegurarán destruyendo parte de mis obras, y es fuer-

te cosa que todo lo hayan de pagar mi sudor y mi trabajo.

—Muy bien, muy bien, Señor filósofo, dijo Pónos á su amigo dándole al desembozarse una palmada en el hombro. Me place que así discurras, procurando desentrañar el intrincado laberinto de los sucesos y de las ideas. Si cultivas bien esta afición, tu dicha está asegurada, porque tu espíritu penetrará la materia como en jardín apacible las suaves auras, ó el inquieto viento rodean árboles y flores, juegan entre sus tallos, agitan todas las ramas, se filtran hasta las raíces, sostienen las alas brillantes de la mariposa y engendran en la garganta del ruiseñor sus melodiosos cantos y sus trenos. Entonces, entonces y no antes, en vez de trabajar un día y pensar un día como vienes haciendo desde la invención de los imponderables biblos, pensarás un día y trabajarás una hora y descubrirás cada vez mas el cuerpo encantado de mi hija, hasta que siendo en plena libertad tu señora única, tu reina, tu soberana, vivirás pensando un día y trabajando un minuto.

—Brava cosa es la que me dices, contestó Antropos, y quiera el cielo que eso sea pronto, porque te lo confieso, voy tomando grandísima afición á eso de meditar y de inquirir. Comprendo que es un trabajo como cualquier otro, pero para mí no hay fruición comparable con la de averiguar una de esas relaciones ocultas, misteriosas, y echarme á soñar en seguida como cuando escucho una leyenda de Fanta.

—Gran gusto y contentamiento tengo, amigo mio, prosiguió Pónos, en oírte hablar así. ¡Quién habia de conocerte! Persevera porque estás en camino para tu liberación. El día de la libertad se acerca y es menester que seas sábio antes de que llegues á ser libre. Si no lo fueres volverías á tu primera barbarie. Trabaja, pues, trabaja con el cuerpo y el espíritu, y ahora hablemos de la obra de hoy. ¿Has llenado los dos toneles con el polvo negro?

—Aquí los tienes repletos. La gran dificultad es ahora subirlos al alcázar.

—Eso corre de mi cuenta. Prepárate para grandes acontecimientos.

La voz del gigante que se acercaba corriendo puso fin á su coloquio.

Impaciente Dinamion con la tardanza venia á meter al siervo prisa.

—Vamos á ver, dijo al hombre cuando llegó al laboratorio. ¿Has terminado ya esos rayos y centellas?

—Aquí tienes, Señor, replicó Antropos, las bastantes para conmover al mundo.

—Pues arriba con ello, á mi castillo.

—Señor, interrumpió Pónos. Todavía habrás de esperar un día. Vé lo que pesan los toneles: Antropos necesitará tres yuntas para cada uno, y el paso de los bueyes es muy tarde. Si fuese tan fuerte como tú, allí estarían en un periquete.

—Y lo estarán, exclamó Dinamion recogiendo ambos toneles con los dedos de la mano izquierda, como quien coje dos vasos. Ningun trabajo me cuesta, y así, sin mas dilaciones, los encerraré en el sótano mas hondo, bajo veinticinco llaves. ¡Ahí es nada! ¡Dos toneles de rayos nada menos!

Y así diciendo dió la vuelta muy ufano á su castillo llevándose el polvo negro.

Antropos y Pónos se quedaron suspensos viéndole desaparecer y fijaron en silencio los ojos en el alcázar.

Pasaron unos minutos, despues otros, despues otros, y la ansiedad del hombre crecia, crecia, y su corazon palpitaba hasta el punto de herirle dolorosamente el pecho. El aire que respiraba parecia tener abrojos, segun se detenia en su garganta. Momentos crueles de duda y de temor fueron aquellos.

A los pocos instantes toda su sangre se agolpó á la cabeza. En unos cuantos momentos sentia que habia vivido siglos.

Por fin un relámpago como ningun otro, una luz que borraba las sombras del mismo sol, surgió del cerro del castillo. Viéronse instantáneamente murallas y torreones sobre un pié-lago de fuego; oyóse casi en seguida el trueno mas espantoso; tembló la tierra, repitieron los ecos de los valles aquella esplosión horrible, y cuando el viento hubo arrastrado el torbellino que veló en los primeros momentos la catástrofe, aparecieron cerro, castillo, torres y altos muros convertidos en monton de ruinas.

Lo grandioso de aquel sacudimiento, lo incalculable de sus consecuencias, el fragor con el cual se habia verificado, hicieron de pronto enmudecer al hombre. En aquella tan perdurable breve pausa cruzaron por su imaginacion mil y mil rápidas ideas. La sacudida terrestre habia sido mayor que la de un terremoto; cuántas obras, cuántos edificios no se habrian venido á tierra! La choza misma estaba cuarteada y necesaria reconstruirse. ¿Qué hacer? ¿Cuáles de los habitantes de la isla habrian escapado de la muerte? ¿Sobreviviria Dinamion? Se vengaria del siervo? ¿Qué resultados tendria en suma para él y para los suyos tan honda perturbacion, tan terrible desquiciamiento?

Mientras el hombre veia confusamente todas aquellas imaginaciones, notó en el polvo cierta especie de hervidero y entre las ruinas bullir como reptiles y aun asomar hocicos, garras y cabezas á la manera de lo que sucede cuando la pala del arado deshace un numeroso hormiguero ó revuelve un nido de escarabajos. Era evidente que debajo de los escombros agitábanse varios de los duendes enterrados por lo visto en vida, quienes pugnaban por sacar sus cuerpos á la luz. Bien pronto advirtieron los dos espectadores que algunos, escarbando, va-

liéndose de las uñas y hasta de los dientes, iban desembarazando sus descompuestas personillas, y que apenas sacaban de entre las piedras los pies, que tenían como en cormas, echaban á correr despavoridos, desgreñados, ciegos de terror, sin propósito, sin rumbo.

Antropos, desde el primero, no pudo contener la risa; tanto era el lance para ello que hasta Pónos reía de buena gana. Asomaba un trasgo el empolvado rostro con espresion risible de pavura: agitaba nerviosamente el cuello hasta desprender los brazos; entonces se afianzaba en las garras, agitábase con redoblada furia; desprendia poco á poco el cuerpezuelo, y una vez libre de prisiones, sin tender la mano á sus demás camaradas, sin mirar siquiera atrás, partia como conejo á quien sorprende el huron en la soterrada madriguera, y tropezaba y caía, y tornaba á levantarse y á correr con ademanes cómicos de susto.

A cada nueva aparición, nuevas peripecias para alegre regocijo é incomparable contentamiento de Pónos y su protegido.

Así salieron de entre las ruinas del soberbio alcázar uno y otro y otro trasgo ó duende, hasta que aparecieron no muy lejos una de otra, las feísimas cataduras de Seuda la consejera y Anoya la vellosa y mofletuda.

El aspecto de aquellos dos visajes empolvados, era para regocijar á un tétrico, mas la suerte quiso aumentar sin tasa ni medida el gozo de Antropos con un incidente pueril en realidad pero en extremo gracioso.

Pugnaba Anoya por sacar su consabido ropaje, y Seuda sus célebres cien caretas de entre aquel hacinamiento de cantos, vigas y hierros, y ostentaban á la luz sus gentiles proporciones, cuando desenganchándose de pronto la red de los traidores antifaces perdió la bruja el equilibrio y fué á dar contra su

criada con tal ímpetu que ambas rodaron por el suelo. Las dos dieron un grito de pavor, y ciegas todavía con el polvo se pusieron apresuradamente en pie, comenzaron á chillar y salieron por la falda abajo á la carrera.

El siervo no pudo mas: revolcábase sobre la yerba con los puños en los vacíos, vertía lágrimas de risa, y en voces incoexas exclamaba.

—No puedo mas,—no puedo mas.—Este rato compensa muchos sinsabores.—¡Oh, bendito, bendito polvo negro!—Solo siento que no estén aquí para presenciar el lance mi hijo..... y mi.....

La risa se le atravesó en la boca: de un brinco se puso en pie: con semblante dolorido, con ayes de acerba amargura, comenzó á mesarse los cabellos, y en acentos crueles de dolor que llegaron hasta el alma del buen Pónos, exclamó desconsolado:

—¡Y Gina! ¡Oh desventurado, tres veces desventurado Anropos! ¿Cómo pudiste olvidar que estaba tu mujer en el castillo? ¡Enterrada! ¡Enterrada en vida! ¡por mí! ¡Muerta por mis propias manos! ¡Oh! ¡maldito, maldito polvo negro! ¡Desolacion! ¡Desolacion! ¡Desolacion!

Y el pobre siervo, con el corazón transido, cayó como una piedra, sin conocimiento, á los pies del consternado Pónos.

FIN DE LA TERCERA PARTE.



# ÍNDICE.

## TERCERA PARTE.

### TIEMPOS MEDIOS.

Capítulos.	Páginas.
I.— <i>Instabilidad de las cosas humanas.—La fuerza se humilla ante la verdad.—Rehabilitacion de la mujer.</i> . . . . .	5
II.— <i>Triunfo efimero de la verdad sobre la mentira mientras dura el peligro.—La verdad persuade à los bárbaros y salva el imperio.—El festin.—Los bárbaros castigan al depravado epicúreo.</i> . . . . .	21
III.— <i>La mentira vuelve à sus malas artes para dominar.—Concierto entre la fuerza y la mentira.</i> . . . . .	35

- IV.—*Reaccion natural en el espíritu del hombre y su consiguiente duda y desaliento.—La igualdad.—La fuerza obligada por la necesidad declara siervo al esclavo.—Triunfo de la mentira. . . . .* 51
- V.—*Males de la inesperienza del siervo.—Sus temores.—La mentira adultera las máximas de la verdad y hace que la ignorancia sea declarada único intérprete de esta.—Exagerada por la fantasía la reaccion natural y beneficosa en el espíritu del hombre, este reniega del trabajo. . . .* 69
- VI.—*El hombre se subleva contra el trabajo abiertamente y se hace anacoreta.—Peligros de semejante cambio.—El trabajo, primer deber del hombre.—El prestigio de la mujer y la familia salvan al hombre. . . .* 85
- VII.—*La mentira, por una ley providencial, suscita un enemigo poderoso contra los mismos que la sostienen.—Con el auxilio, como siempre, de la fantasía y la ignorancia dá motivo á una nueva manifestacion de la fuerza.—Alusion á Mahoma y su doctrina. . . . .* 101
- VIII.—*La rivalidad y la ambicion de los fuertes hacen progresar al hombre y promueven el cambio de ideas y de adelantos.—Molinos de viento.—La fuerza se vé obligada á conceder al siervo bienes y franquicias.—Destrucion de libros y de la biblioteca Alejandrina. . . . .* 127

- IX.—*El año mil y los milenarios.—La astrología.—La alquimia.—Nuevas conquistas del hombre.* . . . . . 143
- X.—*La brújula.—Las pasiones y su objeto providencial.—La fuerza otorga nuevas libertades al siervo.* . . . . . 161
- XI.—*Armaduras y progresos en la manipulación de los metales.—El escudo.—Breve resumen del objeto de esta obra.* . . . . . 177
- XII.—*Lucha de dos grandes manifestaciones de la fuerza.—Influencia del espíritu y el sentimiento en las lides.* . . . . . 187
- XIII.—*La mentira vuelve á encomendar su obra á la ignorancia haciéndola desenterrar errores antiguos, que sin embargo son ocasion de progresos.—Idolatría de la fuerza hácia la mujer.—Mejoras en la condicion del siervo y principio de sus aspiraciones científicas como alquimista y nigromante.—Albores de la filosofía experimentalista.—Sueños de la fantasía.* . . . . . 211
- XIV.—*Las disensiones entre la fuerza y la mentira descubren al pobre siervo la verdad, y con su amparo se propone dar comienzo á una era nueva de grandes invenciones.—Perfidia de la fuerza.—La caza.* . . . . . 235
- XV.—*Iniquidades de la fuerza.—El hijo del hombre se proclama independiente.—Máximas de la envidia.—Le acompañan algunas malas pasiones pero funda su imperio en el trabajo.—Arquitectura del Norte.—*

















290



PÓRNOS



FA  
XIX  
D 1  
4



UNIVE